
Iris T. Hernández
LA CHICA DE PELO ROJO
EN CHICAGO Y EN EL MUNDO ENTERO
Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13. Archie

Capítulo 14. Sara

Capítulo 15. Sara

Capítulo 16. Sara

Capítulo 17. Archie

Capítulo 18. Sara

Capítulo 19. Sara

Capítulo 20. Sara

Capítulo 21. Sara

Capítulo 22. Archie

Capítulo 23. Sara

Capítulo 24. Sara

Capítulo 25. Archie

Capítulo 26. Sara

Capítulo 27. Sara

Capítulo 28. Sara

Capítulo 29. Sara

Capítulo 30. Sara

Capítulo 31. Sara

Capítulo 32. Sara

Capítulo 33. Sara

Capítulo 34. Archie

Capítulo 35. Archie

Capítulo 36. Sara

Capítulo 37. Sara

Capítulo 38. Sara

Capítulo 39. Sara

Capítulo 40. Archie

Capítulo 41. Archie

Capítulo 42. Sara

Capítulo 43. Sara

Capítulo 44. Archie

Capítulo 45. Archie

Capítulo 46. Sara

Capítulo 47. Sara

Capítulo 48. Sara

Capítulo 49. Archie

Capítulo 50. Sara

Epílogo. Sara

Agradecimientos

Biografía

Créditos

LA CHICA DE PELO ROJO EN CHICAGO Y EN EL MUNDO ENTERO

Volumen 2

IRIS T. HERNÁNDEZ

Click
EDICIONES

Capítulo 1

Me despierto y me quedo observando cómo gira con desgana el ventilador de techo, empujando apenas el aire caliente que se cuela desde la terraza, cargado de sal y de jazmín. Mi madre juró que esas plantas no sobrevivirían al verano, pero ahí siguen, como yo, agarradas a la tierra con los dientes.

Apago el despertador antes de que suene. Las seis y veinte. Demasiado temprano para cualquier cosa que no sea navegar.

Me pongo el vaquero de siempre, un top blanco y la camisa ancha a rayas que le robé a Marcos hace mil veranos. Mientras me trenzo el pelo frente al espejo, repaso la lista mental de lo que tengo que llevar al velero: agua, crema solar, los papeles, toallas, el altavoz por si la clienta quiere música. Miro mi reflejo unos instantes; el color ha vuelto a mi pelo. El castaño ya no está. Archie tampoco.

Bajo al salón; mi padre duerme en el sofá con el portátil abierto sobre el pecho. Las reservas del *charter* siguen ahí, clavadas en la pantalla. Le cubro los pies con la manta de rayas náuticas y le dejo una nota en la mesa:

> Llevo a la señora Parker. Vuelvo para comer.
>
> S.

Murmura algo entre sueños. Creo que dice «pez espada» o «pesadillas». Sonrío y lo dejo acostado. Me apetece navegar; que Marcos no pueda es la excusa perfecta para salir yo.

Arranco el *scooter* y bajo la cuesta de casa; el aire sobre la cara me despierta del todo. Ibiza todavía duerme. En el puerto, los pescadores descargan cajas llenas de gambas, los camareros sacan las sillas al paseo y las gaviotas chillan por una bolsa de patatas. El mundo arranca despacio.

Aparco al lado de la caseta y saludo con un gesto a las pocas personas con las que me cruzo. El velero me espera. Brilla bajo el sol como si también él estuviera listo para olvidar. Paso la mano por la borda, como siempre, y salto a cubierta. El depósito está lleno, el motor revisado, las velas en su sitio. Todo en orden. Todo menos yo.

—Sara.

Me congelo.

No es una voz cualquiera. Es una voz que tengo grabada. Firme, elegante. Educada hasta cuando corta como un cuchillo.

Me giro despacio.

Está en el muelle. Vestida de blanco, gafas oscuras, el mismo porte de siempre. La madre de Archie, la señora Ross.

Mi estómago se encoge como si acabara de tragarme una piedra.

—No —es lo único que me sale—. No, no puede estar aquí.

Ella da un paso hacia el barco.

—Reservé con otro nombre. No me habrías aceptado si...

—Claro que no. ¿Qué quiere? ¿Espiarme? ¿Hacerme sentir aún peor? ¿No fue suficiente con lo que pasó?

—Solo quiero navegar. He pagado por adelantado.

Me bajo de un salto. No me importa que el pantalán esté mojado ni que puedan oírnos desde la caseta.

—Márchese. De verdad. No tengo tiempo para esto. No tengo paciencia. No tengo fuerzas. Este barco es lo único que nos queda. El trabajo, los turistas, las reservas… Esto no es un capricho, es

nuestro sustento. Así que, por favor, váyase antes de que me hagan perder también esto.

Ross no se inmuta. Me mira desde detrás de sus gafas con esa serenidad escocesa que siempre me ha puesto nerviosa.

—He pagado por tres horas, Sara. No voy a discutir contigo. Si no quieres hablar, no hablaremos. Pero necesito subir a ese barco.

—¿Por qué?

—Porque creo que te mereces una conversación sin intermediarios. Pero si de verdad no quieres oírme, navegaré en silencio. No estoy aquí para castigarte. Ni para defender a nadie.

La miro con las manos en los costados, siento el corazón acelerado y una mezcla de rabia y miedo que me vibra en el pecho.

—Tres horas. Ni una palabra de Archie. Ni de Elliot. Ni de nada que no sea el mar —digo sin pensar. Tal vez porque, en el fondo, me da miedo lo que venga después.

—Lo prometo —responde, y sube al velero como si llevara toda la vida haciéndolo.

Yo subo detrás, en silencio. Arranco el motor. Maniobro sin mirarla. El puerto se queda atrás. Y yo, con el pecho en llamas, pongo rumbo hacia aguas abiertas con la madre del chico al que dejé de contestar hace meses y que me arruinó el presente, el futuro, mi vida en general.

Tres horas.

Que Dios me ayude.

El viento de poniente hincha la vela mayor con suavidad. Navegamos en silencio, como si el mar se hubiera puesto de acuerdo con nosotras. Ross se sienta en la proa, erguida, con una copa de agua en la mano y el vestido ondeando apenas. Yo me mantengo en la popa, con las manos en el timón y la vista fija en el horizonte. No

hay música. No hay conversación. Solo el crujido de la madera, las gaviotas a lo lejos y el golpeteo suave del agua contra el casco.

Llevamos veinte minutos así. Ni una palabra. Y, aunque lo agradezco, también me agota.

Entonces, sin girarse, su voz rompe el equilibrio:

—¿Eres feliz, Sara?

Me quedo helada.

Aprieto el timón con fuerza, tanto que cruje bajo mis dedos. La miro, incrédula. ¿De verdad me está preguntando eso?

No respondo. Solo niego con la cabeza muy despacio, sin apartar la vista del mar. La pregunta duele más de lo que debería. Porque no lo soy. Porque hace meses que no lo soy. Porque no sé si lo he sido alguna vez del todo.

—No es justo —dice ella en voz baja, como si hablara más para sí que para mí—. No es justo que una docente tan preparada, tan profesional, tan... apasionada por su trabajo, esté ahora fuera de un aula.

El nudo en la garganta me sube de golpe.

—Elliot se encargó de eso —respondo con la voz afilada, sin mirarla—. Y Archie no evitó que ocurriera.

Silencio. Un silencio que parece hundirnos un poco más en el mar.

—Lo sé —dice al fin—. Sé lo que pasó. Sé que Elliot fue quien se lo contó a Hunter. Sé que lo hizo de la peor forma posible. Y también sé que tú no merecías ese final.

La busco con la mirada.

—¿Entonces por qué está aquí? ¿Por qué me busca ahora? ¿Para justificarse? ¿Para decirme que lo entiende y marcharse tranquila?

—Estoy aquí porque no podía seguir callada. Porque quiero mucho a Elliot, lo conozco desde que era un niño..., pero eso no significa que apruebe lo que ha hecho contigo.

Me muerdo el labio para no decir todo lo que pienso. Para no preguntarle si también quiere a Archie. Si sabe que él podría haberlo evitado. Si alguna vez se preguntó cómo me sentí al ver que se quedaban todos callados mientras yo hacía las maletas.

—Me rompió —susurro más para mí que para ella.

Ross se gira despacio, sin perder la compostura.

—Y él lo sabe. Y Archie también. Y le pesa.

—Eso no me sirve de nada ahora.

Ella asiente sin discutirlo.

—Lo sé. Pero tampoco vine a pedirte que lo perdones. Vine porque creo que lo que te pasó no fue justo. Y porque, aunque no puedo cambiar lo que hiciste, ni lo que ellos hicieron, sí puedo decirte que no estás sola.

Vuelvo la mirada al mar, que sigue ahí, inmutable, como si todo esto no significara nada. Pero para mí lo significa todo.

Y, por primera vez desde hace mucho tiempo, no sé si quiero seguir en silencio. La rabia me arde en el pecho. Esa rabia vieja, la que se quedó en mi cuerpo después del despacho, después del vuelo de vuelta, después del silencio de todos. La que nunca se fue del todo.

—¿Y qué propone, señora Ross? —pregunto sin molestarme en disimular el tono cortante—. ¿Qué quiere que haga? ¿Que vuelva atrás y finja que no pasó nada? ¿Que me disculpe por haberme enamorado de su hijo? ¿Que le dé las gracias a Elliot por arruinarme la vida con tanta eficiencia?

No se inmuta. Me sostiene la mirada, serena, con una compasión que no sé si me alivia o me enfurece más.

—Llámame Diana, por favor.

Trago saliva. No digo nada.

—No puedes volver atrás, Sara. Lo sé. Y no estoy aquí para pedirte que finjas nada. Solo quiero decirte que... puedes empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo? —repito con una risa seca—. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con qué cara? Ya nadie va a contratarme después de lo que pasó. ¿O cree que puedo poner en el currículum que me acosté con un alumno y me despidieron por ello?

—El mundo es muy grande —responde con suavidad, pero con una firmeza que atraviesa el aire como una aguja—. Está lleno de oportunidades. No tienes por qué quedarte aquí, lamiéndote las heridas, como si esto fuera el final.

—¿Y qué sugiere? ¿Que me suba a un avión y empiece a repartir currículums por el mundo?

—Sugiero que lo intentes. En Chicago.

La miro sin entender del todo.

—¿En Chicago? Allí está Archie..., ¿verdad? —Suelto una risotada nerviosa—. Qué casualidad.

—Archie no tiene ni idea de que estoy aquí. Pero hay más escuelas, más caminos, más formas de volver a enseñar. He hecho algunas llamadas. Tengo contactos. Hay un colegio privado que busca personal para este curso. Podrías empezar por ahí.

Me río, aunque no hay humor en mi voz. Es más un reflejo de incredulidad que otra cosa.

—¿Y usted cree que voy a volver a ir tras su hijo así como así? ¿En una ciudad donde vive una de las personas que me rompieron?

—No te digo que vayas a verlo. Ni mucho menos —responde sin alterarse—. Pero viví muchos años en Chicago con Philip, el padre de Archie. Tengo amigos que confían en mí. Te aseguro que, si no quieres cruzártelo, esa ciudad es lo bastante grande como para que no os encontréis nunca.

El velero avanza sin prisa, balanceándose con suavidad bajo el sol que ya empieza a calentar. El mar brilla como si todo esto no estuviera pasando. Como si mi mundo no estuviera volviéndose a sacudir.

No digo nada. Porque una parte de mí quiere gritar que no. Que no soy un proyecto ni una causa perdida que alguien puede recolocar a su gusto.

Pero otra parte, más pequeña, más testaruda, más mía…, empieza a preguntarse: «¿y si…?».

No digo nada.

Solo me muevo.

Suelto el timón, aseguro la vela, lanzo el ancla y reduzco la marcha hasta que el velero queda casi a la deriva, mecido por las olas suaves de la mañana. Después bajo con calma a la cabina y abro la pequeña nevera. Pan, fruta cortada, queso curado, café en el termo que preparé antes de salir.

Preparo el desayuno como lo haría con cualquier clienta: con precisión, sin decir palabra, con una profesionalidad que no se resiente ni un ápice, aunque por dentro me tiemblen las costillas.

Subo la bandeja y la coloco sobre la mesa del centro. Pongo dos platos, dos vasos, una servilleta doblada con esmero. Como si esto no fuera otra cosa que un paseo turístico de julio. Como si la mujer sentada frente a mí no fuera la madre del chico al que no he podido quitarme de la cabeza. Como si todo lo que nos rodea no estuviera a punto de quebrarse con la primera palabra mal dicha.

—¿Te apetece un poco de café? —pregunto, neutral, mirando el termo.

Diana asiente con una sonrisa suave.

—Gracias, Sara.

No añade nada más.

Se sirve un poco, prueba el queso, mira el horizonte. Nada en ella fuerza la conversación. No vuelve a mencionar a Archie. Ni a Chicago. Ni al colegio.

Solo se limita a estar. A mirar el mar, a escuchar el silencio como si fuera música.

Y yo también me callo. Como quien necesita, por fin, un poco de calma.

El sol sube. El mar se abre. Y por un momento, aunque sea breve, todo parece estar en equilibrio.

Diana se recuesta un poco, apoya las manos sobre la madera tibia del banco, con la mirada fija en el horizonte. Se ha quitado las gafas de sol. Sus ojos están enrojecidos por el viento o por algo más, pero no digo nada.

—¿Puedo tirarme al agua? —pregunta de pronto sin girarse—. Si no me dejas, me lanzo igual. ¿Me dejarás a merced de mi suerte?

La miro sorprendida. Hay algo entre la broma y la verdad en su tono, pero no me hace gracia.

—Jamás haría algo así —respondo sin pensarlo.

Mis palabras salen secas pero firmes. Porque lo digo en serio. Aun habiendo pasado todo lo que ha pasado, aunque aún duela, yo no soy así. No abandono a nadie en mitad del mar.

Diana me sostiene la mirada un segundo y luego asiente. Se pone de pie con lentitud y empieza a desabotonarse el vestido blanco; debajo lleva un sencillo bañador negro.

—Prometo no tardar —dice—. Solo necesito... flotar un rato.

—La escalera está a estribor —le indico—. Ten cuidado con las algas.

Ella sonríe, agradecida, y desciende despacio al agua. Se sumerge sin ruido, luego emerge unos metros más allá, flotando bocarriba,

con los brazos extendidos como si le ofreciera su cuerpo entero al mar.

Desde cubierta la observo sin decir nada. No soy capaz de entender del todo por qué está aquí. Por qué ha venido hasta mí. Pero algo me dice que, al menos por ahora, no está fingiendo.

Y, aunque aún no confíe en sus intenciones, confío en el mar. Y en mí misma.

La dejo flotar unos minutos más, en silencio, mientras recojo los restos del desayuno y lavo las tazas con agua salada. El sol está ya en lo alto y la brisa ha empezado a calentar.

Miro el reloj.

—Tenemos que volver —le digo en voz alta—. Si quieres ducharte o cambiarte, es ahora. Llegaremos justas.

Diana asiente desde el agua sin responder y nada despacio hasta la escalera. Sube con calma, se seca los brazos con la toalla que le dejo sobre la borda y se vuelve a poner el vestido blanco, empapado por la base. Luego se sienta mirando el horizonte de nuevo, sin decir nada más.

El viaje de vuelta transcurre igual que el de ida: en silencio. El tipo de silencio que no incomoda, pero tampoco consuela. Yo mantengo las manos firmes en el timón. Ella no hace preguntas.

Cuando atracamos en el muelle y apago el motor, Diana se levanta sin prisa. Recoge su bolso, se acomoda el pelo con los dedos y, justo antes de bajar, saca una tarjeta del bolsillo interior del bolso. La deja sobre la mesa en la que ha desayunado.

—Ahí tienes los datos del colegio —dice—. Es un buen lugar. Serio, privado, exigente. Por detrás, los datos del apartamento donde puedes vivir.

La miro sin moverme.

—Ya está pagado hasta el mes de septiembre —añade con una media sonrisa—. El resto... será cosa tuya.

Se baja del barco sin esperar respuesta.

Camina por el pantalán con paso sereno, como si no acabara de revolverme el mundo con cinco frases y una tarjeta de cartón.

Me quedo sola en la cubierta, con el sol dándome en la nuca y las gaviotas graznando sobre los mástiles.

Miro la tarjeta. En el anverso, una letra elegante y firme:

Northbridge Preparatory School-Chicago.

Una dirección. Un número de teléfono. Un nombre: Bruce.

Una oportunidad.

Le doy la vuelta y leo:

Markus, un teléfono y una dirección: Park View Apartments-1936 N Clark St.

La guardo en el bolsillo de la camisa sin saber muy bien por qué.

Y me doy cuenta de que el día ha cambiado. Y yo… quizá también.

Capítulo 2

—Pero, hija…, ¡qué cara traes! —dice mi madre nada más verme entrar por la puerta.

«Como si hubiera visto un fantasma», pensé un segundo antes de que lo dijera, y la coincidencia me pone la piel de gallina.

—Ponte cómoda, va. Estás blanca como una sábana —añade mientras se mete en la cocina, como si no hiciera un calor insoportable—. ¿Te hago algo? ¿Un tinto de verano? ¿Unas olivas? ¿Una tortilla?

No respondo. Me dejo caer en una de las sillas de la cocina con los hombros caídos. Siento las manos heladas y el corazón todavía a mil por hora. ¿De verdad acaba de pasar eso? ¿De verdad la madre de Archie me ha ofrecido un trabajo…?

En Chicago.

Una bolsa de patatas fritas aterriza delante de mí, seguida de un cuenco con olivas rellenas y un tenedor. Mi madre lo coloca todo con la misma precisión con la que prepara una conversación importante.

—A ver —dice sentándose frente a mí—. Habla. Ya.

Tardo unos segundos en encontrar las palabras. El sonido del sofrito burbujeando en la sartén me ancla un poco. Cojo una patata, cruje, la trago como si masticara piedras.

—He visto a la madre de Archie.

—¿Cómo que has visto a la madre de Archie? ¿Aquí?

Asiento, todavía sin saber muy bien cómo explicarlo.

—En el paseo. Se ha hecho pasar por otra señora. Ha alquilado el velero. Era ella.

Mi madre frunce el ceño, como si el calor la mareara.

—¿Y qué ha pasado?

—Ha sido muy amable. No me ha hablado de Archie, me ha respetado. Dice que me entiende. Que lo que me ha pasado no es justo.

Tras unos segundos en silencio, se levanta. Deja el cucharón sobre la encimera, más despacio de lo habitual.

—Claro que no es justo. La culpa es de su hijo… y del hermano. Pero… —Me observa como intentando leerme la cara—. ¿Y esa expresión? ¿Lo echas de menos? Has estado mucho tiempo sin saber nada de él. No lo he mencionado porque sabía que te dolía…, pero ahora que has visto a su madre…, ¿qué has sentido?

Me quedo callada. No puedo contestar a eso ahora. Ni a eso ni a nada. Así que continúo hablando como si su pregunta no hubiera existido.

—Me ha dicho que ha quedado una plaza libre en un colegio. Buscan a alguien de español. Y me ha ofrecido el puesto. Un nuevo comienzo.

Mi madre parpadea, confusa.

—¿Un colegio? ¿En… Escocia otra vez?

Niego con la cabeza.

—En Chicago.

El silencio que sigue es tan denso que parece ocupar toda la cocina. Hasta el olor del tomate frito se queda suspendido en el aire.

—¿Chicago, Sara? ¿Has dicho Chicago?

Asiento otra vez.

Y justo entonces, como invocado por la rabia, aparece mi padre en la puerta de la cocina.

—¿He oído bien?

Me giro. Tiene los ojos muy abiertos y la cara encendida, como la última vez. Como cuando le dije que me iba a Escocia. Pero esta vez…, peor.

—¿Has dicho Chicago? ¿Otra vez te quieres ir?

—Papá, no es lo mismo —intento decir, pero él ya ha encendido el motor de su furia.

—¿Y qué es entonces? ¿Más lejos? ¿Más difícil? ¿Más caro? ¿Qué pasa contigo, Sara? ¿Por qué siempre tienes que largarte? ¿Qué hay aquí que no puedes soportar?

—¡Papá, por favor!

—¡Te fuiste a Escocia y volviste hecha polvo! ¡Y ahora, otra vez lo mismo! ¿Y con qué vas a pagarlo, eh? ¿Quién te garantiza que no vas a volver aún peor?

—¡Solo lo estoy pensando! —grito, poniéndome en pie—. ¡Solo me han ofrecido una oportunidad!

Mi padre me mira como si no me reconociera.

—¿Y quién te la ha ofrecido? ¿La madre de ese chico? ¿Tú te crees que eso es casualidad?

—No me ha prometido nada. Me ha dicho que lo piense.

—¡Pues piénsalo aquí! ¡Con los pies en el suelo!

La cocina se queda muda. El aceite sigue chisporroteando en la sartén. Las patatas fritas ya no apetecen. Las olivas se quedan intactas.

—Voy a mi cuarto —digo bajando la voz.

—Tú sabrás lo que haces, Sara —responde mi padre, y su tono ya no es solo rabia. Es miedo.

Subo las escaleras sin mirar atrás. Cierro la puerta. Me dejo caer en la cama.

Chicago.

Otro país, otro idioma, otra vida.

¿Otra yo?

Siento la garganta apretada, los ojos como si hubiera llorado, aunque no lo he hecho. Aún no.

Al cabo de unos minutos, escucho unos pasos en la escalera. Lentos, conocidos. Luego un golpecito leve en la puerta.

—¿Puedo?

No contesto. No hace falta.

Marcos entra y, sin decir nada, se tira a mi lado bocarriba, como cuando éramos pequeños y venía a mi cuarto a contarme cosas que no se atrevía a decir en la mesa.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—Te ha vuelto a pillar la tormenta en casa, ¿eh?

No puedo evitar una sonrisa amarga.

—Sí, la tormenta padre.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirando el techo. Él resopla, como si necesitara quitarse un peso de encima.

—Quiero pedirte perdón.

Lo miro.

—¿Por qué?

—Por no haberte dicho nada. Por haberme callado quién era esa señora. Cuando vino a reservar el velero ya sabía quién era…, pero me pidió discreción. Y yo... pensé que no te haría daño si no te enterabas.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacerme algo así?

—Lo siento. Creo que es justo que sepas la verdad, pero esa oportunidad te ha removido..., te la mereces. Mereces decidir. No esconderte más.

Le cuesta decirlo, pero lo dice. Y me conmueve.

—¿Tú sabías lo del trabajo?

—Lo sospechaba. Me preguntó un par de veces por ti, por tu situación. Me dijo que quería ayudarte sin condicionarte. Y yo…, qué sé yo, Sara. Lo vi como una oportunidad para ti. Para redimirte.

—¿Redimirme?

—Sí. No por lo que pasó, porque tú no hiciste nada malo. Sino contigo misma. Porque desde que volviste… no eres tú. Estás… contenida. Como si vivieras por vivir.

Trago saliva. Me duele, porque es verdad. Y porque él lo ha visto.

—Archie está en Chicago —susurro.

Marcos gira la cabeza para mirarme.

—¿Qué?

—Está allí. Su madre me lo ha confirmado. Estará jugando al golf de forma profesional.

Él suelta un bufido, entre risa y desprecio.

—Qué asco me da ese tío, de verdad. Todo le sale bien, ¿no?

—Marcos…

—Lo digo en serio. Qué rabia. Pero bueno… —Se incorpora un poco y me mira con otra expresión, más seria—. Chicago es enorme, Sara. No tienes por qué encontrarte con él. Si lo haces, será casualidad. Y si no…, pues mejor. Pero no puedes dejar de vivir tu vida por miedo a cruzártelo en una esquina.

No respondo. Me quedo mirando el techo otra vez. Me siento como si tuviera un mapa enorme delante, lleno de caminos posibles. Y todos me dieran vértigo.

Marcos se levanta, me revuelve el pelo y dice con una media sonrisa:

—Si decides irte…, yo te cubro. Aunque papá se ponga como una moto.

Y entonces sí se me escapa una lágrima. Solo una. Pero cae como si pesara una tonelada.

Me quedo en silencio, con los ojos clavados en el techo, todavía con el nudo en la garganta. Marcos sigue ahí, tumbado al borde de la cama, sin decir nada más. Se incorpora para irse, pero antes de que lo haga, meto la mano en el bolsillo de la camisa y saco la tarjeta.

La miro un segundo. Es sencilla, blanca, elegante. El nombre del colegio está impreso en letras azules, finas. El nombre de alguien debajo. La dejo sobre la colcha, como si quemara.

Marcos la ve y da un brinco.

—¿Esa es la tarjeta?

Asiento sin mirarlo. Él la agarra y la observa como si acabaran de entregarle un secreto de Estado.

—¿Cómo se llama el colegio?

—Northbridge Preparatory School —murmuro.

—Suena pijo —dice con una media sonrisa—. Pero estadounidense cien por cien.

Se levanta y enciende el ordenador. Yo me quedo tumbada, quieta, sin fuerzas ni para seguir la conversación. Solo escucho el clic del ratón, las teclas, su respiración cada vez más rápida.

—Vale, espera…, ya lo tengo. Joder, Sara. Es brutal. Mira esto: el edificio parece una mezcla entre un bloque de apartamentos y una galería de arte moderno.

No me muevo. Sigo mirando el techo.

—¿Qué más? —susurro.

—Es privado, claro. Enseñanza multilingüe, programas de intercambio, tienen aulas enormes, teatro, piscina cubierta, laboratorios… Mira, mira, aquí hay una sección de idiomas. Enseñan francés, alemán, chino… y español. ¡Tiene sentido!

Sonríe como si estuviera investigando una misión secreta. Yo solo cierro los ojos y escucho. Me da miedo levantarme. Me da miedo quererlo demasiado.

—Tiene buena pinta —dice después de unos minutos, más tranquilo—. Muy buena pinta. Y si te han ofrecido algo ahí… es que te ven capaz, Sara.

No respondo. Aprieto la mandíbula.

Marcos se gira y me mira desde el escritorio.

—Solo llama. Escucha lo que tengan que decirte. No tienes que decidir nada hoy. Solo… escuchar.

Sus palabras me atraviesan despacio, como una piedra lanzada al agua. Hacen ondas. Muchas.

—Mañana —digo al fin, con voz ronca—. Mañana llamo.

Marcos asiente. Cierra la tapa del portátil y se acerca para darme un beso en la frente, suave, como cuando éramos niños.

—Y si decides irte…, te ayudo a hacer la maleta.

Me cubro los ojos con el brazo, por si se me escapa otra lágrima.

Esta vez no quiero que me vea.

Cuando Marcos cierra la puerta, la habitación queda en silencio. Solo escucho las cigarras fuera, el zumbido de un mosquito y el eco suave de sus palabras: «Te ayudamos. Solo llama. Escucha».

Miro el techo. Luego la tarjeta.

¿De verdad quiero esto?

¿De verdad quiero irme… a Chicago?

No es Escocia. No es como cuando me fui a Colinton, a casa de Evaine, con una amiga al otro lado de la puerta, un trabajo asegurado y un colchón emocional al que caer si todo salía mal. Allí tenía a alguien.

Allí no estaba sola.

Pero esto…, esto es otra cosa. Es cruzar un océano. Es empezar en una ciudad inmensa, donde no me espera nadie. Donde no conozco ni el barrio, ni el acento, ni el invierno. Donde no sé si sabré hacerme un hueco.

Donde tal vez, solo tal vez…, él también esté.

Y me paraliza la posibilidad de encontrarme con Archie tanto como me paraliza no hacerlo nunca más.

Acaricio el borde de la tarjeta con el dedo. Está cortada sin una sola imperfección. Todo lo contrario que yo.

No quiero volver a empezar otra vez desde cero.

Y al mismo tiempo…

Tal vez lo necesito.

Me giro en la cama y entierro la cabeza en la almohada, como si cortar el oxígeno fuera la solución a mis problemas.

Mañana llamo. Mañana escucho.

Solo eso.

Y escucho a mi madre llamarme desde abajo: que la comida está lista, que baje ya.

Arrastro los pies por la escalera. El olor a pimientos asados me llega antes que la luz del comedor. Mi madre sirve los platos con la misma ternura de siempre, como si el mundo no se hubiera tambaleado unas horas antes. Mi padre está sentado en su sitio, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. No levanta la mirada. Ni una palabra.

Me siento en silencio frente a él.

Marcos ya está allí, con el tenedor en la mano. Me lanza una sonrisa cómplice, como si me dijera «yo estoy contigo» sin pronunciar una sola palabra.

Mi madre los mira a los dos, nos mira a todos, con una pena suave en los ojos. Una pena que no estalla, pero que se nota.

Porque la tensión es espesa, se mastica entre bocado y bocado, y ni siquiera el arroz parece tener sabor.

No lo culpo.

No insisto.

Le doy su espacio. Porque yo también lo necesito.

Mastica con la rabia contenida de quien quiere decir mucho y no puede. Yo pincho la comida sin hambre. El silencio se instala como un quinto comensal.

Y, por una vez, me permito no derribarlo.

Capítulo 3

Me siento frente al ordenador con el estómago hecho un nudo.

La habitación está en silencio, salvo por el zumbido leve del ventilador del portátil. La pantalla me devuelve mi reflejo: cara lavada, el pelo recogido deprisa, una camiseta blanca que no llama la atención. He intentado parecer neutra, profesional. Pero mis ojos me delatan.

Mi hermano entra sin hacer ruido, se acerca por detrás y me aprieta el hombro con suavidad.

—Suerte —dice bajito, y se marcha.

Ni siquiera me giro. Solo asiento, agradecida de que no diga más.

Miro el recuadro azul que dice: «Unirse a la reunión». Las letras parpadean suavemente, como si me invitaran a saltar al vacío.

Respiro hondo. Muy hondo.

A través de la ventana, el mar brilla con un azul casi blanco. Las olas se mueven lentas, tranquilas, como si el mundo no estuviera a punto de cambiar.

Cierro los ojos un segundo.

Y entonces, hago clic.

La pantalla se abre y aparecen dos caras sonrientes. A la izquierda, una mujer de mediana edad, con gafas y el cabello recogido en un moño alto, algo despeinado. Es la directora. A la derecha, un hombre algo más joven, de barba recortada con sumo cuidado, camisa remangada y aire simpático. Bruce, lo reconozco por la tarjeta.

—¡Sara! —saluda la directora con entusiasmo—. Qué alegría poder hablar contigo al fin. Gracias por sacar un rato en pleno verano.

—Hola, Sara —dice Bruce—. He oído hablar mucho de ti. Bueno…, bien, que conste. Solo cosas buenas.

No puedo evitar sonreír.

—Gracias a vosotros por esta oportunidad. La verdad…, estaba un poco nerviosa.

—No tienes por qué —responde la directora enseguida con una sonrisa cálida—. Esta llamada no es una entrevista formal, solo queríamos conocerte un poco, contarte cómo funcionamos aquí y, si te sientes cómoda, ver si te interesa unirte.

Bruce asiente.

—Somos un centro privado, pero con alma de comunidad. Aquí todos los profesores se involucran más allá del aula. Hacemos muchas actividades con los alumnos, eventos culturales, clubes de lectura, deportes, *mentoring*…, y valoramos mucho la iniciativa personal.

—Sí —añade la directora—. Por eso queríamos preguntarte: ¿cómo te ves tú participando en proyectos fuera del aula? ¿Te gusta implicarte con los chicos más allá de las clases?

Tardo un segundo en contestar, sorprendida por la pregunta. No es algo que se suela plantear tan pronto. Pero no me siento atacada. Al contrario. Me da la sensación de que en realidad quieren saber cómo soy, cómo vibro con esto.

—Sí. De hecho, creo que es lo que más echo de menos cuando no estoy en un centro. Me gusta ver crecer a los alumnos también fuera del aula. Ayudarlos a encontrar su sitio…, acompañarlos.

Bruce sonríe, como si acabara de escuchar justo lo que quería oír.

—Eso nos encanta. Tenemos muchos estudiantes internacionales, programas de intercambio, y buscamos siempre que nuestros

docentes sean un punto de apoyo. No una figura lejana, sino alguien real.

—Y, si te animas —añade la directora—, nos encantaría que trajeras ideas propias. Aquí no nos gusta encasillar a nadie. Si se te ocurre crear un taller o una actividad cultural, lo hablamos. Somos un equipo muy dinámico.

—Vaya —murmuro—. Suena… diferente.

—Lo es —responde Bruce—. Aquí te arremangas. Aquí das clase, claro, pero también escuchas, ríes, acompañas, y a veces incluso te toca aprender a ti.

Nos reímos los tres, y por primera vez me siento ligera. No hay una mención a Escocia. No hay ninguna alusión a mi pasado. Solo el presente. Solo posibilidades.

—Y ahora viene la parte más directa —dice la directora—. Si tú quieres, en septiembre estarás en Chicago, en nuestro colegio. La decisión es toda tuya. Tómate unos días si lo necesitas. Pero queremos que sepas que esta puerta está abierta para ti.

Me quedo muda por un segundo. El corazón me da un vuelco. Me habían dicho «escucha», no «te queremos aquí». Pero eso es lo que me están diciendo.

Bruce añade, bajando un poco la voz, casi en tono confidencial:

—Y si te preocupa la ciudad…, es grande. Muy grande. Cada uno hace su camino aquí. Si decides venir, tu historia empieza de cero. Con nosotros.

Respiro despacio, sin apartar la vista de la pantalla.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento capaz.

Me quedo unos segundos en silencio, con la mirada fija en sus rostros amables en la pantalla. Me han ofrecido algo que no esperaba. Y aunque todo dentro de mí grita que sí…, también sé que necesito tiempo.

—Os agradezco muchísimo esta videollamada —digo con voz suave pero firme—. De verdad. Me siento… emocionada. Lo que me habéis contado me ha hecho sentir valorada, vista. Y eso… no es fácil de encontrar.

La directora me sonríe con ternura.

—Nos alegra mucho oírlo, Sara.

—Pero también soy consciente de lo que significa mudarse tan lejos, partir de cero. Tengo que organizarme, pensar bien las cosas… y hablarlo con calma. Así que, si os parece bien, os enviaré un correo electrónico en breve con mi decisión.

Bruce asiente comprensivo.

—Por supuesto. Lo entendemos perfectamente.

La directora, en cambio, se inclina un poco hacia delante y adopta un tono más directo, aunque amable.

—Solo una cosa, Sara. Sabemos que estas decisiones no se toman a la ligera, pero necesitamos confirmación antes del viernes. Si no, tendremos que seguir adelante con otro candidato.

—Claro —respondo enseguida, sin dudar—. Lo entiendo. Así lo haré.

—Esperamos saber de ti pronto —añade Bruce—. Y, de verdad, gracias por tu tiempo.

—Gracias a vosotros.

Cuelgo. Me quedo sola mirando la pantalla negra. El reflejo de mi cara vuelve a aparecer.

Y esta vez sí me reconozco del todo.

Soy yo.

La Sara de siempre.

La Sara con sueños.

La que ha luchado por una oportunidad durante tantos años.

Sin fingir. Sin disfrazarme.

Me han escuchado. Me han valorado.

Y, lo más importante, me han aceptado por quien soy en realidad.

Bajo al porche con el corazón todavía latiendo fuerte. La brisa huele a sal y a albahaca, y el cielo empieza a teñirse de naranja. Mis padres y Marcos están sentados en las sillas de siempre, en ese semicírculo improvisado donde han pasado tantas tardes juntos. Nadie dice nada al verme aparecer. Pero me miran. Los tres. Pacientes. Como si supieran.

Y lo saben.

Mi madre me observa con los ojos algo húmedos, la sonrisa a medias, contenida. Marcos se echa hacia delante, ansioso por saber, pero respetuoso. Y mi padre…, mi padre tiene los brazos cruzados, la mirada al frente, la mandíbula tensa. Ni siquiera me mira a la cara.

Hasta que lo hace. Y entonces, sin cambiar el tono, sin levantar la voz, sin siquiera poner cara de derrota, suelta:

—¿Te bajo la maleta del altillo?

Trago saliva.

Doy un paso más y me apoyo en la barandilla de madera.

—Aún no he dicho que sí —murmuro sin necesidad de elevar la voz—. No he respondido al correo electrónico. No he dado una confirmación oficial…

Hago una pausa. Todos me siguen mirando.

—Pero en mi corazón… ya lo he hecho. Todo me dice que sí.

Mi padre asiente con gesto seco. No dice nada más. No necesita hacerlo.

Mi madre se pasa una mano por el pecho, como si se hubiera quitado un peso y se le hubiera clavado otro al mismo tiempo.

Marcos sonríe con ese brillo de orgullo que solo él sabe disimular tan mal.

Y aunque nadie lo celebra, aunque el aire se llena de ese silencio denso de las cosas importantes, todos lo damos por hecho.

Me voy.

Y esta vez… siendo yo.

El silencio sigue ahí, colgado entre nosotros, incómodo, pero sincero. Y quizás por eso, porque la noche empieza a caer y la atmósfera se vuelve demasiado espesa para seguir respirando dentro de casa, se me escapa en voz alta:

—¿Y si cenamos fuera hoy?

Todos me miran. Mi madre parpadea sorprendida. Marcos alza una ceja divertido. Mi padre frunce los labios, pero no dice que no.

—¿Dónde? —pregunta al final sin oponerse, solo curioso.

—¿No había un restaurante nuevo en el paseo marítimo? —pregunta Marcos, estirándose en la silla—. El que ha abierto hace poco, con terraza.

—Lo lleva Luigi —añado enseguida—. Es el novio de Laura. Puedo llamarle y ver si tiene mesa para esta noche.

Mi padre me sostiene la mirada unos segundos. Luego asiente.

—Hazlo.

Saco el móvil del bolsillo sin pensarlo más y marco su número. Luigi responde al segundo tono con esa energía suya inconfundible y, al decirle mi nombre, me asegura que en quince minutos nos tiene una mesa lista con vistas al mar.

—Listo —anuncio al colgar—. Nos esperan.

Mi madre se levanta sin decir nada y desaparece hacia dentro. Mi padre se estira la camisa, como si acabara de aceptar un trato silencioso con el destino. Marcos da un salto ágil desde la silla.

Yo me quedo un momento más en el porche, dejando que la brisa me roce la piel. No sé qué pasará mañana ni qué escribiré en ese correo electrónico.

Pero esta noche, por un rato, volvemos a estar juntos.

* * *

El restaurante de Luigi tiene una terraza amplia, decorada con luces cálidas y plantas colgantes. Hay música suave de fondo, un murmullo agradable de conversaciones veraniegas y el aroma a masa recién horneada y albahaca que lo inunda todo.

Nos acomodan en una mesa al borde del paseo, con vistas al mar. El cielo ya es casi negro, salpicado de las primeras estrellas, y una brisa suave mueve los manteles.

Luigi aparece a saludarnos con una sonrisa y dos besos, y se presenta a mis padres con ese entusiasmo que siempre tiene. Ellos asienten, algo cortados, y ojean el menú como si fuera un folleto de instrucciones.

—¿Qué es esto de *burrata*? —pregunta mi padre en voz baja, como si estuviera revelando un secreto.

—Queso —respondo sonriendo—. Como una *mozzarella* más cremosa por dentro.

Mi padre salta a la sección de pastas.

—¿Tienen espaguetis boloñesa? ¿Y macarrones?

—Papá, eso no está en la carta —dice Marcos, conteniendo la risa —. Pero seguro que si se lo pides, te lo hacen.

Luigi, que lo escucha todo desde cerca, confirma encantado que sí, que se lo preparan a su gusto.

Marcos y yo pedimos una pizza grande para compartir: mitad cuatro quesos, mitad *prosciutto* con rúcula. Cuando llega, caliente y perfecta, se nos escapa una sonrisa de niños.

La conversación fluye con naturalidad. Hablamos del calor que hace este verano, de los turistas que han llenado las calas, de la vez

que un cliente confundió el timón del velero con el freno de un coche.

—Y no paraba de girarlo —dice mi padre entre risas—, como si fuera a aparcar en medio del mar. Tuvimos que explicárselo tres veces.

—¿No era el sueco que se sacaba *selfies* con las boyas? —pregunta Marcos con la boca llena de pizza.

—¡Ese mismo! —respondo—. Iba en chanclas de piscina y decía que era marinero en sus ratos libres. No sabía ni nadar.

Mi madre se ríe tanto que casi se atraganta con el agua con gas.

—No sé cómo no acabáis todos los días con un ataque de nervios —dice limpiándose una lágrima de risa—. O borrachos.

—Bueno, lo del vino a veces ayuda —responde mi padre con media sonrisa, sirviéndose un poco más.

—Tendríamos que escribir un libro con las cosas que nos pasan ahí dentro —añade Marcos—. «Historias desde el velero: cómo sobrevivir al turismo extremo».

—No des ideas —respondo—. Que igual me pongo a ello cuando llegue el invierno.

—En Chicago nieva, ¿no? —pregunta mi madre, cambiando de tema de forma sutil.

—Sí, y mucho —respondo bajito, sin pensar.

Hay un silencio breve. Solo el ruido del mar, las risas de otras mesas y el tintinear de los cubiertos.

Pero llega el momento del brindis. Mi padre rellena las copas de todos. El silencio se acomoda entre los cuatro otra vez, como un huésped que no sabes si invitar a quedarse.

Marcos levanta su copa.

—Bueno… —dice mirando a todos—. Yo brindo por el futuro de mi hermana en Chicago.

Me congelo. Bajo la mirada, aprieto la servilleta con fuerza.

—Aún no he dicho que sí —murmuro casi sin voz—. No lo he decidido.

—No lo has dicho, pero ya lo sabes —responde él con una sonrisa tranquila—. Se te nota. En la cara. En cómo hablabas esta tarde.

—Igual es una locura —digo encogiéndome de hombros—. Está muy lejos. Estoy sola. Y no sé si…

—Sara —interviene mi madre con dulzura—. Nunca vas a estar sola del todo. Estaremos aquí. Siempre.

Mi padre no me mira de inmediato. Se toma su tiempo. Suspira. Luego levanta su copa también y habla con esa voz suya que no necesita gritar para doler.

—Y aunque me cueste reconocerlo…, si decides irte, te deseo mucha suerte, hija.

Me tiemblan un poco los labios. Mi madre parpadea rápido, como si se obligara a no llorar. Marcos me sonríe. Yo levanto la copa despacio, con los ojos húmedos, tragando el nudo que se me forma en la garganta.

—Gracias —digo.

—Por ti —dice Marcos, chocando su copa con la mía.

—Por lo que viene —añade mi madre.

Mi padre no dice nada más. Solo choca suavemente su copa con las nuestras y bebe de un trago.

Y brindamos.

Por lo que está por venir.

Por lo que dejamos atrás.

Y por esta noche, que de algún modo… se siente como una despedida anticipada.

Capítulo 4

El taxi se aleja dejando una nube de polvo y calor pegada al asfalto. Mi madre y yo nos quedamos quietas frente a la entrada de Park View Apartments, en el número 1936 de North Clark Street, con las maletas apiladas a nuestro alrededor como testigos mudos de lo que está a punto de empezar.

¡Estoy en Chicago!

—Bueno… —dice mi madre con una mezcla de asombro y agotamiento en la voz—. Esto es mucho más bonito de lo que me había imaginado.

No contesto. Estoy demasiado ocupada mirando hacia arriba. El edificio se alza elegante, con sus ladrillos rojizos y sus ventanales altos, como sacado de una serie de televisión. Justo delante, el Lincoln Park se extiende como una promesa verde entre tanto cemento. Más allá, aunque no se ve desde aquí, sé que está el lago. El lago Míchigan. Me suena grande, frío, inabarcable. Como esta ciudad.

—¿Sara? —pregunta mi madre tocándome el brazo—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. No sé si por costumbre o por no preocuparla. Me limpio las manos sudadas en los vaqueros y busco las llaves en el bolsillo interior de mi mochila. Las noto frías, metálicas, reales.

—Vamos a ver cómo es por dentro —digo sin mucha convicción.

Empujo la puerta con torpeza, como si fuera la entrada a una vida que aún no sé si quiero atravesar del todo. El vestíbulo es amplio, de

techos altos y suelos brillantes. Huele a aire acondicionado y a un tipo de limpieza que no llega a ser hogar. En la pared de la izquierda, un espejo gigante refleja nuestras caras medio dormidas y nuestras maletas, que parecen multiplicarse.

Hay una pequeña recepción de mármol oscuro con una persona uniformada detrás, mirando el móvil. Levanta la vista solo un segundo, nos asiente con educación y vuelve a lo suyo. Mi madre le sonríe de todos modos, como si fuera su obligación moral. Yo la imito sin saber muy bien por qué.

El ascensor es antiguo, de esos que tienen espejo dorado y botones que se iluminan en rojo. Subimos en silencio. Mi madre me aprieta la mano.

—Estoy orgullosa de ti —susurra como si no quisiera que el ascensor se enterara.

Yo no digo nada. Solo asiento otra vez.

El apartamento está en el quinto piso. La llave gira sin problema. Abro la puerta y me invade un olor a madera nueva y detergente barato, como si alguien hubiese intentado borrar las huellas de los que vivieron aquí antes. Me detengo en el umbral.

No es grande; más bien lo contrario. Una única habitación hace de salón, dormitorio y zona de cocina y comedor. Pero está amueblado por completo: una cama doble contra la pared del fondo, dos mesitas idénticas con lámparas pequeñas, un sofá blanco en forma de ele junto a la ventana, una mesa baja de cristal con una alfombra estampada y una cocina estrecha pero funcional, con electrodomésticos brillantes y encimera de granito. A la derecha, una puerta lleva al baño, que desde aquí parece diminuto pero limpio.

Mi madre entra detrás de mí, arrastrando una de las maletas pequeñas.

—Es… acogedor —dice con su voz de cuando no quiere herir mis expectativas—. ¡Y tiene luz natural!

Me acerco a las ventanas. Desde allí se ve el parque, verde y vibrante, como una postal de verano eterno. A lo lejos se distingue el rumor del tráfico y las bicicletas que cruzan los caminos de tierra, mezclado con alguna risa. Todo parece tan vivo ahí fuera…, y tan lejano.

—Vas a estar bien aquí —añade mi madre con una sonrisa que le llega hasta los ojos—. Lo sé.

Yo no lo sé. Pero quiero creerla.

—¿Te ayudo a deshacer alguna maleta? —pregunta sin moverse del sitio.

—No hace falta. Vamos primero a comprar algo para cenar, ¿no? —digo intentando sonar práctica.

Mi madre me observa como solo una madre puede hacerlo. Con cariño, con duda, con ese radar de emociones ocultas que ninguna otra persona tiene.

—Vale. Pero luego me dejas ayudarte.

—Prometido.

Cerramos la puerta detrás de nosotras. Y al salir, siento que por fin estoy dentro de mi propia historia. Una nueva, llena de incertidumbres, pero que he comenzado con mi madre, ya que no me ha dejado sola. Aun sabiendo que a mi padre no le gusta que viaje sola, lo ha hecho. Ha cogido sus cosas y ha volado conmigo diez horas para que yo sienta que la tengo a mi lado.

Ya estamos en la calle; el calor sigue ahí mismo, haciéndose notar entre los edificios. Mi madre saca el móvil y busca el supermercado más cercano.

—Mira este —dice señalando—. Hay un Jewel-Osco a pocas manzanas, en la intersección de Clark y Bryn Mawr.

Asiente mientras la pantalla muestra la ficha con el horario largo y la promesa de frutas frescas, carnes y verduras. Con eso bastará para arrancar.

Caminamos en dirección norte, entre coches y peatones. Los árboles de Lincoln Park dan sombra a ratos y, a ratos, se estrella el sol contra los cristales de las ventanas. Cruzamos dos calles más y llegamos a la puerta automática de Jewel-Osco: un paso más hacia la rutina, hacia lo cotidiano.

Dentro, el aire está frío y lleno de música suave que intenta colarse por los altavoces. Cogemos un carrito que suena al girarlo y me toca a mí elegir la fruta: me detengo frente a las manzanas rojas y verdes, las peras jugosas, los plátanos maduros. Meto unas cuantas sin pensar demasiado, como si al tomar cada pieza estuviera afirmando algo.

Mi madre va al pasillo de las verduras: pimientos, coliflor, carne fresca en bandejas transparentes. Regresa con un filete de pollo y un par de latas de bebida; las coloca en el carrito. Nos miramos y en su sonrisa hay alivio.

—Un poco de comida para los primeros días —murmura.

En la caja, mi madre paga mientras yo meto las cosas en bolsas reutilizables. El cajero dice algo sobre el calor; asentimos, sonreímos, seguimos. En menos de dos minutos estamos fuera, bolsas en mano, el aire caliente otra vez en la cara.

El camino de vuelta lo hacemos despacio. Cada paso retumba con la certeza de que ya no es una visita: es una mudanza a una ciudad nueva.

Cuando entramos al edificio cargadas con las bolsas, el ascensor tarda una eternidad en bajar. El vestíbulo está casi vacío, salvo por un ventilador que gira perezoso en una esquina. Al fin, un ding anuncia su llegada. Las puertas se abren y, justo antes de que

entremos, sale una chica que parece sacada de una película de surf: altísima, rubia platino, piel de porcelana y una sonrisa que podría venderte cualquier cosa sin esfuerzo. Lleva unos *shorts* vaqueros y una camiseta blanca que dice «Bondi Beach».

—¿Acabáis de mudaros? —pregunta con una voz melódica y un marcado acento australiano.

—Sí —respondo, algo descolocada por lo directa que es—. Bueno, yo. Ella es mi madre. Soy Sara.

—Encantada —dice dirigiéndose a las dos con una sonrisa que no decae—. Soy Kylie. Vivo en el 533.

—Yo en el 590 —respondo.

—¡Oh! ¡Entonces estás justo al final del pasillo! Tienes las mejores vistas, sin duda. Verás el parque entero desde tu ventana. Y si te asomas un poco…, hasta el lago.

—Eso suena bien —digo sonriendo por primera vez en un rato.

Kylie nos mira de arriba abajo, repara en las bolsas del supermercado.

—Primeras compras. Clásico. ¿Has encontrado el Jewel-Osco? ¿O has acabado en la tiendita cara de la esquina?

—El Jewel —respondo—. Gracias a Google Maps.

—Sabia elección. Lo otro es una trampa para turistas despistados —dice riéndose.

Hace una pausa, como si valorara si decir lo siguiente.

—Esta noche subimos algunos vecinos a la terraza común, sobre las diez. No es nada serio; llevamos algo de picar, unas cervezas, charlamos un rato. Si te apetece desconectar o conocer gente, pásate. Es informal, pero buena onda.

—Gracias…, lo pensaré —respondo agradecida.

—Sin presión. Solo trae lo que quieras beber y una sudadera, que a veces refresca ahí arriba. Bueno, ¡bienvenida al edificio!

Nos guiña un ojo y se despide con un gesto alegre antes de salir a la calle. Mi madre me mira con esa expresión de «¿has visto qué maja?» sin necesidad de decir nada.

—Ya tienes tu primer plan social. Y eso que todavía no has deshecho las maletas.

Sonrío, porque, sí, para mi sorpresa, ya tengo plan.

Nos adentramos en el ascensor y subimos hasta el quinto piso. Nada más entrar en el apartamento, mis ojos se clavan en el vestidor que hay justo enfrente de la puerta, donde las maletas están de pie, esperando a ser vaciadas y guardadas.

Como hemos dejado las ventanas abiertas para ventilar, me llega una buena ráfaga de aire fresco, aunque el sol aún calienta a pesar de la hora tardía.

—Oye, cuando lo miras por segunda vez no es tan pequeño —comenta mi madre mientras deja las bolsas sobre la encimera.

—No, el espacio está bien distribuido —le respondo, intentando ocultar lo agotada que estoy—. Además, las vistas valen la pena. Pensé que solo vería cemento y coches circulando sin parar, pero Diana ha buscado un buen lugar. Debo agradecérselo.

—Sí, hija, esa mujer ha hecho mucho por ti. Aunque sigo enfadada con ella porque me va a alejar de mi niña —dice mientras me abraza, y no imagina cuánto necesitaba ese gesto.

—Mamá, sabes que te quiero, ¿verdad? —La estrecho más fuerte —. Gracias por haber venido tan lejos. Si no fuera por ti, estaría sola y con dudas sobre si había elegido lo correcto.

—Sara, nunca vas a estar sola. —Nos miramos a los ojos y ambas los tenemos humedecidos—. Además, Kylie parece maja.

—Pues sí. —Nos reímos las dos y nos limpiamos las lágrimas.

—Primero pongamos algo en la nevera —dice mi madre mientras abre la puerta del frigorífico—. ¿Quieres que te ayude a sacar las

cosas?

—Por favor —le digo, liberada de carga.

Mientras ordenamos las compras, la cocina se llena de aromas: el pan recién abierto, el café molido que ya empiezo a necesitar, el frescor de la fruta.

—¿Te apetece algo caliente? —pregunta ella mientras enciende la cafetera.

Asiento agradecida. El sonido del burbujeo del agua me arrulla un poco y me hace sentir que aquí, en este piso nuevo, algo puede empezar a encajar.

—Hija, tendrás que comprar más cosas; con esto no tienes para nada.

—Iremos haciéndolo, mami. De momento tengo una semana para situarme antes de las clases.

Me acerco a la ventana y asomo la cabeza. Kylie tenía razón: el parque se extiende como una alfombra verde, salpicado de gente que pasea, corre o juega con perros. Al fondo, el lago brilla con destellos dorados, como un espejo gigante.

—Será el lugar perfecto para las mañanas —murmuro sonriendo.

Mientras sorbo el café, me permito un instante para respirar. Mañana será otro día, pero esta noche, con esta taza caliente entre las manos y las luces de la ciudad encendiéndose, me siento un poco más en casa.

Después de dejar la cocina en orden, nos ponemos con el vestidor. Sacamos la ropa de las maletas, colgamos abrigos y poco a poco el espacio empieza a parecer menos extraño y más mío. Al fin, agotadas, nos sentamos en el sillón del salón, apoyándonos en la mesa de centro para comer algo rápido.

—Esto ya se parece más a una casa —dice mi madre mientras muerde un trozo de sándwich—. Aunque aún falta mucho por hacer.

Asiento, satisfecha de estar ya un poco más instalada. Saco el móvil y la miro.

—¿Quieres que llamemos a papá? Para que vea cómo está quedando todo.

Ella sonríe y asiente. Marco el número y al poco aparece su cara en la pantalla.

—¿Qué tal, chicas? —pregunta con voz cansada pero feliz de vernos.

Le muestro el salón y el vestidor, y aunque no dice nada, su expresión lo dice todo: preocupado, serio, con un punto de nostalgia.

—¿Y las vistas? —insiste mi madre con una sonrisa—. ¿Has visto la luz que entra? ¡Y ese parque justo ahí enfrente! Seguro que eso la anima.

Papá asiente despacio y por un momento parece que se relaja un poco.

—Sí…, tiene buena luz —murmura—. Eso cuenta mucho.

—Ya sabes que la decisión fue difícil, pero aquí estamos, empezando algo nuevo —le digo intentando transmitirle seguridad.

—Lo sé, hija —responde con un deje de orgullo en la voz—. Solo quiero que seas feliz.

Nos quedamos unos minutos más hablando, hasta que la conversación se vuelve más ligera y entre bromas, como si así borráramos un poco los kilómetros que nos separan.

Colgamos con la sensación de que, aunque todo está lejos y aún por hacer, no estamos de verdad solas.

Mi madre está tan cansada por el *jet lag* que me pide acostarse. No discuto; sé que ha sido un día largo para las dos. La única cama del apartamento es grande, así que durante unos días la compartiremos. Ella se cambia de ropa y se tumba para descansar

mientras yo miro a mi alrededor tratando de no hacer ruido, porque sé que cualquier sonido podría molestar su descanso.

El reloj me llama la atención: son las diez y veinte. Afuera, la luz del atardecer se ha transformado en la calma azul de la noche. Las últimas pinceladas de sol se cuelan tímidas por la ventana, parece que pintara las paredes con tonos suaves y dorados. Me quedo unos segundos contemplando esa tranquilidad que contrasta con el torbellino de emociones que tengo dentro.

No lo dudo más. Me levanto con cuidado, abro el frigorífico y cojo una botella de vino que compré esta misma tarde con la esperanza de este momento. Me sirvo una copa; el líquido rojo y brillante parece prometerme un respiro, un instante para mí misma.

Salgo en silencio del apartamento, cerrando la puerta con suavidad para no despertar a mi madre, y me dirijo a la terraza común. La escalera cruje bajo mis pasos y el aire fresco de la noche me recibe como un bálsamo.

Quiero descubrir qué es eso que Kylie me ha prometido. Quiero saber si aquí, en esta ciudad y en este piso nuevo, podré empezar a sentirme en casa.

El espacio está iluminado con bombillas que cuelgan en hileras, creando un ambiente cálido y acogedor. Alrededor, varias mesas y sillas están distribuidas en pequeños grupos y en un extremo veo las barbacoas, por ahora tapadas, esperando quizá a ser encendidas más tarde.

Las vistas me dejan sin aliento. La ciudad se extiende a mis pies, un manto de luces que parpadean como estrellas caídas, y al fondo, la silueta oscura del lago refleja la luna. Es un contraste perfecto con la calma del parque que se ve desde mi ventana.

Entonces, una voz me saca de mi asombro.

—¡Sara! —Es Kylie, que aparece con una sonrisa amplia y me invita a acercarme—. Ven, quiero que conozcas al resto.

Me acerco un poco tímida, pero Kylie me sujeta del brazo con confianza y me presenta a los vecinos.

Primero está Maverick, vecino del 322, un hombre alto y serio que parece más bien reservado, con gafas y barba corta; luego Julia, del 799, una mujer de risa fácil y cabello rizado que ya me lanza una sonrisa cómplice; al lado de ella, Rhys, del 512, un chico con vaqueros desgastados y camiseta de música alternativa, que levanta la mano en señal de saludo.

Cada uno tiene su estilo, su manera de ser, y poco a poco siento que ese grupo, tan distinto entre sí, puede ser un buen comienzo para mí aquí.

—No te preocupes, Sara —me susurra Kylie—. Aquí somos una pequeña familia, ya verás.

Mientras tomo un sorbo de vino, dejo que la noche me envuelva y que la sensación de estar empezando algo nuevo me calme un poco el pecho.

Capítulo 5

—¿Y tu madre? —me pregunta Kylie, dándole un sorbo a su cerveza mientras nos sentamos en un banco de madera algo gastado pero cómodo.

—Se ha acostado —respondo, sonriendo con cierta ternura—. Acabamos de llegar esta tarde desde España y está rendida.

—¿España? —interviene Julia, que se acerca con una copa en la mano y se sienta a mi otro lado—. ¡Qué envidia! ¿De qué parte?

—Ibiza —contesto, a sabiendas de que esa palabra siempre despierta alguna reacción.

—¡Oh, *wow*! Playa, sol y fiestas, ¿no? —dice Rhys desde su rincón con una sonrisa ladeada.

—Sí, aunque no todo es fiesta, ¿eh? También hay gente normal que vive allí todo el año —digo riéndome—. Como mis padres, por ejemplo.

—¿Y has venido por trabajo? —pregunta Maverick, que hasta ahora había estado en silencio. Su voz es más amable de lo que esperaba.

Asiento.

—Sí. Empiezo a trabajar como profesora en un colegio la próxima semana. De español y literatura española.

—¡Anda! Tenemos una celebridad en el edificio —dice Kylie, bromeando—. Yo ni me atrevería a hablar en otro idioma que no sea inglés.

—Eso dices tú, pero con tu acento seguro que el español te suena hasta bonito —le respondo, y todos se ríen.

El ambiente es distendido, fácil. Nada forzado. Cada uno tiene su copa en la mano, hay un cuenco de nachos en el centro y una *playlist* suena bajito desde un altavoz que alguien ha dejado cerca de una maceta con plantas aromáticas.

Por primera vez desde que aterricé, no siento esa presión constante en el pecho. Solo un poco de paz, de aire fresco y la sensación de que quizás… este lugar también pueda ser mío.

—¿Y vosotros a qué os dedicáis? —pregunto curiosa, mientras me acomodo con la copa entre las manos. Me apetece saber más de estas personas que, por ahora, son las únicas caras conocidas en esta ciudad inmensa.

—Yo soy diseñadora gráfica —responde Julia antes de darle un sorbo a su vino—. Trabajo desde casa, así que, si me ves en pijama en el ascensor a las tres de la tarde, ya sabes por qué.

—Y con ese pelo rizado no hay forma de disimular que acaba de levantarse —bromea Rhys, y todos nos reímos.

—Tú no hables, que llevas los mismos vaqueros desde que te mudaste —le replica ella con una sonrisa.

—Trabajo en una tienda de discos —dice Rhys, encogiéndose de hombros—. Es pequeña, pero con alma. Y sí, me pagan por hablar de música todo el día. Un sueño.

—Yo estoy en ingeniería de *software* —dice Maverick, que parece que mide cada palabra antes de soltarla—. Teletrabajo también, así que valoro mucho estas noches para ver humanos y ser un poco social.

—Y yo soy instructora de yoga y pilates —interviene Kylie—. Pero aviso: jamás intento reclutar vecinos, así que puedes estar tranquila.

Solo los ayudo si me lo piden desesperados después de una mudanza.

—Anotado. —Me río.

La conversación fluye con naturalidad, entre bromas y anécdotas breves. Me sorprende lo distintos que son entre ellos y, sin embargo, lo bien que encajan. Hay algo acogedor en este grupo, algo que me hace sentir menos extranjera.

Miro mi copa, que ya está medio vacía, y luego levanto los ojos al cielo. Desde aquí, las estrellas se dejan ver entre las luces de la ciudad. Respiro hondo. Tal vez no todo esté resuelto, pero esta noche es un buen comienzo.

—Bueno… —digo después de un rato, mirando el reloj del móvil—. Sintiéndolo mucho, creo que me voy a ir a la cama.

—¡Nooo! —se queja Julia con un dramatismo exagerado, levantando los brazos—. ¡Acabas de llegar!

—Un ratito más —añade Kylie, dándome un pequeño codazo amistoso—. Aunque sea hasta que termines la copa.

Miro el vino que me queda. No es mucho. El líquido se balancea con suavidad en la copa bajo la luz cálida de las bombillas que cuelgan por encima de nuestras cabezas. Desde aquí, las guirnaldas de luz parecen flotar en el aire, como luciérnagas atrapadas en una coreografía tranquila. El aire huele a verano tardío: a madera caliente, a césped recién regado y a ese aroma indefinible que tiene una ciudad cuando se va apagando.

—Vale. —Sonrío con rendición—. Hasta que me acabe esto.

—Eso me parece justo —dice Rhys, alzando su botella en un brindis silencioso.

Me acomodo mejor en la silla, cruzo las piernas y dejo que la brisa nocturna acaricie mis mejillas. Aquí arriba, el mundo parece un poco más pequeño, más manejable.

—Por cierto —dice Julia de repente, inclinándose ligeramente hacia mí—. Me encanta tu pelo rojo. Contrasta con lo dulce que pareces. Es inesperado. Y eso me gusta.

El comentario me toma por sorpresa. Coloco un mechón tras la oreja, sin darme cuenta, y noto que sonrío. Pero esta vez no es la sonrisa educada que ofrezco cuando alguien dice algo bonito sin conocerme. Es una sonrisa de esas que nacen desde dentro, suaves, agradecidas.

Porque esta soy yo. Con el pelo rojo y más corto, con la ropa que quiero llevar, sin tratar de parecer perfecta ni de encajar en un molde que nunca ha sido mío. No soy la imagen que otros han querido ver en mí. No aquí. No esta noche. No a partir de ahora.

Aquí, entre extraños que me han acogido sin hacerme preguntas complicadas, me permito ser simplemente Sara. Tal como soy. Sin tener que explicarme. Sin miedo a lo que puedan pensar.

Y eso…, eso se siente increíblemente bien.

Termino el último sorbo de vino, disfrutándolo. La copa vacía se queda tibia entre mis manos mientras contemplo el perfil lejano de los rascacielos y el reflejo tembloroso de las luces sobre el lago.

Este lugar, este edificio, estas personas… Tal vez no sean todavía mi hogar, pero por primera vez pienso que podrían llegar a serlo.

Rhys es el primero en levantarse. Lo hace sin prisas, estira un poco los brazos antes de recoger su botellín y se dirige a la salida con pasos tranquilos. Parece moverse al margen de todo, como si no necesitara decir demasiado para hacerse notar. Tiene ese tipo de presencia que no busca atención, pero la tiene igual.

Aprovecho el momento. Levanto mi copa vacía y la muestro al grupo con una pequeña sonrisa.

—Creo que este es mi momento para huir —anuncio.

—¡Bien jugado! —dice Julia con una risita cómplice.

—Nos vemos, Sara. Me alegra que hayas venido —añade Kylie.

—Hasta pronto —dice Maverick, medio tumbado en su silla.

Recojo mi copa de vino y me encamino hacia la puerta justo cuando Rhys la abre. Me mira solo un segundo, apenas una mirada de reconocimiento, pero algo en su gesto me resulta familiar. O cómodo. Como si ya nos conociéramos de otra vida.

—¿Planta cinco? —pregunta mientras pulsamos el botón del ascensor.

—Sí —confirmo.

Entramos y durante unos segundos reina un silencio fácil, de esos que no pesan. A mi lado, Rhys no parece incómodo. Al contrario, parece habitar el silencio como si le perteneciera. Me gusta eso. Yo también soy así. Nunca me ha gustado rellenar espacios con palabras solo por obligación.

Las puertas se cierran y el ascensor desciende con su zumbido sordo.

—¿Qué tipo de música te gusta? —pregunta de pronto, sin mirarme del todo.

La pregunta me toma un poco por sorpresa. No porque sea rara, sino por el momento: justo cuando creía que no iba a decir nada más.

—Pop variado… —respondo, bajando un poco la voz—. Ya sabes, lo típico. Comercial, fácil de cantar. Lo que suena en la radio y no puedes sacarte de la cabeza.

Me encojo de hombros, algo avergonzada por la respuesta. Espero que no me vea como alguien superficial.

Pero él solo asiente. No se ríe, no me juzga, no dice «oh, claro», ni se lanza a hablar de bandas *indie* que no conozco. Solo asiente, como si cada cosa que digo fuera válida.

—Ajá —murmura como archivándolo en su cabeza.

Me sorprende lo sencillo que ha sido hablarle. Lo natural. No tengo que explicar mis silencios ni disfrazar lo que me gusta.

El ascensor se detiene y salimos al pasillo en silencio. Las bombillas tenues iluminan la alfombra gris y los números de las puertas. Caminamos lado a lado, sin hablar, y sin embargo no me siento sola.

Cuando llegamos al punto en el que nuestros caminos se separan, me detengo.

—Buenas noches —le digo, volviéndome hacia él.

Rhys me mira y esta vez se detiene también. Su mirada es tranquila, sin apuro, como si pudiera quedarse un poco más ahí, parado frente a mí.

—Buenas noches, 590 —dice con una sonrisa leve, casi imperceptible, pero genuina.

Se da la vuelta y camina hacia su puerta. Yo lo observo hasta que entra en el 512 sin hacer ruido.

Cuando entro al apartamento, sonrío abiertamente. Me deshago de la ropa, la dejo encima del sillón y me deslizo en la cama con cuidado de no despertar a mi madre, pero mi mente sigue despierta. Repaso cada momento de la noche: la terraza, las luces, las risas, las presentaciones... y la conversación silenciosa con Rhys.

Hay algo en él que me resulta familiar. Como una versión masculina de lo que soy cuando bajo todas mis defensas. Como si pudiera entenderme sin tener que decir mucho. Y no estoy acostumbrada a eso.

Estoy a punto de cerrar los ojos cuando escucho su voz, apagada pero clara en la oscuridad.

—¿Qué tal ha ido la toma de contacto con los vecinos?

Me giro hacia ella, sorprendida.

—¿Estás despierta? ¿Te he despertado yo?

—No, ya sabes que a veces me desvelo... Y te he oído entrar. Pero tranquila, estaba medio dormida. Solo tenía curiosidad.

Sonrío en la penumbra. Aun sin verme, sé que espera una respuesta que la tranquilice. Una señal de que todo esto, el cambio, el salto, el adiós, ha valido la pena.

—Ha ido bien —respondo con sinceridad—. Mejor de lo que pensaba. Hay un grupito que se junta en la terraza por las noches. Nada raro: unas copas, charla... Son todos muy distintos entre sí, pero me han hecho sentir bienvenida. Como si ya me conocieran un poco, ¿sabes?

—Eso me alegra —dice en voz baja. Y aunque no la veo, puedo imaginar su expresión: la mezcla de alivio y orgullo.

—Julia es diseñadora gráfica; Maverick, algo de *software*, no sé bien; Kylie da clases de yoga; y Rhys trabaja en una tienda de discos… Y es uno de los vecinos de nuestra planta; es bastante callado, pero majo. Me ha acompañado en el ascensor —añado, casi sin querer.

—¿Rhys? —repite, medio sonriendo, con ese tono de madre que detecta enseguida los matices.

—Nada, mamá. Solo hemos hablado un poco. Pero… no sé. Me sentí cómoda. Como si... fuera fácil estar con él. Y eso no me pasa mucho.

Hay un silencio breve y luego su voz cálida.

—Me gusta que hayas sentido eso. Lo vas a necesitar en esta ciudad. Sentirte tú misma, sin esfuerzo.

—Sí —susurro—. Creo que, por primera vez en mucho tiempo, eso es justo lo que ha pasado. He sido yo. Sin más.

—Entonces ya estamos bien encaminadas —dice con un suspiro suave, y cierra los ojos otra vez.

Me acomodo bajo las sábanas con el corazón más ligero.

Y mientras la ciudad respira allá afuera, por primera vez siento que puedo descansar de verdad.

* * *

Unos golpes suaves en la puerta nos sobresaltan a las dos. Me incorporo de golpe en la cama, desorientada, mientras mi madre se despereza a mi lado con los ojos aún entrecerrados.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, medio dormida.

—Han llamado —respondo en voz baja, mirando el reloj del móvil —. Son las ocho y cuarto.

Camino descalza por el suelo aún frío del apartamento y abro la puerta con cuidado. Al otro lado está Julia, tan radiante como anoche, con su moño deshecho, una camiseta ancha que dice «Coffee first» y una caja de cartón entre las manos.

—Buenos días, pelirroja —saluda, mientras alza la caja como si fuera un trofeo—. Esto es para ti. Es la bienvenida oficial al edificio.

Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Dónuts?

—Dónuts de la mejor panadería de la calle Clark. Confía en mí, son casi una religión por aquí.

—Guau…, muchas gracias. —Abro más la puerta, divertida—. Pasa, por favor.

Julia entra con paso ligero, como si ya conociera el lugar, y deja la caja sobre la mesita del salón. Mi madre aparece desde el pasillo, con una bata fina y el pelo alborotado. Parpadea al ver a la visita.

—Hola… —dice en inglés con un acento fuerte, pero con esa calidez que atraviesa cualquier idioma—. Gracias por… el dulce desayuno. Muy amable de tu parte.

Julia se ríe con dulzura, como si entendiera perfectamente no solo las palabras, sino la intención detrás.

—De nada. Pensé que ambas necesitarían algo dulce esta mañana.

Mi madre se acerca un poco más, visiblemente emocionada, y toma a Julia de la mano durante un segundo. Su expresión cambia: de la cortesía pasa a algo más íntimo, casi maternal. La mira a los ojos con un brillo que reconozco enseguida.

—Por favor…, cuida de ella —dice con un acento más marcado, pero una voz firme—. Su familia está… lejos. Y ella es… mi todo.

Julia baja un poco la cabeza y aprieta su mano con suavidad, como si ese gesto sellara un pacto silencioso.

—Lo haré. Lo haremos —responde con sencillez—. Aquí nadie está solo, se lo prometo.

Yo me quedo quieta, observándolas. No suelo ver a mi madre emocionarse así delante de desconocidos, pero hay algo en Julia, en su energía, en su forma de mirar, en su forma de estar, que lo hace fácil. Que hace que quieras confiar.

—Gracias —susurro.

Julia me guiña un ojo y levanta la tapa de la caja.

—Venga, abrid paso. Tengo uno con glaseado de arce que grita tu nombre.

Y mientras el aroma cálido del azúcar se mezcla con la luz suave de la mañana, entiendo que la vida, incluso lejos de casa, sabe buscar sus propios pequeños milagros.

Capítulo 6

El despertador suena a las siete en punto. No lo necesito; llevo despierta desde antes de que amaneciera, mirando el techo en silencio. Es mi primer día en el colegio. Sin alumnos todavía, pero igual de importante. Hoy conozco a mis compañeros. Hoy empiezo de verdad.

Me levanto despacio, arrastro los pies descalzos hasta la cocina, donde el olor del café recién hecho comienza a llenar el aire. Lo programé anoche. Pequeñas estrategias para no echarme atrás por la mañana.

Mientras se calienta una tostada, me asomo por la ventana del salón. La ciudad despierta despacio, pero con más ritmo que yo. El cielo es una mezcla de azules suaves y naranjas, y el parque frente a casa ya tiene corredores y paseadores de perros. Me detengo un momento solo para respirar. Hace dos días que mi madre volvió a Ibiza y esta es la primera mañana en la que estoy sola de verdad.

Echo de menos su presencia, aunque nunca lo admitiría. Echo de menos su voz en la cocina o su risa al contarme algo absurdo. Pero también hay algo reconfortante en este silencio nuevo. Es mío.

Desayuno en la barra, de pie, mientras repaso mentalmente lo que tengo que llevar. Ordenador, carpeta, botella de agua...

Luego me ducho, elijo una blusa azul claro y unos pantalones oscuros. Me maquillo apenas, lo justo para parecer despierta y no ir recargada. El pelo rojo, ligeramente ondulado, lo dejo suelto. Me miro en el espejo y, por primera vez en mucho tiempo, me gusta lo

que veo. No es una versión que alguien haya diseñado para mí. Soy yo.

Antes de salir, echo una última mirada al apartamento. Todo está en orden. Las plantas tienen agua, el portátil está cargado y la ventana del salón deja entrar una luz cálida que pinta el suelo de amarillo.

El aire de la calle me recibe fresco, pero no frío. El final del verano todavía se resiste. Bajo los escalones del edificio y empiezo a caminar. Según Google Maps, el colegio está a unos quince minutos a pie.

Y así, con el bolso al hombro, sigo la calle que todavía no me sé de memoria, pero que no tiene pérdida: es todo recto. Paso por un café que huele tan bien que casi me tienta a detenerme, por una librería con escaparates llenos de títulos que quiero leer y por una panadería con bollos aún en la bandeja. Todo tiene ese aire de nuevo, pero no me asusta.

Cuando empiezo a ver la estructura del colegio desde lejos, mi estómago se aprieta. Me detengo en la acera contraria solo para observarlo. Es real. Voy a dar clase allí dentro. Yo. Sara Pérez.

Cruzo la calle con paso firme. Hoy no hay adolescentes con mochilas ni timbres sonando, pero el corazón me late como si fuera mi primer día de instituto.

Y tal vez lo sea, pero desde el otro lado.

Nada más cruzar la puerta principal del edificio, respiro hondo. El interior es luminoso, amplio, con techos altos y suelos relucientes. Todo parece sacado de una serie americana: los pasillos pulidos, los carteles motivacionales en las paredes, el murmullo lejano de pasos y voces.

Y entonces lo veo.

—¡Sara! —me llama una voz desde el fondo del vestíbulo.

Levanto la vista y reconozco al instante la figura alta y delgada de Bruce, con su camisa remangada, gafas de pasta y esa energía entusiasta que ya me había llamado la atención cuando hablamos por videollamada desde Ibiza. En la pantalla parecía simpático. En persona… es todavía más expresivo.

—¡Bruce! —digo, sonriendo mientras me acerco. Me sorprende lo natural que suena decir su nombre.

Me recibe con un abrazo rápido, cálido y sin reservas, como si fuéramos viejos conocidos y no dos compañeros que apenas han intercambiado unas cuantas frases a través de una pantalla.

—No sabes lo bien que sienta ponerle cuerpo tridimensional a tu cara —bromea un poco—. Y sin pixelar.

—Y sin sonido desfasado —añado yo, riendo—. Aunque echo de menos tener un fondo de mar detrás de mí.

—Créeme, nadie puede competir con una videollamada desde Ibiza. El resto parecíamos atrapados en una oficina de seguros.

Nos reímos y, por un momento, se disipa toda la tensión que llevaba en los hombros. Bruce transmite esa calma amigable de quien sabe que un buen ambiente de trabajo empieza con una sonrisa.

—¿Has encontrado bien el colegio? —pregunta mientras caminamos juntos por el pasillo principal.

—Sí, he venido andando. Quería empezar el día conociendo la zona.

—Buena decisión. Este barrio tiene sus encantos, ya verás. Y no te preocupes por nada hoy, iremos con calma. Todo el mundo está deseando conocerte.

—Eso suena... un poco intimidante —digo, aunque sonrío.

—Tranquila, somos un equipo bastante relajado. Aunque tenemos nuestras rarezas, como todo claustro. Ya verás.

Subimos las escaleras hacia la sala de profesores. La puerta está entreabierta y, al empujarla, me encuentro con una gran mesa ovalada rodeada de sillas. Algunos ya están sentados, charlando animadamente con tazas de café humeante en la mano. Otros entran tras de mí, y se saludan con abrazos breves o gestos cómplices.

Una mujer de rostro amable y gafas de pasta se acerca a mí con una energía serena.

—¡Hola! Tú debes de ser Sara Pérez, ¿verdad? Soy Isabella Ramírez, doy Historia en *Middle School*. Bienvenida —me dice, extendiéndome la mano con una sonrisa cálida.

—Sí, soy yo. Gracias. La verdad es que estoy un poco... abrumada todavía.

—Es normal, el primer día siempre es un pequeño caos. Pero te va a gustar. —Me guiña un ojo—. Siéntate con nosotras.

Me acomodo entre ella y otra mujer más mayor, de pelo gris recogido con esmero en un moño.

—Angelina, Latín y Griego Clásico —se presenta sin dejar de revisar unos horarios—. Me alegra ver caras nuevas.

Asiento, todavía ubicándome. Más profesores siguen entrando. Un hombre alto, de piel morena y sonrisa amplia, se presenta como Thomas Green, Historia en *Upper School*. A su lado, una joven pelirroja con vaqueros rotos y una camiseta de David Bowie se sienta con su taza de café reutilizable.

—Aurora Shepard, Teatro. Y sí, ya sé que parezco más una alumna que una profesora —bromea.

Ríen. Me relajo un poco.

Cuando todos están sentados, una mujer de voz firme que reconozco al instante sin necesidad de girarme, ya que es la directora, la misma que me hizo la entrevista por videollamada, da la

bienvenida y pide que nos presentemos brevemente para que los nuevos sepamos quién es quién.

Mi turno llega rápido. Me aclaro la garganta.

—Soy Sara Pérez. Daré Español en *Middle School*, sobre todo a séptimo y octavo grados —digo, más segura de lo que pensaba.

—¡Perfecto! Nos hacía falta alguien como tú, Sara —dice David Chen, profesor de Matemáticas, desde el otro lado de la mesa—. ¡Bienvenida!

Sigo escuchando las presentaciones mientras memorizo caras y nombres: Nicole Evans, profesora de Ciencias en *Upper School*, parece de esas personas organizadas al milímetro. Víctor Vega, idiomas modernos, tiene una voz suave y amable, y me da la sensación de que es de los que saben escuchar. Jonathan Cruz, el profe de mates del *Upper School*, no para de bromear con todos.

La reunión sigue entre instrucciones del curso, temas administrativos y avisos de los nuevos horarios. Yo observo, tomo notas, me esfuerzo en no perderme. Pero, por encima de todo, empiezo a sentir que pertenezco. Al menos por ahora, este lugar no parece tan intimidante como me lo pareció Colinton.

Y mientras la reunión continúa, me permito una pequeña sonrisa. Este es el primer paso. Y no ha estado nada mal.

La jornada pasa en un torbellino de presentaciones, pasillos nuevos, listas de materiales y normas internas. A pesar del cansancio, hay algo que me reconforta: la sensación de que todo empieza a tomar forma. He conocido al equipo, he visto mi aula, incluso he dejado un par de libros en mi mesa. Estoy oficialmente aquí.

Cuando cruzo la puerta principal al final del día, el cielo ya empieza a teñirse con tonos dorados. Y ahí está Bruce, apoyado de

manera despreocupada en la barandilla exterior, con una botella de agua en la mano.

—¡Sobreviviste! —dice con media sonrisa.

—Por poco —respondo—. ¿Este ritmo es normal?

—El de hoy ha sido suave —bromea—. Pero te acostumbrarás. ¿Te vas andando?

Asiento, ajustando la correa del bolso sobre mi hombro.

—Sí. La idea es intentar no perderme en el camino. Aunque ya he hecho el recorrido esta mañana.

Bruce se separa de la barandilla y camina conmigo unos pasos.

—Escucha, cualquier cosa que necesites —dice mientras rebusca en el bolsillo trasero de su pantalón y me tiende una pequeña tarjeta —, llámame. Vivo a solo unas calles de aquí. Si un día necesitas ayuda con algo del cole, cargar cajas, huir de una cena incómoda o lo que sea…, me mandas un mensaje.

—Gracias, Bruce. En serio. —Tomo la tarjeta y sonrío con sinceridad—. Es bonito saber que tengo a alguien cerca.

Él se encoge de hombros con una naturalidad encantadora.

—¿Y tú? ¿Cómo te va en tu nuevo hogar? ¿Te has aclimatado?

—Para mi sorpresa, bien —respondo—. Vivo en un edificio donde he conocido a varios vecinos muy majos. Por las noches subimos a la terraza común, tomamos algo, charlamos… Me he sentido bastante integrada desde el primer día.

—¿En serio? —Bruce parpadea, un poco sorprendido—. Qué rápido. Me alegra un montón; no siempre es tan fácil aterrizar en esta ciudad.

—Sí, ha sido suerte —asiento con lentitud—. Y también creo que…, no sé, necesitaba justo eso: conectar.

Bruce asiente despacio, como si entendiera algo más de lo que estoy diciendo.

—Pues no pierdas eso. El trabajo aquí puede absorberte si te dejas, y es importante tener vida fuera de estas paredes.

Nos detenemos en una esquina, justo donde él tiene que doblar para ir en dirección contraria.

—Entonces, ¿nos vemos mañana? —pregunta con una sonrisa.

—A primera hora. Y con café.

—Perfecto. Que tengas buena noche, Sara.

—Igualmente, Bruce. Y gracias otra vez.

Mientras se aleja calle abajo, me quedo un momento en la esquina con su tarjeta aún en la mano. Ha sido un día largo, sí, pero hay algo en el aire, quizás las luces que empiezan a encenderse o la promesa de una noche tranquila en la terraza, que me dice que tomé la decisión correcta.

Por primera vez desde que estoy aquí, el vértigo de lo desconocido cede paso a algo más cálido: pertenencia. Una sensación que en Colinton jamás me acompañó.

Cuando llego a mi puerta, aún tengo el móvil en la mano y estoy buscando las llaves en el fondo del bolso cuando escucho risas contenidas. Alzo la vista y me encuentro a Kylie y Maverick sentados en las escaleras del rellano, como si me estuvieran esperando.

—¡Ahí estás! —dice Kylie, poniéndose de pie de un salto como si fuera de goma—. ¡Perfecto! Llegas justo a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —pregunto con una ceja levantada, aunque una parte de mí ya sospecha que esto no será tan simple como un saludo casual.

Maverick me lanza una mirada de súplica, con las manos juntas en un gesto de oración muda. Kylie lleva el pelo recogido en una coleta ridículamente perfecta y viste un conjunto deportivo que parece salido de un catálogo carísimo. Nunca la había visto tan *fit*.

—¿Qué está pasando? —repito, y esta vez los miro a los dos como si intentara atrapar a unos adolescentes en plena travesura.

—Clase de yoga en el parque. En diez minutos —anuncia Kylie como si dijera «nos vamos a tomar un helado», con total naturalidad.

—¿Clase de qué?

—Yoga. En. El. Parque —repite más despacio y con voz cantarina —. Gratis, al aire libre, con una instructora buenísima y vistas al lago. Vamos todos, incluso Rhys y Julia ya están allí. Solo faltas tú.

—Kylie… —Intento interponer algo parecido a una excusa, un muro, una señal de alto emocional, pero ella ya me coge del brazo.

—No me digas que no tienes mallas. Todo el mundo tiene unas mallas. Ve, cámbiate, tienes diez minutos.

—Es que acabo de llegar de trabajar…

—Y por eso mismo —interrumpe Maverick con súbita energía— lo necesitas. Ven, por favor. —Y de nuevo hace ese gesto desesperado de «no me dejes solo con esta gente».

Sus ojos me suplican con una intensidad que me hace reír.

—No sé, chicos… —Me hace reír—. Yo no soy muy buena con eso de doblarme como un *pretzel* gigante.

—¡No hay que ser buena! —dice Kylie, arrastrándome hacia la puerta de mi apartamento—. Solo necesitas presentarte y respirar. Lo demás lo hace el universo.

—¿Ahora también eres chamana? —respondo, ya con la llave en la cerradura.

—No, pero me estoy entrenando.

—Esto va a doler, ¿verdad?

—Cada fibra de tu ser. Pero después te sentirás como si hubieras renacido.

—Si sobrevivo —murmuro.

En cinco minutos me planto con unas mallas negras, una camiseta suelta y una coleta algo decente. Salgo de nuevo al rellano, donde Maverick me aplaude en silencio como si hubiera ganado una medalla.

—Gracias, gracias, gracias —me dice con los labios, sin voz—. Me estaban arrastrando y necesitaba una aliada.

—No me mires así; solo voy para que no me sigan tocando el timbre cada vez que se aburren.

—Mentira. Sabes que nos amas.

Y sí. Puede que un poco.

Bajamos los cinco pisos a toda velocidad y salimos a la calle justo cuando el cielo empieza a encenderse con los tonos anaranjados del atardecer. El aire huele a césped cortado, a verano que se resiste a irse. A ciudad viva.

—¿Y cómo es la instructora? —le pregunto a Maverick mientras trotamos cruzando la calle, como si no supiera que es Kylie, mi amiga.

—Parece una mezcla entre una bailarina de *ballet* y una monja budista. No suda. No parpadea. No se le mueve un pelo.

—¿Y tú por qué vas?

—Por la iluminación espiritual, obvio —contesta con ironía—. Y porque Julia amenaza con dejarme sin *brownies* si no hago cardio social al menos dos veces por semana.

—Ah, la clásica motivación por comida. Funciona.

Llegamos al parque y allí están: Rhys sentado sobre una esterilla, saludándome con la cabeza; Julia charlando con una pareja que no conozco; y una mujer alta y delgada con trenzas infinitas que parece levitar más que caminar. Y Kylie se coloca frente a todos. Ella será, sin duda, la instructora mágica.

—¡Venga! ¡A fluir!

Respiro hondo. Estiro un poco los hombros. No sé si estoy lista para esto, pero supongo que eso es lo de menos.

Hoy me dejo llevar. Me dejo cuidar. Me dejo descubrir cosas que jamás habría imaginado hacer en otra ciudad, en otra vida. Y por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en el pasado ni en lo que vendrá. Solo estoy aquí. En este parque. Con esta gente. Respirando.

Y fluyendo.

Capítulo 7

—¡*Namasté*! —finaliza Kylie, mientras junta las palmas con energía contagiosa—. ¡Gracias por regalaros este momento!

Algunos aplauden, otros se tumban un rato más, en silencio. Julia se acerca para ayudar a recoger las esterillas. Rhys le ofrece una botella de agua a la pareja que antes charlaba con ella. Y la mujer de las trenzas infinitas da una voltereta sin razón aparente antes de ponerse de pie.

Yo me estiro con los brazos en alto y suelto un suspiro largo, de esos que pesan y aligeran a la vez. Y entonces, la siento.

—Ha estado bien, ¿verdad? —dice una voz suave a mi izquierda.

Me giro y veo a una chica muy delgada, con una coleta rubia peinada con esmero. Lleva unas mallas blancas impecables y un top a juego, ambos de tejido técnico que parece más caro que funcional. Todo en ella transmite elegancia sin esfuerzo. A su lado, cuidadosamente dispuestas sobre el césped, hay una esterilla, una botella térmica y una mochila de lona rígida, todo en tonos crema y visón, con detalles dorados. Todo a juego. Todo de firma. Tiene un aire de editorial de moda, pero su sonrisa es cálida, cercana, desarmante.

—Sí —respondo, aún con la respiración lenta—. Mucho mejor de lo que imaginaba.

—Soy Blue —añade, tendiéndome la mano como si selláramos un pacto secreto.

—Sara —contesto, y se la estrecho con una sonrisa que me sale sola.

—¿Eres nueva por aquí? Porque no te había visto nunca en las clases. Y yo no me pierdo ninguna.

—Muy nueva. Es la primera —digo, y noto que con eso basta. No tengo que dar más explicaciones.

—Pues bienvenida. Seguro que repites. Kylie lo hace genial, y aquí nos tiene a todos como un reloj.

—Creo que no se me da muy bien…

—Nada bien —interviene Rhys, que pasa por nuestro lado con su esterilla enrollada al hombro.

Le doy un golpe flojo en la pierna mientras sigo sentada.

—¡Eh! Qué gratuito.

Blue se ríe.

—En dos días le coges el truquillo. A mí me pasaba igual, y ahora mira —dice mientras se estira los brazos por encima de la cabeza, con una elasticidad envidiable.

—Eso espero… —respondo, poniéndome en pie.

Empiezo a sacudir la hierba de la parte trasera de mis mallas, mientras todos a nuestro alrededor comienzan a recoger sus cosas también. El sol empieza a descender, tiñendo el parque de tonos dorados. Las hojas crujen bajo los pies mientras caminamos todos juntos en una fila un poco desordenada, siguiendo el sendero entre árboles. Rhys tararea algo que suena como un mantra, pero con ritmo de canción pop. La mujer de las trenzas infinitas se ha subido a un patinete que, a todas luces, no era suyo, y zigzaguea entre nosotros como una aparición. Blue se coloca a mi lado, como si lo hubiera estado siempre. Me habla con naturalidad sobre sus clases favoritas, sobre una cafetería ecológica a la vuelta de la esquina, sobre lo bonito que es tener este parque tan cerca de casa.

Y yo…, yo me siento bien. Por un instante, incluso feliz. Y ni siquiera sé por qué.

Al llegar a la carretera, nos detenemos unos segundos. Justo al otro lado están los apartamentos. Algunos se despiden con un gesto vago de la mano; otros comentan qué serie están viendo, si mañana toca madrugar o si alguien se anima a un *brunch* improvisado el domingo.

—Bueno, yo me voy ya —dice Blue, que se ha detenido a mi lado —. Me están esperando.

Sonríe con esa mezcla de prisa y calma que parece dominar tan bien. Levanta la mano en un saludo elegante, se despide de todos como si los conociera de toda la vida, y echa a andar con paso seguro hacia un coche negro que espera al borde de la acera, reluciente bajo los faroles. Un modelo deportivo, de líneas suaves y amenazantes, con las ventanillas bajadas y la carrocería impecable.

Y entonces lo veo.

Desde el asiento del piloto, unos ojos grises me miran con la misma sorpresa que siento yo. No hay duda. Es él.

Archie.

Durante un segundo, un solo segundo, todo dentro de mí se colapsa.

Es como si me hubieran empujado desde el borde de una piscina sin avisar. Como si el aire se convirtiera en agua densa y no pudiera respirar. Como si todos los ruidos del mundo, las voces del grupo, el viento, los coches, se amortiguaran en un zumbido lejano. Lo único real son sus ojos. Esa mirada. Tan conocida, tan imposible, tan fuera de lugar.

Siento como el estómago se me encoge. El corazón, que había estado tranquilo, todavía en ritmo de yoga, empieza a latir de pronto con fuerza, desacompasado, como si no supiera qué hacer con lo

que acaba de ver. La mandíbula se me tensa sin querer. No es miedo. No es rabia. No es tristeza.

Es todo eso junto. Y más.

Blue se inclina hacia él con naturalidad, le planta un beso en la mejilla, ligero, íntimo, nada ensayado, y luego, sin notar nada extraño, vuelve a girarse hacia el grupo para despedirse con la mano. Su sonrisa sigue allí, perfecta, brillante. Archie no deja de mirarme.

Y yo… yo no puedo dejar de mirarlo a él.

Todo mi cuerpo quiere moverse, huir, gritar, correr hacia él o esconderme detrás de Rhys, pero no hago nada. Estoy clavada al suelo, congelada. Me siento absurda en mis mallas negras, con el pelo recogido al azar, con la respiración todavía entrecortada por la clase de yoga, mientras él está ahí. En mi mundo. En esta nueva vida donde no debería estar.

Y está.

Y yo no quiero que esté, por lo que siento que debo huir, hasta que el claxon de un coche rompe el momento como un disparo.

—¡Sara! —grita Rhys, y de un tirón me aparta justo a tiempo.

Tropiezo contra él, que me sujeta con fuerza mientras el coche que casi me atropella pasa rozándome, con un chillido de neumáticos.

—¿Estás bien?

Estoy apoyada contra su pecho. Su mano aún me sostiene por el brazo. El corazón me late en los oídos. Miro hacia la calle. El coche negro ya no está. O quizá sí. No lo sé. No lo he visto marcharse. No sé cuánto tiempo ha pasado. Todo ha sido tan rápido y, al mismo tiempo, eterno.

—Sara… —insiste Rhys, ahora más serio.

—Sí. Sí, estoy bien —respondo, pero ni siquiera yo me creo las palabras.

Estoy lejos de estar bien. Estoy temblando. Y lo peor de todo es que sé muy bien por qué.

—Sara… —insiste Rhys, con el ceño fruncido.

—Estoy bien —repito, forzando una sonrisa que no se sostiene demasiado.

Me giro de nuevo hacia la calle. Busco el coche con la mirada, con una urgencia que no sé cómo disimular. Ya no está. La acera está vacía. Ni rastro del deportivo negro, ni del reflejo metálico de la carrocería, ni de Blue. Nada.

Ha desaparecido tan rápido como apareció.

Y me quedo ahí, con la sensación de haber soñado algo imposible. ¿Lo he visto de verdad? ¿Ha sido él?

Claro que sí. Lo sé. Lo sé como se sabe una canción sin pensar, como se reconocen unos labios incluso antes de que hablen. Han sido sus ojos. Su gesto. Esa forma de mirar que tantas veces me desarmó. Era Archie. Aquí. En Chicago.

Mi corazón sigue bombeando con fuerza, como si aún no pudiera decidir si tiene que correr o quedarse paralizado.

—Vamos —dice Rhys, más suave, soltándome al fin—. Ven, ya estamos cruzando.

Camino detrás de ellos sin saber muy bien cómo. Muevo los pies, esquivo bordillos, respondo con gestos a los comentarios del grupo, pero mi cuerpo va por inercia, como si yo no estuviera dentro de él.

Las luces del edificio parpadean cálidas cuando nos acercamos. Rhys abre el portal y espera a que pase. Kylie se vuelve hacia mí antes de despedirse.

—A las diez, ¿vale? Donde siempre —dice con esa sonrisa suya tan fácil, tan de hermana mayor.

—Claro —respondo, asintiendo sin pensar.

Ni siquiera sé de qué están hablando. ¿Una cena? ¿Un juego? ¿Una salida más? Mis labios se mueven por costumbre, pero mi mente está en otro sitio. Muy lejos.

—No llegues tarde esta vez —añade Rhys, señalándome con el dedo.

Asiento de nuevo, como una autómata. No escucho lo que dicen después. Algo de una peli, de traer vino, de no invitar a Julia porque siempre se duerme. Sus risas se alejan por el pasillo y yo me quedo sola frente a la puerta de mi apartamento con la llave en la mano.

Pero no estoy allí. Estoy en aquella calle, mirando ese coche. Mirándolo a él. Blue, tan impecable, tan brillante, lanzándose a besarle la mejilla. Él, inmóvil, mirándome como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Como si no esperara encontrarme allí. Como si le doliera.

¿Estaba con ella? ¿La estaba esperando a ella? ¿Desde cuándo? Y sobre todo: ¿por qué está aquí? ¿Sabe que vivo aquí? ¿Su madre se lo ha contado?

Mi pulso vuelve a acelerarse. Abro la puerta con torpeza, como si todo a mi alrededor me resultara ajeno. El apartamento me recibe con su silencio habitual. Las plantas, la alfombra, la taza de té que dejé por la mañana. Todo sigue igual. Todo... menos yo.

Me dejo caer sobre el sofá sin quitarme siquiera las deportivas. Me quedo mirando el techo sin pensar en nada concreto, solo con la imagen de Archie clavada en el centro del pecho. Su pelo revuelto, los ojos intensos, la expresión entre sorprendida y dolida.

Hace meses que no sé nada de él. Ya había aprendido a respirar sin escribirle. A sonreír sin preguntarme si él también lo hacía. A decir su nombre solo por dentro.

Y ahora…, ahora está aquí. Y lo único que quiero es entender por qué.

No sé cuánto tiempo paso sentada en el sofá. Lo suficiente para sentir que el aire se ha vuelto espeso, como si cada pensamiento pesara más que el anterior. Intento no pensar. Intento no recordar. Pero es inútil. Todo se enreda: su cara, su mirada, la forma en la que Blue se inclinó hacia él, los meses de silencio. Lo que fue. Lo que pudo ser. Lo que ya no sé si quiero que vuelva a ser.

Con un suspiro, me levanto. Necesito resetearme. Parar esta espiral absurda en la que he caído sin querer.

Entro al baño y abro la ducha sin esperar a que el agua se caliente del todo. El chorro helado me recorre la espalda como un golpe de realidad y, aunque al principio me encojo por reflejo, dejo que el frío me despierte. Cierro los ojos y apoyo la frente contra la pared. Escucho el sonido del agua golpeando el suelo e intento concentrarme solo en eso, en el presente, pero mi cabeza sigue trayéndolo una y otra vez.

Archie. Chicago. Blue. ¿Por qué no puedo dejarlo pasar?

Cuando salgo, envuelta en una toalla, el vaho cubre el espejo y el mundo parece algo más borroso, más lento. Camino descalza hasta la habitación y abro el cajón donde guardo la ropa cómoda. Sin pensarlo mucho, saco el chándal verde oscuro. Es ancho, calentito y tiene las letras de «CHICAGO» bordadas en el pecho. Mi madre lo encontró en un mercadillo local la semana antes de que me viniera y no dudó en regalármelo.

—Para que te camufles entre la fauna —me dijo, riendo—. Y porque nadie puede estar triste con un chándal de terciopelo hortera.

Me lo pongo y, contra todo pronóstico, sonrío. Un poco. No mucho. Pero lo suficiente como para recordar que aún puedo

hacerlo.

Justo en ese momento, suena el móvil. «Mamá», dice la pantalla. Lo miro. Me muerdo el labio. Y lo dejo sonar. No. No ahora. No en este estado. Lo dejo bocabajo sobre la mesa y me paso una mano por el pelo húmedo cuando llaman a la puerta.

—¿Quién...? —murmuro, arrastrando los pies hasta la entrada.

Al abrir, me encuentro con Rhys, con una cerveza en la mano y su sonrisa habitual en los labios. Pero al verme, su ceja se arquea y recorre mi atuendo de arriba abajo.

—¿En serio? —dice, señalando el chándal con el cuello de la botella.

Miro hacia abajo y vuelvo a sonreír, esta vez con ganas.

—Regalo de mi madre. Es edición limitada.

—Sí, limitada a los años noventa —responde, cruzándose de brazos. Hace una pausa. Me observa un segundo más, con los ojos entrecerrados—. ¿Quién era el tipo del deportivo?

Levanto la mirada despacio.

Dios. Lo sabe. Lo ha visto.

—Ah, no —dice, levantando las manos como si leyera mis pensamientos—. Ni se te ocurra decir que no lo conoces, porque sabes que sí.

Me apoyo en el marco de la puerta y suelto el aire como si llevara demasiado rato conteniéndolo.

—Es complicado.

—Venga. No me vengas con eso. Complicado es no saber si el tofu que te han puesto en el bol es en realidad queso. Esto tiene otra pinta.

Me echo a reír, a medias por la frase, a medias por la tensión.

—Está bien. Lo conozco. Se llama Archie.

Rhys no dice nada. Asiente como si ya lo supiera desde antes de preguntarlo.

—¿Ex? ¿Ex algo?

—Ex... todo —susurro, mirando hacia el pasillo vacío detrás de él —. Por su culpa estoy en esta ciudad.

—¿Cómo?

—Larga historia. Un mal final. O un final que no fue final. No lo sé. —Me encojo de hombros—. Pero sí. Vine aquí para empezar de cero. Y justo hoy..., aparece.

—Aparece con la chica guapa y el coche caro —añade él, sin dramatismo.

—Exacto.

—Qué cliché.

Nos miramos un segundo, en silencio. Siento que mis ojos empiezan a humedecerse, pero me niego a dejar que eso gane terreno.

—Estoy bien —digo, aunque suena más a súplica que a afirmación.

Rhys da un paso hacia mí y me da un golpecito suave en el hombro.

—¿Sabes qué? Hoy apesta. Mañana ya veremos. Y pasado mañana, probablemente estés riéndote de esto. Pero mientras tanto… —Levanta la cerveza—. Vente. Hay sofá, hay mantas feas y Kylie ha traído *hummus* de remolacha que jura que sabe a gloria.

Dudo un segundo, pero luego asiento. Y mientras cierro la puerta tras de mí, pienso que tal vez sí. Tal vez pueda reírme de todo, incluso de lo mío con Archie. Aunque hoy, ahora, no sepa cómo.

Capítulo 8

La terraza está iluminada con guirnaldas cálidas que cuelgan de una pérgola improvisada entre plantas y sillas desparejadas. Al fondo, una sábana blanca tensada a la perfección hace de pantalla. Frente a ella, cojines, mantas y colchones viejos cubren el suelo como si fuera un nido comunitario.

El aire huele a palomitas y a algo dulce que no logro identificar. Hay un murmullo bajo de conversaciones entrecruzadas, risas suaves, el sonido de los hielos chocando en vasos de cristal. La noche ha traído consigo una brisa amable. Y, por un momento, parece que el mundo no pesa tanto.

—¡Eh! —grita Kylie cuando nos ve aparecer—. ¡Sara! ¿Y tú no traes nada?

Me freno, un poco culpable, pero antes de que diga nada, Rhys levanta su bolsa con gesto triunfal.

—Yo he traído cervezas. Cuentan por dos —dice, guiñando un ojo.

—Bien jugado —dice alguien desde una esquina.

—Sabes que sí —responde Rhys, ya buscando un hueco entre los cojines.

Nos tumbamos sin más, sin ritual. Yo agarro una manta gris con pompones en los bordes y me la echo encima como si fuera una armadura suave. Me hundo un poco entre los almohadones, cruzo los brazos sobre el pecho y dejo que el calor me cubra.

La película empieza. Algo antiguo. Blanco y negro. Con subtítulos en francés.

Y entonces, por fin, algo dentro de mí cede.

El mundo se apaga un poco. El ruido baja de volumen. Archie se aleja de mi mente, como si lo colocara por un tiempo en una estantería, bien etiquetado, donde no pueda hacer daño por un rato.

Le doy al botón de pausa. Interno.

Respiro.

Veo la pantalla, pero no la película. Siento la noche, pero no el tiempo.

A mi lado, Rhys no dice nada. Pero no deja de mirarme. Lo noto, por el rabillo del ojo, en la forma en que su cuerpo no se relaja del todo, en cómo abre la cerveza sin apartar la vista de mí.

Él lo sabe. Y no me presiona. Y eso, sin que él lo sepa, me salva un poco.

La película sigue avanzando. A veces alguien suelta una carcajada suave o hace un comentario sobre lo poco que se entiende sin subtítulos en inglés. Yo me limito a observar la luz parpadeante reflejada en la sábana, a sentir el peso de la manta sobre mis piernas y la proximidad del cuerpo de Rhys, que se mantiene a una distancia prudente, como si supiera exactamente cuánto espacio necesito.

No hablamos. No hace falta.

Poco a poco, los ruidos se apagan. Las voces bajan el tono. Alguien bosteza. El aire se vuelve más fresco y la brisa me acaricia el rostro como si quisiera tranquilizarme.

Y, sin darme cuenta, me duermo.

No sé cuánto tiempo pasa. Solo que, cuando abro los ojos, la película ha terminado, las luces de la terraza están más tenues y hay apenas un par de personas recogiendo mantas o botellas vacías.

—Eh —susurra una voz junto a mí—. Sara.

Parpadeo y veo a Rhys inclinado sobre mí, con una expresión entre dulce y divertida.

—Te has dormido toda la segunda mitad.

—No.

—Hace rato —dice Kylie desde el otro lado, envuelta en una manta de cuadros—. Se ha ido todo el mundo. Hemos estado hablando de si despertarte o dejarte aquí a vivir.

—He ganado yo —añade Rhys con una sonrisa ladeada.

Me incorporo con esfuerzo, frotándome los ojos.

—Lo siento. Creo que necesitaba desconectar más de lo que pensaba.

—Sí, se notaba —dice Kylie con suavidad.

Recogemos en silencio lo poco que queda. El sonido de las botellas de vidrio chocando dentro de una bolsa acompaña nuestros pasos mientras bajamos juntos por las escaleras hasta la quinta planta. La noche se ha vuelto más fresca y hay algo sereno en el aire, como si el edificio entero también estuviera descansando.

Nos detenemos en el rellano. El silencio se extiende unos segundos más de lo necesario.

—Bueno… —dice Kylie, estirándose—. Yo me voy a dormir. Que duermas bien, Sara.

—Gracias. Vosotros también.

Kylie se despide con un gesto y desaparece tras su puerta.

Rhys se queda un momento más. Me mira como si tuviera algo en la punta de la lengua, algo a medio formar. Pero no lo dice.

—¿Qué? —le pregunto, alzando una ceja.

Él niega con la cabeza, sonriendo apenas.

—Nada. Buenas noches.

—Buenas noches, Rhys.

Cuando entro en mi apartamento, todo está en silencio. Solo se oye el zumbido del frigorífico y el crujido lejano de la madera al asentarse. Me quito el chándal con movimientos lentos y lo dejo sobre el sofá. La noche ha sido rara, pero amable. Como si el universo me hubiera dado permiso para respirar. Para no pensar.

Me giro hacia la cama y entonces lo veo: el teléfono, tirado bocabajo sobre la colcha, justo donde lo había dejado horas antes.

Lo cojo sin mucha intención, más por costumbre que por curiosidad y, al desbloquear la pantalla, me detengo en seco.

Tres llamadas perdidas. Las tres del mismo número. El suyo. Archie.

Una a las 20:17. Otra justo después, a las 20:19. Y una tercera, mucho más tarde, a las 21:46.

No hay mensajes. Solo las llamadas. Como si hubiera querido decir algo, pero no supiera cómo. Como si le bastara con el tono de llamada para comprobar si yo también estaba allí.

Y eso lo cambia todo.

No ha sido una coincidencia. No ha sido una alucinación, ni un reflejo, ni un mal recuerdo disfrazado de presente. Era él. Está aquí. Y me ha llamado.

Me siento al borde de la cama con el teléfono aún en la mano. Miro las notificaciones, la hora. No sé qué quiere. No sé si quiero saberlo. Pero ahora, al menos, ya no puedo seguir fingiendo que no ha pasado nada. Porque ha pasado.

Y, ahora sí…, empieza todo otra vez.

* * *

He dormido tres horas. Con suerte, cuatro.

Me levanto con los ojos pegados y el cuerpo como si hubiese corrido una maratón mientras soñaba. En cuanto abro los ojos, busco el teléfono a tientas entre las sábanas, aunque sé dónde está. Lo desbloqueo. Nada. Ni una llamada más, ni un mensaje, ni un «perdona, me equivoqué», ni un «¿estás bien?».

Solo las llamadas de anoche.

Me quedo un momento con la pantalla encendida. Su nombre. Las horas de las llamadas. El silencio que ha venido después.

Me levanto. Camino descalza hasta el baño. Me miro al espejo. Las ojeras me llegan a las mejillas. Cojo el corrector como si fuese una varita mágica. No lo es, pero al menos me devuelve una versión de mí que parece más despierta, más firme, más funcional. Me recojo el pelo en un moño y me pongo un poco de color en las mejillas. Hoy necesito parecer que estoy bien.

Aunque no lo esté.

Me visto sin pensar: pantalones anchos, camisa blanca, jersey fino, zapatillas cómodas. Y salgo a la calle.

El aire fresco me azota de golpe. Es agradable, pero no consigue espabilarme del todo. Camino despacio y, cada vez que oigo el motor de un coche girar la esquina, levanto la vista. Busco. Busco ese deportivo oscuro. Sus faros. Sus ojos.

Nada. Solo tráfico normal. Personas normales. Una mañana de martes cualquiera.

Llego al colegio con un nudo en el estómago. Aún no he desayunado. Aún no he pensado en qué voy a decirles hoy a mis alumnos. Aún no he logrado sacármelo de la cabeza.

Archie. Sus ojos en el coche. Sus llamadas. Su silencio ahora.

Cruzo las puertas del colegio y hago lo que mejor sé hacer cuando todo se tambalea: sonreír. Fingir. Ir hacia delante. Hoy no me

permito hundirme. Aunque cada parte de mí quiera quedarse en la cama, mirando el móvil, esperando algo que no llega.

El segundo recreo me pilla sentada en una de las sillas del aula vacía, repasando la siguiente clase y fingiendo que no estoy mirando de reojo el móvil por si…, por si hay algo. Pero no. Nada. El mismo silencio.

Golpean suavemente la puerta y Bruce asoma la cabeza con su sonrisa habitual, esa mezcla entre entusiasmo genuino y energía infinita que a veces me abruma y otras me contagia.

—Hey, Sara —dice, apoyándose en el marco—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —respondo, dejando el móvil bocabajo.

—El viernes llevamos a los de octavo al campo de golf. Ya sabes, parte de esa tontería de las tardes activas al aire libre. —Dibuja unas comillas en el aire con los dedos—. Me preguntaba si te animas a venir con nosotros.

Me quedo un segundo demasiado largo en silencio. Golf.

Golf.

Veo la imagen con nitidez: Archie, su postura, el palo en las manos, el gesto concentrado, la gorra, la camiseta blanca, el sol en su rostro. Siento que me falta el aire. Trago saliva y fijo la vista en el pupitre.

¿Y si está allí? ¿Y si entrena justo allí?

Bruce parece esperar mi respuesta y, aunque mi voz suena neutra, sé que la tensión me traiciona.

—Claro. Sin problema. Cuando hice la entrevista, dije que participaría en actividades extracurriculares, ¿no?

—Exacto —dice, sonriendo más—. Lo pasaremos bien. El campo está a unos veinte minutos y los críos se emocionan por cualquier cosa que implique salir del colegio.

Asiento y sonrío, solo para mantener las apariencias.

—Genial. Cuenta conmigo.

Por dentro no quiero. No me apetece lo más mínimo. No quiero ir a un lugar donde posiblemente pueda verlo. O peor…, no verlo, pero no puedo pasarme toda la salida esperando que aparezca.

Bruce dice algo más sobre los horarios y los formularios de permiso, pero apenas lo oigo. Solo asiento, repitiendo su última frase como un eco lejano.

Cuando se marcha, vuelvo a mirar el móvil. Nada.

No sé si en el fondo quiero que aparezca o si lo sensato sería pedir que alguien me cubra en esa salida. Pero ya he dicho que sí y no hay marcha atrás. Últimamente vivo así: aceptando lo que mi cuerpo entero rechaza.

Salgo de clase y me obligo a continuar la jornada con la misma máscara con la que he entrado al colegio, esa que muestra que todo va estupendamente. Y no pienso dejar que se caiga hasta que finalice mi jornada.

Cuando por fin lo hace, busco refugio en otro lugar.

El sol se cuela entre los árboles, tiñendo de oro la hierba. He bajado al parque con una novela bajo el brazo, busco algo que me mantenga la mente ocupada. Hoy no hay yoga, no hay vecinos y tampoco hay Blue. Sé que no vendrá. Y él..., él tampoco.

Camino sin prisa. El parque se siente más grande cuando no lo comparto con nadie. Busco una sombra cómoda, extiendo mi chaqueta en la hierba, me tumbo bocabajo y abro el libro por la página marcada. Intento concentrarme. La protagonista se debate entre lo que siente y lo que cree que debe hacer. Me suena demasiado.

No han pasado ni diez minutos cuando una voz me interrumpe.

—¿Tan interesante es ese libro?

Siento una descarga helada en la espalda. No hace falta mirar. Esa voz. Dios. Levanto la vista, lenta, como si el tiempo se hubiera vuelto líquido. Archie. De pie, a pocos pasos de mí, con las manos en los bolsillos y esa cara que no he podido sacar de mi cabeza ni un solo día.

Me incorporo y me siento sobre la chaqueta. El libro se queda abierto sobre mis piernas. Lo miro sin decir nada. No puedo. No sé por dónde empezar.

—Hola —dice él.

—¿Dónde está tu nueva novia? —suelto, sin pensarlo demasiado.

Sus cejas se levantan y, al segundo, suelta una carcajada tan sincera que duele. Una de esas que le hacen cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás.

—¿Hablas de Blue?

No respondo. Me limito a mirarlo, esperando que diga algo más. Algo que me saque de esta sensación de ridículo. Pero no dice nada. Solo me sonríe, como si supiera más de lo que está dispuesto a confesar. Y eso, por algún motivo, me irrita más.

—Me miraste como si no dieras crédito —murmuro—. Como si yo fuera un espejismo. Pero no te bajaste del coche. Ni llamaste. Solo... desapareciste.

—Llamé.

—Después, sí. Tres veces. Sin dejar ni un mísero mensaje.

—No sabía qué decir —admite, bajando un poco la voz—. No sabía si debía.

Nos miramos en silencio. Él sigue ahí, tan él como siempre, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si pudiera aparecer de la nada y trastocar todo lo que he construido en estas semanas.

—¿Qué haces aquí, Archie? ¿Pasaste por este parque por casualidad? —replico con ironía.

Él se encoge de hombros.

—No sabía que vivías aquí. Te juro que no sabía que estabas aquí, en Chicago.

La sinceridad en su voz es desconcertante. No sé si es parte del juego. O si realmente ha venido por casualidad. No sé nada. Y odio no saber.

—Pues ya me has visto. Supongo que puedes seguir con tu vida.

—¿Eso quieres? —pregunta en serio ahora.

Lo miro. Miro su cara, su boca, sus ojos. Todo lo que me hace daño y me atrae al mismo tiempo. No sé lo que quiero. No sé si quiero huir o que se quede sentado a mi lado. Pero no respondo.

Él tampoco presiona. Solo me observa. Y, por un instante, todo vuelve a ser tan confuso como siempre lo fue con él.

Capítulo 9

Me levanto. Cierro el libro sin marcar la página, sin pensar. No puedo seguir aquí. No con él delante. No con ese olor tan suyo que no he olvidado, con esa manera de mirarme como si no hubiera pasado nada. Como si no hubieran pasado meses ni silencios ni heridas.

—Sara —dice mi nombre con un tono grave, sereno—. Por favor.

No le respondo. Recojo la chaqueta, la sacudo con un gesto torpe y me la cuelgo del brazo. Necesito irme. Alejarme. Recuperar el aire que su presencia me roba sin permiso.

—Somos adultos —añade, dando un paso hacia mí, pero sin tocarme—. Y nos debemos una conversación.

Me detengo. Estoy a medio camino entre huir y quedarme. Me cuesta mirarlo, pero lo hago.

—¿Una conversación? ¿Ahora?

—Sí. Ahora. Aquí. O donde tú quieras. Pero necesito que me escuches. Y si después no quieres volver a verme, te juro que desapareceré.

Trago saliva. Me duelen los dientes de apretar tanto la mandíbula. Me arde la garganta de tantas palabras no dichas.

—Archie, me destrozaste el presente. Y también mi futuro —respondo con voz tensa, sin concesiones.

Sus ojos se clavan en los míos. Se llenan de algo que no sé si es culpa o tristeza. Tal vez ambas cosas.

—No tienes idea de cómo me sentí —murmura—. Te fuiste sin avisar. Y cuando intenté…, no supe cómo…

—¿No supiste cómo? ¿Eso es lo mejor que tienes? —lo interrumpo. Siento cómo se me quiebra algo por dentro—. No te escribí, pero te esperé. Y tú… nada. Silencio. Como si no hubiéramos sido nada. Como si yo no hubiera significado nada. Podrías haber cogido un avión y haberte plantado en Ibiza; tú destruiste mi presente, tú deberías haber venido detrás, aunque no te respondiera, aunque no quisiera verte. Fui la profesora que cayó rendida a tus pies, nada más. No signifiqué nada para ti.

—¡Claro que significaste! —responde de inmediato mientras da un paso hacia mí. Pero me aparto—. Solo que…

—¿Solo que qué? ¿Que tu orgullo? ¿Que tu obsesión con tu hermano era más importante que lo que tenías conmigo? ¿Más importante que mi trabajo?, ¿que mi vida?

Él niega con la mandíbula tensa, sin saber dónde colocar las manos.

—No fue así…

—Ah, ¿no? Pues lo pareció. Porque a mí me despidieron. A mí me expulsaron de tu mundo. Y tú lo permitiste. Lo permitiste, Archie. No luchaste. No hiciste nada.

Silencio. Un silencio que me pesa como una piedra en el pecho.

—Sara…

—Y luego vienes aquí, después de meses, montado en un deportivo, con tu nueva novia perfecta, a saludar como si nada —escupo, dolida, sin filtros—. ¿Dónde está ella, por cierto? ¿Blue? ¿Esperando en algún otro parque a que termines de arreglar tu pasado?

Archie me mira como si le acabara de lanzar un cubo de agua helada.

Y se ríe.

A carcajadas.

—¿De verdad crees que…? —empieza a decir, pero se detiene. Se pasa una mano por la nuca y niega, divertido, como si supiera algo que yo no. Pero no lo desmiente.

Eso me enfurece más.

—Eres un imbécil —suelto.

—¿Está todo bien? —pregunta una voz masculina a mi lado.

Es Rhys. No lo había visto acercarse. Está con las manos en los bolsillos y la mirada fija en Archie, con una expresión que no admite tonterías. Un segundo más y siento cómo el ambiente se vuelve eléctrico.

—Sí —respondo rápido, sin pensar. Aunque no sé si lo está.

Rhys se queda mirando a Archie un segundo más; lo está midiendo. No dice nada, pero el mensaje está claro. Luego me mira a mí.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No. Yo… ahora iré, puedes ir tranquilo, estaré bien.

Asiente y da un paso atrás, sin apartar la vista de él. Y entonces se marcha.

Archie lo sigue con la mirada, con los labios apretados y la respiración contenida. Y cuando se asegura de que ya no está cerca, me suelta con acidez:

—¿Es tu novio?

Me quedo helada. Lo miro con incredulidad.

—¿En serio? ¿Eso es lo que te preocupa ahora?

Archie no responde. Pero sus ojos arden. Y los míos también.

Suspiro cansada. Exhausta. Me paso una mano por el rostro y me siento de nuevo en la hierba, cruzando las piernas con torpeza.

El parque sigue en calma. A lo lejos se escuchan las risas de un grupo de adolescentes y el murmullo suave de las hojas al moverse. La luz dorada del atardecer acaricia el césped como si todo siguiera

en paz. Pero en mi interior hay tormenta. Una que ni esta brisa serena consigue calmar.

Nos miramos sin decir nada durante unos segundos. Él con los brazos a los lados, rígido. Yo, a medio girar, como si aún no supiera si marcharme o quedarme.

—Blue es mi prima —dice de pronto, rompiendo el silencio—. Vive muy cerca de aquí y siempre quiere que la lleve a todos lados en coche.

Parpadeo. ¿Prima?

—Rhys es mi vecino —respondo con tono neutro—. Es muy majo y desde el primer día me han acogido como a una más.

Nos estudiamos. No son solo palabras, son explicaciones. Justificaciones. Frases lanzadas como escudos para protegernos de todo lo que no decimos.

—¿Por qué Chicago, Sara? —pregunta con la voz más baja, más rota—. Sabías que podía estar aquí.

Le sostengo la mirada. Me duele el pecho.

—Pero no que, siendo tan grande, te vería justo en este maldito parque —confieso—. Y yo no he elegido esta ciudad.

Frunce el ceño. Me analiza. Busca grietas, busca verdades.

—Ah, ¿no?

Sus ojos se clavan en mí con intensidad. Sé lo que está pensando. Que he venido a buscarlo. Que he seguido sus pasos.

—Habla con tu madre, Archie —digo, esquivando la bala—. Tengo que irme.

Me pongo de pie, pero mis piernas no responden como deberían. Siento el peso del pasado tirando de mí, reteniéndome justo antes de escapar. Doy unos pasos. Uno, dos. Y entonces lo escucho.

—Sara.

Me detengo. No me giro.

—Quiero volver a verte —dice, y ahora su voz sí tiembla. No por inseguridad, sino por necesidad—. Quiero...

Cierro los ojos. Siento su voz cargada de recuerdos, de noches en vela, de besos, de promesas rotas.

—Aún no te he perdonado, Archie —respondo sin mirarlo—. Necesito asimilar todo.

Silencio. El tipo de silencio que corta. Que habla más que cualquier frase.

—Aquí podemos ser libres —dice casi en un susurro.

Me giro despacio, lo suficiente para mirarlo de reojo. Y asiento. No sé si como promesa, advertencia o despedida. Pero algo en mí se quiebra. Porque sé que no será la última vez.

Me alejo sin mirar atrás; cada paso se hace un poco más pesado, como si el aire se espesara a mi alrededor. La voz de Archie se queda flotando en el aire, sutil y firme, respetando mi distancia pero clavada en mi piel. No quiero que esta conversación termine así, pero tampoco estoy lista para enfrentar lo que su presencia despierta en mí.

Camino por la acera, las hojas crujen bajo mis pies y la brisa fresca de la tarde me envuelve con su frío apenas perceptible. Los árboles del parque se recortan contra el cielo de un azul pálido que comienza a teñirse de tonos anaranjados y dorados. El barrio es tranquilo; algunas ventanas tienen las cortinas cerradas, otras dejan ver la vida cotidiana de sus habitantes. Un grupo de niños pasa corriendo con una pelota, sus risas infantiles rompen el silencio del atardecer y, por un momento, me invade una melancolía extraña, como si esa alegría ajena me doliera.

Mis dedos acarician el teléfono que llevo en la mano, buscando la calidez familiar del metal. Entonces suena. La pantalla se ilumina y aparece su nombre, pero esta vez es un mensaje el que me llega:

Archie:
Lo siento. De verdad. Dame una oportunidad.
Esta vez no voy a rendirme.

Las palabras son simples, pero llevan un peso que se me anuda en el pecho. Mi respiración se acelera y el pulso me retumba en los oídos. ¿Cómo puedo responder a esto? ¿Qué quiere de mí, después de todo? Quiero borrarlo, ignorarlo, pero no puedo apartar la mirada de la pantalla.

En ese momento, la puerta del edificio se abre y aparece Kylie con su habitual sonrisa contagiosa y un aire despreocupado. Lleva una chaqueta ligera y un bolso de tela que parece a punto de estallar, de tantas cosas dentro.

—Sara, ¿vienes al súper? —me pregunta con un gesto entusiasta.

Respiro hondo y asiento sin pensarlo. La idea de salir, moverme y distraerme de mi cabeza es demasiado tentadora. Mientras caminamos, mis pasos se sincronizan con los de ella y las luces cálidas de las farolas comienzan a prenderse, lanzando reflejos amarillentos sobre las aceras húmedas. La ciudad está viva pero tranquila; algún coche pasa a lo lejos, con sus neumáticos rozando el asfalto mojado.

Al fin, con una mezcla de nervios y alivio, me decido a contárselo a Kylie. Nos apoyamos contra una de las estanterías del supermercado, con las bolsas entre las manos, y bajo la voz para que nadie nos escuche demasiado.

—Hoy me he encontrado con Archie —le digo.

Kylie frunce el ceño, descolocada.

—¿Archie?

—Sí… —añado, dudando un segundo—. Alguien de mi pasado. Alguien importante.

Kylie se queda unos segundos en silencio, procesando la información, y luego suelta una sonrisa medio incrédula.

—¿En serio? ¡Vaya casualidad! Y ¿qué pasó?

Respiro hondo y le cuento con detalle, intentando ordenar mis pensamientos, cómo fue el momento en el parque, la tensión, las palabras no dichas y, sobre todo, que fue él quien recogió a Blue en ese coche lujoso.

—Y lo más loco —añado, mirándola fijamente— es que Blue es su prima. ¡Eso dice él! ¿Puedes creerlo? La misma chica que conocí en la clase y que me pareció tan inaccesible, tan perfecta, resulta que tiene ese vínculo con Archie.

Kylie se queda boquiabierta, fascinada, y luego ríe con esa mezcla de sorpresa y diversión que la caracteriza.

—¡No me lo puedo creer! ¿Así que tú y Blue, sin saberlo, estáis enredadas en la misma historia? Esto es como de novela, Sara. Te juro que a veces esta ciudad parece pequeña, por mucho que digan que es enorme.

Me río, aunque con una punta de amargura. La casualidad me ha puesto de nuevo frente a algo que creía cerrado, pero ahora siento que todo está más complicado que nunca.

—No sé si esto es bueno o malo —confieso—, pero ya no puedo escapar más. Tendré que enfrentarlo.

Kylie me da un apretón en el brazo, como quien te asegura que no estás sola.

—Vamos, que esto solo acaba de empezar.

—Oye, ¿tú sabes algo de Blue? —le digo, mirándola de reojo mientras intento parecer casual—. ¿Cómo sé que no me ha mentido…? No me fío mucho.

Ella frunce el ceño y saca el móvil. Los dedos ágiles deslizan la pantalla y aparecen varias fotos: Blue en distintos momentos,

siempre sonriente y elegante, con Archie y otras personas que parecen de su familia. La luz suave de las imágenes revela una cercanía evidente.

—No sé mucho —confiesa—. Pero la sigo en Instagram. Tiene un par de fotos…, parecen familiares. —Kylie saca el móvil y me lo tiende—. Mira, es este chico —dice, señalando la pantalla.

Inclino la cabeza y, en cuanto lo veo, el pulso se me acelera.

—Sí… —murmuro—. Es él. Archie.

Asiento, devolviéndole el móvil y tratando de contener un escalofrío. No puedo evitar sentirme desplazada, como si ese vínculo familiar fuera una muralla más entre Archie y yo.

—¿Y tú qué crees? —insisto, mordiéndome el labio.

Kylie se encoge de hombros, con esa sonrisa mitad cómplice, mitad resignada.

—No lo sé, Sara. Si tanta curiosidad tienes, tendrás que descubrirlo.

La escucho, pero no digo nada.

Salimos del súper y caminamos por las calles del barrio, rodeadas de fachadas de ladrillo rojo y puertas pintadas con colores vivos. Algunos balcones tienen macetas con flores que luchan contra la temporada y los árboles fluyen con la brisa que se intensifica un poco. Las hojas secas se amontonan en las esquinas y los bancos del parque cercano están vacíos, como si esperaran a otra mañana para llenarse de vida.

El aire huele a tierra mojada y a pan recién horneado, y una cafetería cercana deja escapar aromas dulces que me hacen recordar tardes menos complicadas. Por un instante me permito un suspiro, dejando que esos pequeños detalles me roben la atención.

Kylie me habla y no es que el dolor desaparezca, pero al menos la presión disminuye y me permite pensar con algo de claridad.

—Gracias —le digo, sonriendo—. De verdad necesitaba esto.

Ella me mira con una sonrisa sincera y aprieta mi brazo en señal de apoyo.

Cuando llegamos al edificio de nuevo, me doy cuenta de que, aunque no sé qué va a pasar con Archie, hoy he dado un pequeño paso para seguir adelante. A veces no se trata de tener respuestas, sino de seguir andando aunque no las tengas.

La puerta se cierra tras de mí con un clic seco que me recuerda que estoy sola. Dejo caer las bolsas sobre la mesa de la cocina y me desplomo en una silla, con la mirada perdida en la ventana. Afuera las luces de la calle ya están encendidas, una a una, mientras el crepúsculo se funde con la noche.

Saco el móvil del bolso y, sin pensarlo mucho, marco el número de mi madre. Sé que no es la mejor hora, pero necesito escuchar su voz.

—Hola, cariño —responde con esa calidez que me envuelve al instante.

—Hola, mamá —digo con voz baja, casi un susurro—. Hoy ha sido un día... complicado.

Se hace un silencio breve, pero reconfortante.

—¿Quieres contarme? —pregunta con paciencia.

—No sé si sabría por dónde empezar —respondo—. Solo quería saber que estás ahí, que todo va a estar bien, aunque yo no lo sienta ahora.

Mi madre sonríe a través del teléfono, aunque no pueda verla.

—Estoy aquí siempre. Y aunque no te lo diga cada minuto, confío en ti. En que eres más fuerte de lo que crees.

Un nudo se me forma en la garganta, pero me esfuerzo por no romper a llorar.

—A veces todo esto me supera. Esta ciudad, la escuela y... él —murmuro sin querer nombrarlo.

—Ya lo sé, cariño. Pero no estás sola. Respira, da pequeños pasos y, cuando menos lo esperes, todo encajará.

Me quedo un rato escuchando su voz, como un refugio en medio de la tormenta.

—Gracias, mamá. No sé qué haría sin ti.

—Y yo sin ti, Sara. Ahora ve a descansar, que mañana es otro día para intentarlo.

—Lo intentaré —susurro con un ligero atisbo de esperanza.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla unos segundos antes de apagarla y dejar que la oscuridad me envuelva.

Capítulo 10

Cuando despierto, lo noto enseguida. No es porque haya salido el sol ni porque la ciudad esté más silenciosa de lo normal. Es algo más sutil. Como si dentro de mí algo se hubiera recolocado. Una pieza. Una mínima, pero decisiva.

Me quedo unos segundos quieta, bocarriba, observando el techo blanco del dormitorio. El ventilador gira lento. Pero no es eso lo que me tiene así, en pausa.

Es su mensaje.

Anoche, después de hablar con mi madre —una conversación tranquila, sin reproches, de esas que me devuelven un poco el suelo bajo los pies—, apareció de pronto en la pantalla de mi móvil. Sin previo aviso. Sin promesas.

Archie:
¿Cómo te sentiste al llegar a Chicago?

Así, sin rodeos. Lo leí una y otra vez, con los latidos en las sienes. No esperaba que me escribiera. No de esa manera. Me dije que no tenía sentido responderle. Que ya era tarde. Que no quería abrir otra vez esa puerta. Pero mis dedos se movieron antes que mi voluntad.

Yo:
Aquí, en Chicago, algo encajó. No sabría decir qué, pero por primera vez no me sentí de más. En Colinton, en cambio, la sensación era

constante: rara. Descolocada. Como si siempre estuviera un paso fuera de sitio.

Tardó poco en contestar. Me preguntó cómo era mi apartamento, si me gustaba vivir sola, si ya me había perdido por el barrio o si seguía teniendo miedo a los semáforos americanos. Y luego, después de un silencio más largo, como si necesitara reunir valor, me escribió:

Archie:
He hablado con mi madre.
Me explicó cómo fue todo.
Y no sé si tengo derecho a decirlo, pero… le estoy agradecido.
Por volver a ponerte en mi camino.

Me quedé mirando esas palabras como si fueran un mapa. O una brújula. No supe qué decirle. Solo respondí algo tonto, algo leve, porque no quería llorar. Pero después seguimos hablando. De cosas pequeñas. Cotidianas. Me preguntó si aquí también hay gaviotas ruidosas. Le dije que sí, pero que tienen acento estadounidense.

Ahora apoyo el móvil en el pecho y respiro hondo. Me siento rara. No feliz. No del todo. Pero hay algo que no sentía hace semanas: ligereza. Como si por fin pudiera relajar los hombros.

Sé que esto no cambia nada. No hemos hablado de lo que importa. Ni de lo que duele. Pero fue bonito. Un pequeño paréntesis. Una tregua.

Y esta mañana, por primera vez desde que llegué a Chicago, no siento que esté huyendo.

Me ducho rápido, me recojo el pelo en un moño alto y salgo con un café en una mano y la bolsa del portátil en la otra. En la parada del autobús, el aire huele a pan tostado y a asfalto caliente. Llego al

colegio con el tiempo justo para imprimir unas fichas y revisar el proyector antes de que entren los alumnos.

Clase de Español. Octavo de *Middleton*. Un grupo adorable, intensamente curioso… y terriblemente disperso. Les encanta hablar. De todo. Todo el rato.

—¡Miss Pérez! —grita Sasha apenas entra—. ¿Es verdad que en España todo el mundo duerme la siesta?

—¿A qué hora cenáis? —pregunta Marcus, sentándose a medio camino entre su silla y la de su amiga.

—¿Es cierto que en Ibiza van todos en bañador al supermercado?

—¿Conoces a Rosalía?

Respiro hondo.

—Buenos días a todos —digo en voz alta, firme, pero con una sonrisa—. ¿Podemos sentarnos y empezar?

—Pero solo una pregunta más —suplica Bella, con su cuaderno ya abierto—. ¿Tú eres de Ibiza, Ibiza? ¿O de un pueblo que se llama Ibiza pero en otra parte?

—De Ibiza, Ibiza. Pero eso no es lo importante ahora. Lo importante es que hoy vamos a trabajar los verbos en presente —respondo, señalando con el rotulador el título que he escrito en la pizarra: «¿Qué haces en tu día a día?».

—¿Tú también duermes siesta? —insiste Liam, girándose desde la última fila.

—Si no empezáis ya, os prometo que hoy vais a aprender a conjugar *castigar* en todos los tiempos verbales —respondo con cara seria, pero se me escapa una sonrisa.

Varias risas. Algunos se sientan por fin. Otros siguen con el murmullo medio encendido.

—Vale, chicos, vamos a hacer un trato —añado mientras camino entre las mesas—: si conseguimos terminar las actividades de hoy

sin más interrupciones, os contaré una anécdota graciosa de cuando trabajaba en Escocia. ¿Trato?

Los ojos se les iluminan. Asienten con entusiasmo. Algunos chocan los cinco. Me dan miedo.

—Ahora sí, abrid el cuaderno. Página veinticuatro. «Yo me levanto, tú te levantas, él se levanta...» —empiezo a conjugar mientras reparten las fichas.

La hora ha sido intensa. Después de leer el texto sobre Orwell en la Guerra Civil —una versión adaptada que mezclaba pasado y presente, ideal para practicar el pretérito imperfecto—, se han quedado más enganchados de lo que esperaba. Algunos hasta hicieron preguntas sobre España, sobre las Brigadas Internacionales, sobre qué significaba luchar por ideas que no eran tuyas.

Y, por una vez, me escuchan. Bueno, casi todos.

Cuando miro el reloj, quedan apenas cinco minutos. La mayoría ya ha terminado la ficha y los que no, hacen ver que sí. Me cruzo de brazos frente a la clase, satisfecha.

—Muy bien. Buen trabajo hoy. Podéis guardar las cosas.

—¡Un momento! —dice Sasha, alzando la mano como si estuviera en un juicio—. Dijiste que si trabajábamos sin interrumpir nos contarías una anécdota.

Un coro de «¡sí!» y «¡es verdad!» se levanta como una ola desde todas las mesas. Me congelo. ¿Por qué hablo sin pensar?

—Una anécdota de Escocia, ¿verdad? —añade Liam, apoyando los codos en la mesa con expresión traviesa—. Que sea buena.

Respiro hondo, intentando inventarme algo que sea gracioso, inofensivo y mínimamente apropiado. Descubro que es más difícil de lo que creía.

—Vale, vale…, a ver… —Me apoyo en la mesa—. Os voy a contar la historia de cómo un alumno intentó ligarse a una compañera con un

poema «propio»…, aunque sonaba más a letra de reguetón que a poesía de Lorca, uno de los poetas más importantes en español.

Ríen. Los tengo. Sigo.

—Estábamos trabajando poesía en clase. Les pedí que trajeran un poema para leer en voz alta. Un alumno, no diré el nombre, llega con mucha seguridad, se levanta, se aclara la garganta y empieza: «Bebé, yo no te olvido, tú eres mi vicio…», y yo empiezo a sospechar.

—¡Nooo! —dice Bella, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Eso es de una canción!

—Exacto. Pero él seguía: «Tú me dejaste, pero yo sigo aquí, pensando en ti, bebecita…» —pongo voz grave para imitarlo—. ¡Y al final cierra su cuaderno y se gira hacia una chica de la clase con una mirada intensa, como si fuera Romeo! ¡Yo no sabía si reír o suspenderlo!

Las carcajadas llenan el aula.

—¿Y qué hiciste? —pregunta Marcus, llorando de la risa.

—Le dije que el plagio no era poesía... y que, si iba a copiar a alguien, al menos eligiera a Sabina.

—¿Quién es Sabina? —pregunta alguien al fondo.

Abro la boca para contestar, pero el timbre suena y el aula estalla en movimiento. Uno a uno se van despidiendo, todavía riendo, y varios me preguntan si en la próxima clase puedo contar otra historia.

—Depende de cómo os portéis —respondo con una sonrisa.

Después de la clase con los alumnos de *Middleton*, no me marcho a casa. Tengo una hora libre y, por una vez, no me apetece sentarme sola en una cafetería ni pasear sin rumbo por los pasillos. Me dirijo a la sala de profesores con el cuaderno bajo el brazo y la cabeza aún llena de las preguntas de los chicos.

La sala está casi vacía. Solo Aurora, la profesora de teatro, está sentada junto a la ventana, hojeando unos papeles con gesto concentrado. Lleva una taza entre las manos y gafas de pasta azul que le cuelgan en la punta de la nariz. Cuando me ve, levanta la mirada y sonríe.

—Sobreviviste a *Middleton* —dice, alzando la taza a modo de brindis.

—Por los pelos —respondo, riéndome mientras dejo mi cuaderno sobre la mesa y me sirvo un café en el rincón del fondo—. Aunque empiezo a cogerles el ritmo.

—Eso es más de lo que puedo decir de mis actores —murmura con una mueca teatral—. Están convencidos de que hacer teatro es gritar muy fuerte y tirarse al suelo.

Nos reímos. Me siento cerca, cruzando las piernas sobre la silla. Hay algo en Aurora que me gusta desde el principio. Tiene un humor seco, como si se riera del mundo antes de que el mundo se ría de ella.

—¿Qué vais a montar este año? —pregunto.

—Ni idea. Estoy entre dos opciones que no me entusiasman. Lo de siempre: comedia ligera o Shakespeare *light* para no ofender a nadie.

—¿Y si no hacéis lo de siempre? —digo, medio en broma, medio en serio—. Estaba pensando… Hoy en clase hemos estado hablando de exilios y guerras. Y se me ha ocurrido que quizás podríamos hacer algo inspirado en eso. En la historia reciente de España.

Aurora se endereza.

—¿La Guerra Civil?

—O el exilio republicano. Pero no de forma literal. Podríamos adaptarlo. Usar fragmentos de cartas reales, diarios, canciones. Mezclar épocas. Crear algo desde lo emocional.

Ella se queda en silencio unos segundos, como si le estuviera dando vueltas de verdad. Luego asiente despacio.

—¿Sabes que no es mala idea? Es potente. Y podríamos vincularlo con historia y literatura. Interdisciplinar, que suena bien en las reuniones.

—Exacto. Los de *Middleton* están leyendo a Orwell y les hablé del frente de Aragón. Se quedaron con ganas de saber más.

Aurora deja la taza y saca una libreta.

—Esto hay que anotarlo: «Proyecto Guerra». Pero sin muertos en escena.

—Solo emoción contenida y alguna canción antigua.

—Y si alguien se queja, diremos que es un homenaje educativo al valor de la memoria histórica.

Nos reímos otra vez. Pero esta vez hay algo distinto. Un pequeño hilo invisible que se ha tejido entre las dos. Una alianza inesperada.

—¿Te apuntas como asesora histórica, entonces? —pregunta Aurora.

—Solo si me dejas escoger la banda sonora.

—Trato hecho.

Brindamos con nuestras tazas de café como si hubiéramos firmado un pacto secreto.

—Vale —dice Aurora, mientras garabatea algo en su libreta—. Ahora, lo difícil: ¿cómo se lo vendemos a Helen sin que nos mire como si quisiéramos incendiar el colegio?

—¿Y a Bruce? —añado con una sonrisa torcida—. Que es capaz de decir que no solo porque la palabra guerra le suena a logística.

Aurora alza las cejas.

—Bruce es más fácil de lo que parece. Si le haces creer que fue idea suya, acepta cualquier cosa.

—¿Y cómo se hace eso?

—Le llevamos una propuesta escrita, muy seria, con referencias, y le decimos: «Esto salió de aquella conversación que tuvimos sobre el impacto pedagógico de los relatos personales en la enseñanza de la historia». Aunque no haya existido nunca.

—Manipulación emocional. Me gusta.

—Se llama diplomacia institucional —corrige ella, muy digna—. Además, si tú te encargas de la parte histórica, se lo tomará más en serio. Eres la novedad exótica.

—¿Exótica?

—Española, joven, con experiencia internacional. La combinación perfecta para vender un proyecto «auténtico y enriquecedor» en el boletín interno del colegio.

—¿Y Helen?

—Helen solo necesita palabras clave. —Empieza a contar con los dedos—: Transversal, integración curricular, diversidad cultural, enfoque colaborativo, resiliencia..., y si puedes decir «aprendizaje significativo», ya está dentro.

—Madre mía. Me estás dando miedo.

—Es un arte. Llevo años en esto.

La miro con sincera admiración. Aurora no solo sabe moverse dentro del sistema: parece disfrutarlo. Y de pronto me doy cuenta de que esto, esta conversación, esta complicidad, es lo más parecido a formar parte de algo que he sentido desde que llegué a este colegio.

—¿Y si también hacemos una pequeña presentación preliminar? Un dosier visual, con imágenes, citas, un par de ideas escenográficas…, algo bonito.

Aurora asiente, entusiasmada.

—Perfecto. Lo presentamos como un proyecto piloto con opción a continuidad. Si conseguimos su aprobación, lo lanzamos con los de

Middleton y *Upperfield*. Son los más maduros y los que mejor responden a este tipo de propuestas.

—¿Te parece si lo armamos este fin de semana?

—O mañana, después de las clases. Puedo traer algo de picar. Vino no se puede, pero podemos fingir que el té es vino.

Sonrío. Me gusta cómo suena ese «armamos». Me gusta aún más la idea de construir algo desde cero con alguien que no me conoce de antes, que no me arrastra al pasado ni tiene expectativas.

—Hecho. Mañana, entonces. Que empiece la revolución teatral.

—Con un poco de folklore histórico.

Brindamos de nuevo.

Cuando salgo del edificio, Bruce camina a mi lado. Hemos coincidido varias veces en el pasillo y, aunque nuestras materias no se cruzan demasiado, siempre es fácil hablar con él. Tiene ese tipo de presencia tranquila que no abruma.

—Buen trabajo hoy con los de *Middleton* —dice mientras bajamos los escalones del edificio—. Me han dicho que casi lloran con Orwell.

—Solo un poco —respondo, sonriendo—. Fue más una crisis existencial que un llanto real.

Bruce ríe por lo bajo, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Planes para esta tarde? ¿Club de fans de George Orwell, tal vez?

—Corregir redacciones y, si me da tiempo, cenar algo decente. Ya sabes, la vida glamurosa de los profesores.

Pero entonces lo veo.

Archie.

Apoyado en una farola que hay frente a la puerta, las manos en los bolsillos, la mirada fija en mí. El abrigo gris oscuro, el pelo algo más corto. Está más serio, más adulto. O tal vez soy yo la que se

siente distinta, como si acabara de retroceder un año sin previo aviso.

Me detengo sin querer. Bruce lo nota y, al seguir mi mirada, sonríe con reconocimiento.

—Vaya, Archie Williams. Hace siglos que no te veía por aquí —dice con un tono cálido, bajando los últimos escalones.

Archie le estrecha la mano con una sonrisa breve.

—Bruce. Qué gusto verte.

—El gusto es mío. ¿Todo bien?

—Sí, solo... vine a ver a alguien.

Bruce, siempre más perspicaz de lo que aparenta, intercambia una mirada rápida entre nosotros. La tensión flota en el aire, sutil pero evidente.

—Bueno —dice, dándome una palmada ligera en el brazo—, yo me voy. Me espera una cena con dinosaurios hambrientos.

—¿Dinosaurios?

—Mis hijos —aclara con un guiño—. Hasta mañana, Sara. Archie, cuídate.

—Tú también —responde Archie, mientras Bruce se aleja con paso relajado, sin volverse.

Quedamos solo nosotros dos.

—Hola, Sara —dice Archie. Su voz suena tranquila, pero algo en ella tiembla apenas.

Yo no respondo de inmediato. La sorpresa aún me pesa en los hombros.

—¿Tienes un minuto? —pregunta—. ¿Podemos tomar un café?

Miro hacia la cafetería de la esquina, como si la decisión estuviera ahí, esperándome entre mesas vacías y tazas humeantes.

Asiento.

—Vale. Un café.

Archie no sonríe, pero sus hombros se aflojan un poco. Empieza a caminar a mi lado. No lo miro. Aún no. Pero cada paso que doy junto a él me hunde un poco más en algo que no sé si estoy preparada para desenterrar.

Pero ya está ocurriendo. Ya no hay pantalla. Ni audios. Ni distancia.

Ahora somos dos cuerpos reales compartiendo un silencio denso. Y una historia sin resolver.

Capítulo 11

La cafetería está medio vacía. En una esquina tranquila, el ruido de la cafetera forma parte del ambiente, constante y casi inadvertido. Archie elige una mesa junto a la ventana sin preguntarme. Como si aún recordara que me gusta mirar hacia fuera.

Pedimos dos cafés. Él sin azúcar, como siempre. Yo apenas pruebo el mío.

—Has cambiado de color —dice, rompiendo el silencio—. Te queda bien.

—Gracias. Supongo.

No sé muy bien cómo empezar. Todo se siente demasiado frágil, como si cualquier palabra mal dicha pudiera estropearlo.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Chicago te trata bien?

Él asiente con ese gesto suyo, leve, casi resignado.

—Bien. Bastante bien, sí. Me muevo entre torneos, entrenamientos, patrocinadores…, ya sabes.

—¿Y la uni? ¿Empezaste Arquitectura, al final?

Archie baja la mirada. Se frota la nuca con la mano izquierda, incómodo.

—No. No la empecé.

Me quedo en silencio. Lo miro.

—¿Pero no decías que...?

—Lo decía. Y lo quería. Pero no es el momento. Hay demasiado en juego ahora. El circuito me exige todo el tiempo y, si quiero seguir avanzando, no puedo distraerme.

Su tono es sereno. Convencido. Pero también distante, como si ya hubiera cerrado esa puerta dentro de sí.

—¿Y no te pesa? —interrogo sin pensarlo demasiado.

Él me mira. No con molestia, pero sí con un punto de dureza.

—A veces. Pero supongo que uno no puede tenerlo todo.

Asiento despacio.

—Eras bueno dibujando. Lo sabías, ¿no?

Él sonríe con tristeza.

—Tú eras la única que lo decía.

Se me hace un nudo pequeño en el estómago. De pronto me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que hablábamos así. De verdad.

—¿Y tú? —pregunta Archie tras un trago de café—. ¿Eres feliz dando clase aquí?

—Por ahora, sí. Sigo dando clases de español, pero ahora a niños más pequeños —respondo, intentando sonar natural, como si no me importara lo que piense. Como si no fuera importante que entienda que esta vez todo es distinto. Que ya no hay riesgo de que nada se repita.

Él asiente despacio.

—¿Y eso te gusta?

—A ratos. Me gusta enseñar. Pero no lo elegí del todo. Fue más bien una suma de circunstancias. Es mejor que seguir cuidando a los niños de mis vecinas y apuntada en la lista de espera para una plaza fija en mi país.

No añade nada, pero sus ojos no se apartan de mí. No parece estar juzgándome, pero hay algo que no dice. Algo que se queda suspendido en el aire.

Y yo lo noto. Esa especie de distancia nueva. Esa mirada que ya no es del todo la misma.

Por un momento me dan ganas de decirle algo, de hablar de lo que él dejó atrás. De su sueño de estudiar Arquitectura, de diseñar casas con luz natural y espacios abiertos. Pero no lo hago. Porque sé que esa puerta la cerró hace tiempo y no puedo abrirla por él.

Solo hay una especie de aceptación lejana, que duele más de lo que esperaba. Porque yo sí lo imaginaba dibujando planos, construyendo cosas. No repitiendo siempre el mismo golpe sobre el césped. Y duele verlo renunciar a eso, aunque él no lo diga.

Y él, quizás, también me imaginaba en otro lugar. Más cerca de lo que soñábamos. Más lejos de lo que ahora somos.

—Parece que los dos estamos siguiendo caminos que no eran exactamente nuestros —murmuro.

—Sí —responde sin mirarme—. Pero distintos en algo.

—Tú aún podrías cambiar de rumbo —le digo, sin poder callármelo más, como si esa frase fuera un último hilo al que aferrarme para no dejar que todo se desmorone.

Siento el peso de mis palabras colgando en el aire y, por un instante, temo haber sido demasiado directa. Pero es la verdad que llevo dentro, esa mezcla de esperanza y miedo que me estruja el pecho.

Archie me mira fijamente, sus ojos no esconden sorpresa ni rechazo. Al contrario, hay en ellos una calma casi inesperada, como si esas palabras estuvieran hechas para él tanto como para mí.

—¿Y tú? —me pregunta, con voz baja pero firme—. ¿Estás dispuesta a cambiarlo todo? ¿A dejarte amar de verdad, sin miedo a las consecuencias? ¿A ser libres, aquí, en esta ciudad?

Su pregunta me golpea con fuerza. Es mucho más que un desafío: es una invitación a romper las cadenas invisibles que nos atan. Siento cómo el nudo en mi garganta se aprieta y a la vez se afloja.

No es fácil responder. No después de todo lo vivido, después de las heridas que aún llevo en la piel y en el alma. Pero también sé que esa pregunta contiene una verdad que ya no puedo ignorar.

—No lo sé —confieso, apenas en un susurro, como si decirlo en voz alta hiciera más real ese temor—. Pero creo que ya no quiero tener miedo.

Un silencio se instala entre nosotros, pero esta vez es distinto. No es incómodo ni frío. Es denso, cargado de posibilidades. Él asiente y, en ese gesto, siento que por primera vez en mucho tiempo no estamos tan lejos. Que quizás, solo quizás, aún hay un camino para nosotros.

Me quedo en silencio unos segundos, sin saber qué decir. Para cambiar de tema, intento controlar los nervios y pregunto:

—¿Dónde vives ahora?

Archie sonríe, como si llevara tiempo esperando esa pregunta.

—En Beverly, cerca de Morgan Park —responde—. Muy cerca del campo de golf, en el Ridge Country Club.

Asiento, intentando imaginar ese lugar.

—¿Tu padre te ha organizado todo? —pregunto, queriendo entender cómo ha encajado esa nueva vida.

Él me mira con calma y, sin perder la serenidad, me devuelve la pregunta con una sonrisa irónica:

—¿Y mi madre te ha elegido el colegio y el apartamento donde vives? —dice, como para hacerme ver que nuestra situación no es tan diferente como parecía.

Me quedo pensativa, dándome cuenta de que, al fin y al cabo, ambos estamos navegando en caminos que otros han trazado para nosotros, aunque con nuestras propias dudas y decisiones.

—Touché —respondo, bajando un poco la mirada, pero no lo suficiente como para que no vea la media sonrisa que se me escapa.

Archie no añade nada. Se limita a dar un sorbo a su café, como si no hiciera falta explicar más.

—Supongo que al final todos estamos intentando mantenernos a flote —añado—. Haciendo lo que podemos con lo que hay.

—Sí —dice él—. Pero a veces lo que hay no es suficiente.

No sé si lo dice por él o por mí. O por los dos.

Nos quedamos en silencio unos segundos más, mirando a través del ventanal de la cafetería. Afuera la ciudad sigue su ritmo: coches que pasan, gente que cruza sin mirar, árboles que apenas se mueven con el viento.

—¿Y estás bien ahí? —le pregunto, volviendo a su barrio, a su casa, a lo que rodea su vida ahora—. En Beverly.

—Es tranquilo. Casi demasiado —responde—. Pero puedo entrenar sin interrupciones, y eso a mi padre le parece suficiente.

—¿Y a ti?

Tarda en responder. Se frota la palma con el pulgar, un gesto que reconozco de cuando se pone nervioso o piensa demasiado.

—No lo sé. A veces me da la sensación de que mi vida no me pertenece del todo. Como si la estuviera viviendo para alguien más.

Sus palabras me estremecen. Porque son lo que no me atreví a decirle antes. Lo miro en silencio y por un instante siento una conexión antigua, intacta, que sobrevive a pesar del tiempo y de todo lo que pasó.

—Yo también tengo esa sensación —murmuro.

Él me mira entonces, de verdad. Y por un momento no somos dos personas que se reencontraron por casualidad. Somos los mismos de antes, pero un poco más rotos, un poco más adultos.

Su móvil vibra sobre la mesa. El sonido es leve, casi imperceptible, pero yo lo siento como un temblor bajo la piel. Él lo ignora, sin siquiera mirar.

—¿No vas a responder? —pregunto, aunque sé que no tengo derecho a inmiscuirme. Y aun así lo hago. Porque hay algo en esa tensión que necesito deshacer, aunque sea con una frase.

Él suspira, como si volviera del todo a esta mesa, a este instante, y echa un vistazo rápido a la pantalla.

—Es mi entrenador. Quiere que entrene antes del anochecer.

Lo pone en silencio, lo deja bocabajo. La pantalla queda oculta, como si quisiera desterrar el mundo exterior. Como si solo esta mesa y yo existiéramos ahora.

—¿Y no vas a ir? —digo, incómoda.

—No. Estoy bien aquí.

Y lo dice sin mirarme, como si esa fuera la verdad más sencilla del mundo. Pero no lo es. Y eso me incomoda. No sé si por lo que dice o por cómo lo dice. Como si yo fuera razón suficiente para dejarlo todo. Como si él no tuviera que rendirse ante nadie más que ante este momento.

Y eso, en el fondo, me asusta. Porque yo no soy suficiente. O no quiero serlo. No otra vez.

El teléfono vibra de nuevo. Esta vez él lo coge, lo mira, duda un segundo… y cuelga. Sin contestar.

—Archie… —digo en voz baja, casi como una súplica—. Puede ser importante.

Y es entonces cuando me mira. Pero no como antes. No como en el colegio, ni siquiera como hace unos minutos. Me mira con esa profundidad con la que antes solía leerme, como si supiera dónde colocar los dedos para que algo dentro de mí tiemble.

Ese algo tiembla.

—¿Quieres conocer Beverly? —pregunta.

Mi corazón da un vuelco. El tipo de vuelco que no es bonito, ni poético ni fácil de manejar. Es de esos que te hacen revisar todo lo

que creías haber decidido. De esos que duelen porque traen consigo una certeza: no debería.

Eso no es solo un paseo por un barrio. Es volver a cruzar esa línea que tanto me ha costado mantener. Pero ya he cruzado tantas…

Y aunque sé que no debería, sé que lo haré. Porque mi vida en Chicago, hasta ahora, ha sido una especie de simulacro. Rutinas impuestas, muros construidos a toda prisa, pasos medidos. Pero ahora…, ahora todo empieza a tambalearse. Y una parte de mí, una que creí muerta, quiere ver qué hay más allá.

Asiento. Apenas.

Él se levanta sin decir nada y deja un par de billetes junto a la cuenta sin mirar cuánto es. El gesto seguro. El mismo de siempre. Descuelga la chaqueta del respaldo, me lanza una sonrisa ladeada —esa que solía romper mis defensas con una facilidad que odio y echo de menos— y me hace un gesto con la cabeza.

—Vamos —dice.

Y lo sigo.

Salimos de la cafetería. Afuera el aire tiene otro peso, como si el cielo también supiera que algo ha cambiado. Y mientras avanzamos por la acera, mientras nuestros pasos marcan un ritmo que ya no puedo frenar, una parte de mí grita que pare, que aún estoy a tiempo. Que aún puedo dar media vuelta.

Pero no lo hago. Porque la otra parte, la que ya está demasiado lejos de donde empezó, sabe que no hay vuelta atrás. Que acabo de dejar de sobrevivir. Y que, por fin, estoy empezando a vivir. En Chicago. Con todo lo que eso implique.

Nos detenemos en el semáforo y, al cruzar, mis ojos se fijan en un coche aparcado a unos metros de distancia. Un deportivo negro brillante, impecable, el mismo que vi el otro día. De esos que

parecen sacados de un anuncio de televisión. No puedo evitar frenar en seco.

—¿No podía ser uno más discreto? —pregunto, con una mezcla de sorpresa y alarma.

Archie se gira hacia mí, divertido.

—No muerde, te lo prometo —responde con esa voz tranquila que tan bien conoce mis mecanismos.

Y sin dejarme tiempo a responder, me toma de la mano con total naturalidad, como si lo hubiera hecho ayer, como si el tiempo no hubiera pasado, como si mis dudas no fueran más grandes que mi cuerpo. El contacto me paraliza un segundo. Su piel está tibia, firme, familiar. Me dice algo sin decir nada. Y yo no lo retiro.

Camina conmigo hasta el coche. Rodea la parte delantera, abre la puerta del copiloto como si estuviéramos en una película antigua y me dedica una sonrisa leve.

—Sube.

Vacilo solo una fracción de segundo. Luego lo hago. No porque esté segura, sino porque algo en mí necesita sentir, por fin, que estoy viviendo.

Me acomodo en el asiento. El interior huele a cuero nuevo y a algo que reconozco como suyo: una mezcla de colonia suave y vida fácil. Cierra la puerta con delicadeza, rodea el coche, sube él también y se abrocha el cinturón de seguridad como quien no tiene nada que ocultar.

El motor arranca con un susurro elegante. Salimos a la calle y el tráfico nos envuelve. Yo miro por la ventanilla, todavía sin hablar. Afuera Chicago pasa rápido, pero dentro del coche todo parece suspendido, como si fuéramos dos figuras encerradas en una burbuja que se desliza por la ciudad.

Durante unos minutos me dejo llevar. La conducción de Archie es tranquila, segura. Pone música baja, algo instrumental, y no dice nada. Ni falta que hace. Yo tampoco hablo. Solo miro. La ciudad va perdiendo altura mientras avanzamos hacia el sur. Los rascacielos quedan atrás, igual que el ruido, el tráfico, las prisas. A ambos lados empiezan a aparecer casas enormes, de ladrillo y piedra, con porches blancos, tejados altos y jardines cuidados con una precisión casi quirúrgica. Las calles están llenas de árboles, de silencio, de esa calma que solo pueden permitirse ciertos barrios.

Y entonces llegamos. Beverly.

—¿Esto es Beverly? —pregunto casi en un susurro.

—Sí —responde Archie sin mirarme—. Morgan Park, en realidad. Mi edificio está justo al borde entre los dos.

Lo dice como si fuera lo más normal del mundo. Como si no acabáramos de entrar en otro universo. Un universo con historia, dinero antiguo y una elegancia que no necesita decorarse con logotipos.

Tomamos una curva y entramos en una calle ligeramente elevada. Desde allí se ve parte del *skyline* de Chicago, recortado contra el cielo teñido de rosa y gris. Archie aparca delante de un edificio moderno, sobrio, de líneas rectas y ventanales inmensos. No tiene portero ni letrero llamativo. No lo necesita.

—¿Vives aquí? —pregunto, aunque la respuesta ya la sé.

—Ático. Con terraza en la azotea.

No digo nada. Me cuesta imaginarlo en ese tipo de vida. Aunque lo tenga todo. Aunque siempre haya tenido todo.

—¿Tu padre te lo buscó?

Él me lanza una mirada rápida, sin rastro de molestia.

—¿Mi madre te buscó el apartamento y el colegio?

Vuelve a preguntarme sin dureza, pero la pregunta me atraviesa. Porque sí. Porque esa es la verdad que no quiero mirar demasiado de cerca.

—No volveré a decirlo, entendido —murmuro, bajando la mirada.

Archie baja primero. Rodea el coche y me abre la puerta como si nada. Como si no supiera que mi corazón está golpeando tan fuerte que casi me impide moverme.

Me tiende la mano.

—Vamos.

Y yo…, yo voy.

Caminar a su lado por ese camino de piedra perfectamente alineado me hace sentir como si estuviera entrando en una película. El ascensor sube lento y en el reflejo de acero veo nuestras siluetas: la suya erguida, tranquila; la mía tensa, intentando no parecerlo.

Cuando se abren las puertas, el ático parece tragarse la tarde. Hay luz por todas partes. Techos altos. Suelo de madera clara. Cocina de revista con encimera de mármol. Más allá, a través del ventanal, la terraza se extiende como un escenario privado: tumbonas, una mesa al fondo y, al otro lado de la barandilla de cristal…, el campo de golf.

El Ridge Country Club se extiende al otro lado del horizonte, como si formara parte del salón.

Me quedo quieta. Lo observo todo en silencio. El olor, el orden, los detalles. El mundo perfecto al que nunca he pertenecido. Y, sin embargo, aquí estoy. Dentro. No solo en su casa. En su vida. En esta ciudad.

Siento que algo se rompe, pero no en pedazos. Se rompe como se rompe una crisálida. Y por primera vez desde que llegué a Chicago…, siento que empiezo de verdad.

Capítulo 12

—¿Siempre está así de limpio? —bromeo, intentando romper el silencio.

Archie deja las llaves sobre una mesa de cristal y se encoge de hombros.

—Casi nunca estoy. O me paso el día en el club…, o de viaje. A veces llego tan cansado que ni deshago la maleta. Pero me gusta tener orden.

—Sí. Se nota. —Mis ojos recorren los detalles: las estanterías minimalistas, el sofá de cuero claro, el aroma a madera y algo cítrico que no puedo identificar—. ¿Vives solo?

—Sí.

Lo dice sin darle importancia, pero la palabra queda flotando. Solo. Aquí arriba. Rodeado de todo esto.

—Debe de ser… solitario.

—A veces. Pero lo prefiero. No tengo que dar explicaciones. Ni fingir que estoy bien cuando no lo estoy.

Me siento en el borde del sofá, sin saber bien si es una visita o un interrogatorio emocional. Él se apoya en el marco de la ventana, con los brazos cruzados, mirándome sin hablar.

—¿Y tú? —pregunta por fin—. ¿También te sientes sola en tu apartamento?

Dudo. Es una pregunta directa. Casi cruel. Pero no lo dice con malicia.

—A veces. Pero al final te acostumbras. Lo que más echo de menos no es tanto a la gente, sino esa sensación de estar en un sitio que sea realmente tuyo. Donde no tengas que pedir permiso para existir.

Archie asiente como si entendiera.

—Y aun así viniste conmigo. Entraste en mi mundo —dice, sin reproches, pero con una intensidad nueva en la mirada.

—Tu mundo perfecto…, claro, el del príncipe encantador. Ya no me acordaba de eso.

Él sonríe ladeado.

—¿Y no lo sigo siendo?

—Lo fuiste. Hace un año. Pero ahora… —hago una pausa, buscando cómo decirlo—, ahora no sé bien quién eres.

—Tú tampoco eres la misma.

Nos miramos. Y en esa pausa se siente algo más real que la nostalgia.

—¿Te arrepientes de haber venido? —susurra.

No sé si habla de esta tarde o de Chicago. Pero niego con la cabeza.

—No. Solo me da miedo. Todo esto.

—¿Yo?

—Tú. Esto. Volver a sentir que quiero algo que no puedo tener sin romper otras cosas.

Sus ojos se suavizan.

—¿Y si ya está roto, Sara?

No tengo respuesta.

Él camina despacio hasta donde estoy sentada. No se acerca demasiado, pero la distancia se acorta. Lo suficiente para que lo sienta respirar.

—¿Te apetece salir a la terraza? —pregunta con voz más baja, casi un susurro—. No hay nadie. Solo la ciudad.

Asiento sin pensarlo. Él abre la puerta corredera. El aire fresco entra como un recuerdo. Lo sigo sin hablar. La terraza es amplia, con madera clara y luces cálidas empotradas en el suelo. A un lado, un par de pesas, una esterilla enrollada y una bicicleta estática; al otro, una zona *chill out* con cojines enormes y plantas en macetas modernas. Pero lo que me deja sin aliento es la vista: la ciudad se extiende bajo nuestros pies y, más allá, el verde del campo de golf se funde con las últimas luces del día.

—Es… irreal —susurro, acercándome a la barandilla de cristal.

—¿En serio?

—Sí. Es demasiado perfecto. —Suelto una risa baja, incrédula—. Hace un año vivía en una habitación pequeña, prestada por Evaine. Esto…, esto parece un decorado de película.

—Tal vez sea eso. —Archie se apoya junto a mí—. Un decorado donde fingimos que todo está en orden.

—¿Y tú finges?

—A veces. —Hace una pausa—. Pero contigo no quiero fingir.

Bajo la mirada. El corazón me late demasiado fuerte, demasiado rápido. Me aferro al borde de cristal como si eso pudiera anclarme a tierra firme.

—Esto es como vivir en otro mundo —murmuro—. En uno donde nada malo puede pasar.

—Y, sin embargo, aquí estamos tú y yo —responde—. Dos personas que saben que las cosas malas pasan. Que ya las han vivido.

Nos quedamos en silencio. No hay prisas. No hay reloj marcando el fin de la conversación.

Y allí, en lo alto de ese mundo al que no pertenezco, o eso creía, empiezo a imaginar que tal vez sí. Que tal vez, por un rato, puedo ser parte de él. De esta ciudad, de esta historia. De esta versión de Archie.

Y que quizás… esta es la primera página de mi verdadera vida en Chicago.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Archie, apoyado en la barandilla justo a mi lado.

—Solo agua, por favor —respondo, tratando de no parecer demasiado nerviosa.

Él asiente y se aleja hacia la cocina. Me quedo en la terraza, mirando las luces de la ciudad que empiezan a encenderse. El aire fresco me envuelve, pero siento un nudo en la garganta.

Cuando Archie vuelve con un vaso de agua, noto que está helada, casi tanto como aquella tormenta de nieve de hace meses. La misma que nos pilló en el aeropuerto y por la que acabamos en el mar; nos lanzamos al agua helada sin pensarlo y aquello terminó por destrozarme cuando llegué a Ibiza.

—Esta agua me recuerda a aquel día —le digo con una sonrisa tímida, apoyando el vaso en la barandilla—. A la tormenta, al mar helado..., a lo mala que estuve cuando llegué a Ibiza. Nunca te lo conté. No te dejé estar en ese momento.

Él me mira, atento, y poco a poco parece que esos recuerdos también le brotan a él.

—¿Te acuerdas de esa cena improvisada en la alfombra del salón? Con mantas y cojines, frente a la chimenea, intentando entrar en calor mientras afuera la nieve no paraba de caer.

Asiento, y una sonrisa dulce se dibuja en mi cara.

—Y cómo salimos a caminar por la nieve, sin preocuparnos por nada, solo tú y yo, hasta que no pudimos evitar besarnos de nuevo,

a pesar del frío, en el mar helado.

Él ríe bajito, recordando también.

—Volvimos corriendo, empapados, y nos metimos bajo esa ducha caliente que parecía salvarnos la vida.

Siento que el aire se vuelve más denso entre nosotros, cargado de nostalgia y de algo más.

—Lo repetiría una y mil veces más —dice él con una sonrisa que parece sinceramente feliz.

Y en ese momento, mientras el frío de la noche me envuelve y el resplandor de la ciudad brilla a lo lejos, siento que por primera vez en mucho tiempo no estoy sola. Que hay alguien dispuesto a compartir esos momentos, a estar conmigo, incluso en las tormentas más heladas.

—¿Por qué nunca me dejaste estar cuando estuviste mal? —pregunta en voz baja, buscando en mis ojos algo que duela menos que la verdad—. Llamé muchas veces —confiesa—, pero tú no contestabas. Te sentí distante, enfadada conmigo, y no quería agobiarte más. Pensé que necesitabas espacio.

—Necesitaba lo contrario —respondo, sin poder contener la herida —. Necesitaba saber que al otro lado del mundo seguías ahí, que me seguías el rastro, aunque fuera en silencio. Pero no estuviste, Archie. Te fuiste. Fue tu madre la que me encontró. No tú. Y eso me rompió más de lo que quiero admitir.

Él se acerca. Su mano busca la mía con una delicadeza que duele, como si todavía tuviera miedo de que me aleje. Como si supiera que este momento podría salvarnos... o terminar de hundirnos.

—Lo siento —susurra—. Nunca me había enamorado de nadie. No sabía cómo hacerlo bien. Me asustó perderte y no supe pelear por ti. Pero no volverá a pasar, Sara. No volveré a dejarte sola. Ni en lo

bueno ni en lo malo. Quiero estar contigo incluso cuando el mundo se ponga en contra.

Un nudo feroz me aprieta la garganta. Ya no hay espacio para máscaras. Para dudas. Para medias verdades. Solo quedamos nosotros, con todo lo que fuimos y todo lo que podríamos volver a ser.

—¿Estás seguro, Archie? —le susurro, mirándolo con la urgencia de quien ya no se permite más caídas—. ¿Estás dispuesto a pelear por esto, aunque tu padre, o quien sea, se interponga entre nosotros? ¿Vas a elegirme, incluso cuando no sea fácil?

Él me sostiene la mirada con una firmeza nueva. Convincente. Irrefutable.

—Sin dudarlo. Sara. Llevo meses vagando como un imbécil, mirando cada foto que subías a Instagram, buscando rastros de ti en sonrisas que no eran para mí. Soñando con estar en ellas. Esperando un mensaje. Algo.

—Archie… —mi voz tiembla, cargada de todo lo que no supe decir cuando debí—. Yo también te busqué en cada cosa buena que me pasaba. Y en todas las malas, te eché de menos con rabia.

No hay más que decir.

Me acerco y su aliento choca con el mío. Lo siento tan cerca, tan conocido, tan inevitable, que el pasado y el presente se funden. Y, por un segundo, estamos de nuevo en Escocia, la noche en que lo elegí por encima de todo, justo antes de que el mundo se viniera abajo.

Ahora sé que no estamos en el mismo lugar, pero sí en el mismo punto.

Y esta vez no pienso soltarlo.

Él tampoco dice nada. Solo me mira. Luego sus dedos rozan mi mejilla con una ternura que desarma. Y antes de que pueda respirar

otra duda, me toma en brazos.

—Archie… —susurro, sorprendida.

—Shh —dice con una sonrisa que me quiebra—. No quiero que camines. Quiero que recuerdes esto. Cada paso. Cada instante.

Apoyo la cabeza en su hombro y dejo que me lleve. Cruza el salón con decisión, la puerta se abre y el interior de su habitación nos envuelve en una penumbra suave. Sábanas blancas, madera cálida, el olor de su colonia mezclado con el silencio íntimo de un espacio que parece esperar este momento.

Me deja suavemente sobre la cama, pero no se aleja. Se sienta a mi lado. Me observa como si quisiera asegurarse de que estoy aquí de verdad. De que no es un sueño más de los que lo han perseguido estos meses.

—¿Y si mañana todo vuelve a complicarse? —pregunto con la voz temblorosa.

—Entonces mañana lo resolveremos juntos —responde él—. Pero hoy…, hoy solo quiero sentir que has vuelto.

Se inclina. Nos encontramos en un beso que no es precipitado, sino lento e intenso. Como si quisiera memorizar el sabor de mi boca y yo el de la suya. Como si todo el tiempo separados se comprimiera en ese roce de labios, en esa caricia que crece, que se enreda, que arde.

Sus manos me buscan, me exploran con la seguridad de quien conoce cada centímetro de mi piel y con el hambre de quien lleva demasiado tiempo soñando con ella. Le respondo sin miedo, sin contención. Porque lo amo. Porque lo he amado incluso cuando no debía.

Susurra mi nombre contra mi cuello y yo cierro los ojos, dejándome llevar. Y cuando nuestros cuerpos se funden al fin, no hay lugar para los errores del pasado. Solo estamos él y yo,

reconociéndonos en la oscuridad, en la piel, en los suspiros ahogados que se nos escapan entre beso y beso.

No hay más palabras. Solo este instante. Y la certeza de que, aunque el mundo vuelva a ponerse en contra, esta vez no vamos a rendirnos.

* * *

La habitación está en penumbra, apenas iluminada por las luces de la ciudad que se cuelan por los ventanales. La sábana blanca cubre nuestros cuerpos entrelazados, aún cálidos, aún vibrando con la intensidad de lo vivido. Su pecho sube y baja despacio bajo mi mejilla y sus dedos dibujan líneas perezosas en mi espalda.

Ninguno de los dos dice nada durante un buen rato. No hace falta. Solo respiramos el mismo aire, compartimos el mismo silencio. Nos miramos como si quisiéramos memorizar este instante, por si acaso se desvanece al parpadear.

—Gracias —susurra él con una sonrisa suave y la voz rasgada por la emoción—. Por estar aquí. Por volver a mí.

—Gracias a ti —respondo sin apartar mis ojos de los suyos—. Por no rendirte. Por seguir sintiéndome incluso cuando parecía que no quedaba nada.

Nos besamos otra vez, pero ya no con la urgencia de antes, sino con la calma de quien ha llegado a casa. Es un beso que promete sin exigir. Que se ancla en el presente pero sueña con el futuro. Me incorporo un poco, con el corazón dividido entre el deseo de quedarme y la necesidad de irme.

—Tengo que volver —murmuro—. No puedo quedarme aquí; esta es tu casa.

Archie niega con la cabeza despacio; su mano rodea mi cintura con suavidad.

—No —dice, mirándome con una ternura que me desarma—. No quiero volver a separarme de ti. No tan pronto. No esta noche.

—Archie…

—Te prometo algo —interrumpe mientras se acerca a besar mi frente—. Cuando suene tu despertador, todo el mundo sabrá que he pasado la noche contigo. Que he dormido a tu lado, abrazado a ti. Ya no hay secretos, Sara. No más escondites, no más mentiras. Estoy contigo. Y quiero que el mundo lo sepa.

Me cuesta respirar. Su forma de amarme con verdad, con valentía y sin sombras, me sobrepasa.

—Eres idiota —le digo, sonriendo con los ojos húmedos—. Y lo peor es que me encantas así.

—Te quiero así —responde él—. Tal como eres. Tal como somos.

Y entonces me rindo. Me acomodo de nuevo en su pecho, con la piel aún ardiendo por todo lo que acabamos de compartir, y cierro los ojos mientras su respiración me arrulla, constante y segura. Sus brazos me rodean como si pudieran protegerme de todo lo que existe fuera de estas paredes, como si no necesitara nada más en el mundo que este instante.

Por primera vez en mucho tiempo no tengo miedo del mañana. No me preocupa lo que dirán, ni lo que vendrá ni siquiera si todo esto es demasiado bueno para ser verdad. Porque esta noche, por fin, estoy donde quiero estar. No por impulso ni por nostalgia, sino por elección.

Con él. Con su cuerpo pegado al mío, con su corazón latiendo al compás del mío. Con su amor, claro y rotundo, envolviéndome como una promesa que no necesita palabras.

Y por fin descanso. Porque el lugar que siempre busqué… era este.

Capítulo 13

Archie

Aparco en doble fila. Me da igual. No voy a tardar, o eso creo. Sara se desabrocha el cinturón con ese gesto rápido que siempre tiene cuando quiere salir corriendo. Pero cuando abre la puerta y ve que yo también me bajo, se gira y frunce el ceño.

—¿Qué haces?

Me encojo de hombros.

—Tú ya viste mi mundo. Ahora me toca a mí ver el tuyo.

Se le escapa una sonrisa, una de esas que le nacen solo en un lado de la boca y, sin decir nada más, me deja pasar. Entramos al edificio y esperamos el ascensor, que se toma su tiempo como si tuviera personalidad propia. Ella me mira de reojo.

—No está muy ordenado... No me dio tiempo a recoger ayer y no esperaba a nadie...

—No me importa —respondo.

Y miento. No por el desorden, sino porque ya tengo una idea en la cabeza de lo que me voy a encontrar. Pero no estoy preparado.

El ascensor se detiene en el quinto piso. Ella abre la puerta y me hace un gesto para que pase. Lo hago… y me detengo. Todo está ahí, en un solo espacio. La cocina, el sofá, una cama sin cabecero. Una lámpara colgando sin pantalla. Y un ventanal que intenta hacer lo que puede para que entre luz.

No digo nada. Me quedo quieto. No entiendo cómo puede vivir aquí. No entiendo cómo mi madre ha visto esto y le ha parecido una buena idea. No cuando yo podría ofrecerle algo mejor. No cuando ella merece algo mucho mejor.

—¿Ves? —dice ella—. Es pequeño, pero me gusta. Tiene todo lo que necesito.

Intento tragarme el nudo que se me forma en la garganta.

—¿Mi madre lo eligió contigo?

Sara se gira hacia mí.

—No…, bueno, pero es perfecto. Lo puedo pagar sola. Me hace sentir independiente.

Asiento, aunque me cuesta. Miro la cama, el horno diminuto. Me cuesta.

—Los vecinos son majísimos —añade—. Kylie vive en esta misma planta y es la instructora de yoga, la misma clase del parque a la que va Blue, tu prima. Es un sitio alegre, aunque no lo parezca. Y espera a que veas la terraza. Es espectacular.

Ella sonríe con tanta convicción que me desarma. Está orgullosa de este lugar, de lo que ha construido. Y, aunque todo mi cuerpo quiere sacarla de aquí, meterla en un sitio mejor, darle más…, empiezo a entenderlo.

Camino hacia el ventanal. Afuera se ve el parque y, aunque me cueste reconocerlo, le da toda la vida al lugar.

—Está bien —digo al fin.

Ella se me queda mirando.

—Estoy bien aquí, Archie. De verdad. Este sitio… me hace sentir libre. Y eso no lo cambio por nada.

La miro. Y ahí está, de pie en medio de su pequeño mundo, feliz. Aunque una parte de mí se revuelve, otra —una que no suele ganar

— entiende que este lugar también la define. Y eso me hace quererla más.

Miro el reloj. Casi las seis. Me paso la mano por el pelo y vuelvo a mirarla.

—Tengo que irme —digo en voz baja—. Hoy viajo al torneo de Toronto.

—¿Toronto? ¿Tan lejos?

Asiento. Me acerco despacio y, aunque su apartamento es minúsculo, se me hace grande cuando me tengo que alejar. Me detengo frente a ella. Me mira con ese brillo en los ojos que solo aparece cuando está a punto de decir algo que se va a guardar.

—No voy a poder verte hasta pasado mañana —añado—. Pero te escribiré en cuanto pueda. Lo prometo.

Ella aprieta los labios, asiente. No se queja. Nunca se queja. Y eso, por alguna razón, me parte más que si me montara un drama.

—Está bien —responde. Y se pone de puntillas para darme un beso corto, como si supiera que no podemos alargar esto. No ahora.

—Cuídate, por favor —murmura contra mi cuello.

—Siempre.

La abrazo fuerte. Demasiado. Como si por fin entendiera que esta distancia, por una vez, no lo cambia todo. Que cuando vuelva, ella seguirá ahí. No hay miedo ni palabras a medio decir. Solo la certeza, nueva y poderosa, de que esta vez estamos bien. De verdad.

Salgo del piso. Ella me acompaña hasta la puerta, descalza. Me besa en los labios, rápido, como si supiera que si nos detenemos será más difícil irme.

—Escríbeme —susurra.

Asiento. No le prometo nada más. Ya no hago promesas que no puedo cumplir. Camino hacia el ascensor y pulso el botón. Espero paciente cuando la puerta se abre y lo veo.

Lo reconozco en cuanto levanta la cabeza. Alto, moreno, rostro afilado. El del parque. El que me miró como si supiera más de lo que decía. No recuerdo su nombre, pero sí su forma de plantarse. Y ahí está otra vez.

Sale del ascensor, pero no me deja entrar. Se cruza de brazos delante de mí, bloqueando el paso.

—Así que tú eres el famoso Archie —dice con una media sonrisa que no tiene nada de cordial.

Lo miro sin responder. Espero que se aparte. No lo hace.

—No sé mucho —continúa—. Apenas he oído tu nombre. Pero no hace falta. Vi suficiente.

Me tenso. No por él, sino por lo que pueda soltar.

—Vi a una chica que intenta fingir que está bien. Que pone esa sonrisa cuando alguien pregunta, pero que se queda en silencio cuando cree que no la miran. Que dice que ya te olvidó…, pero que no suelta el móvil ni cuando duerme.

Trago saliva. Algo se me revuelve dentro.

—Solo soy un vecino —añade—. Pero me basta con ver cómo te mira para saber que le hiciste daño. Y si has venido para repetirlo…, mejor date la vuelta ahora.

—No sabes nada —respondo con la voz baja, dura.

—Tienes razón. No sé los detalles. No sé qué le hiciste o por qué se fue. Pero sé lo que he visto en sus ojos. Y no quiero volver a verlo.

Nos quedamos en silencio. El ascensor se cierra detrás de él, como si supiera que ya no lo vamos a usar. Paso por su lado, lo rozo con el hombro sin detenerme. Él no se aparta. Me sigue con la mirada hasta la puerta de las escaleras y no lo dudo: me largo, dejándolo ahí plantado, porque no quiero escuchar más.

Bajo los escalones de dos en dos, sin mirar atrás. El aire frío me golpea al salir del edificio. Camino hasta el coche con las llaves apretadas en el puño.

Subo, cierro de un portazo y me quedo ahí, quieto, con el motor encendido.

Porque me jode que un tipo que apenas la conoce haya visto lo que yo no quería mirar. Porque me jode que tenga razón. Porque, aunque no lo diga en voz alta…, me da miedo que alguien como él llegue a donde yo no supe quedarme. Y porque me aterra que, si no hago bien las cosas esta vez, haya alguien más dispuesto a estar ahí cuando yo vuelva a fallar. Y esta vez no es mi hermano, y no es por orgullo; es alguien que de verdad tiene interés.

El cielo empieza a aclararse, pero yo sigo con el ceño fruncido, los hombros tensos y la mandíbula apretada. El coche avanza por las calles medio vacías de Chicago como si pudiera dejar atrás todo lo que acabo de ver. Como si eso fuera posible.

Pulso un botón en el volante.

—*Hello*, Mercedes —murmuro—, llama a mamá.

El asistente obedece. Suenan los tonos. Sé que son las seis y media de la mañana aquí y que en Escocia ya deben de estar a media jornada. Aun así, me cuesta encontrar la voz cuando responde.

—Archie, cariño —saluda con su tono habitual, cálido pero sorprendido—. ¿Estás bien? ¿Qué haces llamando a esta hora?

—¿Viste el apartamento en el que vive Sara?

—Vaya... —dice tras una breve pausa, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Así que ya os habéis reencontrado.

—Mamá, no estoy de humor.

—Sí, lo vi.

—¿Y te pareció bien? ¿Ese cuchitril te pareció bien?

—No es un cuchitril.

—¿Estás de broma? Es una caja de cerillas con un horno de juguete y una cama sin cabecero. ¿Eso es lo mejor que has podido encontrar?

—Archie…

—Dímelo en serio. ¿Tú lo llamarías hogar?

—No es mi hogar, es el suyo. Y sí, lo vi. Fui yo quien barajó las opciones. Eso era lo mejor que podía pagar sola.

—¡¿Y esa es tu idea de ayudarla?! ¡Darle algo que apenas supera un trastero!

—Baja la voz, por favor —dice con calma, sin dejarse arrastrar por mi tono—. Y escúchame. Esa fue la única forma de que aceptara mi ayuda. No quería favores. Quería hacerlo sola. Independiente. Con su dinero, su esfuerzo, su orgullo.

—¿Y tú se lo has permitido?

—Permitido, ¿qué? ¿Que una mujer adulta tome sus propias decisiones? Sí, Archie. Claro que sí. No podía obligarla a aceptar algo que no quería. Ni tú puedes.

Acelero sin pensar. Giro una esquina demasiado rápido y un coche me pita. Ni lo miro.

—Está sola, mamá. Está viviendo en medio de una ciudad nueva, en un piso ridículo, y tú lo sabías.

—No está sola —corrige, bajando un poco el tono, como si quisiera hacerme entender, no enfrentarme—. Está empezando de nuevo. Que no es lo mismo. Está ganándose su sitio. ¿Tú sabes lo valiente que hay que ser para hacer eso?

No respondo. Porque, sí, lo sé. Y me mata saberlo.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Pagarle un ático y decirle que era barato? ¿Que mintiera para que tú pudieras estar más tranquilo? ¿Para sentirte menos culpable?

Aprieto el volante. Me arde cada palabra. Porque sé que tiene razón. Porque todo esto me está explotando en la cara y no sé cómo arreglarlo.

—No puedes protegerla a tu manera, Archie. Solo puedes acompañarla, si ella te deja.

Trago saliva. La garganta me arde.

—¿Te lo ha contado todo? —pregunto.

—Me contó lo justo. Lo demás… lo imagino. No me hace falta saber cada detalle. Solo sé que, si me estás llamando, es porque te importa. Y eso ya es un cambio.

—Esto no es justo.

—La vida rara vez lo es. Pero aún estás a tiempo de hacer las cosas bien.

Silencio.

—¿Me oyes?

—Sí.

—Pues empieza por ahí. Archie, sé un hombre y demuestra la gran persona que eres.

Cuelga. No de forma brusca, sino firme. Como si supiera que todo lo que había que decir ya está dicho.

Y mientras el coche se pierde entre los primeros rayos del sol, lo único que me queda claro es que el lugar al que pertenezco… ya no me está esperando. Tengo que merecerlo.

Salgo del *parking* del aeropuerto con las manos aún temblando un poco por la rabia y la mezcla de emociones que me carcomen por dentro. El frío de la mañana en Chicago apenas se siente porque llevo la chaqueta cerrada hasta el cuello, pero la presión en el pecho no se va.

La zona VIP está casi vacía a esta hora, y el sonido de las maletas rodando se mezcla con el murmullo apagado de las pantallas y el

eco lejano de los anuncios. Todo parece demasiado tranquilo para lo que llevo dentro. Pero no tardo en darme cuenta de que no estoy solo.

Él está ahí. Con esa postura rígida y la expresión de enfado que nunca se quita por completo. El entrenador. Su mirada me atrapa nada más cruzar la puerta.

—¿Dónde estabas ayer? —me suelta sin rodeos, sin esperar siquiera que le conteste—. No te vi por ningún lado en el entrenamiento. No me pagan para mirar el césped crecer.

Me quedo un segundo sin respuesta; el peso de la pregunta me aplasta. Sé que, si le digo la verdad, todo se vendrá abajo. Él no entendería por qué me salté el entrenamiento. No ahora. Así que opto por lo que siempre hago: eludir.

—Tenía cosas que hacer —digo con voz tensa, pero intentando sonar tranquilo.

Me lanza una mirada que parece querer atravesarme. Me conoce demasiado para que le sirvan excusas a medias. Puede que no sepa dónde estuve, pero sí sabe que la verdad es más compleja que un simple «tenía cosas que hacer».

—¿Cosas que hacer? —su tono sube una octava; la paciencia se le está agotando—. Archie, esto no es un *hobby*. Esto es serio. Esto es tu futuro. No puedo permitir que pierdas el tiempo. No puedo tolerar que me hagas perder el mío.

La rabia en sus palabras se siente como un golpe. Y sé que no es solo por mí. Es porque hay mucho en juego, porque sabe que si fallo, no solo me fastidio yo, sino todos los que apuestan por mí.

—No me interesa lo que hiciste —continúa mientras se acerca—. Aquí no hay excusas. Si quieres seguir en este equipo, tienes que cumplir con cada entrenamiento. No puedo estar pendiente de ti. Y si vuelves a faltar, juro que llamaré a tu padre.

Un escalofrío me recorre. No quiero que mi padre se entere. No ahora. No así. No puede ser parte de este lío.

—No voy a fallar más —le aseguro, aunque la voz me traiciona. No sé si lo creo ni yo.

—Eso espero —me dice, dando un paso atrás, pero sin dejar de mirarme—. Porque si vuelves a desaparecer, no será solo una charla. Esto puede acabar mal para ti.

La amenaza queda flotando entre nosotros como una sombra que no se quiere ir. Él no quiere problemas, pero está dispuesto a hacer lo que haga falta para que yo cumpla. Miro a mi alrededor buscando un respiro. Las luces blancas del aeropuerto me hacen sentir pequeño, como si toda la responsabilidad estuviera pegada a mi piel, aplastándome.

—Más te vale que te vaya bien en el torneo —me suelta al final, con un gruñido más que con una sonrisa.

Asiento, pero sé que no estoy listo. Que no puedo fallar, pero tampoco sé si puedo dar todo sin perder algo de mí mismo. Mientras camino hacia la puerta de embarque, siento la mirada de mi entrenador clavada en la espalda, pesada y penetrante, un recordatorio implacable de que no hay margen para errores. Cada paso pesa más que el anterior, como si me arrastrara hacia un destino que no quiero, pero del que no puedo escapar.

Mi cabeza no para de dar vueltas. Vuelvo a ver el apartamento de Sara, esa sonrisa a medias que intenta esconder su lucha silenciosa y el maldito vecino que está ahí, presente, mientras yo sigo aquí, alejándome de ella con cada kilómetro. La rabia se enciende en mi pecho, mezclándose con un miedo sordo que no me deja respirar.

Esta vez no es solo el entrenador ni el torneo. Esta vez es ella. Y lo que está en juego es mucho más que una medalla o un partido ganado.

Esta vez tengo que pelear por todo.

Capítulo 14

Sara

El eco del agua caliente me envuelve, pero en mi mente no está solo el calor del baño, sino también la intensidad de su mirada, sus caricias suaves y aquella promesa que nos hicimos de ser libres en esta ciudad. Dejar que el agua me arrastre lejos del ruido y la presión que me han acompañado estos días es un refugio necesario. Hoy es un día importante y tengo que estar lista.

Mientras me seco, el móvil sobre la encimera vibra con insistencia. Mis dedos aún húmedos lo toman con un pequeño temblor y, al ver el nombre de Archie que ilumina la pantalla, siento que el corazón se me acelera, como si el mundo se encogiera a ese instante. No puedo evitar sonreír, porque, aunque la distancia y todo lo que nos rodea a veces parece demasiado, ese mensaje me recuerda que no estamos tan lejos.

Leo sus palabras una y otra vez en mi mente:

> **Archie:**
> Ya en el avión. Te escribo cuando aterrice.
> Cuídate. Te quiero.

La sencillez de su mensaje esconde un mundo de cosas que él no dice pero que yo siento, y me invade una mezcla dulce de esperanza y miedo. Espero que todo salga bien para él, que este torneo sea solo un paso más para que volvamos a estar juntos.

Sin pensarlo demasiado, mis dedos escriben rápido la respuesta, como si enviarla me diera fuerzas:

Yo:
Suerte en el torneo. Aquí estaré, esperándote.

Esa pequeña promesa, aunque silenciosa, me calienta desde dentro y me hace sentir capaz de enfrentar lo que venga hoy.

Con el ánimo elevado, me arreglo rápido y elijo la ropa que mejor refleja quién quiero ser hoy: segura, preparada y lista para enfrentar cualquier reto.

Al salir, el sol acaricia la ciudad con esa luz clara que solo tiene la mañana, y camino hacia el colegio con paso firme. Aurora me espera en la entrada; su cara es una mezcla de nervios y emoción.

—¿Lista para prepararlo todo? —me pregunta.

—Más que nunca —respondo.

Aprovechando que hoy no tenemos clases, Aurora y yo nos hemos encerrado en la sala de profesores con dos termos de café, una pila de libros y su libreta de notas, que ya parece un campo de batalla. Pasamos la mañana afinando cada detalle del proyecto: redactamos el plan pedagógico, buscamos referencias, adaptamos el lenguaje para que suene formal sin perder fuerza y discutimos durante media hora sobre si debíamos o no usar la palabra «frente» en el título. Cuando terminamos, la carpeta que hemos preparado parece más el dosier de una beca universitaria que una simple propuesta escolar. Pero sabemos que vamos a necesitar cada una de esas páginas si queremos convencer a Bruce y a Helen en la reunión.

Entramos en la sala. Helen está ya sentada al fondo, recta, impoluta, con una libreta frente a ella y un bolígrafo perfectamente alineado con el borde. Bruce llega justo detrás de nosotras, con una taza de café en la mano y cara de no haber dormido lo suficiente.

—Vamos a escucharlas —dice él sin rodeos, mientras deja la taza sobre la mesa con un golpecito seco.

Helen no dice nada. Nos observa. Siento el impulso de alisarme la blusa o revisar mis apuntes, pero me obligo a mantenerme firme. Aurora, en cambio, sonríe. Esa sonrisa suya que parece decir: «Sé que esto va a costar, pero no pienso rendirme».

—Bueno —empiezo con voz clara—. Lo que traemos es un proyecto interdisciplinar pensado para los grupos de Español Avanzado y los de Historia Moderna. Una obra de teatro en español, interpretada por los alumnos, basada en testimonios reales de combatientes extranjeros en la guerra civil española, centrada sobre todo en el frente de Aragón.

Bruce alza una ceja.

—¿Una obra de teatro?

—Sí —continúa Aurora, mientras se adelanta un paso—. Inspirada en casos reales. Hay material de las Brigadas Internacionales, extractos de cartas y diarios personales, y lo más interesante: lo han trabajado indirectamente en literatura, con Orwell y *Homenaje a Cataluña*. Queremos que ese interés se convierta en algo vivo. Emocional. Que puedan explorarlo desde dentro.

Helen ladea la cabeza.

—¿Y por qué una obra? ¿Por qué no un ensayo? ¿O una exposición tradicional?

—Porque el teatro emociona —respondo—. Y emocionar es enseñar, en especial cuando hablamos de guerras que ya nadie quiere mirar. Queremos que los alumnos vivan la historia, que la respiren. No desde los libros, sino desde el cuerpo.

Bruce resopla por la nariz.

—¿Y vais a poner a chavales de secundaria a representar una guerra? ¿Quién va a morir en escena? ¿Van a gritar «¡No pasarán!»

entre las taquillas y la sala de música?

Aurora contiene una risa, pero no se echa atrás.

—No habrá muertos —dice muy seria—. Ni sangre. Ni banderas. Solo emoción contenida. Canciones antiguas. Luz tenue. La memoria en sus voces. Nada más.

Silencio. Bruce bebe un sorbo de café. Helen sigue sin apuntar nada.

—Tenemos referencias —añado al momento—. Proyectos similares en otros colegios internacionales. Y hemos pensado en todo: logística, duración, posibles conflictos, cómo abordarlo desde el respeto y la pedagogía. —Le extiendo la carpeta con la propuesta impresa—. Todo está aquí.

Bruce la toma, ojea sin mucho interés al principio…, hasta que algo parece captar su atención. Una cita subrayada, quizá. O el plan de ensayos cruzados con los horarios de las clases. No dice nada.

—Y si funciona —continúa Aurora—, puede convertirse en una actividad anual. Una obra por curso, un idioma diferente cada vez. Un escaparate de talento y aprendizaje transversal. Y, además, la directora del departamento de Arte Dramático ya se ha mostrado interesada en colaborar.

Helen por fin levanta la vista.

—¿Y cuál es el objetivo pedagógico principal? —pregunta—. Porque esto suena bonito, pero quiero saber qué va a aprender el alumnado más allá de saberse unas líneas de diálogo.

—Empatía histórica —respondo al instante—. Comprensión de contextos complejos. Desarrollo del lenguaje emocional en otra lengua. Colaboración en equipo. Y una reflexión profunda sobre cómo se construyen las narrativas. Ellos no representarán héroes. Representarán humanos.

Helen se queda callada unos segundos. Cruza los brazos. Bruce cierra la carpeta y la deja sobre la mesa.

—De acuerdo —dice por fin la directora, con voz medida—. Pero con condiciones. Quiero ver el guion antes de que se empiece a ensayar. Nada de conflictos. Y ni una gota de sangre, literal o simbólica.

—Por supuesto —responde Aurora al instante.

Helen asiente.

—Y quiero que el título no contenga la palabra guerra.

—«Memoria de Aragón», quizás —propongo—. O «Voces del frente».

—Eso me gusta más —dice Helen, y es la primera vez que la vemos sonreír.

Bruce se estira en su silla y nos mira, resignado.

—Sois muy insistentes. Y eso puede ser una virtud o una condena. Veremos cuál de las dos resulta ser.

—Lo compro —dice Aurora, mientras alarga la mano hacia mí como si ya hubiéramos ganado—. ¿Te das cuenta de que acabamos de convencerlos?

—Ni yo me lo creo —le respondo, estrechándosela y conteniendo una risa.

—Enhorabuena a las dos —dice la directora antes de salir.

Bruce la sigue, cerrando la puerta tras ellos.

Salimos de la sala con las carpetas firmes contra el pecho y la sensación de haber conseguido lo imposible. La revolución ha empezado, aunque sea pequeña: luces apagadas, canciones viejas, un español impecable.

Y entonces pienso en Archie. No sé qué habrá tenido que enfrentar hoy, pero imagino que, igual que yo, también estará luchando. Y eso solo hace que lo quiera más.

La tarde cae rápido sobre Chicago, con ese cielo anaranjado que parece pintado a pincel seco. Al salir del colegio, Aurora me lanza una mirada cómplice.

—¿Una copa para celebrarlo? —pregunta, levantando una ceja—. Creo que nos la hemos ganado.

No tengo planes y, con sinceridad, después del nudo que llevamos acumulado desde esta mañana, la idea me parece gloriosa.

—Pensaba que nunca lo preguntarías —respondo con una sonrisa.

Terminamos en un bar tranquilo, de esos con luces cálidas y mesas pequeñas donde las conversaciones parecen flotar en el aire. Pedimos dos copas de vino y nos dejamos caer en los sillones como si el día nos hubiera exprimido.

—Vale —dice Aurora, tras el primer sorbo—. Oficialmente, estamos locas. ¿Tú sabes el lío en el que acabamos de meternos con esta obra?

—Una locura preciosa —respondo—. No todos los días se convence a Bruce y a Helen con un frente de guerra y canciones antiguas.

Nos reímos. La tensión de las últimas horas empieza a disolverse con cada trago. Hay algo fácil en estar con Aurora, algo natural. Como si fuéramos piezas que encajan sin demasiado esfuerzo.

—¿Y tú? ¿Tienes a alguien por aquí? —pregunta de pronto, como quien no quiere la cosa.

Titubeo, pero le devuelvo la pregunta:

—¿Tú primero?

Aurora se ríe por lo bajo, como si lo hubiera visto venir.

—Estoy con alguien, sí. Hace tiempo. Es mayor que yo. Mucho mayor. Y…, bueno, no siempre ha sido fácil. Familia, distancia, juicios ajenos, miradas de reojo, un montón de cosas que la gente ni se imagina. Pero ¿sabes? Él es quien tiene el dinero, quien lleva la

batuta en muchas cosas. Yo soy la «chica joven» en esa historia. Desde el principio hemos tenido todo en contra, como si el mundo quisiera que no funcionara.

La forma en que lo dice, sin vergüenza, pero con una sinceridad desarmante, me descoloca un poco. Me remueve algo por dentro, como si encontrara un espejo en sus palabras.

—Entiendo lo de no ser fácil —respondo, bajando la voz y acercándome un poco más—. Yo también estoy con alguien. Aunque no lo parezca. Es una historia rara…, complicada. También hay años de diferencia, secretos y cosas que no siempre podemos contar. Pero el peso de tenerlo todo en contra… lo conozco.

Aurora asiente con suavidad, como si esa frase le fuera demasiado familiar, como si la sintiera propia.

—No hacen falta los detalles —dice, sonriendo con calma—. Pero te importa. Se te nota en la cara, en esa mezcla de cansancio y fuerza que pocos pueden fingir.

—¿Sí? —pregunto, un poco avergonzada, casi sorprendida por esa lectura tan certera.

—Sí —confirma—. Tienes cara de guerra perdida, pero feliz de haberla luchado. Esa sonrisa no es una sonrisa cualquiera.

No puedo evitar reírme, una risa que me libera y me llena de gratitud.

—Gracias, Aurora. Por esto. Por el proyecto. Por no mirarme como si fuera de otro planeta. Por entender que a veces las batallas más duras son las que menos se ven.

—Lo hago —dice, guiñándome un ojo—. Pero es mi planeta favorito últimamente.

Chocamos las copas con suavidad. Es un brindis silencioso por todo lo que está por venir. Por las batallas que hemos librado. Y por las que, juntas, estamos dispuestas a pelear.

Estamos terminando la última copa cuando el móvil de Aurora vibra sobre la mesa. Ella mira la pantalla y su rostro se ilumina.

—Es él —dice con una sonrisa suave—. ¿Me permites?

—Claro —respondo, apoyándome en el respaldo del sillón, cómoda.

Aurora responde la llamada y su voz se vuelve más dulce, más cercana.

—Hola, cariño —susurra.

Yo me quedo en silencio, viendo cómo cambia la expresión de Aurora al escuchar la voz del otro lado. Es algo sencillo, cotidiano, pero se siente íntimo. Justo cuando parece que la conversación va a alargarse, mi teléfono suena en mi bolso. Miro la pantalla: Archie. Aurora me mira y yo levanto el pulgar en señal de «¿contesto o no?». Ella asiente y yo lo tomo.

—Hola —respondo a Archie con una sonrisa que él no puede ver —. Estoy tomando algo con una compañera del colegio. ¿Te puedo llamar más tarde?

—Claro, cuando puedas llámame —responde él, y cuelgo.

Aurora se despide con un beso al teléfono. Guardamos los móviles y nos miramos, cómplices, sabiendo que, a pesar de nuestras complicaciones, somos felices.

—Si no te importa…

—Claro —asiento—. Yo también tengo cosas que hacer en casa — miento, porque no quiero que piense que no tengo nada que hacer.

Nos levantamos, recogemos nuestras cosas y salimos del bar. La tarde fresca nos recibe mientras nos separamos con un abrazo rápido y sincero. Camino con el móvil en la mano, pensando en llamar a Archie, cuando la pantalla se ilumina con un nombre que me hace sonreír sin pensarlo dos veces: Evaine. Contesto al instante.

—¡Sara! —su voz, cálida y llena de entusiasmo, me atraviesa el pecho como un abrazo a distancia—. ¡Por fin te pillo! Llevo días queriendo hablar contigo. Cuéntamelo todo, ¿cómo va eso? ¿Qué tal los profesores? ¿Los alumnos? ¿Te tratan bien? ¿Sigues viva?

Sigo caminando por la acera mientras su energía me arranca una carcajada.

—Sigo viva, sí. Algo cansada, pero bien. Me estoy adaptando poco a poco. Hay de todo, como siempre, pero Bruce, uno de los jefes de departamento, está siendo bastante majo. Y tengo una compañera genial, Aurora. Hoy presentamos un proyecto juntas y nos ha salido bien.

—¿Una compañera genial? Espera, ¿ya tienes reemplazo? —dice en tono teatral, y ambas soltamos una risa.

—¡Tú eres insustituible! —respondo, girando una esquina. La brisa fresca me roza el cuello y aprieto la bufanda—. Pero Aurora tiene chispa, es lista, rápida… y buena gente. Me recuerda un poco a ti.

—Uf, pobre chica —bromea—. ¿Y los alumnos? ¿Son tan adorables como nuestros pequeños monstruos?

—Hay de todo. Algunos me miran como si fuera un alienígena, otros me adoran porque soy «la nueva con acento», y tengo un grupito que empieza a engancharse al español. No me puedo quejar.

—¿Y la ciudad? ¿Te gusta? ¿Es tan enorme como dicen?

—Es inmensa, Evaine. A veces siento que podría caminar durante horas y no acabar nunca. Pero también es bonita. Hay vida en cada rincón, música, olores, gente distinta. Me abruma…, pero también me hace sentir viva.

Se hace un breve silencio al otro lado, como si Evaine necesitara tragar un nudo.

—Te echo tanto de menos, Sara. Sin ti la casa está vacía. Nadie usa tu taza de desayuno, tus zapatillas siguen debajo de tu cama, y

tu habitación... parece que te fuiste corriendo, como si fueras a volver en cualquier momento.

Trago saliva con esfuerzo.

—Yo también te echo de menos. Echo de menos nuestra cocina caótica, tus tartas de manzana medio quemadas, las tardes en silencio con una copa de vino y una manta. Pero necesitaba esto, Evaine. Cambiar de aires, poner distancia. Ya sabes por qué.

—Lo sé —dice en voz baja, con esa comprensión que solo tienen las amigas de verdad—. ¿Y estás bien? ¿De verdad?

—Sí. A ratos me siento fuerte, a ratos un poco perdida. Pero… estoy bien. Estoy entera.

—¿Y él? —pregunta con esa delicadeza que solo Evaine tiene—. ¿Archie?

Suspiro y alzo la vista hacia el cielo entre los edificios altos. Apenas se ven las estrellas, pero están ahí.

—Lo he visto. Y, uf, Evaine…, parece otra persona. Ya no es el niño del curso pasado. Ha cambiado. Mucho.

—¿Perdona? —responde ella con fingida indignación—. ¿Y me lo sueltas así, sin anestesia? No, no, no. Quiero detalles. Todos.

Capítulo 15

Sara

—¿Detalles? Vale, prepárate —digo entre risas mientras cruzo la avenida y me ajusto la bufanda al cuello—. Resulta que su prima, Blue, va a clases de yoga con mi vecina, Kylie. Y un día, sin esperarlo, apareció en la puerta de mi edificio.

—¡No! ¿Así, de golpe?

—Sí. La vino a buscar. Fue raro, te juro que no me lo esperaba. No hablamos, ni me acerqué; seguí mi camino junto a mis vecinos y desapareció.

—¿Te fuiste?

—Más bien se fue él, desapareció. Y no quedó ahí. Al día siguiente volvió. Pero esta vez no se escondió. Como si no le importara nada más.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunta Evaine con voz queda, como si supiera que lo importante viene ahora.

—Lo miré. Solo eso. Lo miré y me rendí. Otra vez.

—¿Y ahora qué? ¿Qué piensas hacer?

Me detengo un segundo antes de cruzar. El semáforo parpadea en rojo, como si me pidiera que lo piense bien.

—No lo sé del todo, pero… quiero intentarlo. Aquí me siento distinta. Libre.

—¿Libre?

—Sí. Aquí no somos profesora y alumno. No hay internado, ni normas, ni nadie vigilando. Solo somos dos personas que se buscan sin miedo.

—Sara… —dice con cariño.

—Ya sé que no es fácil, pero… creo que puedo ser feliz, Evaine. Y esta vez quiero permitírmelo.

—Entonces hazlo, Sara. Deja de pedir permiso y vive.

Justo en ese momento, la pantalla de mi móvil se ilumina otra vez: Archie llamando.

—Es él —susurro, casi sin darme cuenta.

—Pues ya sabes —dice Evaine con una sonrisa en la voz—. A veces, el futuro empieza con una llamada. Cuélgame, anda, y atiéndelo.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi chica de pelo rojo.

Cuelgo. Respiro hondo. Y contesto.

—Hola, Archie.

Su voz tarda un segundo en llegar, pero cuando lo hace, me atraviesa. Tiene ese tono bajo, casi ronco, que le sale cuando está agotado de veras.

—Hola, Sara.

Cierro los ojos un momento, solo para saborearlo. Cuánto lo echo de menos.

—¿Todo bien? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Más o menos. Ha sido un día largo. El torneo está siendo una locura. Voy muy justo…, demasiado. Si mañana no remonto, estoy fuera.

—Vaya —susurro, apretando los labios—. ¿Has comido algo, al menos?

—Un sándwich horrible del hotel y una botella de agua. Y no me quejo, ¿eh? Pero estoy reventado. Las cosas no están saliendo. Y para colmo, mi entrenador no está siendo muy empático; eso de no haber ido al entrenamiento me está pasando factura.

—Lo siento, Archie. De verdad. Pero, oye, aún te queda un día. Y tú, cuando te enfadas con el mundo, haces magia. Siempre ha sido así. Esa rabia que tienes por dentro… te da fuerza. Confía en eso, por favor.

Él guarda silencio. Me lo imagino en la habitación de hotel, sentado al borde de la cama con la cabeza entre las manos, el cuerpo lleno de tensión. La mandíbula tensa, los ojos bajos.

—Me gusta cuando crees en mí más que yo mismo —dice al fin, con voz más cálida. Más suya.

—Pues acostúmbrate, porque pienso seguir haciéndolo. —Sonrío para mis adentros, bajito, mientras abro la puerta de mi casa, dejo todas las cosas sobre el sillón y permito que mi espalda se hunda en los cojines—. ¿Cómo es el hotel? ¿Tienes vistas?

—Una pared gris y un cartel de neón medio fundido. Es deprimente.

—¿Y si lo imaginas como un *loft* neoyorquino con luz cálida, olor a café recién hecho y una camarera guapísima que te sube el desayuno a la cama?

—¿La camarera eres tú?

—Desde luego.

Su risa me llega por el auricular, suave, sincera. Me calienta el pecho.

—Me gusta escucharte así. Tan natural, tan tú.

—Aquí soy libre, ¿no?

—Mucho —responde sin vacilar—. Te echo de menos; ahora mismo, lo único en lo que pienso es en volver para estar contigo. —Y

su voz se quiebra un poquito, como si en ese «mucho» cupiera más de lo que puede expresar.

Me trago el nudo que me sube a la garganta. Lo siento tan lejos y a la vez tan cerca. Y yo, aquí tumbada, deseando poder cruzar como por arte de magia a su habitación y tocarle la cara.

—Yo también —digo.

Él no responde, pero lo oigo respirar más hondo.

—¿Tú qué tal? ¿El proyecto con Aurora salió bien?

—Sí, sí. Nos costó un poco convencerlos, pero al final nos dieron luz verde. Salimos a celebrarlo con una copa. Una cosa tranquila.

—¿Y ya estás en casa?

—Justo acabo de llegar. De camino me llamó Evaine. Hemos estado poniéndonos al día. Te manda saludos.

—¿En serio? Menos mal…, ya no está en mi contra. Ha costado, ¿eh?

—Que dejaras de ser mi alumno… —respondo bajito, con una sonrisa triste que él no ve, pero siente.

Hay un pequeño silencio al otro lado. Lo dejo estar. A veces las cosas necesitan espacio.

—No sabes lo borde que fue conmigo el resto del curso —responde por fin con una mezcla de resignación y humor—. Si hubiera podido fulminarme con la mirada, lo habría hecho sin pestañear.

—Bueno…, piensa que por tu culpa su amiga se fue del centro, de su casa, de su país. ¿Te parece poco?

Lo digo sin rencor, con una ironía suave. Ya no me arde esa frase por dentro. Ya no duele. Ahora es solo una verdad dicha con cariño.

—Lo sé. Y no se lo reprocho. A veces me he preguntado qué habría hecho yo en su lugar. Supongo que lo mismo. Defenderte. A su manera, fue lo más leal que pudo hacer.

—Sí —asiento mientras me acomodo mejor en el sofá—. Y yo necesitaba irme. No fue solo por nosotros, aunque entonces lo pareciera.

—Ya no estás huyendo.

—No. Ahora no. —Me sorprende la certeza con que lo digo—. Aquí…, no sé, Archie. Siento que puedo empezar de nuevo. Y que todo lo vivido, incluso lo difícil, tiene sentido. Que me hizo más fuerte.

—A mí también. —Su voz baja un poco, más íntima—. Me hizo crecer a golpes, pero crecí. Ya no soy aquel niño que creía que el mundo se compraba, que por ser quién era lo podía tener todo. Me hiciste ver que no era así.

—Y yo ya no soy esa mujer que sentía que se estaba traicionando por quererte.

Nos quedamos callados, pero es un silencio lleno de complicidad. De esos que solo se dan cuando dos personas han atravesado lo peor y siguen ahí, sin reproches.

—Hemos cambiado, ¿eh? —dice él con un deje melancólico.

—Mucho. Pero hay algo que no.

—¿El qué?

—Que sigo alegrándome de que hayas aparecido en mi vida. Aunque fuera en el momento menos oportuno.

Él suspira y ese sonido me llega como una caricia.

—Y yo me alegro de que nunca me hayas dejado del todo. Aunque estuvieras lejos.

Cierro los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, el pasado no pesa. No me tira hacia atrás. Lo siento como lo que es: una historia que vivimos, con errores y con belleza, pero cerrada. Y ahora..., ahora estamos escribiendo otra.

—¿Mañana tienes mucho lío? —me pregunta de repente.

—Lo normal. Pero por la noche estaré libre. Si te apetece, hablamos después del torneo. Pase lo que pase.

—Me parece perfecto. Aunque aviso: si pierdo, voy a necesitar muchos mimos a distancia.

—Te haré el *pack* completo: palabras bonitas, voz suave, canciones por WhatsApp…

—¿También bailes ridículos?

—Solo si ganas.

Su risa suena más viva esta vez. Más luminosa. Me la guardo dentro.

—Gracias por contestar; me has alegrado el día.

—Gracias por llamarme.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Yo, con el teléfono pegado al oído, deseando que no se acabe. Que no se corte la línea ni esta sensación de estar cerca, aunque sean ciudades las que nos separan.

—Tengo tantas ganas de verte —susurra casi sin voz.

—Y yo. Aunque me dé miedo. Aunque no sepamos cómo hacerlo fácil.

—No me importa si es fácil —dice—. Solo que seas tú.

Me quedo muy quieta, con los ojos llenos de algo que no quiero que caiga. Y pienso que quizá este sea el tipo de amor que no necesita grandes promesas, solo pequeños gestos como este. Como una llamada. Como un «te escucho» en mitad del cansancio.

Justo cuando voy a decirle algo más, suena el timbre de la puerta. Me sobresalto un poco.

—Un segundo —le digo a Archie sin colgar.

Cruzo el pasillo con el móvil aún pegado a la oreja y abro la puerta. Desde el otro lado, Kylie me sonríe con esa energía suya que parece no acabarse nunca.

—¡Vamos, profesora! Te esperamos en la terraza. Hay vino y buena conversación —dice con una ceja levantada, como si ya supiera que no tengo excusa.

—¡Ahora subo! —le digo, contagiada por su entusiasmo.

—¿Quién era? —pregunta Archie al otro lado del teléfono con voz más viva.

—Kylie. Mi vecina y profesora de yoga de Blue. Me está reclamando para subir a la terraza con los del edificio. Ya sabes, vino, velas y teorías de la conspiración.

—¿Y estará tu vecino también? —pregunta con un tono que intenta sonar casual…, pero no lo consigue del todo.

Sonrío apoyándome en el marco de la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? —pregunto divertida mientras cierro la puerta.

—¿Yo? Para nada —responde enseguida, pero se ríe. Esa risa suya, medio burlona, medio rendida, me llega como un abrazo cálido —. Solo era... una pregunta rutinaria. Por seguridad.

—Claro, seguridad vecinal. Tranquilo, Rhys es majo, pero tú eres mucho más guapo.

—Eso ya lo sabía —dice fingiendo modestia.

—Ya, ya. No te lo creas mucho —bromeo.

—Aunque si me lo dices tú… me lo creo un poco más.

—Voy a colgar antes de que se te suba del todo.

—Vale —dice con una sonrisa que se nota incluso a través del teléfono—. Pero me ha encantado hablar contigo, Sara.

—Y a mí, Archie. De verdad. Cuídate esta noche. Y no te agobies con el torneo, ¿vale?

—Tú también. Y dile a Rhys que tengo un hierro nueve con su nombre.

—No se atrevería a mirarme dos veces. Tengo a un golfista celoso en Toronto que da más miedo de lo que aparenta.

—Así me gusta. Ahora sí que duermo tranquilo.

Colgamos con una sonrisa en los labios. Cierro la puerta tras de mí y cojo una chaqueta ligera. Subo las escaleras con la sensación cálida de que, aunque el mundo sea un caos y las distancias largas, hay cosas que todavía tienen sentido.

La terraza está casi llena. Las luces cálidas colgadas entre las plantas bailan con la brisa y las risas suenan como si todo fuera fácil, como si el mundo fuera simplemente eso: gente reunida, hablando, compartiendo el final de un día largo.

—¡Ya era hora! —me dice Kylie desde una esquina, levantando su copa.

Le sonrío y me acerco. Maverick está junto a la barbacoa, concentrado en una conversación con dos vecinos que no reconozco, y Rhys…, Rhys está más allá, apoyado en la barandilla, mirando al vacío como si el cielo pudiera contestarle algo.

Me acerco despacio.

—¿Todo bien?

Él no contesta al principio. Solo me mira de reojo; luego vuelve la vista al frente.

—Estás diferente —dice casi en un susurro—. Pero eso no es malo.

Frunzo el ceño. Me apoyo a su lado, sin dejar de mirarlo.

—¿Qué te pasa, Rhys?

Suspira. Aprieta la mandíbula y se pasa la mano por el pelo con ese gesto suyo tan típico, como si estuviera decidiendo si hablar o no. Al final, lo hace.

—Tu novio es un capullo. —Me quedo inmóvil. La palabra se clava como una espina, no por la grosería, sino por la certeza. No le pido

que lo repita. No hace falta.

—Lo he visto antes, ¿sabes? Gente que hace daño. Que va, que viene. Que te revuelve por dentro solo para volverte a soltar. Ten cuidado, Sara. Va a volver a hacerlo. Y tú…, tú no mereces eso.

Me duele. No porque no haya pensado algo parecido en alguna madrugada solitaria, sino porque él lo diga así, tan directo, tan claro. No sé qué responder. No sé si quiero.

Miro al frente, como él antes. Las luces de la ciudad titilan entre los edificios. Mis dedos se entrelazan solos. No digo nada.

—¿Cerveza? —Maverick aparece de repente con dos botellas frías. Me tiende una y sonríe, ajeno a lo que acaba de pasar—. Estás muy seria, Sara. ¿Rhys te ha soltado otro de sus discursos filosóficos?

—Algo así —murmuro forzando una sonrisa.

Kylie me llama desde el otro lado de la terraza entre risas. Rhys sigue en silencio, su mirada perdida en algún punto más allá del horizonte.

Y entonces doy el paso definitivo hacia el grupo, hacia el ruido, la charla, las voces que no hacen daño. Me aferro a la botella fría y me sumerjo en la conversación como si eso pudiera silenciar lo que se ha quedado flotando entre nosotros.

Pero no se ha ido. La advertencia de Rhys está ahí, suspendida. No le he respondido y él no ha insistido. Pero ambos sabemos que esa conversación no ha terminado. Solo ha quedado en pausa.

Capítulo 16

Sara

Amanezco con la sensación de tener una piedra en el pecho. No es resaca, anoche solo tomé una cerveza, ni cansancio físico. Es otra cosa: un nudo sordo y molesto que se ha instalado entre las costillas y me recuerda cada vez que respiro que hay algo pendiente; algo que no se dijo del todo, pero que ya no puede desdecirse.

Rhys no volvió a mirarme el resto de la noche. O tal vez sí, pero yo no me atreví a comprobarlo. Me moví entre conversaciones y risas como si no pasara nada, fingiendo que la advertencia no me había dolido ni me había removido por dentro. Maverick me sacó a bailar una canción ridícula y Kylie se empeñó en hacer una ronda de *selfies* con todos. Pero incluso en medio del bullicio, la voz de Rhys seguía ahí: «Va a volver a hacerlo».

Me ducho despacio, como si eso pudiera aclararme las ideas. Afuera, el cielo está nublado y el viento trae olor a tierra mojada. Chicago se siente más gris hoy. Cuando salgo al salón, voy directa a la cocina y me preparo una taza de café para ver si me activo. La tomo y me siento en el alféizar de la ventana, con las piernas cruzadas y la mirada fija en los árboles que se mecen con el aire. No quiero pensar en Archie, ni en Rhys, ni en lo que significa que alguien desde fuera lo vea con tanta claridad. Pero el silencio es traicionero y no soy buena ignorando lo que duele.

No lo pienso más. Apenas dejo la taza en el fregadero, salgo al pasillo y camino hasta el otro lado del rellano. Golpeo la puerta de Rhys con los nudillos, dos veces, firme.

Tarda en abrir. Cuando lo hace, viste una camiseta gris arrugada y tiene el pelo todavía húmedo, como si acabara de salir de la ducha. Parpadea, sorprendido.

—Sara.

—¿Puedo pasar?

Su mirada busca la mía unos segundos, como si intentara adivinar mis intenciones. Luego se aparta a un lado y asiente.

—Claro.

Entro. El apartamento de Rhys es tal como me imaginaba: funcional, sobrio y sin demasiadas pretensiones. Huele a café recién hecho. En una de las paredes del salón cuelgan varios discos de vinilo enmarcados: Fleetwood Mac, Bowie y un par de portadas que reconozco de fondo, pero no sé nombrar; sobre un mueble de madera clara reposa un tocadiscos antiguo. Hay una guitarra en una esquina, una manta doblada en el sofá y unas deportivas tiradas bajo la mesa. Todo habla de alguien que vive solo, cómodo con el silencio.

—Bonito lugar —digo, más por romper el hielo que por otra cosa.

Él cierra la puerta sin responder. Me observa, expectante.

—Quiero hablar contigo —suelto.

Asiente con lentitud.

—Te escucho.

—No sé qué pasó anoche —empiezo de golpe, sin rodeos—, pero no creo que estés siendo justo conmigo.

Frunce el ceño, pero no me interrumpe.

—No sabes nada de lo que ocurrió —continúo—. Entiendo que quieras protegerme o que pienses que ves algo claro desde fuera…,

pero no es así. No cuando fui yo la que decidió marcharse; la que dejó de responder. Archie podría haber insistido, sí, pero lo aparté yo. No él.

Me detengo un segundo. Rhys baja la mirada. Yo respiro hondo.

—No quiero problemas, Rhys. Estoy empezando de nuevo aquí, intentando encontrar un equilibrio. No necesito sentirme juzgada. Si me equivoco, es mi problema. Nadie más tiene que cargar con eso.

Él levanta la vista con sus ojos serios, pero no fríos.

—No te estoy juzgando —responde con voz grave—. Solo me importa lo que te pase porque te aprecio. No me da igual si acabas hecha pedazos por alguien que ya lo hizo una vez. —Se cruza de brazos y su expresión se suaviza un poco—. Pero lo entiendo. No voy a entrometerme más. Es tu vida. Ojalá me equivoque.

Sus palabras quedan flotando entre nosotros, densas y pesadas.

—Su hermano fue el que de verdad me destrozó la vida —murmuro—. Fue quien lo complicó todo…, quien hizo que esto se volviera imposible.

Rhys asiente despacio, sin apartar los ojos de mí. No parece sorprendido, pero sí más serio aún.

—¿Lo quieres?

—Sí. Cuando estoy con él soy feliz. Cuando no pienso en todo lo que nos ha pasado, soy feliz.

Doy un paso atrás. Él no se mueve.

—Lo siento, Sara.

Se lo agradezco con un movimiento leve de la cabeza y, sin decir nada más, abro la puerta y salgo.

Al salir a la calle, las hojas secas crujen bajo mis botas y un viento frío me empuja a cerrarme mejor la chaqueta. El camino hasta el colegio me ayuda a ordenar mis pensamientos. No hay música hoy en mis auriculares; solo el murmullo de la ciudad que despierta.

* * *

La jornada empieza temprano. Mis clases transcurren con la rutina habitual: primeros verbos en pasado con los de octavo y un repaso de expresiones idiomáticas con los mayores. A veces alguien menciona Ibiza y sonrío sin querer. Otras veces, el acento latinoamericano de algún vídeo despierta curiosidad entre los alumnos, y eso me anima a improvisar.

A mediodía, me reúno con Aurora en el pequeño auditorio para repasar los avances de la obra. La escenografía empieza a tomar forma, los chicos ya no se ríen tanto en los ensayos e incluso hay un par de escenas que emocionan de verdad.

—Si seguimos así, vamos a dejar el listón altísimo —dice Aurora mientras hojea sus notas.

—Y tú te vas a quedar sin voz de tanto gritar «¡otra vez desde el principio!» —le respondo con una sonrisa.

Ella se ríe y niega con la cabeza. A su manera caótica, se está dejando la piel. Y yo… también, aunque no siempre se note. Cuando acaba la jornada y salgo al patio trasero del colegio, estiro un poco la espalda, cansada pero satisfecha. Entonces lo veo.

—¡Sara! —Bruce agita la mano con entusiasmo, apoyado en su bolsa de palos de golf—. ¡Vámonos, los chicos están entusiasmados!

Sonrío, contagiada por su energía.

El autobús escolar se detiene con un chirrido suave frente al campo de golf. Uno a uno, los alumnos bajan entre risas, empujones y voces agitadas. Bruce espera en la entrada con su gorra de visera y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vamos, chicos, en fila! —dice Aurora mientras intenta imponer algo de orden, al tiempo que yo me cuelgo la mochila al hombro y

saco la lista de nombres.

—Sara, ¿estás con el control?

Asiento y empiezo a pasar lista en voz alta mientras los pequeños corren hacia la entrada. Algunos se detienen a mirar los carritos de golf aparcados. Otros preguntan si hoy conocerán a alguien famoso. Yo solo sonrío y marco casillas.

—¿Puedo hacer fotos? —le pregunto a Bruce mientras él organiza al primer grupo.

—Claro, haz todas las que quieras. Luego las colgaremos en el álbum de la web. A los padres les encanta ver a sus fieras jugando a ser Tiger Woods.

Tomo el móvil y empiezo a captar imágenes: un niño que sujeta el palo al revés, dos amigas que posan con gafas de sol como si estuvieran en una pasarela, un grupo que intenta levantar la bolsa de palos entre todos. El aire está fresco y lleno de esa emoción que solo se da cuando los niños se sienten grandes por un día. En el trayecto desde el colegio hasta aquí, los había escuchado hablar sin parar. Algunos cantaban, otros reían y uno incluso se inventó que su tío había jugado con Rory McIlroy en Escocia. Yo solo miraba hacia atrás de vez en cuando y observaba sus caras y sus ojos brillantes. En medio de todo ese caos alegre, sentí algo muy parecido a la felicidad: ser parte de esto; ser parte de ellos.

—Sara —dice Bruce en voz baja, a mi lado, con un tono cargado de algo que no alcanzo a identificar del todo.

Levanto la mirada y me quedo pálida de inmediato. Ahí está: Archie.

A lo lejos, en uno de los *greens* de práctica, vestido con ropa técnica oscura, la gorra echada hacia atrás y el cuerpo girando con esa precisión suya imposible. Está practicando, sí, pero no de forma casual. Sus movimientos son precisos e impecables. Está

concentrado y en su elemento. Y, aun así, lo sé: está aquí porque yo estoy aquí.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que casi me duele. Intento recuperar la expresión, pero es inútil. Nuestros ojos se cruzan solo un segundo, pero basta. Él sostiene la mirada, serio y tranquilo, como si nunca hubiera dejado de verme.

—¿Ese es...? —pregunta Aurora mientras se acerca sin disimulo—. ¿Ese hombre tan guapo es de quien hablábamos el otro día?

No puedo responder. Bruce sí lo hace con una sonrisa ladeada, divertida pero cargada de intención:

—Ese mismo.

Aurora suelta una exclamación bajita y me dirige una mirada entre cómplice y sorprendida. Yo trago saliva e intento recomponerme, pero Archie ya ha vuelto la vista al frente y gira el cuerpo de nuevo, como si nada acabara de ocurrir.

—¡Profe! ¿Ese chico es famoso? —me pregunta uno de los pequeños mientras me tira del abrigo.

—Algo así —respondo con una sonrisa—. Es profesional.

—¿Y empezó como nosotros?

Lo miro y dudo. Luego asiento.

—Sí. Tal vez incluso más joven.

—¡Guau! —dice otro al tiempo que alza el palo de golf como si fuera una espada mágica.

Camino con el grupo, ayudando a repartir bolas y a corregir posiciones ridículas. Aplaudo los intentos fallidos y me río con Aurora cuando uno de los niños confunde el palo con un bate de béisbol. Pero mis ojos, aunque intenten disimularlo, vuelven a buscarlo una y otra vez. Archie ya no practica. Está de pie junto a su entrenador, pero no habla. Me observa con la calma contenida de quien espera

algo: no una disculpa ni una explicación, solo el momento adecuado. Yo no sé si quiero que llegue o si estoy retrasándolo a propósito.

Los niños siguen hablando del futuro, de torneos, de fama y de premios. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no pienso en ganar, sino en volver a estar con él.

Mis pasos me llevan hacia él casi sin pensarlo. Camino con el corazón en la garganta, con las manos frías y la voz guardada todavía en algún lugar que no encuentro. Cuando estoy a pocos metros, Archie da un paso hacia delante.

—Hola —dice.

—Hola —respondo.

Nos quedamos frente a frente. No nos tocamos. No hay abrazos ni gestos precipitados. Solo miradas y una línea invisible que los niños, sin saberlo, nos obligan a no cruzar.

—No sabía que venías —miente con un tono más bajo.

—Yo tampoco —me río, y no hace falta más. Ambos sabemos lo que eso significa.

—¡Profe, profe! —interrumpe una voz infantil a mi lado. Uno de los más pequeños, con las mejillas coloradas por el frío, nos mira a los dos con ojos brillantes—. ¿Ese es tu novio?

Antes de que yo pueda decir nada, otro niño se suma con toda la inocencia del mundo:

—¿Tú eres famoso? ¿Ganas mucho dinero con el golf?

Archie parpadea, sorprendido. Luego sonríe apenas, como si no supiera si reírse o correr.

—Bueno…, un poco de todo —responde con amabilidad.

Yo me tapo la boca para no soltar una carcajada.

—¡Chicos! —Bruce levanta la voz desde unos metros más allá, ya viéndolo venir—. ¡Vamos al autobús, venga! ¡Dejad tranquilos a los mayores!

—Pero yo solo quería saber si eran novios —protesta el primero mientras Aurora lo empuja con suavidad hacia el grupo.

—Y yo si tiene Instagram —añade otro por detrás.

—¡Al autobús, he dicho! —insiste Bruce, medio riendo, mientras los guía con una mezcla de paciencia y firmeza.

Cuando por fin se alejan y nos quedamos solos, Archie me mira. Su sonrisa ha quedado ahí, contenida en los labios, en los ojos y en los hombros que al fin parecen bajar un poco la guardia.

—Tus alumnos son intensos.

—No tienes ni idea.

Silencio. Pero esta vez es uno cómodo. Entonces se acerca Bruce con su sonrisa cómplice y el tono de voz justo para que solo nosotros dos lo oigamos:

—Si queréis quedaros un rato, no hay problema. Aurora y yo nos encargamos de la vuelta.

—Gracias, Bruce —murmuro, sintiendo que me tiende un puente sin preguntar nada.

Archie le hace un gesto de agradecimiento con la cabeza. Justo en ese momento aparece el entrenador, rígido como siempre.

—Archie, mañana a las seis. No llegues ni un minuto tarde.

Él cierra los ojos un instante. Luego asiente, visiblemente molesto.

—Sí. Ya lo sé.

El entrenador se marcha sin esperar respuesta.

—No parece muy simpático —comento en voz baja.

—No lo es —responde Archie sin dejar de mirarme.

—Y te quejabas de Graham.

—Graham es un santo a su lado. —Se ríe sin dejar de mirarme.

Por primera vez desde que llegué, siento que el mundo se ha detenido solo para darnos unos minutos más. El silencio se acomoda entre nosotros. Esta vez no duele ni incomoda. Solo está ahí. Archie

baja un poco la cabeza, como si aún procesara la escena de hace un momento, y entonces me lanza una media sonrisa ladeada, esa que siempre aparece cuando está a punto de decir algo que me descoloca.

—¿Entonces…, soy tu novio?

La pregunta es la misma del niño, pero en su voz suena distinta: más suave, más real, más nosotros. Yo lo miro y no sonrío. Solo respondo:

—Eso te lo tendría que preguntar yo.

Archie alza las cejas, sorprendido por la réplica, y luego niega con la cabeza, divertido.

—Entonces... ¿me estás pidiendo que sea tu novio?

—Estoy diciendo que si alguien va a ponerle nombre a esto, no seré yo.

—Vale —responde bajando la voz un poco más, como si no quisiera romper el momento—. Entonces soy tu novio. Suena bien.

Nos quedamos en silencio un instante más, sostenidos por todo lo que no hace falta decir.

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche? —pregunta al fin, sin solemnidad ni urgencia. Solo ganas. Solo nosotros.

—Sí —respondo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento exactamente donde quiero estar.

Capítulo 17

Archie

—Vámonos —digo en cuanto se alejan los últimos niños y el autobús escolar gira la esquina del aparcamiento.

No necesito pensarlo ni planearlo; solo quiero estar con ella. Sara me sigue sin preguntar a dónde vamos. Eso, de algún modo, me hace sonreír. Caminamos juntos hacia mi coche, aparcado un poco más allá, bajo la sombra de unos árboles. El sol cae con suavidad sobre el asfalto caliente y el murmullo del campo de golf queda atrás como una música lejana. Abro la puerta del asiento del acompañante para ella.

—¿Tienes hambre? —le pregunto cuando se abrocha el cinturón.

—Siempre —responde como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Pongo el motor en marcha y miro la carretera.

—Hay un sitio cerca del río. Nada elegante, pero tiene unas vistas preciosas del lago y unos tacos de pescado que… —hago una pausa dramática— podrían hacer que te replantees tu nacionalidad.

Sara se ríe bajito al tiempo que gira la cabeza para mirarme.

—¿Estás intentando impresionarme?

—No. Solo intento llevarte a comer sin estropearlo.

—Entonces vamos —dice—. Pero que sepas que mis estándares son exigentes.

—Perfecto. —Le guiño el ojo—. Los míos también.

Con eso, dejo atrás el campo de golf y la distancia de los últimos días. El tráfico es leve, el aire empieza a refrescar y Chicago se extiende frente a nosotros como una promesa. Hoy no necesito nada más; solo a ella. El coche avanza con suavidad por la avenida. Las sombras de los edificios altos se estiran sobre el asfalto y el aire empieza a cambiar: más fresco, con ese olor inconfundible del agua cerca.

Sara apoya un codo en la ventanilla y observa el exterior con una expresión tranquila, como si el simple hecho de estar aquí fuera suficiente; como si ya hubiéramos cruzado una frontera invisible.

—¿Y bien? —pregunta al fin mientras gira la cabeza hacia mí—. ¿Cómo fue el torneo? ¿Ganaste?

La miro de reojo y una sonrisa lenta se dibuja en mis labios.

—Por supuesto.

—Vaya —dice entre risas suaves—. Qué modesto.

—¿Te sorprende? —Levanto una ceja, disfrutando del juego—. ¿Desde cuándo no sabes que siempre gano?

—Te recuerdo que no siempre ganas —replica cruzándose de brazos, con esa media sonrisa que conozco demasiado bien.

—Eso fue estrategia; no quería que Flavio se sintiera mal. Le dejé ganar y lo sabes. Todo Colinton lo sabe.

—Ah, ¿sí? —Se ríe—. Pues qué caballeroso.

—Lo intento —respondo, encogiéndome de hombros con fingida humildad.

Ella niega con la cabeza, pero no deja de sonreír. Durante unos segundos, solo hay silencio. Pero es uno cómodo y fácil; de esos que no exigen nada ni pesan. Como si estuviéramos volviendo a algo que, en realidad, nunca se rompió por completo.

—Me alegra que estés aquí —dice de pronto, en voz baja.

—Yo nunca quise irme —respondo.

Y no hace falta que diga nada más. El río aparece a lo lejos, brilla con reflejos dorados bajo la luz de la tarde. El restaurante está justo ahí, con sus mesas al aire libre y sus faroles encendidos antes de tiempo. Aparco despacio bajo un árbol. Sara no se mueve aún. Me mira. Y yo la miro de vuelta.

No sé si esto será fácil. En realidad, sé que no lo será. Porque en cuanto mi padre sepa que he vuelto a verla, caerá sobre mí como una maldita tormenta. Elliot no se conformó con contárselo todo a Hunter; también fue corriendo a él, a mi padre, con el mismo veneno. Desde entonces, el nombre de Sara está prohibido en mi casa. Pronunciarlo es como escupir gasolina sobre el fuego. Pero ahora no es momento de decírselo. Ahora solo quiero este rato, su risa y su voz. El resto… ya llegará, como siempre ocurre.

Cruzamos la calle en silencio, con el sonido del tráfico lejano mezclado con el murmullo del río. Sara camina a mi lado y, sin pensarlo, entrelazo mis dedos con los suyos. No se aparta ni dice nada; solo aprieta un poco, como si esa presión leve fuera suficiente.

—¿Has venido antes por esta zona? —le pregunto mientras bordeamos la verja de hierro que separa el sendero del agua.

—No. He paseado cerca, pero nunca por aquí.

—Entonces acerté —digo sonriendo, como si no me jugara algo más grande que una primera cita.

Se lo merece. Después de todo. Después de todo lo que no sabe.

El restaurante es sencillo, pero tiene encanto: farolillos que cuelgan de los toldos, luces cálidas reflejadas en las copas y una terraza orientada hacia el oeste, donde el cielo empieza a teñirse de naranjas profundos. Desde aquí se ve la torre del Tribune, imponente, y un poco más allá el Wrigley Building, con sus relieves

blancos que brillan a esta hora como si alguien los hubiera limpiado solo para nosotros.

—Aquel de ahí —le digo señalando con la barbilla hacia el edificio con el reloj redondo— es uno de mis favoritos: el Wrigley. Siempre me ha recordado a una especie de castillo raro plantado en medio de Chicago. Cuando era pequeño, pensaba que vivía alguien dentro, una especie de rey moderno.

Sara sonríe y me mira con esa mezcla suya de curiosidad y ternura que desarma.

—¿Y ahora quién crees que vive ahí?

—Ahora sé que son oficinas, pero prefiero no pensarlo. —Hago una pausa y la miro de nuevo—. A veces es mejor quedarse con la versión bonita de las cosas.

Ella no responde. Solo me sigue, tranquila, mientras cruzamos entre las mesas hasta que nos asignan una en la esquina más cercana al agua. Nos sentamos. Ella se quita la chaqueta. Por un momento, todo el ruido de fondo —cubiertos, risas, vasos— desaparece. Estoy aquí con ella y, por unos minutos, nada más importa.

El camarero nos deja las cartas y una jarra de agua helada con rodajas de limón. Nos dedica una sonrisa profesional antes de retirarse, dejándonos solos otra vez. Sara pasa las páginas del menú como si fuera una novela que no termina de convencerla.

—¿Tienes hambre o estás fingiendo que te interesa lo que vas a pedir? —le pregunto inclinándome un poco hacia ella.

—Estoy fingiendo —responde sin apartar los ojos del menú—, pero si digo que no tengo hambre, luego me arrepentiré.

—Yo voy a pedir la hamburguesa. Tiene el nombre del sitio, así que debe de ser buena. O es puro *marketing*, pero da igual.

—Eso suena muy a ti —dice alzando una ceja—. Elegir algo porque suena a apuesta segura... con un poco de riesgo.

—¿Crees que soy así?

—Creo que quieres que lo parezca. —Sus ojos se clavan en los míos, brillantes y más seguros que esta mañana.

Me río por lo bajo.

—Está bien. Lo acepto. Pero tú no eres tan impredecible como crees. —La miro como si intentara leer entre líneas—. Sigues diciendo lo que piensas, aunque te duela.

Sara baja un poco la vista, pero sonríe.

—¿Y eso es malo?

—Es una de las cosas que más me gustan de ti.

El camarero regresa y toma nota rápido. Cuando se marcha, el silencio se instala unos segundos: no es incómodo, solo está lleno de todo lo que no hemos dicho.

—¿Sabes? —dice ella mientras juguetea con el vaso—. Sabía que te encontraría allí. No sé por qué, pero algo me decía que estarías allí, y estabas.

Niego suavemente, esbozando una media sonrisa.

—No fui por casualidad. Bruce me dijo que ibais a ir a ese campo… y cambié todo para estar allí.

—¿En serio?

—Mi entrenador no estaba de acuerdo con mi cambio de última hora —respondo bajando la voz—, pero si tú ibas a ir, yo tenía que estar esperándote.

—¿Y si no te hubieran permitido cambiar de campo?

—Habría cambiado igual.

Sara me observa como si buscara una fisura, pero no la encuentra porque esta vez no estoy fingiendo. No con ella. No otra vez.

—Archie…

—Dime.

—¿Vamos a hacerlo bien esta vez?

Trago saliva. Esa pregunta no es pequeña en nuestra historia.

—Si tú quieres…, sí.

Sara asiente despacio.

—Entonces no me mientas; actúa pensando en mí primero.

—Lo haré. —Tomo aire—. Pero tú tampoco huyas.

—No lo haré.

Nuestros platos llegan y con ellos la sensación de que empezamos algo nuevo. Tal vez esta vez sí funcione. La cena avanza entre bocados tranquilos y silencios cómodos. Sara se apoya de forma ligera sobre la mesa, con la mirada perdida en el reflejo del río, mientras juega con una patata frita entre los dedos. Yo la observo. Es ahora o nunca.

—He pensado mucho en lo que me dijiste —digo de pronto, sin levantar demasiado la voz.

Ella gira la cabeza hacia mí, curiosa.

—¿Sobre qué?

—Sobre estudiar Arquitectura.

Sus cejas se alzan con sorpresa, pero no dice nada. Me tomo un segundo para ordenar las palabras.

—No quiero dejar el golf. Me gusta; es parte de mí. Y... a veces es lo único que parece tener sentido cuando lo demás no lo tiene. Pero lo de estudiar Arquitectura... siempre ha estado ahí, muy al fondo. Como algo que dejé aparcado porque nadie lo consideró importante. Ni siquiera yo.

Sara no me interrumpe. Me mira como si estuviera viendo una parte de mí que no había salido antes.

—¿Y ahora?

—Ahora no lo sé. —Me encojo de hombros y bajo la mirada al plato—. Quiero hacerlo. Pero hacerlo de verdad, no por llevarle la contraria a nadie. Solo que… es difícil.

—¿Por tu padre?

Levanto la vista. No me sorprende que lo haya entendido tan pronto.

—Sí —respondo al cabo de un segundo—. Él cree que perdería el tiempo. Que solo tengo un talento. Que si me distraigo, se acaba todo. Y a veces… me lo creo.

Sara estira la mano, apenas unos centímetros, como si quisiera tocarme, pero se contuviera por respeto al momento.

—Archie, estás a tiempo de decidir quién quieres ser. Y no tienes que hacerlo hoy, ni mañana. Solo… no dejes que nadie te convenza de que solo puedes ser una cosa. Porque eso no es cierto.

Sus palabras me calan más hondo de lo que esperaba. Me siento visto y, de forma extraña, comprendido.

—Gracias.

—No me las des todavía —dice con una sonrisa ligera—. Si acabas construyendo casas horribles, negaré haber tenido algo que ver.

—¿Te estás burlando de mi futuro como arquitecto?

—Jamás. Pero quiero que me invites a la inauguración de tu primer edificio.

—¿Y si mi primera construcción es nuestra casa? —respondo sin apartar los ojos de los suyos.

—Eso ya son palabras mayores.

—Yo voy a lo grande, ya lo sabes.

—Pues brindemos por esa casa…, la que guardará nuestros mejores momentos.

Y alzamos los vasos de agua como si fueran copas de cristal. Brindamos como dos niños que pactan un secreto que solo ellos

pueden entender. Terminamos de cenar con calma, sin mirar el reloj. Sara juega con la servilleta entre los dedos mientras le da el último sorbo al vaso de agua. Yo pido la cuenta con una seña discreta al camarero. Nadie nos molesta ni nos interrumpe. Es como si el mundo entero supiera que necesitábamos esta pausa para encontrarnos.

Cuando salimos del restaurante, la brisa fresca del río nos envuelve de inmediato.

—¿Te apetece dar un paseo? —le pregunto ofreciéndole la mano.

—Sí —dice sin dudar.

Caminamos despacio junto al río, sin prisa. El cielo ha empezado a oscurecer y las luces de la ciudad se reflejan en el agua como un cuadro en movimiento. Sara lleva los brazos cruzados, no como defensa, sino por el frío. Lo noto cuando se estremece ligeramente. Sin pensarlo demasiado, le paso el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí. Ella no dice nada; solo se deja envolver.

—Hace fresco —murmuro.

—Un poco, pero estoy bien —responde recostando la cabeza en mi hombro mientras seguimos caminando.

No hablamos mucho más. No hace falta. Todo está dicho o a punto de estarlo. Su cuerpo encaja en el mío como si llevara años haciéndolo. Como si no hubiera pasado el tiempo; como si todas las distancias hubieran sido solo un espejismo. Pasamos por un puente de metal iluminado y desde allí señalo un edificio al otro lado del río.

—¿Ves aquel? Tiene una fachada brutal. Me recuerda a una maqueta que hicimos en primaria, cuando aún no sabía ni lo que era una viga.

Ella sonríe.

—Te pega. No solo mirar, sino imaginar cómo sería hacerlo tú.

—Lo imagino todo el tiempo —respondo sin pensar. La miro—. Pero contigo, aún más.

Sus mejillas se tiñen de rosa, por el frío o por mis palabras; no me importa el motivo. Caminamos un poco más, hasta donde dejé el coche. Le abro la puerta. Ella entra. Yo rodeo el capó con el corazón latiéndome como si volviera a tener diecisiete años. Arranco sin prisa.

—¿Vamos a casa? —pregunto.

—Sí —dice simplemente. Su voz suena tranquila, como si esa palabra, casa, significara algo más ahora; algo que empieza esta noche.

Y conduzco hacia la mía con ella al lado, con todo lo que no decimos pero sentimos y con la certeza de que esta vez, al cerrar la puerta, no seríamos solo dos cuerpos que se reencuentran. Seríamos nosotros, por fin, sin miedo.

Capítulo 18

Sara

La ciudad entera parece salida de una postal. Las luces navideñas cuelgan de los árboles desnudos como si alguien hubiera querido vestirlos de esperanza, y cada escaparate compite por ser el más brillante, el más dulce, el más mágico. En las aceras hay puestos con chocolate caliente, galletas de jengibre y bufandas tejidas a mano que huelen a hogar. Un saxofonista toca *Have Yourself a Merry Little Christmas* en una esquina y, por un instante, todo parece en pausa.

Camino con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y la bufanda hasta la nariz. El frío me muerde las mejillas, pero no me importa. La calle está decorada con guirnaldas y estrellas doradas, y los árboles del paseo tienen pequeñas lucecitas parpadeantes que se reflejan en el suelo como si caminara sobre un lago helado de colores cálidos.

Es diciembre. Última semana de colegio antes de las vacaciones navideñas. Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento… en casa.

Mientras espero a que el semáforo cambie, repaso mentalmente todo lo que ha pasado desde que llegué a Chicago. No entiendo cómo ha podido cambiar tanto todo en tan poco tiempo. Supongo que cuando las piezas encajan, simplemente… lo sabes.

Aurora y yo nos hemos convertido en un equipo perfecto. Profesora, compañera, amiga. Hemos trabajado codo a codo en la

obra de teatro del colegio y hoy, por fin, es el ensayo general. Está tan ilusionada que lleva dos semanas ensayando su discurso frente al espejo. Yo no he querido decírselo, pero me lo sé de memoria.

Con los demás profesores también he encontrado mi lugar. No soy la nueva desde hace tiempo. Me incluyen en las reuniones, me confían proyectos, incluso me han pedido ayuda para organizar el intercambio del próximo trimestre. Soy una más. Y no solo en los papeles.

Y Archie… Archie es como mi regalo anticipado de Navidad. Nuestro ritmo es otro. Él entrena mucho, a veces en exceso, pero aun así encontramos la manera de vernos. Por las tardes, por las noches, a veces solo para cenar o ver una película. Casi siempre terminamos en su casa, más amplia, más luminosa, más él. Pero otras veces, cuando el tiempo lo permite, nos quedamos en la mía. Y Archie ya no es un invitado: es parte del grupo. Se sienta con Kylie, escucha los desvaríos de Rhys, se ríe con Blue. Y lo más increíble es que Rhys lo ha aceptado. Al principio parecía imposible. Pero ahora se saludan, se respetan. Sé que no ha sido fácil, pero sé también que lo hace por mí.

Blue se ha unido a todo. A las cenas, a las charlas, a las clases de yoga. Lo del yoga ya es parte de mi rutina semanal. Kylie se ha encargado de eso con su habitual energía imparable. Ni siquiera si tengo planes con Archie me libro. Lo gracioso es que él ha empezado a venir a buscarme justo cuando termina la clase. Se apoya en la puerta, me observa, me lanza esa media sonrisa suya. A veces parece que aún no se cree que estemos aquí. Yo tampoco.

Mi familia está lejos, pero más presente que nunca. Me llaman, me escriben, me mandan vídeos. Ayer mismo Marcos me envió uno del velero adornado con luces navideñas y un gorro de Papá Noel en

el timón. Mamá me repite que se nota en mi voz que soy feliz. Y tiene razón.

Llego al colegio con la sonrisa ya en los labios. El edificio está decorado con coronas verdes y la entrada huele a canela y papel pintado. Aurora me espera en el vestíbulo, con una carpeta en una mano y una diadema con cuernos de reno en la cabeza.

—Hoy es el gran día —me dice, entre nerviosa y emocionada.

—Lo sé. ¿Estás lista?

—Por supuesto que no —responde—. Pero eso nunca nos ha detenido, ¿verdad?

Nos reímos. Y en ese instante empiezan a llegar los alumnos, cargados con mochilas, disfraces mal doblados y nervios. Vienen cantando, algunos con luces en los gorros, otros con las mejillas pintadas de rojo. Aurora me lanza una mirada cómplice.

—Vamos a reunirlos. Último ensayo general.

Yo respiro hondo, como si estuviera al borde de un escenario. Y me dejo llevar.

La sala del teatro está iluminada por los focos del escenario, más cálidos que nunca por los adornos de papel colgados en los laterales. Aurora da las últimas instrucciones con una libreta en la mano, mientras yo reparto unas botellas de agua y acomodo al último grupo en su posición.

—¿Preparados para el gran ensayo general? —pregunto en voz alta.

Los chicos responden con un coro de síes, aunque no todos lo hacen con la misma energía. Mi mirada se detiene en John, que está al fondo, solo, con el libreto en la mano, pero sin mirarlo. No habla con nadie. No sonríe. Y eso, viniendo de él, no es habitual. Me acerco.

—¿Todo bien, John?

Él asiente. Pero no me mira a los ojos. Acaricia el borde del libreto con el pulgar, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

—¿Seguro? —insisto en voz baja.

—Sí, solo... estoy un poco nervioso —responde sin más.

Le pongo una mano en el hombro e intento transmitir calma.

—Vas a hacerlo genial, como siempre. Confío en ti.

Se limita a asentir.

Las luces bajan un poco. Aurora hace una señal desde el lateral del escenario y los chicos toman sus posiciones. Algunos ajustan sus disfraces; otros, los más nerviosos, se miran entre sí mientras contienen la risa. Desde el público, donde me coloco con el libreto en la mano, sigo cada movimiento. El telón no está cerrado; queremos que hoy se acostumbren a que haya ojos viéndolos.

Entonces, en medio de la escena de apertura, el diálogo entre dos hermanos que se reencuentran tras la batalla, John da un paso adelante. No está en su turno. No tiene diálogo aún. Camina hacia el centro del escenario. Y saca un arma del abrigo.

—¡Quietos! —grita.

El silencio es inmediato. Hay una breve pausa, casi cómica. Uno de los alumnos suelta una risa nerviosa. Aurora se gira hacia mí desde las cortinas con el ceño fruncido.

—John, ¿qué estás haciendo? —pregunto desde la platea, con voz clara pero serena.

—Es parte del ensayo, ¿verdad? —dice alguien del grupo, intentando seguir la corriente.

Pero mi pecho se contrae.

—John, eso no estaba permitido —añado, ahora más firme—. Recuerda que lo hablamos: nada de armas. Ni siquiera de utilería. Bruce y Helen fueron muy claros. Si se enteran, cancelarán la obra.

Él no se inmuta. Aprieta más el arma entre las manos.

—No es de mentira —dice entonces, en voz baja, casi en un susurro. Pero es suficiente para que lo escuchemos todos.

Aurora da un paso hacia el escenario.

—John…

Entonces, dispara al techo. Un sonido seco, brutal. Genuino. El eco resuena por las paredes del auditorio como un trueno. Y ahora sí, el pánico empieza. Los alumnos, paralizados por el miedo, apenas pueden respirar. Algunos se abrazan entre ellos, otros miran a John con ojos desorbitados. Aurora y yo estamos paralizadas, incapaces de reaccionar. John avanza un poco más, con el arma aún en la mano, mirada fría y tensa.

—¡Cerrad esa puerta con llave! —ordena con voz firme, mientras mira a un par de chicos cerca de las cortinas.

Un par de alumnos, temblando, corren a cerrar y asegurar las puertas del teatro.

—No podéis salir —prosigue John, con voz quebrada por la rabia contenida—. Ya no aguanto más. Todos vais a morir conmigo.

El silencio se vuelve insoportable.

—¡No es un juego! —grita, mientras aprieta el arma—. Nadie va a salir vivo.

En ese momento, algunos niños comienzan a llorar. Otros se abrazan con fuerza. Aurora me mira en busca de una respuesta. Yo trato de mantener la calma, aunque por dentro estoy temblando.

—John, por favor —trato de razonar—. Este no es el camino. Hay otra forma.

Pero sus ojos no se suavizan. El teatro se convierte en una prisión improvisada. Tomo aire y me planto en el centro de la sala, hablando con voz firme pero suave:

—Todos, por favor, calma. Sentaos en el suelo, manteneos tranquilos y no miréis a John. Así estaremos todos más seguros.

Los alumnos obedecen; sus cuerpos temblorosos se desploman en el suelo. Sus ojos llenos de miedo miran al suelo o a mí. Me acerco lentamente a John, intentando conectar con él.

—John, por favor, nadie quiere hacerte daño. Podemos hablar, podemos arreglar esto sin que nadie sufra.

Pero lejos de calmarse, John aprieta el arma y dispara varias veces contra las paredes y las cortinas del telón. Un grito desgarrador atraviesa la sala. Uno de los alumnos que se había escondido cerca de las cortinas grita de dolor: ha recibido un disparo. Niego con la cabeza y, con los nervios a flor de piel, porque me tiembla todo el cuerpo, corro hasta él, me arrodillo, lo tranquilizo y reviso la herida con rapidez.

—Tranquilo, no es grave, pero… —Me quito el cinturón elástico de la falda y se lo enrollo en el brazo para que no sangre—. Apriétalo, y calma, solo es un roce; no te ha entrado la bala.

Intento mantener la calma para que nadie entre en pánico. Aún no sé cómo yo misma no he caído en él. O sí, pero al parecer no se me nota. Comienzan a sonar golpes fuertes en la puerta del teatro desde fuera y me inquieto, porque sé que están intentando abrirla, pero eso es peor: John se está poniendo más nervioso y es lo único que debemos evitar. No sé hasta qué punto puede llegar. John me mira con ojos duros, con la ira mezclada con miedo.

—Sara —dice con voz firme—, llama a Helen. Dile que no intenten entrar. Que, si lo hacen, los mato a todos.

El silencio se vuelve aún más denso. Siento la presión en el pecho, pero sé que debo mantenerme fuerte. Con el corazón en un puño, saco el móvil con mano temblorosa y marco el número de Helen. John me observa con atención, casi como si estuviera midiendo cada movimiento.

—Hola, Helen —susurro, intentando que mi voz suene calmada y natural—. John está muy alterado —digo su nombre para que sepan quién es el culpable—. Por favor, dejad de intentar entrar o todo será peor. Ya hay un alumno herido; es leve, un roce, pero necesitará curas.

Escucho la voz calmada y firme de Helen al otro lado:

—Sara, aguanta ahí. La policía está de camino, pero no dejes que John se entere. Mantén la calma, habla con cuidado, como si nada pasara.

Asiento, aunque sé que Helen no me ve.

—Claro, Helen. Por favor, que no entre nadie. Es lo mejor para todos.

John me lanza una mirada fija, esperando a que cuelgue, pero yo mantengo el móvil pegado a la oreja y sigo hablando con normalidad.

—Nadie va a entrar, John. Pero, por favor, no vuelvas a disparar.

Helen me dice en voz baja:

—Resiste un poco más, Sara. Pronto estarán aquí.

Corto la llamada con un movimiento suave y vuelvo a mirar a John con una mezcla de determinación y tristeza. El silencio se hace pesado, casi insoportable. Los alumnos están sentados en el suelo, temblando, con los ojos fijos en John y el arma que aún sostiene. Cada vez que dispara al techo o a las paredes, el eco retumba en todo el teatro y hace que más de uno se sobresalte o solloce. Aurora y yo nos miramos todo el rato, nos hacemos señas; ella me señala la salida de emergencia, pero yo niego: cualquier movimiento podría incitarlo a volver a disparar. Y los minutos se alargan, se eternizan, tanto que pierdo la noción del tiempo.

—Por favor, John, esto no tiene que acabar mal. Nadie quiere hacerte daño. Solo déjanos seguir con la obra y todo volverá a la

normalidad.

John me mira con una mezcla de desesperación y rabia. En ese instante, a apenas unos metros, un grupo de policías ya ha tomado posiciones alrededor del teatro, moviéndose con sigilo desde la entrada trasera y la salida de incendios. Nadie hace ruido, y John no puede verlos, pero yo sí; contengo la respiración al tiempo que rezo para que no los vea. John sigue apuntando con el arma, la tensión en su cuerpo es palpable. De repente, sin previo aviso, dos agentes irrumpen por la salida de incendios. Rápidos y decididos, se lanzan sobre John. Él intenta reaccionar, pero la sorpresa y la rapidez son su peor enemigo.

Una lucha breve, feroz y desesperada se desata. John forcejea, pero pronto le arrebatan el arma. En un segundo, queda inmovilizado en el suelo mientras las esposas se ajustan a sus muñecas. Los alumnos y los profesores permanecen paralizados, sin poder creer lo que acaba de pasar y muchos llorando desolados por el estado de nervios en el que se encuentran.

Yo respiro hondo mientras la adrenalina me late en las venas y una ola de alivio empieza a invadirme. Me dejo caer de rodillas al suelo, sin fuerzas para nada más que llorar. Helen y Bruce irrumpen en el teatro, visiblemente preocupados y alarmados.

—¿Estáis bien? ¿Algún herido? —pregunta Helen, mirando a Aurora con expectación y miedo.

—John sacó un arma —respondo, aún temblando—. Disparó varias veces y ha habido un herido leve, pero nada más.

En ese momento, se escucha la sirena de la ambulancia acercándose por el exterior. Los paramédicos entran rápido, empujando una camilla. Evalúan el estado del alumno, le retiran mi cinturón y se lo llevan. La escena se convierte en un torbellino: profesores que intentan calmar a los alumnos, algunos de los cuales

lloran o se abrazan; padres que comienzan a llegar; las preguntas se atropellan unas a otras.

—¿Qué le ha pasado a ese chiquillo para hacer algo así? —pregunta uno de los profesores.

—Algo que no hemos visto venir —contesta Bruce con voz firme—. Y esto no puede volver a suceder en un centro como este.

Helen se acerca a mí con una mirada que mezcla agotamiento y alivio.

—Sara, gracias. Lo he visto todo por la cámara y has sido muy valiente. Si no hubiera sido por ti… —Se lleva las manos al pecho y también se le caen las lágrimas.

Mientras tanto, afuera, las ambulancias, la policía y los medios empiezan a congregarse. La noticia se difundirá rápido. El teatro que horas antes había sido escenario de risas y esfuerzo ahora es un lugar marcado por el miedo y la incertidumbre.

Capítulo 19

Sara

El teatro queda atrás, aún lleno de ruido, pasos apresurados y el eco de todo lo que acaba de pasar. Camino en silencio por el pasillo, como si el cuerpo se me hubiera vaciado de repente. Siento los hombros tensos, la garganta seca y un zumbido leve en los oídos. Mi móvil vibra en el bolsillo del abrigo. Lo saco sin pensar.

Archie. El corazón me da un vuelco.

—¿Sara? —su voz suena entrecortada y tensa, con una suerte de rabia contenida—. Acabo de ver las noticias. Ha pasado en tu colegio, ¿no? ¿Estás bien?

Trago saliva y me detengo un momento frente a la sala de profesores.

—Estoy bien —susurro—. Todo ha pasado muy rápido. Ya está controlado, Archie.

—¿Pero tú estás bien? ¿Estás herida?

—No, no me ha pasado nada. Solo… estoy un poco en *shock*.

Silencio. Lo oigo respirar al otro lado.

—Voy para allá.

—No puedes —lo corto con suavidad—. El colegio está cerrado, lleno de policías. No dejan entrar a nadie.

—Maldita sea, Sara. No puedo quedarme aquí sabiendo que has estado a punto de…

—No digas eso —lo interrumpo mientras cierro los ojos con fuerza —. Ya pasó. De verdad. Estoy entrando a la sala de profesores. Nos harán preguntas, declaraciones… Eso es todo por ahora.

—¿Y los niños?

—Uno herido, pero está fuera de peligro. El resto está a salvo.

—No tienes que ser fuerte ahora mismo —dice, bajando un poco la voz—. No conmigo.

—Lo sé —respondo—. Pero si me derrumbo, no podré con lo que viene después.

Abro la puerta y entro. Hay policías hablando con Aurora y Bruce. Helen cruza la mirada conmigo y me hace un gesto para que me siente.

—Tengo que colgar —le digo a Archie, en voz baja.

—Te espero. Llámame cuando puedas. No importa la hora. ¿Vale?

—Vale. Gracias por llamar.

—No. Gracias a ti por estar viva.

Y cuelgo. Me siento. Aprieto el móvil entre las manos. Aún tiemblo, pero por dentro hay algo que se sostiene. Algo que sabe que, incluso ahora, no estoy sola.

Me siento en una de las sillas de la sala de profesores con las piernas aún temblorosas. Aurora está al otro lado, en silencio, mirando al vacío. Bruce se pasea de un lado a otro con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Helen habla con uno de los agentes que acaba de entrar; su voz es baja, controlada, pero sus dedos se crispan levemente al sostener la libreta.

—Vamos a revisar las cámaras del teatro —informa el policía mientras se gira hacia nosotros—. Necesitamos las grabaciones desde ayer. También las del pasillo y la entrada trasera.

Helen asiente. Nadie más dice nada. El agente me mira.

—¿Usted fue la primera en interactuar con el alumno?

Asiento. Me aclaro la garganta.

—Sí. Al principio creí que el arma era de mentira. Habíamos acordado que no habría armas en escena. Se lo repetí varias veces. Le advertí de que, si usaba una, Helen y Bruce cancelarían la obra.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo que no era un juego… y luego disparó. Al techo primero. Luego… —me detengo y trago saliva—, luego más veces.

El agente asiente y se marcha con los demás. Quedamos nosotros cuatro, en el silencio más espeso que he vivido en este colegio. Helen se deja caer en una silla como si acabara de pasar por una tormenta.

—Ha sido un error —dice por fin—. Esta obra, esta idea absurda de representar una guerra. Hemos ido demasiado lejos.

—No —responde Aurora, firme. La miro. Tiene los ojos húmedos, pero la voz le tiembla menos que antes—. John no hizo esto por la obra. Esto le habría pasado igual, en cualquier momento, en cualquier clase. No lo vimos venir. Y eso sí es un error.

—La obra no es el problema —digo, apoyando las manos en la mesa—. Todo lo contrario. La obra les ha dado un espacio para expresarse, para hablar de emociones, de heridas, de historia y de resistencia. No lo quitemos ahora. No así.

Bruce se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—Sara, un alumno ha traído un arma real. Ha disparado. Hay un niño herido. No podemos seguir como si nada.

—No estoy diciendo eso —respondo con calma—. Digo que no podemos cortar de raíz algo que también ha sido bueno para muchos. Si lo cancelamos todo sin más, les estamos diciendo que el miedo manda. Que no vale la pena el esfuerzo. Que cuando algo sale mal, se tira a la basura.

Helen me mira, tensa. Sé lo que está pensando: la prensa, las familias, las consecuencias.

—Y si vuelve a pasar algo…, ¿vas a hacerte responsable?

—Si no les damos un lugar seguro para hablar y sentir, claro que puede volver a pasar. Por eso es tan importante no callarlos. Estar cerca. Preguntar. Escuchar.

Aurora asiente.

—Propongo algo —digo—. Reunamos a los alumnos. Que ellos decidan. La obra es suya. Lo han dado todo por ella. Merecen poder elegir.

Helen cierra los ojos un segundo. Luego asiente despacio.

—De acuerdo. Pero si uno solo no se siente preparado, se cancela. Y será la decisión final.

—Lo acepto —respondo sin dudar.

Bruce no dice nada, pero abre la puerta. Helen lo sigue. Aurora me mira con una mezcla de cansancio y orgullo.

—Venga —dice—. A ver qué tienen que decir nuestros chicos.

Y entonces caminamos hacia el teatro de nuevo. Esta vez con la esperanza de que, entre todos, sepamos cómo seguir. Entramos en silencio. Todavía huele a pólvora y a miedo, aunque ya han recogido parte del caos. Las luces están encendidas, pero la atmósfera sigue siendo extraña, suspendida en algo que no sabemos cómo nombrar. Los alumnos están sentados en el borde del escenario, algunos en las primeras filas. Todos con el rostro tenso, serio, demasiado mayor para su edad.

Aurora y yo nos miramos antes de avanzar. Helen se queda en la puerta, observando con los brazos cruzados. Bruce está a su lado, en segundo plano.

—Gracias por estar aquí —comienzo, con la voz tranquila, sin necesidad de proyectarla más allá de lo justo—. Sé que lo que ha

pasado hoy ha sido muy fuerte. Y que aún no sabemos cómo procesarlo. Yo tampoco lo sé del todo. Pero quería que estuviéramos juntos. Para hablar. Para decidir.

Nadie habla, pero algunos asienten.

—La obra… —continúa Aurora—. No vamos a seguir adelante sin vosotros. Sin vuestro consentimiento. Es vuestra historia, vuestro esfuerzo. Vuestra decisión.

Se hace un silencio. Luego, uno de los alumnos del grupo protagonista, Ethan, levanta la mano. Es de los más pequeños, con el rostro aún tenso.

—¿John está bien?

—Lo está —respondo con calma—. Está con la policía y con médicos. Lo están cuidando. Y también van a hablar con su familia.

—¿Y Edward? ¿Se va a morir? —pregunta Sophie desde las gradas.

—Está fuera de peligro —dice Aurora—. Le han hecho un vendaje y se lo han llevado por precaución, pero no se va a morir. Ha preguntado por vosotros.

Más silencio.

—¿Nos van a cancelar la obra? —pregunta finalmente Jamie, alzando la voz desde el centro del grupo.

Helen da un paso adelante.

—Solo si vosotros queréis. Esto no es una obligación. Nadie tiene que hacerlo si no se siente preparado.

—Pero no fue culpa de la obra —dice alguien en voz baja. No veo quién lo ha dicho, pero resuena.

Ethan se levanta. Se gira hacia sus compañeros. Luego nos mira a nosotros.

—Yo quiero seguir. No por John. Ni por lo que ha hecho. Sino porque esto…, esto es importante para mí. He trabajado mucho.

Todos lo hemos hecho.

Sophie se pone de pie a su lado.

—Yo también. No quiero que algo así lo arruine todo.

Poco a poco, las manos se van levantando. Algunas más tímidas; otras más decididas. Aurora y yo intercambiamos una mirada.

—Está bien —digo—. Entonces lo haremos. Pero no solos. Vamos a hablar más. A apoyarnos. A prepararnos. Si alguno necesita parar, lo hará. Y lo acompañaremos.

Helen asiente en silencio. Bruce suspira, resignado.

—Tenéis mi apoyo —dice finalmente Helen—. Pero vais a necesitar también el de vuestros padres. Lo hablaremos. Seremos cuidadosos. Muy cuidadosos.

Aurora se gira hacia los alumnos con una media sonrisa.

—Entonces…, ¿ensayamos mañana?

Una pequeña risa colectiva se escapa de algunos. Todavía hay tensión, miedo, pero también algo que empieza a parecerse a la esperanza. A la resistencia. Y sé, en lo más profundo, que estamos haciendo lo correcto. Miro a Helen y ella confirma.

—Entonces, si vuestros padres están de acuerdo —digo, recorriendo las caras de cada uno de ellos—, mañana por la mañana, a primera hora, haremos el último ensayo. Aunque sea el mismo día de la obra.

Algunos se miran entre ellos. Otros suspiran con una mezcla de alivio y nervios. Aurora asiente a mi lado y sé que está tan orgullosa como yo.

—Pero por hoy —añado—, volved a clase. Descansad. Hablad con quien necesitéis. No estáis solos.

Helen da un paso más al frente, esta vez con una actitud más abierta.

—Yo me encargaré de contactar con todas las familias esta tarde —anuncia—. Les explicaré la situación y les pediré que, si lo desean, nos acompañen mañana en el teatro. Vamos a hacer esto bien. Y juntos.

Bruce asiente con los labios apretados, mientras los alumnos empiezan a levantarse con lentitud, aún procesando todo. Algunos se abrazan entre ellos. Otros caminan en silencio, en pequeños grupos, hacia la salida. Aurora y yo nos quedamos un momento más y observamos como se marchan. El teatro queda vacío de voces, pero lleno de algo que no sé cómo definir. Tal vez coraje. Tal vez fe. O simplemente el deseo de seguir adelante.

El día termina y estoy deseando irme. Me cruzo con algún profesor que baja la voz al verme. Camino por el pasillo sin detenerme. No quiero pensar, ni responder a preguntas, ni enfrentar otra reunión. Solo necesito respirar.

Y entonces lo veo. Está ahí, de pie junto a la puerta principal, con las manos en los bolsillos y el rostro tenso. En cuanto me ve, da un paso hacia mí. Tiene los ojos abiertos como platos, como si no pudiera creer que estoy entera. O aquí.

—Sara…

—Archie. ¿Qué haces aquí?

—No podía esperar. Sé que me has dicho que estabas bien, pero quería verlo yo…

—Lo estoy, de verdad. Ha sido duro.

—Lo sé —dice enseguida, pero le tiembla la voz. Me abraza sin preguntarlo y yo me hundo en su pecho como si llevara horas deseándolo—. Cuando vi las noticias… Dios, Sara. Pensé lo peor.

—Estoy bien —susurro contra su abrigo. Noto su corazón desbocado—. Estoy bien. Los chicos también.

Se aparta un poco para mirarme a los ojos.

—No quiero imaginar lo que has debido de sentir.

—No me ha dado tiempo a pensarlo mucho, la verdad.

Nos quedamos en silencio un momento. Afuera, la ciudad sigue su curso. Aquí dentro, todo parece haberse detenido.

—¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta, más suave.

Asiento sin pensarlo. Y él lo entiende todo sin que tenga que decirlo.

Desde el asiento del coche, mientras Archie conduce hacia mi casa, veo cómo la ciudad resplandece. Las luces navideñas cuelgan de cada farola, bailando con el viento helado. En las esquinas hay familias que se sacan fotos frente a escaparates iluminados. Los árboles están cargados de adornos y en los porches no falta el clásico Papá Noel hinchable. Todo parece una postal perfecta.

Y, sin embargo, yo siento frío por dentro. No importa cuántas luces parpadeen. No importa cuán festivo suene el villancico que sale de una ventana entreabierta. Lo que ha pasado hoy se ha pegado a mi piel como una sombra. Una sombra larga y densa que lo cubre todo. Archie no dice nada, pero sé que lo nota. Tiene una mano en el volante y la otra descansando cerca de la palanca de cambios, sin moverse. Su mandíbula está tensa. Lo miro de reojo y me doy cuenta de lo mucho que he necesitado que esté aquí.

Al llegar a casa, las luces del vecindario también están encendidas. Kylie ha colgado guirnaldas en los balcones y Rhys ha puesto música desde temprano. Todo sigue su curso, como si el mundo no supiera que algo dentro de mí se rompió un poco hoy.

Entro en casa y dejo las llaves en su sitio. Me quito los zapatos sin decir una palabra.

—Voy a ducharme —le digo a Archie, con voz apenas audible.

Subo la calefacción antes de encerrarme en el baño. El vapor me envuelve, pero no me basta. El agua caliente no puede con la

frialdad de lo que he vivido esta mañana. Cuando salgo, él está en el salón, en el sofá, viendo un programa sin prestarle atención. Solo está allí. Esperando. Y ese gesto sencillo, esa espera tranquila, me hace querer llorar más que todo lo anterior.

Me siento a su lado. Apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos. Afuera, la ciudad celebra. Adentro, yo respiro. Y él me sostiene, como si supiera que eso es todo lo que necesito.

—¿Mejor? —pregunta sin moverse.

—Un poco.

Me acomodo en el sofá, todavía con el cabello húmedo, envuelta en mi bata más suave. Archie cambia de canal sin mucha intención, solo para romper el silencio, hasta que se detiene en una película navideña cualquiera. Unos niños cantan villancicos en la nieve y por un momento todo parece casi normal.

—Tu casa es cero navideña, ¿lo sabías? —dice de repente, mirándome con una ceja alzada.

Lo miro, confundida.

—¿Perdón?

—Sí, no hay ni una lucecita, ni un adorno, ni un calcetín de esos horteras colgado en la ventana.

—Voy a pasar las fiestas con mi familia —respondo encogiéndome de hombros—. ¿Para qué decorarla si nadie va a verla?

Archie me observa en silencio durante un segundo y luego sonríe. Es una de esas sonrisas suyas, peligrosas. De las que no presagian calma.

—Ponte unas deportivas. Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —frunzo el ceño—. ¿Ahora? ¿Estás loco?

—Sí, pero ese no es el punto. Venga, muévete. Es una orden.

Antes de que pueda protestar, ya está de pie buscando mis zapatillas como si supiera exactamente dónde las tengo guardadas.

Acabo cediendo. Es imposible decirle que no cuando tiene esa energía, como si pudiera apartar el mundo con una risa.

Capítulo 20

Sara

Acabamos en una tienda que parece haber explotado en Navidad. Luces de colores, árboles artificiales, bolas de cristal, estrellas, renos, guirnaldas, mantas con copos de nieve… El local brilla como si fuera una extensión de una postal navideña. Hay música de fondo, un villancico en versión *jazz*, y en una esquina una pareja discute si poner luces blancas o de colores.

—Este. —Archie señala un árbol diminuto, con ramas desordenadas y una estrella torcida—. Es el elegido.

—Es el más feo.

—Justo como tú —dice, y me guiña un ojo.

Río. Por primera vez en todo el día, río de verdad. Y entonces ocurre: Archie agarra un cesto y empieza a llenarlo como si estuviéramos decorando el Rockefeller Center.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto entre risas.

—Terapia. Funciona mejor que cualquier psicólogo. Mira esto —dice al tiempo que alza un reno de peluche que mueve la cabeza al ritmo de *Jingle Bell Rock*—. Este necesita venir a casa. Se llama Dave.

—¿Dave?

—Sí, y tiene tres hijos y una hipoteca. Míralo bien: es un padre ejemplar.

—Estás fatal.

—Y tú estás demasiado triste, así que déjame hacer mi magia.

Sigue metiendo cosas: luces en forma de estrella, bolas que parecen hechas de galleta y una guirnalda con campanitas que tintinea a cada paso. Me da una corona horrible con purpurina verde fosforescente.

—¿Y esta pesadilla?

—Navidad también es sufrir visualmente. Es parte del contrato.

En otro pasillo, encuentra una figura de Papá Noel en miniatura que, al apretarle la barriga, canta con voz desafinada. Archie lo aprieta una y otra vez hasta que el encargado lo mira con cara de homicidio. Yo estoy llorando de risa.

—Archie, para, por favor —digo entre carcajadas, mientras me cubro la cara—. Nos van a echar.

—¿Ves? Ya te estás riendo. Misión cumplida.

—Eres insufrible.

—Y aun así me dejas quedarme a dormir en tu cama. Soy afortunado.

Terminamos en la caja con una mezcla de adornos tan aleatoria que parece que hemos vaciado la tienda a ciegas. Archie paga mientras intento procesar cómo ha conseguido arrastrarme de este modo. Salimos al frío con las bolsas colgando de ambos brazos. En la calle, las luces navideñas parpadean como si quisieran darnos la bienvenida a algo mejor. Y, por un momento, empiezo a creer que todo va a estar bien.

Volvemos a casa cargados, como si estuviéramos decorando una mansión y no mi minúsculo apartamento. Archie saca una bolsa con luces y me las pone en el cuello como si fueran un collar.

—Listo. Iluminación resuelta.

Pasamos la siguiente hora colocando adornos torcidos, colgando guirnaldas con celo en las paredes y peleándonos por dónde se ve

mejor el árbol desde el sofá. Cuando por fin nos sentamos, apagamos todas las luces y dejamos solo las del árbol encendidas. Son suaves, cálidas. Bailan en la penumbra como si no supieran que hoy he estado a punto de perder a mis alumnos. Como si todo estuviera bien.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Gracias —le digo en voz baja.

—Por nada. Aunque deberías dármelas por haberte salvado de la maldición de vivir sin espíritu navideño.

—Tú y tus tonterías…

—Tonterías que te han hecho sonreír —responde.

Y tiene razón. Por un momento, lo oscuro se ha apartado.

—Míralo —dice—. Es aún más feo con buena luz. —Rompe a reír y yo no puedo dejar de hacerlo, hasta que me cruzo de brazos y lo miro con seriedad fingida.

—Ese árbol nos va a acompañar toda la vida, te aviso.

—¿Toda la vida?

—Sí. Si algún día tenemos hijos —digo, sin pensar demasiado en lo que acabo de decir—, les contaré la historia del árbol feo que nos salvó una Navidad.

Archie se ríe y niega con la cabeza.

—Lo tiraré a la basura en cuanto te despistes.

—Por encima de mi cadáver.

—Ya veremos, futura madre de mis hijos —responde con una ceja alzada.

Me arrodillo para sacar una guirnalda mientras me echo a reír.

—¿Quieres pedir una pizza y cenar aquí?

—¿Lo preguntas en serio?

Lo miro desde el suelo, con la guirnalda enredada entre mis brazos.

—Sí. ¿Te quedas?

—Siempre.

Y no dice nada más. Solo se sienta en el sofá, con el árbol aún en la mano, como si fuera lo más valioso que tenemos. Mientras tomo el móvil para pedir nuestra cena, siento que, de algún modo, estamos celebrando la Navidad más importante de nuestras vidas. Aunque el árbol sea feo. O precisamente por eso.

Las pizzas llegan justo cuando ya me he puesto el pijama. Archie insiste en que las comamos en el suelo, frente al sofá, con una manta vieja que encuentra doblada en mi estantería y que convierte en unos sillones improvisados.

—Esto es romántico y cutre a partes iguales —le digo, mientras abro la caja de *pepperoni*.

—Como nosotros —responde, y choca su vaso de refresco con el mío.

Estamos en eso, con las luces navideñas encendidas, el árbol feo presidiendo la mesa y Archie diciendo tonterías sobre comprar renos inflables para su terraza, cuando suena mi móvil. El nombre de mi madre aparece en la pantalla. Me tenso. Está claro que ya se ha enterado.

—¿Vas a responder? —pregunta Archie.

Asiento y deslizo el dedo para contestar.

—Hola, mamá.

—¡Hola, hija! ¿Cómo estás?

Su voz suena tranquila. Casi demasiado tranquila. Me detengo. Hay risas al fondo, voces familiares. Mi padre. Marcos. El telediario no debe de haber llegado aún a casa.

—Bien… Bien. Acabamos de pedir pizza —respondo, echando una mirada a Archie, que mastica con aire inocente—. Estoy con Archie.

—¿Con Archie? ¿Otra vez en tu casa? —ríe—. ¡Pues ese chico se va a quedar a vivir ahí, ya verás!

—No me quejo —murmuro, al tiempo que noto que Archie alza las cejas, divertido.

—Oye…, ¿esas luces que veo detrás de ti? ¿Has decorado?

—Fue idea de Archie. Me arrastró a una tienda, me compró un árbol diminuto y luces horribles.

—¿Quieres decirme que has decorado tu casa por Navidad?

—Lo estoy intentando.

—Pásamelo.

—¿Eh?

—A Archie. Pásamelo.

Lo miro. Él se encoge de hombros y toma el móvil con una mano grasienta de pizza.

—Hola, señora Pérez —dice con su tono más educado—. Buenas noches.

La pantalla se ilumina con el rostro de mi madre, y me quedo mirando cómo la expresión de Archie se suaviza al escucharla. Asiente, sonríe y le responde con un «por supuesto». Después añade, un poco más bajo, aunque lo suficiente para que yo lo oiga: «Nunca dejaría sola a su hija. No en un día como hoy».

Cuando la llamada termina, dejo el móvil a un lado. No le pregunto nada más; no hace falta. Solo me acerco y apoyo la cabeza en su hombro, mientras seguimos comiendo pizza en el suelo, frente al árbol más feo del mundo, bajo las luces más cutres de Chicago. Y, por alguna razón, me siento más en casa que nunca.

* * *

—Archie, despierta. En serio, levántate.

Murmura algo incomprensible y se da la vuelta, enterrando la cara en la almohada. Me siento a su lado, con las medias en una mano y el móvil en la otra, mientras intento ponerme los zapatos al mismo tiempo que repaso mentalmente todo lo que tengo que hacer hoy.

—Archie, es urgente. ¡Tengo que estar en el colegio en veinte minutos!

Él abre un ojo.

—¿Pero no empezabas a las ocho y media?

—Anoche no vi el mensaje de Bruce. Me pidió que llegara una hora antes para hablar. La obra sigue adelante —le digo mientras intento encontrar mi abrigo debajo de la montaña de ropa que hemos dejado sobre la silla.

Eso sí que le hace abrir los ojos del todo.

—¿Va a hacerse?

—Sí —respondo, con un nervio contenido—. Bruce lo confirmó anoche. Pero necesito estar allí ya.

Salgo corriendo del baño con el pelo aún medio húmedo. Archie se sienta en la cama, despeinado, con la sábana enredada en la cintura.

—¿Quieres que te lleve?

—¡Gracias, pero ya he pedido un taxi! No me da tiempo; por favor, cierra bien al salir.

Le lanzo un beso al vuelo y trato de abrocharme el abrigo al mismo tiempo, pero justo cuando pongo la mano en el pomo de la puerta, lo oigo detrás de mí.

—No te vas a ir así.

Se acerca rápido, descalzo y en pantalón de pijama, con el pelo hecho un desastre y los ojos aún medio dormidos. Me toma con suavidad de la muñeca y me obliga a girarme hacia él.

—Dame un beso, como anoche —dice, y sonríe.

Y yo también, porque en realidad no quiero irme sin eso. Porque en medio del caos, de las cortinas agujereadas, del miedo congelado en la espalda, su boca sigue siendo el lugar más seguro del mundo.

—Tienes razón —susurro.

Nos besamos con urgencia y ternura a la vez, como si ese beso fuera a protegernos de todo lo que venga. Cuando nos separamos, él apoya su frente en la mía.

—Suerte hoy, aunque no la necesitas.

—Gracias por ayer —le digo, y siento que esas palabras se quedan cortas.

Él asiente, pero no dice nada más. Me acaricia la mejilla con los nudillos y me deja marchar. Esta vez sí, abro la puerta y salgo al mundo.

El trayecto hasta el colegio es más rápido de lo que pensaba. El conductor ha puesto villancicos en la radio y en otras circunstancias me haría gracia. Pero ahora, mientras miro por la ventana y veo escaparates brillantes, renos de luces blancas y árboles en todas las esquinas, solo puedo pensar en lo irreal que fue todo ayer. Como si la ciudad entera celebrara una fiesta ajena a lo que vivimos en el teatro.

Al llegar al colegio, algo me hace fruncir el ceño. Hay dos agentes de seguridad en la puerta. Y un arco detector de metales recién instalado. El escáner de mochilas parece sacado de un aeropuerto. Detrás de mí, dos alumnos comentan que van a estar siempre vigilados.

Paso mi bolso por la cinta, levanto los brazos como me indican y espero. Es incómodo. Pero también tranquilizador. No puede volver a pasar. Camino por el pasillo principal en dirección al despacho de Bruce y me cruzo con Aurora, que llega al mismo tiempo. Me sonríe.

—Parece que no fue un sueño —le digo.

—No. Pero vamos a convertir este día en algo distinto.

Nos abrazamos en silencio y luego subimos juntas a la segunda planta, donde Bruce y Helen nos esperan. La conversación con ellos es breve, pero está cargada de gravedad, lejos de los alumnos, con las ventanas cerradas y el aire denso. Hay café frío en la mesa y papeles con listas de control. Todo está preparado.

—Seremos cautos —dice Helen, con voz serena pero decidida—. Habrá supervisión constante en los accesos, personal de seguridad en los pasillos, y todos los movimientos dentro del teatro estarán controlados.

—Los padres han sido informados —añade Bruce, mientras ojea un informe—. Todos los implicados han firmado un consentimiento por escrito. Nadie está aquí sin saber a lo que viene. Y los medios… no podrán entrar. No vamos a permitir que esto se convierta en un espectáculo.

Asiento en silencio. Aurora me aprieta el brazo bajo la mesa, como si esa fuera nuestra forma de darnos valor. Bruce deja el informe sobre la mesa con un leve golpe. Nos mira una a una con esa seriedad que solo adopta cuando algo realmente le importa.

—Esta función ya no es solo una obra escolar —dice, sin levantar la voz pero cargándola de intención—. Es una forma de sanar. Para ellos, para nosotros, para todo este lugar. Lo que pasó no lo podremos borrar, pero tal vez podamos darle otro final.

Nadie responde, pero en nuestros gestos hay algo parecido a la fe. Cuando volvemos al teatro, los alumnos nos están esperando. Algunos aún nerviosos, otros con los ojos hinchados por el cansancio; supongo que muchos de ellos no habrán podido dormir. Pero todos están allí. Y eso es suficiente.

El ensayo general arranca. Correcciones, ajustes, movimientos de último minuto. Aurora grita más que nunca, Bruce entra y sale

mientras marca el tiempo y Helen se encarga de asegurarse de que todo esté perfecto para la llegada de las familias. El teatro vibra con una energía diferente. Ya no es la emoción típica de una función escolar. Es otra cosa. Más intensa. Más viva.

Miro a los alumnos en escena. Miro a Aurora, moviéndose como si su vida dependiera de ello. Miro las butacas vacías que pronto estarán llenas. Y siento algo parecido al orgullo. Y al alivio. Vamos a hacerla. Vamos a terminar este trimestre con algo más fuerte que el miedo. Vamos a regalarles una historia.

Aplaudo con todas mis fuerzas cuando cae el telón. Tengo las manos rojas y el corazón latiendo con una mezcla de alivio, orgullo y emoción pura. Lo han hecho. Han estado increíbles. Cada línea, cada silencio, cada gesto han estado cargados de verdad. Y yo no podría estar más orgullosa.

Detrás del telón, los alumnos estallan en abrazos. Me buscan. Me rodean. Me abrazan con fuerza; algunos lloran, otros ríen, muchos hacen ambas cosas. Siento sus cuerpos temblorosos, el peso de todo lo vivido, el esfuerzo, el miedo, la valentía. Les susurro uno a uno cuánto los admiro, cuánto han crecido. Me abrazan como si yo hubiera sido el ancla en medio del naufragio. Pero ellos han sido mucho más fuertes de lo que creen.

Los padres, uno a uno, comienzan a acercarse. Me estrechan la mano, algunos me abrazan también. Me dan las gracias con palabras que se me clavan en el pecho.

—Gracias por su valentía, señorita.

—Mi hijo me lo contó todo. Dice que usted los salvó.

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por nuestros hijos.

—Gracias por no rendirse.

Yo solo sonrío, aprieto sus manos con fuerza y repito que todos lo hemos hecho posible; que lo importante es que ellos, sus hijos, han

querido seguir adelante. Aurora se seca las lágrimas al otro lado del escenario, Helen está seria pero emocionada y Bruce ha perdido por completo la compostura: aplaude como un loco, con los ojos brillantes.

Y así, con el teatro aún lleno de aplausos y emoción, con el corazón henchido de amor por esta gente que ya siento como mía, termina la jornada. Se apagan las luces, los pasillos comienzan a vaciarse, las bufandas se ajustan al cuello y los gorros navideños vuelven a las cabezas de los alumnos.

Empiezan oficialmente las vacaciones de Navidad.

Y yo…, yo me siento completa.

Capítulo 21

Sara

Estoy sentada en el suelo, junto a la cama, doblando camisetas que huelen a suavizante y a rutina. La maleta abierta sobre la colcha es un recordatorio constante de que, por unos días, vamos a separarnos.

Archie está en la barra de la cocina, pero su presencia pesa en todo el apartamento. Está más callado que de costumbre. Responde con monosílabos, arrastra los pies al caminar y no ha hecho ni un solo comentario sarcástico desde que empecé a meter ropa en la maleta. Eso, en él, es preocupante. Aparece por la puerta del vestidor con una taza humeante entre las manos y se apoya en el marco sin decir nada. Lo miro por el rabillo del ojo.

—¿Estás bien?

Asiente, pero no me mira. Lo dejo estar unos segundos, mientras doblo un jersey con lentitud exagerada, como si esa prenda fuese una bomba de relojería.

—Archie...

—Estoy bien —responde, esta vez con un poco más de firmeza, pero sigue sin mirarme.

—¿Seguro?

Silencio. Se sienta en el suelo a mi lado apoyado en una de las cómodas, justo al lado de la maleta. Mira el contenido un instante y luego a mí. Finalmente habla:

—No me apetece quedarme aquí. No con mi padre... y mucho menos con Elliot.

—Lo sé —susurro, mientras dejo el jersey a un lado para acercarme a él.

Desde que nos reencontramos en Chicago no hemos cruzado ni una palabra sobre Elliot; lo hemos evitado ambos.

—No tienes que fingir —digo, sentándome a su lado—. Solo estar. Y luego, en unos días, irás con tu madre a Escocia; te espera Elizabeth Ross —bromeo, sabiendo lo mucho que le importa su hermana pequeña—. Estará deseando verte.

—Lo sé, y yo a ella. —Consigo que sonría.

—Después volveremos a estar aquí los dos juntos.

Me mira por fin. Y hay un brillo triste en sus ojos, ese que a veces aparece cuando se esfuerza demasiado por no sentirse herido.

—Odio cuando te vas.

Le acaricio la mejilla, despacio.

—Yo también. Pero voy a volver, ¿vale? Es solo Navidad. Vamos a sobrevivir.

Hace un gesto como si no estuviera del todo convencido, pero al fin asiente. Se inclina hacia mí y apoya su frente en la mía.

—Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti.

Nos quedamos así unos segundos, respirando juntos. Su nariz roza la mía y, por un instante, desearía que el tiempo se detuviera, que no hubiera maletas, ni despedidas ni aviones esperando. Luego, en un intento por romper la tristeza que amenaza con instalarse en el cuarto, le sonrío.

—Podrían cancelar los vuelos —suelta como si nada, con ese tonito despreocupado que usa para hacerme reír.

—¿Otra vez? —le respondo, arqueando una ceja—. No, la historia no puede repetirse. Ya sabes cómo terminamos.

—Con nieve, cena improvisada y la mejor noche de nuestras vidas —dice, fingiendo inocencia.

—Y también con un hermano entrometido, un despido y dos corazones rotos —le recuerdo, aunque la risa me tiembla en los labios.

Suspira, resignado. No dice nada más. Solo me rodea con los brazos y me aprieta con fuerza contra su pecho.

—Esta vez todo va a ir bien —susurra cerca de mi oído—. Lo prometo.

Cierro los ojos. No sé si las promesas sirven de algo cuando el mundo es tan imprevisible, pero al menos me aferro a su voz, a su olor, a este abrazo que sabe a hogar. Y entonces, como si me leyera el pensamiento, añade:

—Te espero a la vuelta. Para seguir decorando la casa, para seguir contigo.

Sonrío. Porque en el fondo eso es todo lo que quiero yo también.

—Oye —le digo de pronto, recordando algo mientras abro el armario de la derecha—, ¿me ayudas a hacer una última cosa antes de irme?

—¿Qué necesitas? —pregunta sin dudar, mientras me sigue.

Saco una caja llena de pequeños paquetes envueltos con papel de estrellas doradas y rojas. Algunos tienen lazos torcidos y otros están decorados con pegatinas que parecen sacadas de una papelería infantil. Son imperfectos, pero hechos con cariño.

—Regalos para los vecinos. —Esos que me invitaron a sus noches en la terraza y a sus clases de yoga, y que siempre están a un golpe de timbre.

Archie me mira con esa sonrisa que me derrite.

—¿Vas a convertirte en el espíritu navideño del edificio?

—Puede. ¿Vas a ayudarme o no?

—¿Y perderme la oportunidad de ver la cara de Rhys cuando vea ese envoltorio? Jamás.

Le tiendo un paquete y me pongo de pie.

—Pues venga, Santa Claus, tenemos trabajo que hacer.

Tocamos primero en el 533. Kylie abre con su habitual ropa de yoga y el moño despeinado en lo alto de la cabeza. Al vernos, sonríe con calidez.

—¡Ey, parejita navideña! —bromea—. Qué bien os veo.

—Solo queríamos darte esto —le digo, mientras le entrego la bolsita.

—¡Ay, qué monos! —La abre allí mismo y se ríe al encontrar una vela con aroma a canela y una nota escrita a mano—. Gracias, de verdad. Esto me va a venir genial para mis clases del miércoles. ¡Felices fiestas!

Seguimos por el pasillo y paramos en el 512. Rhys abre con unos vaqueros rotos, una camiseta de los Pixies y cara de haber estado durmiendo o tocando la guitarra. Tal vez ambas cosas.

—¿Qué pasa? —gruñe al principio, pero al vernos con las bolsas, alza una ceja.

—Pequeño regalo navideño —dice Archie, entregándole uno.

Rhys lo mira, luego a mí. Sonríe apenas.

—No sabía que esto se hacía en Chicago —murmura, pero toma la bolsa—. Gracias. Supongo.

—Felices fiestas —le decimos, y él asiente antes de cerrar con un leve gesto de despedida.

Bajamos al tercero y tocamos en el 322. Maverick abre tras unos segundos. Alto, serio, con la barba recién arreglada y las gafas caladas en la nariz.

—Hola —saludo—. Solo venimos a dejarte esto. Es por Navidad.

Archie le tiende la bolsa. Él la toma con cierta sorpresa, como si nadie hubiera tenido un gesto así en años.

—Gracias. Es… muy amable —dice con voz grave y, antes de cerrar, añade—: Felices fiestas.

Finalmente llegamos al 799. Julia abre con su melena rizada suelta y una gran sonrisa pintada en los labios.

—¡Sara! ¡Archie! Qué ilusión —exclama, al tiempo que me abraza sin dudar.

—Venimos a dejarte esto —le digo, y le doy el paquete.

—Sois lo más bonito del edificio —declara, emocionada. Rompe el papel con cuidado y sonríe al ver lo que hay dentro—. Esto va directo al centro de mi mesa. Gracias.

Intercambiamos abrazos, buenos deseos y promesas de vernos después de las fiestas. Cuando entramos de nuevo en casa, me quito el abrigo y dejo las llaves sobre la encimera. Archie se deja caer en el sofá con un suspiro satisfecho, aún con la bufanda a medio quitar.

—Vale. Esto ha sido mejor que cualquier otra cosa que hubiéramos hecho esta tarde —reconoce, dejándose caer hacia atrás, con los ojos cerrados.

Lo miro, sonriente, y voy hasta la estantería del fondo. Hay una pequeña caja envuelta en papel *kraft* con un lazo rojo. La tomo con cuidado y me acerco.

—Tengo uno más.

—¿Eh? —Abre un ojo, curioso.

—Para ti. —Le entrego la caja.

Él se incorpora de golpe, con el ceño fruncido.

—¿Qué? Pero… yo no he preparado nada para ti.

—No pasa nada. No era el trato. Esto es solo porque me apetecía.

La toma entre las manos como si fuera algo frágil y durante unos segundos no dice nada. Lo noto nervioso, incluso un poco culpable.

—Sara…

—Ábrelo.

Dentro hay una foto enmarcada: estamos los dos abrazados en la nieve, con el castillo de Charles a nuestra espalda, el invierno pasado. El día antes de que todo se fuera al infierno. También hay una nota, escrita en una tarjeta con un dibujo de renos:

Por lo bueno que tuvimos. Y por todo lo que aún no sabemos que viene.

Archie no dice nada. Solo la mira en silencio. Luego se pasa una mano por el pelo, con esa expresión que rara vez muestra: desarmada, vulnerable.

—Eres… —Mueve la cabeza, sin acabar la frase—. Maldita sea, Sara.

Me siento a su lado.

—No es gran cosa. Solo pensé que… ese día, antes de que todo estallara, fuimos felices. No quiero olvidarlo.

Él deja la caja a un lado y me toma la cara entre las manos.

—Yo tampoco.

Y me besa. Despacio. Con una ternura que me hace olvidar la tormenta, el colegio, la rabia y el miedo. Solo quedamos él y yo. Y esta extraña calma navideña que empieza a colarse, poco a poco, en los rincones de mi vida. Permanecemos abrazados unos minutos más, sin hablar. No hace falta. Ya lo hemos dicho todo. O al menos, todo lo que podíamos decir por ahora.

Cuando me separo un poco, noto que se ha hecho tarde. La hora del vuelo se acerca y, aunque lo he estado posponiendo en mi cabeza, el reloj no perdona.

—Tengo que terminar de prepararme —digo en voz baja, casi como si me estuviera disculpando.

Archie asiente y se pasa una mano por la cara.

—Ve, yo te llevo al aeropuerto.

—Gracias.

Archie coge la caja con una sonrisa suave, de esas que no enseña a cualquiera, y durante un segundo me siento completa. No dice nada, pero no hace falta. Esa sonrisa lo dice todo. Me dirijo al vestidor para tomar el abrigo. Mientras me lo pongo, repaso lo imprescindible. Pasaporte, móvil, cartera. Todo está. Archie vuelve con la maleta en una mano y la caja en la otra. Nos miramos un instante y luego él asiente con la cabeza, como si ese simple gesto pudiera protegernos de lo que sea que venga después.

—Vamos.

En el coche, el silencio es cómodo, aunque lleno de cosas que no decimos. Las luces de la ciudad parpadean detrás de la ventisca, como si todo estuviera cubierto por una capa de nostalgia anticipada. El parabrisas va dejando ver fragmentos de calle, nieve y oscuridad. Me agarro al cinturón con una mano. Con la otra, busco la suya. Él no aparta la vista de la carretera, pero entrelaza nuestros dedos.

—Se me van a hacer eternos estos días lejos de ti —confiesa, sin cambiar el tono.

—El dos de enero tengo el vuelo de regreso; son muy pocos días.

Asiente. No dice nada más. Pero noto cómo aprieta un poco más mi mano.

Cuando llegamos a la terminal, se baja conmigo y saca la maleta del maletero. Me mira como si no supiera muy bien qué decir. Y yo tampoco. Lo nuestro no está en el punto de las despedidas

dramáticas ni de las promesas. Pero tampoco es indiferencia. Es algo más raro, más hondo.

—Te escribiré —digo.

—Vale.

Duda un segundo y luego me abraza. Fuerte. Con los dos brazos, como si no quisiera soltarme.

—Cuídate —susurra contra mi pelo.

—Tú también.

Nos separamos despacio. Él se queda quieto junto al coche mientras entro en el edificio y durante unos segundos siento su mirada en mi espalda. No me giro. Pero sé que ya no me puede ver y es cuando respiro profundamente sabiendo que ya no está. Aligero el paso porque tengo el tiempo justo para pasar por el control de seguridad y embarcar.

Me acomodo en el asiento junto a la ventanilla y abro el bolso para asegurarme, por tercera vez, de que he guardado bien el pasaporte y la tarjeta de embarque. El avión está casi lleno y los motores ya rugen con ese sonido grave que precede al despegue. Me abrocho el cinturón, tomo el móvil y escribo un mensaje rápido.

Yo:
Ya estoy sentada, en hora.
Si todo va bien, llego puntual.
¿Venís a buscarme?

Lo envío al grupo de casa. Enseguida aparece el doble *check*. Apenas pasan unos segundos cuando salta la respuesta de mi madre.

Mamá:
¡Claro que sí!
Te veo en unas horas, mi pequeña pelirroja. ❤️

Sonrío sin poder evitarlo por esa manera suya de hablar como si todavía tuviera diez años. Miro por la ventanilla. La pista está cubierta de nieve y las luces del aeropuerto parpadean entre la niebla. Suspiro. Justo entonces vibra el móvil de nuevo. Es Archie.

Archie:
Aún no ha salido tu vuelo y ya te echo de menos.

No tiene emoji. Ni punto final. Solo eso. Y, sin embargo, me desarma. Sonrío. Apoyo la cabeza en el respaldo y le contesto, justo antes de poner el modo avión:

Yo:
Yo también.

Apago la pantalla. Cierro los ojos. Y dejo que el avión me saque volando de este torbellino que hemos empezado a construir, sin saber aún si será un refugio… o una tormenta más.

Capítulo 22

Archie

Salgo del aeropuerto directo al frío. El viento me golpea la cara como una advertencia y, por un momento, me arrepiento de no haberme quedado un rato más con ella. Aunque nada hubiera cambiado.

El coche está helado por dentro; será porque ella ya no está… Niego con la cabeza, me obligo a irme y enciendo el motor. En cuanto pongo las manos en el volante, el móvil vibra. Pantalla iluminada: «Papá». Contesto sin pensarlo.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—En el coche. Acabo de salir del aeropuerto.

—¿Del aeropuerto? —Hay una breve pausa al otro lado—. ¿Qué hacías allí?

—Nada importante.

—Perfecto. Escucha: vas a entrenar duro hasta el veinticuatro. Ese día te espero en el torneo. Después cenaremos juntos en casa. Elliot estará ahí también, así que prepárate para no bajar la guardia. Dormirás aquí esa noche.

Aprieto la mandíbula.

—Entendido.

—No quiero que se te olvide que estas Navidades tu única prioridad es ganar. Nada más.

La llamada se corta sin un adiós. Apoyo la cabeza un segundo contra el reposacabezas y cierro los ojos. Luego arranco y salgo del aparcamiento, con la ciudad extendiéndose delante como una promesa fría y exigente. Ya ni recuerdo cuándo fue la última Navidad que viví sin tener que demostrar nada.

Llego al ático, dejo la mochila tirada junto a la puerta y me quito el abrigo sin ganas. Todo está en silencio, como siempre. Me ducho rápido —agua caliente que no logra despejarme del todo— y me visto con ropa de entrenamiento: pantalón térmico, camiseta negra y sudadera. Mientras me ato los cordones de las zapatillas, echo un vistazo al móvil. Nada nuevo. Ni un mensaje suyo. Claro. Está volando.

Me quedo unos segundos con el teléfono en la mano. Y entonces me llega el recuerdo, nítido, como si acabara de pasar. Sara descalza en mi cocina, con mi sudadera puesta y el pelo aún húmedo por la ducha. Tarareando bajito mientras preparaba café, como si estuviera en casa. Como si siempre hubiera estado aquí. Se giró al notar que la miraba y sonrió; esa sonrisa suya que desarma sin pedir permiso.

—¿Qué? —dijo divertida—. ¿Nunca has visto a una chica hacer café en condiciones?

Me reí. Y en ese momento supe que estaba perdido.

Parpadeo y el recuerdo se disuelve. Tomo los palos y vuelvo a salir. El campo de golf está a veinte minutos: lo bastante lejos como para pensar y lo bastante cerca como para no poder escapar. Cuando llego, él ya está allí.

—Llegas tarde —dice sin levantar la vista del *green*.

—Cinco minutos.

—Cinco minutos que podrían marcar la diferencia entre estar listo y no estarlo.

No respondo. Camino hasta mi zona, saco un hierro siete y empiezo a golpear sin decir una palabra. Cada golpe sale tenso, duro, sin dirección. El sonido del impacto es seco, molesto. Y no tardo en oírlo acercarse.

—¿Qué te pasa hoy?

Lo ignoro. Sigo golpeando.

—Archie. —Ahora su voz es más firme—. Estás fuera de lugar. ¿Quieres hablar o prefieres seguir tirando como si fueras un *amateur*?

Le lanzo una mirada rápida. Fría.

—Estoy bien.

—No lo estás.

Vuelvo a colocarme. Otro golpe. Mal. Maldita sea. El entrenador suspira y se aleja unos pasos al tiempo que se cruza de brazos. No insiste, pero no necesita hacerlo. Sé con precisión lo que me pasa. No tiene nada que ver con el *swing*. Ni con el torneo. Es ella.

En este momento, en este campo helado, con los dedos agarrotados y la rabia bajo la piel, el único lugar donde querría estar es con ella. Pero no estoy. Estoy aquí. Como siempre. Cumpliendo.

Otro golpe. Corto, sin control. El hierro vibra en mis manos. Me giro frustrado, lanzo la bola lejos con un gesto seco y dejo el palo clavado en el suelo. El entrenador me observa desde unos metros de distancia. Ya no tiene los brazos cruzados. Ahora camina hacia mí con paso lento y firme.

—¿Sabes lo que más me molesta? —dice sin levantar la voz—. No es que estés fallando. Ni siquiera que llegues tarde. Es que ni lo estás intentando.

No respondo. Me limpio las manos con el guante mientras miro al suelo.

—Tu padre ha puesto todo en este torneo. Todos lo saben. Los patrocinadores, los clubes, los medios. Van a estar mirando. A ti.

Lo miro, por fin.

—¿Y?

—¿Y? —Se ríe sin humor—. ¿Y? Que no eres solo otro jugador. Eres el hijo de Philip Williams. Y eso tiene un precio.

—Lo sé —respondo entre dientes.

—Pues no lo parece. Porque si lo supieras, no estarías aquí lanzando bolas como si esto fuera una terapia de mierda. Este no es el campo para tus dramas. Es el campo para ganar.

Me muerdo la lengua. Si abro la boca ahora, lo estropeo todo. Y lo sabe. Lo disfruta.

—Vuelve a concentrarte, Archie —añade más bajo—. Tienes tres días. Entrena o piérdelo todo. Y no me hagas quedar como un idiota frente a tu padre. No me arrastres contigo.

Se aleja sin esperar respuesta. Y ahí me quedo. Solo, con los guantes fríos, los dedos temblando y la certeza clavada en el pecho: nadie me va a perdonar si fallo. Y yo tampoco.

Respiro hondo. Una vez. Dos. Miro el campo delante de mí. Las líneas perfectas del *green*. El cielo helado. El silencio tenso que flota en el aire como una amenaza. Y, de pronto, me acuerdo de ella. De Sara. De cómo me miró antes de subir al avión. De cómo me besó, sin prometerme nada y, aun así, dándomelo todo. Está lejos. Pero estamos bien. Y eso…, eso es más de lo que tuvimos el año pasado por estas fechas. Más de lo que creí que volvería a tener.

Me saco los guantes, los froto un momento entre las manos y me los vuelvo a colocar. Recojo el hierro siete del suelo, lo limpio, me coloco de nuevo. Ajusto los pies. Respiro. Esta vez, el golpe es limpio. Preciso. El sonido, correcto. La trayectoria, exacta.

Golpeo otra. Y otra. Vuelvo a sentir el control, el ritmo. El silencio ahora trabaja para mí, no contra mí. No hay magia. Solo concentración. Técnica. Disciplina. Lo que siempre ha habido. Pero esta vez también hay algo más. Algo que me sostiene sin pedírmelo. Sara.

Entreno toda la tarde. Y al día siguiente. Y al otro. El cuerpo me duele al final de cada jornada, pero es un dolor conocido, casi reconfortante. Como si, por fin, volviera a ser yo. Hasta que llega el veinticuatro de diciembre.

El campo está cubierto por una escarcha fina que cruje bajo los pies. El cielo está despejado, de un azul pálido, y hay fotógrafos en la entrada del club. Todo huele a tensión, a expectativas. A exigencia. Me ajusto los guantes, respiro hondo y camino hacia la mesa de inscripción. Mi padre está allí. Impecable, como siempre. De pie junto a él, apoyado en una barandilla, está Elliot. No dice nada. Ni un gesto, ni un saludo. Solo me observa, como si ya supiera que algo va a estallar hoy.

—Llegas justo a tiempo —dice mi padre con ese tono que nunca sube ni baja—. El señor Dalton está en la grada, con los del club. Estará observando todo el torneo. Si haces lo que tienes que hacer, puede ser tu nuevo patrocinador para la próxima temporada. Así que concéntrate. Hoy lo das todo. ¿Entendido?

Asiento sin decir palabra. Sus ojos no se ablandan ni por un segundo. Miro a Elliot. Nada. Sigo esperando que diga algo, lo que sea. Pero no lo hace. Solo aparta la mirada, como si yo no existiera. Lo conozco lo suficiente como para saber que lo hace a propósito. Es su manera de castigarme.

—¿Algo que quieras decirme tú? —pregunto seco.

Silencio. Perfecto. Me vuelvo hacia la mesa, firmo la inscripción con trazo firme, recojo la tarjeta y me alejo de ellos sin mirar atrás.

No pienso darles el gusto de verme dudar.

Camino hacia mi punto de salida. Los árboles aún están cubiertos de escarcha. Las banderas, inmóviles. Me detengo y saco el móvil del bolsillo. Vibra justo entonces. Es ella.

> **Sara:**
> Suerte hoy.
> Haz que se arrepientan de haber dudado de ti.
> Estoy contigo. Sé el mejor ❤️.

Sonrío casi sin darme cuenta. El pecho se me afloja un poco. No mucho. Pero lo suficiente. Ella lo sabe. Guardo el móvil. Me coloco los guantes. Tomo el primer palo. Estoy listo. Hoy juego por mí. Y por ella.

Juego limpio. Firme. Cada golpe es justo lo que tiene que ser. El *drive* sale recto, largo. El *approach*, preciso. El *putt*, casi automático. No escucho nada más allá del sonido de la bola, el roce del palo con el césped y las respiraciones contenidas a mi alrededor. Hay cámaras, murmullos y evaluaciones silenciosas. Pero no me importan. Estoy donde siempre he estado. Y, por primera vez en mucho tiempo, no juego para complacer a nadie. Juego porque quiero ganar. Y gano.

Con varios golpes de diferencia. El último hoyo lo cierro con un *birdie* impecable. Algunos aplauden. Otros solo asienten, con esa mezcla de respeto y resignación que se da cuando alguien lo hace mejor que tú. Me quito la gorra y agradezco el gesto. Camino hacia el borde del *green*. Mi padre está allí con las manos en los bolsillos. Cuando me acerco, asiente serio. Pero hay algo en sus ojos. Una chispa, mínima, pero real.

—Buen trabajo —dice.

Solo eso. Pero viniendo de él, es como si me hubiera abrazado. Elliot no dice nada. Ni me mira. Pero los tres nos vamos juntos como

si fuéramos una familia perfecta y feliz. Subimos al coche. Él se sienta detrás, en silencio. Mi padre conduce con una mano en el volante, tranquilo, como si no acabara de colocarme como favorito del torneo de invierno.

Cuando llegamos, la casa huele a carne al horno, a velas, a Navidad. Una mesa de madera larga, decorada sin excesos, con una botella de vino abierta y una bandeja con pan recién hecho. Todo preparado. Todo en su sitio. Como siempre.

—Feliz Navidad —dice mi padre mientras se quita el abrigo.

Yo solo asiento. No es lo que imaginaba. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no se siente tan mal. Nos sentamos a la mesa. Mi padre sirve el vino con la misma precisión con la que mide todo lo que hace. La conversación gira en torno al torneo, a los próximos entrenamientos y al calendario de enero. Elliot no dice nada. Yo tampoco. Comemos en silencio durante un rato; el único sonido es el de los cubiertos chocando con la vajilla. Hasta que él habla.

—¿Y Sara?

Levanto la vista despacio. No sé si lo ha dicho por fastidiar o porque realmente quiere saber. Pero me mira directo, sin rastro de burla. Y entonces, el golpe seco. Mi padre aporrea la mesa con la palma abierta. Las copas tiemblan. El vino se derrama un poco.

—Ese nombre no se menciona en esta casa. —Su voz no sube, pero duele más que si gritara—. Archie está centrado. Enfocado. Haciendo lo que debe hacer. Esa persona no tiene cabida en su vida.

Clava los ojos en mí buscando algo. Complicidad, quizá. Sumisión. No se la doy. No digo nada. Solo bajo la mirada al plato y corto la carne con más fuerza de la necesaria. Elliot ni se inmuta. Vuelve a su copa. Como si todo esto ya lo hubiera escuchado antes. Como si lo estuviera esperando. La cena continúa. Tensa. Silenciosa. Y yo

solo pienso en ella. En lo lejos que está. Y en lo cerca que siento su voz cuando leo sus mensajes en mitad de todo esto.

Mi padre recibe una llamada. Se levanta con gesto serio y sale al pasillo con el móvil pegado a la oreja. Apenas cierra la puerta tras de sí, me giro hacia Elliot.

—¿Qué estás haciendo?

Él ni siquiera finge sorpresa. Deja el tenedor en el plato, se limpia la boca con la servilleta y me sostiene la mirada.

—Solo he hecho una pregunta.

—Sabes perfectamente lo que haces cada vez que la nombras delante de él.

Se encoge de hombros.

—¿Acaso he dicho algo que no sea verdad?

Aprieto la mandíbula. El vino se me atraganta en la garganta.

—¿Sabe que aún la ves? —continúa con esa voz suave que me pone al límite—. ¿Que vas a su casa y ella duerme en la tuya? ¿Qué crees que pasaría si se enterara?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Otra vez vas a encargarte tú de decírselo?

Silencio. Sus labios se curvan apenas; una mueca más que una sonrisa. Como si todo esto le divirtiera.

—No lo sé. ¿Tendría que hacerlo?

—No empieces, Elliot.

—No soy yo el que vive con miedo a que papá descubra lo que realmente haces sin que lo sepa.

La puerta del pasillo se abre. Mi padre vuelve al tiempo que se guarda el móvil en el bolsillo del traje. Nos quedamos en silencio al instante. Las copas, intactas. Los platos, casi vacíos. La tensión, espesa como el vino derramado sobre el mantel.

—¿Todo bien? —pregunta mirándonos.

—Perfecto —respondo.

Pero por dentro ya estoy deseando que esta noche acabe. Y que llegue el momento de volver a ella.

Capítulo 23

Sara

Mi madre lleva toda la tarde en la cocina, cantando villancicos en bucle mientras prepara platos que solo come una vez al año, pero insiste en cocinar como si fuéramos veinte. La mesa está decorada con ramas de pino, velas rojas y servilletas que mi padre ha doblado como si fueran cisnes. Todo es igual que siempre. Y, al mismo tiempo, todo es distinto.

Estoy en casa. En mi isla. Rodeada de gente que me quiere. Y, sin embargo, siento que una parte de mí sigue allá, al otro lado del Atlántico.

—¿Ya está todo listo? —pregunto desde el marco de la puerta.

Mi madre asoma la cabeza desde la cocina, con harina en la mejilla y las manos llenas de masa.

—Casi. Falta el pescado… y tu hermano.

Mi padre, sentado en el sofá con una copa de vino, levanta la vista.

—¿Marcos aún no ha llegado?

—Ha dicho que venía directo del puerto. Debe de estar subiendo.

Justo entonces, la puerta se abre y mi hermano entra con el pelo revuelto y una sonrisa de esas que contagian buen humor aunque no quieras.

—¡Feliz Navidad, familia! —Deja una caja en el suelo—. Y traigo pan recién hecho del pueblo. No me deis las gracias.

Nos reímos todos a la vez. Es como si el aire se aflojara. Como si la risa fuera el único idioma posible esta noche. Nos sentamos a la mesa cuando ya ha oscurecido del todo. Fuera, el mar está en calma y las luces del pueblo titilan como un reflejo borroso de las estrellas. Dentro, el calor de los nuestros. El bullicio. Los brindis. Y las voces superpuestas de una familia que solo consigue reunirse completa una vez al año.

Mi abuela ocupa la cabecera de la mesa, con su collar de perlas de siempre y esa mirada que lo observa todo. Aunque quiero pensar que es la misma de siempre, ya no es así; ya no es tan consciente de dónde está ni con quién, y eso me apena, porque ahora la veo muy poco y cada vez que vuelvo ha empeorado un poco más. A su derecha, mi tía recita el menú de la noche como si fuera un poema navideño. Al otro lado, mi tío sirve vino a todos como si lo hubieran nombrado camarero oficial de la noche. Y mi prima, que ahora estudia en Valencia, se ríe de cualquier cosa y me lanza miradas cómplices cada vez que nuestros padres se ponen sentimentales.

Mi madre saca una botella de cava que guarda solo para ocasiones especiales. La descorcha con cuidado, como si temiera que algo se rompiera, y va llenando las copas una a una. Mi padre se aclara la garganta, se pone en pie con la copa en alto y todos guardamos silencio, casi por reflejo.

—Bueno —empieza con esa media sonrisa que solo usa cuando está a punto de ponerse serio—. No soy de discursos…, ya lo sabéis. Pero esta noche estamos todos. Y eso no pasa siempre.

Mi madre le sonríe desde su sitio. Mi abuela asiente sin decir nada. Mi tía y mi tío dejan los cubiertos y se inclinan hacia delante.

—Este año ha sido complicado. Para todos. Hemos tenido momentos difíciles, de esos que uno no sabe cómo explicar…, y aun así, aquí estamos. Juntos. Riéndonos. Comiendo. Haciendo lo que

mejor sabemos hacer: querernos a pesar de todo. —Hace una pausa y nos mira a todos—. Y yo solo quiero brindar por eso. Por los que estamos en esta mesa, por los que no han podido venir y por los que echamos de menos. Porque, aunque estemos lejos, o la vida nos lleve por caminos raros…, esta siempre será vuestra casa.

Me mira un segundo más de lo necesario. Lo noto. Lo sabe.

—Y por ti, hija —añade—. Porque te has hecho fuerte, valiente…, y aunque estés a miles de kilómetros, no te has ido nunca de aquí.

Levanta la copa.

—Por la familia.

—¡Por la familia! —responden todos.

Y yo sonrío, porque no puedo evitarlo, aunque en el fondo, en ese rincón donde no llega el cava ni el pescado al horno, me acuerdo de él. Y entonces suena el móvil. Un mensaje. Lo miro bajo la mesa, como si fuera un secreto.

> **Archie:**
> Feliz Navidad, mi chica de pelo rojo.
> Me habría encantado estar allí.
> Pero me alegra que estés con los tuyos.

Me muerdo el labio. Cierro los ojos un segundo. Pero no respondo. Aún no. Levanto la copa y me uno al brindis.

—Por todo lo que hemos vivido —dice mi madre.

—Y por todo lo que aún está por venir —añado yo, casi en un susurro.

No sé si me oyen. Pero me siento bien. En casa. Al menos esta noche.

Volvemos a sentarnos y seguimos comiendo, como si nada pudiera romper ese momento. El pescado al horno desaparece entre comentarios cruzados, risas y anécdotas de otros años. Mi tío cuenta, por enésima vez, la historia del día que confundió un coche

de policía con un taxi y se subió borracho después de una fiesta. Mi prima revive su intento fallido de hacer turrón casero el año pasado y cómo acabó pegado al mármol de la cocina durante días.

—Parecía cemento armado —se queja entre risas.

—¡Porque no seguiste la receta! —le dice mi tía, dándole un codazo.

Y entonces, como siempre, llega el comentario inesperado.

—A ver si este año alguno trae una pareja decente a la mesa —suelta mi abuela mirando a todos con los ojos entornados y la copa en la mano—. Porque yo no me pienso morir sin conocer a alguien que merezca la pena en esta familia.

La carcajada es general. Mi tía pone los ojos en blanco, mi prima casi se atraganta con el cava y mi madre niega con la cabeza entre risas.

—Mamá, por favor…

—¿Qué? —responde ella muy digna—. Yo solo digo lo que todas pensamos.

—Bueno, bueno… —dice Marcos con una sonrisita traicionera—. Lo que pasa es que mi hermana no ha contado que tiene novio. Uno que vive en un castillo. En Escocia. Como los de las películas.

—¡Marcos! —Le suelto una colleja que hace reír a todos—. ¿Te quieres callar?

—¿Un castillo? —pregunta mi tía al tiempo que alza una ceja.

—¿Tiene sirvientes? —añade mi prima, burlona.

—¿Y gaiteros por los pasillos? —se ríe mi tío.

—¿Y un lago con monstruo incluido? —remata mi padre al borde del brindis.

—No es suyo —resoplo, roja como un tomate—. Y nos estamos conociendo…

Pero nadie escucha. Ya están todos construyendo su propia versión: que si se llama Archibald, que si juega al golf y al polo, que si se pone falda los domingos, que si en su casa desayunan avena con *whisky*.

—¡Y seguro que tiene un mayordomo que le pone los calcetines! —suelta Marcos, muerto de risa.

—¡Calla ya! —Le lanzo una servilleta, pero no puedo evitar reírme con ellos.

Porque da igual. Porque esta noche es nuestra. Y estamos juntos. Y todo está bien. Cuando el reloj marca la medianoche y el cava se ha convertido en risas, suena el timbre. Mi madre resopla divertida, como si supiera perfectamente de quién se trata.

—Ya están aquí tus mosqueteras —dice mi padre con media sonrisa.

Abro la puerta y ahí están: Laura, con una corona de luces led en la cabeza; Alba, con un gorro de Papá Noel; y Lu, con una bolsa llena de bengalas y turrón.

—¡Venga, pelirroja! ¡La playa nos espera!

Me despido de todos con abrazos y promesas de volver pronto, mientras mi madre me coloca una bufanda alrededor del cuello y mi abuela me recuerda, muy seria, que no me acerque demasiado al fuego. Marcos ya está en el porche, justo donde el sendero se abre entre los árboles, esperándonos con una sonrisa y las manos en los bolsillos.

—¿Vamos o qué? —digo mirando a mi prima, que este año, por fin, ha cumplido los dieciocho.

—¿Puedo? —pregunta ella lanzando una mirada nerviosa a sus padres.

Mi tía duda un segundo, pero mi madre interviene enseguida.

—Que se quede a dormir aquí. Así os quedáis todos más tranquilos.

—Venga, Val, te vienes —dice Marcos pasándole un brazo por encima del hombro.

Val sonríe emocionada y se une a nosotros sin pensárselo más. Y entonces sí, salimos todos con rumbo a la playa, con el aire fresco en la cara, los ecos de las risas familiares detrás y la noche de Navidad por delante.

Bajamos hasta la arena iluminada por las llamas. Una hoguera enorme ya arde en la orilla. Hay música, turrón, bebida y caras conocidas por todas partes. Gente que creció conmigo. Gente que no necesita explicaciones. Nos abrazamos, bailamos y cantamos villancicos desafinados. Y por un rato, solo por un rato, no echo de menos nada. Ni siquiera a él.

La hoguera chisporrotea frente a nosotros, lanzando destellos naranjas que bailan sobre las olas. La arena está fría bajo nuestras botas, pero nadie parece querer moverse. Estamos sentadas sobre unas mantas, las cinco juntas, abrazadas por el murmullo constante del mar. Marcos y el resto se han alejado un poco para preparar música y cerveza, dejando este momento para nosotras.

—Vale, ahora sí —dice Laura al tiempo que me da un codazo—. Suéltalo. ¿Qué pasa con ese escocés?

—Sí —se suma Alba con una sonrisa cómplice—. Que nos tienes con el alma en vilo desde que llegaste. Solo has dicho que todo va bien, pero queremos saber más. ¡Queremos saberlo todo!

—Sara… —insiste Laura, mirándome con esa ternura que siempre ha tenido cuando sabe que algo es de verdad—. ¿Te gusta?

Me quedo en silencio unos segundos. El viento me revuelve el pelo, el fuego cruje y la risa de Val con otros chicos suena a lo lejos, como un eco de otro tiempo.

—Sí —respondo al fin, bajando un poco la voz—. Me gusta.

Lu me observa con atención.

—¿Mucho?

—Mucho —admito. Y entonces lo suelto, sin más, porque no tiene sentido callarlo, porque con ellas siempre ha sido fácil—. Creo que estoy enamorada.

Las tres se quedan en silencio por un instante, como si mis palabras acabaran de aterrizar entre nosotras. Y luego estallan.

—¡Lo sabía! —grita Alba, levantando los brazos como si hubiera ganado una apuesta.

—¡Tía, qué fuerte! —ríe Lu—. Sara, nuestra Sara, la de corazón blindado, ¡enamorada!

—¡Por fin! —Laura me abraza por un costado—. Estoy tan feliz por ti…

—Es raro —murmuro mirando las llamas—. Es... como si todo tuviera sentido y, a la vez, no tuviera sentido nada. Me da miedo, pero no quiero dejar de sentirlo.

Lu apoya la cabeza en mi hombro.

—Eso es el amor, tonta.

Y entonces disparamos. Clic. Una foto con todos sonriendo, iluminados por la hoguera, congelados por fuera, pero ardiendo por dentro. Una de esas imágenes que sabes, sin necesidad de filtros, que vas a querer guardar para siempre. La cuelgo en Instagram con una frase sencilla: «La Navidad es esto. Siempre».

Y sí, lo hago sabiendo que él la va a ver. Que tal vez, aunque esté en otro mundo ahora mismo, en otra cena, en otra realidad, al vernos allí juntos, entre fuego y risas, sonría un poco. O piense en mí. Solo un segundo. Abro su perfil sin pensarlo demasiado. Nada nuevo. Ni una historia. Ni una foto. Como si el día de Navidad fuera solo otro día cualquiera para él.

Suspiro. Cierro el móvil. Y vuelvo a meterme entre los míos. Porque esta noche es nuestra. Y no pienso dejar que se me escape.

De repente aparece Luigi con el abrigo medio abierto y olor a leña y cocina, tras haber cerrado el restaurante. Laura corre a abrazarlo entre vítores y bromas, y en pocos minutos ya están diciendo adiós.

—Nos vamos ya —anuncia ella mientras se ajusta el gorro rojo con luces—. Pero prométeme que no te vas a quedar hasta que salga el sol.

—Prometido —respondo, aunque las dos sabemos que no depende de mí, sino de esta noche.

Lu aprovecha el movimiento para escabullirse también. Le da un beso rápido a Alba, que levanta las cejas y sonríe como quien ya se lo esperaba.

—Ya me contarás qué pasa ahí —le digo en voz baja cuando ella vuelve a mi lado.

—Lo de siempre: nada y todo —responde riendo.

Nos quedamos un rato más sentadas junto a la hoguera, con Val acurrucada entre nosotras, feliz de estar incluida por fin en algo de mayores. Marcos, mientras tanto, está desatado. Baila con sus amigos, canta a gritos canciones de los noventa y tontea con descaro con una chica morena de ojos grandes que no conozco. Se le nota en la cara: está en su salsa.

—¿Quién es esa? —pregunta Alba por lo bajo.

—Ni idea, pero se ve que le gusta.

Reímos. Y entonces, sin avisar, siento que ya está bien. Que el frío empieza a calar por encima de la magia y que Val ya ha tenido suficiente por hoy.

—¿Nos vamos? —le pregunto.

—Sí, tengo los dedos de los pies como cubitos.

Nos despedimos de Alba con abrazos largos —le prometo que la veré en dos días— y comenzamos a andar por el sendero de vuelta a casa. Las linternas del móvil nos guían, aunque el camino lo conocemos de memoria.

—Gracias por traerme —dice Val con voz baja y feliz.

—Gracias por venir.

Y seguimos caminando. Con el rumor del mar a nuestras espaldas, las estrellas por techo y el calor de lo vivido todavía latiendo en los bolsillos. Cuando llegamos a casa, el silencio es casi tangible. El resto de la familia ya duerme, o se ha retirado a sus habitaciones. Val y yo nos cambiamos rápidamente y nos metemos en mi habitación, donde el calor de la calefacción contrasta con el frío que todavía siento en las manos. Nos acostamos en la cama, una junto a la otra, compartiendo el edredón. Val se acurruca y me mira con esos ojos curiosos que parecen querer saberlo todo.

—Sara… —empieza en voz baja, casi en un susurro—. ¿Es verdad lo de Archie? ¿Va en serio?

Respiro hondo y la miro. No puedo evitar sonreír, porque nunca había tenido que explicar algo así a nadie tan joven y sincera.

—Sí —confieso con suavidad—. Va en serio. Estoy enamorada. De verdad.

Val se queda un momento en silencio, como si quisiera guardar mis palabras en un lugar especial.

—Me alegro mucho por ti —dice por fin sonriendo—. Te lo mereces.

Nos quedamos en silencio un rato, escuchando el leve crujido de la casa y el latido calmado de la noche. La sensación de que, por esta vez, todo está bien.

—Buenas noches, Sara —dice con una voz cansada, pero feliz.

—Buenas noches, Val. Dulces sueños.

Apaga la lámpara de mi mesilla y se gira de lado. Yo me quedo unos segundos mirando el techo con una sonrisa tranquila. Tomo el móvil, sin pensarlo mucho, y le escribo a Archie:

Yo:
La noche ha sido preciosa. Familia, amigos, hoguera en la playa…, todo ha ido genial.
Pero me hubiera encantado que estuvieras aquí conmigo.
Que vieras lo que es una Navidad rodeada de ruido, bromas, abrazos.
Ojalá algún día puedas vivir una así a mi lado.
Buenas noches, Archie.

Envío el mensaje. Y entonces cierro los ojos, dejando que la tranquilidad me envuelva y que, por primera vez en mucho tiempo, el futuro parezca algo bueno.

Capítulo 24

Sara

Cuando despierto, estoy sola en la cama. Me giro, aún adormilada, y veo que Val ha recogido sus cosas. Hay una nota doblada sobre la almohada:

Gracias por dejarme vivir una noche tan mágica. Nos vemos esta tarde.

Val❤️.

Sonrío. Me estiro como un gato y salgo de la habitación con mi pijama de renos y mis calcetines gruesos. La casa huele a café y a algo dulce, seguramente el roscón que mi madre ha escondido como si fuera un tesoro nacional.

—Buenos días, dormilona —me saluda mi madre desde la cocina, ya con el delantal puesto.

—Feliz Navidad —le digo, abrazándola por la espalda. A mi lado aparece Marcos, despeinado, rascándose la cabeza.

—¿Desayuno con regalos? —pregunta con los ojos brillantes, como cuando teníamos ocho años.

—Desayuno en el salón, con regalos —confirma mi padre desde el pasillo, con una bandeja llena de tazas.

Nos acomodamos todos en el suelo, entre cojines, mantas y papeles de regalo. Encendemos la chimenea, ponemos villancicos de fondo y vamos abriendo los paquetes uno a uno: calcetines, libros,

una camiseta de mi grupo favorito, un perfume, un nuevo estuche de rotuladores para Marcos, una bufanda tejida por la abuela...

Y de pronto, el ambiente cambia. Mi padre se pone de pie y desaparece por el pasillo. Lo vemos volver con dos cajas grandes envueltas en papel rojo, pero lo que más llama la atención no es el tamaño, sino su expresión. Está nervioso; casi emocionado.

—Estas..., estas dos últimas —dice al tiempo que deja las cajas frente a nosotros— son especiales.

Nos miramos, sorprendidos. Mi madre también está emocionada.

—¿Especiales cómo?

—Especiales de verdad —responde él, y se cruza de brazos como si quisiera protegerse de nuestras reacciones—. Y son para vosotros: Sara y Marcos.

Abro los ojos, intrigada. Marcos ya ha empezado a arrancar el papel como si le fuera la vida en ello. Yo, en cambio, me quedo quieta. Algo me dice que esto no es un regalo cualquiera. Ambos miramos el interior de la caja. Marcos es el primero en sacar lo que hay dentro: una cerradura negra con una llave plateada que cuelga de un cordel. Frunce el ceño, desconcertado.

—¿Es… una cerradura? —pregunta mientras la gira entre los dedos.

Yo saco la mía. Es igual: pesada, nueva y fría al tacto. Entonces, mi padre da un paso adelante y se aclara la garganta. Está nervioso, pero también ilusionado. Lo conozco demasiado bien como para no notarlo.

—Durante toda mi vida —empieza con una media sonrisa— he tenido un sueño. Uno sencillo, pero persistente: que esta tierra, esta finca que tanto nos ha dado, siga siendo parte de nosotros. Que no se pierda. Que crezca con la familia. Que algún día, vosotros

también la hagáis vuestra. Aunque sea solo para volver en vacaciones… o en los días especiales.

Hace una pausa. Noto cómo la garganta se me cierra un poco, y mi madre le acaricia el brazo con suavidad para animarlo a seguir.

—Así que —continúa— hemos decidido dividir la finca en tres partes. Esta casa seguirá siendo el hogar familiar, pero a partir de hoy, Sara, Marcos…, tenéis cada uno una parte del terreno. Las escrituras están en el fondo de la caja. Y esa cerradura es simbólica —ríe un poco, con los ojos brillantes—, pero es también el primer paso hacia lo que algún día puede ser vuestra propia casa. Ya tenéis algo pagado, que con los tiempos que corren…, no está mal.

El silencio se llena de emoción. Marcos se queda boquiabierto, procesando, y, después, sonríe con toda la cara. Se lanza a abrazar a mi padre con fuerza. Yo, en cambio, no puedo moverme. Solo aprieto la cerradura contra el pecho y siento cómo las lágrimas me caen sin aviso: limpias y calientes.

—Papá… —susurro, sin poder decir nada más.

Él se acerca, me rodea con los brazos y yo me dejo envolver como cuando era pequeña y tenía miedo a las tormentas.

—Gracias —digo al fin, entre sollozos—. Es el mejor regalo del mundo.

—Solo queremos que sepáis que siempre podréis volver —añade mi madre—. Que este lugar es vuestro. Siempre.

Nos abrazamos los cuatro, entre papeles rotos, risas contenidas y ese amor invisible que sostiene todas las casas verdaderas. Y, por un momento, el mundo se detiene. Y es perfecto.

Es un día luminoso, casi cálido para ser diciembre, así que tras el desayuno salimos a dar un paseo por Santa Eulària, donde han montado un belén precioso con casas blancas de estilo payés y

figuritas diminutas con trajes típicos. Mi madre señala cada escena con una sonrisa emocionada, como si fuera la primera vez que lo ve.

Después paramos en Santa Gertrudis, en su mercadillo navideño. Hay música suave, puestos de adornos artesanales y olor a castañas asadas. Compramos un pequeño adorno de madera para colgar en el árbol y yo elijo otro para Archie, con forma de ciervo. Puede que no le guste, pero no lo he dudado: lo he visto y he pensado en él, así de simple.

Con la emoción por la tontería que acabo de comprarle, le mando un mensaje. No digo nada concreto, solo un «hola», algo igual de tonto. Solo porque me acuerdo de él. Pero el mensaje no se entrega. Me encojo de hombros y supongo que estará ocupado. Seguro que está entrenando o comiendo con su padre. Y es entonces cuando me acuerdo de Elliot. También está con ellos. Se me encoge la tripa por todo lo que pasó, por lo que aún no entiendo del todo y por esa sombra que parece no irse nunca. Pero me obligo a dejarlo estar; a no permitir que eso enturbie este momento, esta paz rara y preciosa con mi familia. Al menos hoy.

A media tarde, ya en casa, le escribo de nuevo. Algo tierno. Algo que dice «te echo de menos» sin decirlo del todo. Pero nada. El doble *check* no aparece. No responde. Miro su perfil: no ha publicado nada desde el veintidós. Y, aunque intento disfrutar de la tarde, del vinilo que suena de fondo con mi padre mientras tararea, hay una pequeña piedra en mi pecho que me impide estar en paz por completo.

Cuando cae la noche y ya hemos cenado las sobras de ayer, estoy en mi habitación, en pijama, con el móvil en la mano y sentada en el borde de la cama. Y entonces suena. Archie.

—¿Hola? —respondo al instante, con el corazón acelerado.

—Hola, Sara. Perdona. No había podido llamarte antes.

—¿Estás bien? ¿Por qué no llegaban mis mensajes?

—Estoy en Escocia. Acabo de llegar.

—¿Cómo? —Me incorporo, confundida—. ¿Pero por qué has ido antes de tiempo? ¿No ibas a pasar las Navidades con tu padre?

Un silencio. Luego su voz, más baja y cansada.

—Mi madre me llamó. Charles no está bien. Tuvo una recaída y... tomé el primer vuelo.

Me quedo callada. Todo encaja ahora: el silencio y la desconexión.

—Archie…, lo siento mucho.

—Gracias —dice, y su voz se quiebra un poco—. No quería preocuparte. Solo... necesitaba estar aquí. Con ellos.

—Claro. Desde luego que sí. Me alegra que me hayas llamado.

—Ojalá hubiera podido estar contigo hoy —añade con un susurro —. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Yo también —respondo—. Te he echado de menos. Mucho.

Hay un silencio suave entre los dos. Casi cómodo. Como si, a pesar de la distancia y las malas noticias, aún estuviéramos agarrados por un hilo invisible.

—Te llamo mañana, ¿vale? —dice él—. Mi madre me está esperando para entrar al hospital.

—Cuando puedas. Estaré aquí.

Y colgamos. Me recuesto en la cama, con el móvil en el pecho. Esa noche no consigo dormir. Doy vueltas entre las sábanas, abrazada a la almohada y con el pecho apretado. Archie no ha escrito más y, aunque me ha contado lo de Charles, aunque sé que está con su familia, algo no me deja tranquila. Pienso en él, en cómo debe de sentirse. En su madre y en su hermana pequeña, Elizabeth; esa niña que siempre parecía ajena a todo el caos de los adultos y que se le colgaba del cuello como si fuera su héroe. Y me gustaría

estar allí. No para hacer nada en concreto; solo para estar. Para mirarlo y que supiera que no está solo.

Me levanto sin hacer ruido, con ese desvelo triste que no se cura con infusiones ni con canciones suaves. Me acerco a la ventana del pasillo. Todo está en calma. Afuera, el jardín duerme, el cielo está cubierto y la brisa mueve apenas las ramas del olivo. Entonces la veo: la caja, sobre el escritorio, con la cerradura negra y los documentos bien colocados dentro. Me acerco y la abro. Saco el plano y las escrituras. Paso la yema de los dedos por el papel como si fuera un mapa del tesoro.

Y ahí está: mi padre ha elegido para mí justo ese terreno. Ese rincón donde está mi pequeña casita, la de siempre. Donde he leído, donde he llorado, donde he soñado con escapar y también con quedarme. Me arrodillo en el suelo con los papeles en la mano y sonrío. Porque, aunque hoy todo pese, aunque Archie esté lejos y el mundo no parezca tan amable, hay algo dentro de mí que se enciende: una certeza cálida de que pertenezco a este lugar y de que todo, tarde o temprano, estará bien.

Y justo cuando estoy a punto de cerrar la caja, me asalta una idea. Una locura. Una visión tan clara y nítida que me deja sin aliento y hace que me quede quieta, como si el mundo se detuviera por un instante solo para dejarme verla entera. Una casa nueva. Aquí. En este trocito de tierra que ahora es mío. Donde crecí. Donde todo tiene raíz. Donde mi corazón, incluso cuando huye lejos, siempre regresa. Una casa pensada desde el alma: luminosa, abierta al mar, con paredes blancas que respiren calma y techos altos que dejen espacio para soñar. Una chimenea encendida en invierno. Una cocina enorme, donde quepamos todos sin apretarnos, donde los aromas se mezclen con las risas y los abrazos. Donde mi madre prepare su caldo y mi abuela su sofrito. Una habitación con libros y

con música. Un porche lleno de macetas. Y, en las noches como esta, un ventanal desde el que mirar el cielo y sentir que, incluso en la incertidumbre, todo está bien.

Una casa que se parezca a mí. Una casa que se parezca a nosotros. Y entonces, sin pensarlo, lo veo a él: a Archie. Caminando por este mismo terreno, con los planos bajo el brazo y el ceño fruncido mientras mide las distancias con esos ojos suyos que todo lo entienden. Él, con su forma de pensar en ángulos y estructuras, en cómo encajan las cosas. Él, con su sensibilidad escondida entre líneas rectas y cálculos. Diseñando conmigo. Escuchándome. Dibujando mis sueños y lo que aún no sé que quiero.

Me arde el pecho con solo imaginarlo. No porque la casa sea real ni porque esté cerca, sino porque es una posibilidad. Una idea que nace del amor: del amor que siento por él y de la fe, casi inconsciente, en que tal vez él lo sienta también. Me incorporo de golpe, con el corazón palpitando fuerte y ese impulso que aparece cuando algo es demasiado grande para guardarlo. Busco el portátil, abro el navegador y dejo que mis dedos hagan el resto.

Y ahí está: Illinois Institute of Technology (IIT). College of Architecture. Moderno, exigente y ambicioso. Perfecto para alguien como él. Está en Chicago, no muy lejos de donde vive; podría estudiar y seguir jugando al golf. Podría hacer ambas cosas; podría elegir un camino nuevo, donde también exista esta parte de sí que aún no ha explorado. Descargo el formulario y lo imprimo. No me importa la hora, ni que esté en pijama, ni que el mundo esté dormido. Lo doblo despacio, con cuidado, como si ese papel fuera más que un trámite. Y lo guardo en la misma caja donde esta mañana mi padre dejó las escrituras y la cerradura. Como si también fuera una llave. Una promesa. Una puerta que quiero abrir con él, si se atreve. Si quiere. Si el futuro nos deja.

También tomo el reno que le he comprado esta misma tarde y, con una sonrisa, lo guardo dentro y cierro la caja con emoción. Me quedo unos segundos quieta, mientras me abrazo las piernas y siento algo bonito por dentro. Tal vez nunca pase, tal vez él nunca lo sepa, pero esta noche, por primera vez en mucho tiempo, siento que el amor que le tengo puede transformarse en algo bueno. No solo en dolor o nostalgia, sino en un futuro que empieza a dibujarse aquí. En esta habitación. En esta isla. En este rincón del mundo donde aprendí que los sueños, si se cuidan, también pueden echar raíces.

Me levanto con el sonido suave del día entrando por la ventana, pero lo primero que hago es tomar el móvil y llamar a Archie. Quiero saber cómo está Charles y cómo está él. Pero no es Archie quien contesta, sino su madre.

—Hola, Sara —dice con voz cálida—. Archie ha salido a desayunar con Elizabeth a la cafetería.

Respiro un poco más tranquila, aunque la preocupación no desaparece.

—¿Y Charles? ¿Cómo está?

—Va a estar muchos días ingresado —responde con pena—. Está triste porque sus hijos no puedan disfrutar de la Navidad con él. —Me alegra escuchar que añade a Archie como un hijo suyo—. Pero lo importante es que él debe descansar.

Sin dudarlo, siento que quiero ayudar.

—Si a ti te parece bien, pueden venir a mi casa, tanto Archie como Elizabeth. Así no estarán solos; viene Año Nuevo y, aunque se debe estar en familia, creo…

Escucho su sorpresa y su agradecimiento.

—Gracias, Sara. De verdad. A Elizabeth le irá muy bien, porque está muy triste al ver a su padre tan débil. Y no quiero que pasen ese día tan especial en el hospital.

—Por eso.

—¿Pero no les importará a tus padres?

—Para nada; en cuanto sepan lo que ocurre, serán ellos los que me digan que los invite.

—Qué suerte tiene mi hijo de haberte encontrado.

—¿Tú estarás bien? —me preocupo por ella también.

—Si ellos son felices, yo también lo seré. Si te parece, ahora mismo compro los vuelos y le pido a Archie que te diga cuándo van.

—Perfecto. Te debo mucho, Diana; es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que hiciste por mí.

—No me debes nada. Solo quiero que seáis felices.

Con el corazón emocionado, termino la llamada, bajo hacia la cocina para explicarle a mi madre lo que sucede y, tal como esperaba, acepta sin dudarlo.

Capítulo 25

Archie

Cuando vuelvo a la habitación, Charles ya está despierto. Elizabeth se sienta en la butaca y juega con sus pulseras; mi madre está sentada al borde de la cama y habla en voz baja con él.

—Archie —dice en cuanto me ve—. No te enfades, ¿vale? Pero te dejaste el teléfono y... he hablado con Sara.

Me quedo inmóvil un segundo. Bajo la mirada al móvil que me ofrece y no doy crédito a lo que escucho. Lo desbloqueo. Una llamada recibida: de Sara.

—Ha tenido una buena idea —añade mi madre—. Y creo que deberías hacerlo por tu hermana.

Elizabeth alza la vista, atenta. No dice nada; está esperando.

—¿El qué? —pregunto sin saber muy bien a qué se refiere.

—Os vais a Ibiza —dice ella al fin, con una sonrisa suave—. Tú y Elizabeth. Sara ha dicho que no le importa. He comprado los billetes ahora mismo. Os vais el día treinta por la mañana.

Abro la boca para decir algo, pero Charles me interrumpe con un gesto. No habla; solo me mira, serio, como si me leyera por dentro. Luego asiente. Una vez. Corto. Suficiente. Y entonces Elizabeth se pone en pie de un salto.

—¿Vamos a Ibiza? —pregunta, con los ojos como platos—. ¿En serio?

—Sí, cielo —responde mi madre, acariciándole el pelo—. Vas a ver el mar. Y estarás con tu hermano, con Sara y con su familia celebrando el Año Nuevo, con las costumbres de España.

La sonrisa de Elizabeth es tan grande que parece que le ilumina toda la cara. Pero, después, duda. Su expresión se apaga un poco.

—¿Y no vamos a pasar el Año Nuevo aquí?

Mi madre se queda un segundo callada, pero le toma la mano con ternura.

—Este año tu padre y yo estaremos en el hospital —dice con voz serena—. Pero tú vas a estar con Archie. Y os vais a cuidar mucho. ¿Verdad?

Asiento despacio. Aún no entiendo del todo cómo ha pasado todo esto, pero hay algo en la mirada de Elizabeth, en la forma en que me agarra la mano, que hace que me trague cualquier objeción. Y entonces solo pienso en Sara. En lo que ha hecho por nosotros. Y en las ganas que tengo de tenerla entre mis brazos. Mi madre se levanta despacio y le hace un gesto a Elizabeth.

—Vamos a ver si encontramos algo rico en la cafetería, ¿sí?

Mi hermana duda, porque acaba de volver de allí, pero acaba asintiendo. Antes de salir, me lanza una última mirada que me parte en dos. Tiene esperanza; tiene ilusión. Y yo no tengo ni idea de cómo sostenerla. Cuando la puerta se cierra tras ellas, la habitación se queda en silencio. Solo se oye el pitido lento de las máquinas y el leve zumbido del oxígeno. Charles intenta incorporarse, pero no puede. Me acerco enseguida.

—Déjame —le digo.

Le paso un brazo por detrás de la espalda y lo ayudo a sentarse mejor. Está más delgado y más pálido. Pero sonríe.

—Gracias, hijo.

Me congelo por un momento. Nunca me había llamado así. Me siento al borde de la cama sin saber qué decir.

—Escucha, Archie —dice, con voz débil pero firme—. Yo ya no tengo mucho tiempo.

Me quedo muy quieto. No lo niego. No finjo. Solo lo escucho.

—No quiero que Elizabeth me vea así —continúa—. No quiero que su recuerdo de mí sea este..., esta cama, esta maldita habitación. Quiero que tenga un Año Nuevo feliz. Que ría. Que corra por la arena. Que no me vea apagándome. —Cierra los ojos un momento. Le tiembla un poco la voz—. Hazlo por mí. Por favor.

Trago saliva. Me cuesta hablar, pero cuando lo hago, las palabras salen solas.

—Para mí, Elizabeth lo es todo. Haría cualquier cosa por ella.

Charles me mira y veo algo parecido a la paz en sus ojos. Como si por un instante pudiera respirar más hondo.

—Lo sé —susurra.

Le acomodo un poco mejor la almohada tras la espalda y me quedo allí, a su lado, mientras el sol de invierno se filtra por la ventana y lo baña todo de un dorado apagado. No hace falta decir más.

* * *

El avión toca tierra con un leve salto y Elizabeth aprieta mi mano, aunque no dice nada. Lleva rato mirando por la ventanilla, con la cara pegada al cristal y los ojos muy abiertos. Todo es nuevo para ella. Para mí también. Caminamos por el aeropuerto arrastrando las maletas. Elizabeth no para de girar la cabeza en todas direcciones, como si el techo fuera a desaparecer y el cielo a caerle encima de golpe.

—¿Vendrá un chófer a buscarnos? —pregunta con un tono que parece más propio de una ejecutiva que de una niña de diez años.

—Más o menos —respondo, medio sonriendo—. Ya casi estamos.

Y entonces la veo. Sara está allí, junto a un hombre que debe de ser su padre. Tiene la misma expresión firme, casi imposible de mover. En cuanto nos reconoce, levanta la mano y empieza a caminar hacia nosotros con paso decidido. No dice nada; solo se lanza a abrazarme. Me toma por sorpresa, pero no me aparto. No pienso; no calculo. Me hundo en ese abrazo como si me estuviera esperando desde hace semanas. Porque en realidad… lo estaba.

—Hola —susurra junto a mi oído—. Gracias por venir.

No puedo hablar. Solo cierro los ojos un segundo. Cuando se separa, se agacha frente a Elizabeth con una sonrisa cálida.

—Hola, cielo —dice—. ¡Qué mayor estás! ¿Me das un abrazo?

Elizabeth la observa con cierta desconfianza, como si la estuviera evaluando. Luego asiente, como si aprobara lo que ha visto, y se lanza a sus brazos con una educación medida.

—Me llamo Elizabeth —dice con tono serio, como si no lo supiéramos—. ¿Tú eres la novia de Archie?

Sara se ríe, pero no responde. Solo le guiña un ojo.

—Y yo soy Alberto, el papá de Sara —dice entonces el hombre, acercándose con paso tranquilo, y le ofrece la mano a mi hermana —. Bienvenida a Ibiza. Oye, qué bien hablas español, niña.

—Saco muy buenas notas en el colegio —responde Elizabeth con absoluta seguridad.

Nos echamos todos a reír. Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento ligero.

—Bienvenido, Archie.

Me ofrece la mano y la estrecho con firmeza. Luego me da un par de palmadas en el brazo, y esa cercanía inesperada hace que toda la

tensión que me ha acompañado durante el vuelo se evapore de golpe.

—Gracias por invitarnos en unas fechas tan importantes.

—La familia debe ayudarse en momentos como estos.

Le agradezco el gesto con una leve inclinación de cabeza; no quiero que mi hermana sea consciente de lo que está pasando.

Sara nos invita a seguirla hasta el aparcamiento del aeropuerto. Su padre camina a nuestro lado, mientras le pregunta a Elizabeth cosas sobre el colegio con un acento español marcado, pero perfectamente comprensible para mi hermana. Ella responde con su tono de siempre: serio y correcto, como si hablara con un diplomático.

Cuando llegamos al coche, Sara saca la llave y abre el portón de un todoterreno viejo y enorme, con el maletero lleno de cosas: una tabla de *paddle surf*, una mochila abierta, una toalla mojada y pelos de perro por todas partes.

—¿Eso es… normal? —murmura Elizabeth junto a mí, frunciendo la nariz.

Yo también tengo mis dudas, pero me inclino hacia ella y le susurro:

—Compórtate. Estamos de visita.

Ella suspira, pero asiente con solemnidad y sube al coche sin decir más. El trayecto es corto. Al bajar, el aire huele a mar y a sal, y el cielo está tan azul que duele mirarlo. La casa está en una colina, con vistas abiertas al Mediterráneo: blanca, luminosa y rústica. Casi irreal. Y entonces, sin previo aviso, un perro sale disparado de la entrada y se lanza sobre Elizabeth.

—¡Scott! —grita Sara, pero ya es tarde.

El perro la derriba como si fuera un peluche. Cae de espaldas en la grava y Scott empieza a lamerle la cara como si la conociera de

toda la vida. Por un segundo todos nos congelamos. Pero entonces Elizabeth, con los brazos extendidos y llena de arena, empieza a reírse a carcajadas.

—¡Me ha tirado! ¡Es enorme!

Todos terminamos riendo. Hasta yo. Desde la puerta, una mujer con el cabello recogido tras una diadema *hippie* y mirada cálida sale a nuestro encuentro con una sonrisa.

—¡Ay, por Dios, la niña! Ven aquí, preciosa; vamos a limpiarte antes de que te conviertas en una croqueta.

Es la madre de Sara. Le da un beso en la mejilla a su hija, me dedica una mirada amable y toma a Elizabeth de la mano con total naturalidad, como si la conociera de toda la vida.

—Yo soy Paloma. No os preocupéis por nada, ¿sí? Estás en tu casa, cariño —nos dice, y hay algo en su tono que me desarma.

En ese momento aparece otro chico, joven, con el mismo aire relajado que todos aquí. Viste unas bermudas y una camiseta vieja, y camina como si nunca tuviera prisa.

—Así que tú eres el famoso Archie —dice sonriendo—. Ya era hora. A ver si antes de que te vayas jugamos un partido de golf. Quiero comprobar si eres tan bueno como dicen.

Sara pone los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra provocarlo, hermanito. Que como empiece a ganar, no para.

Yo sonrío. Me cae bien. Me gusta esta familia.

—Te voy a enseñar la casa —dice Sara mientras me toma de la mano—. Sobre todo el exterior. Para mí es lo más bonito.

La sigo por el jardín, entre pinos y muros de piedra encalada, hacia una terraza con vistas al mar. El sol se refleja en el agua y el sonido de las olas llega suave, como si alguien lo hubiera bajado de

volumen. Y entonces me doy cuenta: estoy en paz. Cómodo. Como si llevara toda la vida aquí. Con ella.

Estamos aún en la terraza cuando escuchamos la voz de Paloma desde dentro:

—¡Niños, a comer! ¡Ya está todo en el porche!

Sara me lanza una sonrisa cómplice.

—Aquí siempre comemos fuera, aunque sea invierno. Mientras haya sol, mi madre no perdona el porche.

Caminamos de vuelta a casa. El camino entre las macetas, el olor a romero y a pino, la luz dorada sobre las piedras…, todo tiene algo de irreal. Como si esto no pudiera pertenecer al mismo mundo que el gris perpetuo de Escocia. El porche está cubierto, con una mesa de madera grande ya servida. Las sillas son de mimbre y están llenas de cojines desparejados. Elizabeth ya está sentada y habla animadamente con Alberto, que la escucha con la paciencia de un santo.

Hay platos de una ensalada que no conozco, una fuente de pollo al horno dorado, otra de patatas crujientes con romero y una ensalada colorida que parece recién tomada del huerto. Me siento al lado de Sara, y su madre me pasa una servilleta con una sonrisa.

—Come, hijo. Aquí no dejamos a nadie con hambre.

—Gracias —respondo, y es lo único que consigo decir. Porque algo en esa mesa, en ese momento, me aprieta el pecho.

Comemos todos juntos, como si fuéramos parte de esa familia desde siempre. Marcos cuenta una anécdota sobre un cliente que confundió Formentera con Portugal, Elizabeth intenta corregir su pronunciación en español y todos nos reímos. Incluso yo. Sobre todo yo. Y de pronto echo de menos algo que nunca tuve: una comida al sol en diciembre. Una familia que ríe sin miedo. Un lugar donde todo parece encajar. Miro a Sara. Ella me devuelve la mirada con

tranquilidad, sin urgencia ni preguntas. Y entonces lo sé: estoy exactamente donde debería estar.

Elizabeth ha comido tanto postre que me sorprende que aún pueda hablar: tartaletas, fruta, flan… Mi madre no le deja comer tanto azúcar, pero hoy todo es diferente. Hoy no hay reglas. Y ella está feliz, así que la he dejado hacer. Sara la observa con una sonrisa mientras Elizabeth intenta explicarle, entre cucharadas de nata, cómo se organiza la biblioteca de su colegio por orden temático y cronológico.

—Eso no puede ser cómodo —dice Marcos.

—No es para que sea cómodo, es para que tenga sentido —responde ella, como si fuera evidente.

Pero mientras habla, se le van cerrando los ojos. Una vez. Otra. Hasta que al fin se queda quieta, con el tenedor en el aire.

—Creo que el madrugón empieza a pasarle factura —dice Paloma mientras la mira con dulzura—. ¿Quieres que la lleve a descansar un rato?

—Claro —respondo—. Si no te importa…

—¿Importarme? —dice ella, mientras se levanta—. Está como en casa. Y a mí no me cuesta nada. Además, así aprovecho y le cambio la ropa, que se ha vuelto a manchar de arena hasta detrás de las orejas.

Elizabeth ni protesta. Se deja llevar como un cachorro dormido, medio abrazada a Paloma, que le acaricia el pelo con una naturalidad que me conmueve. Sara me mira. Solo con los ojos. No hace falta que diga nada. Se levanta y me hace un gesto con la cabeza para que la siga. Entramos en la casa por una puerta lateral, subimos unas escaleras iluminadas por la luz que se cuela entre las contraventanas y, al final de un pasillo blanco, se detiene frente a una puerta.

—Es mi habitación —dice en voz baja, como si el resto del mundo siguiera durmiendo.

La abre y me deja pasar. Es sencilla, con detalles que reconozco al instante: un póster de una banda que escuchaba cuando nos conocimos, libros por todas partes, un atrapasueños junto a la ventana... Y, en la cama, una caja envuelta en papel *kraft* con un lazo rojo mal hecho.

—No lo he envuelto muy bien… —dice, como disculpándose.

—¿Es para mí?

—¿Para quién, si no?

Me siento en el borde de la cama y empiezo a deshacer el lazo con cuidado. Ella se sienta frente a mí, con las piernas cruzadas. Abro la caja. Y me quedo quieto. Lo primero que veo es una fotografía nuestra, en blanco y negro, enmarcada. Es de aquella tarde en Chicago, cuando creíamos que nada podía estropearse; sentados en el césped del parque. Y un ciervo que no sé dónde voy a poner, pero que, al regalármelo ella, hasta me parece gracioso.

Debajo, perfectamente doblada, hay una hoja oficial. La reconozco al instante: una solicitud de inscripción para estudiar Arquitectura. Ya tiene mi nombre. Ya tiene marcada la universidad. Ya está casi terminada. Me quedo mirándola. Siento que el aire se detiene un segundo. Levanto la mirada. Sara está sentada frente a mí, con las piernas cruzadas y las manos unidas sobre las rodillas. Me mira sin pestañear.

—No te enfades —dice por fin—. No quiero que dejes el golf. No es eso. Pero creo…, creo que puedes tener las dos cosas. Que puedes ser feliz haciendo algo más que competir. Algo que te llene.

Me paso una mano por el pelo. No sé qué decir. Ella se inclina un poco hacia mí.

—No tienes que decidir ahora. Solo quería que supieras que lo he pensado. Que me importas lo suficiente como para imaginarte en algo más que una rutina que te hace daño. Y… si algún día quieres estudiar Arquitectura, esto puede ser un primer paso.

La hoja tiembla un poco entre mis dedos. Nunca me lo había planteado en serio. Nunca había creído que pudiera ser posible ni que nadie lo viera en mí. Y ahora está aquí. Ella lo ha visto.

—Eres la única persona que piensa en lo que realmente quiero —digo en voz baja.

Sara sonríe, pero no dice nada. Así que hago lo único que puedo: la abrazo. Fuerte.

Capítulo 26

Sara

—Ven. —Lo agarro de la mano para guiarlo hasta la habitación contigua. Abro un poco más la puerta, ya que no se encontraba cerrada por completo, y le pido a Archie que mire.

Elizabeth ya está dormida. Está hecha un ovillo bajo la manta, con la mejilla hundida en la almohada y el ceño todavía fruncido, como si no hubiera terminado de soltar la rabia o el miedo. Archie la observa en silencio. Se agacha, le acomoda la manta por encima de los hombros y le retira un mechón de pelo de la frente.

—¿Quieres descansar tú también? —le susurro, consciente de que él también debe de estar agotado.

Él asiente, casi sin mirarme.

—Sí. Un poco.

Salimos sin hacer ruido, con cuidado de no despertar a nadie. La casa parece suspendida en una calma que no me atrevo a romper. Atravesamos el pasillo y cruzamos la cocina hasta llegar al porche. No hay nadie. Solo el rumor lejano del mar y el aire cálido que se cuela entre las cortinas. Entra una luz suave, envolvente, como si el mundo estuviera cubierto por una manta, igual que nosotros.

Nos tumbamos en las hamacas y nos cubrimos con las mantas que dejó mi madre. La suya le llega hasta el pecho. Yo me envuelvo por completo y dejo que el cuerpo se relaje poco a poco. Estamos tan cerca que nuestras piernas se rozan apenas bajo el tejido. No

decimos nada. Él cierra los ojos. Yo miro el cielo, donde apenas se ven algunas nubes a través de las ramas del pino que asoma por el lateral.

El silencio no pesa. Pero hay algo que me arde dentro, una pregunta que llevo demasiado tiempo reteniendo. Me giro un poco y busco su perfil a la luz tenue que entra desde la cocina.

—Ahora que no está ella… —susurro—, ¿puedo preguntarte algo?

Archie abre los ojos despacio. Me mira sin decir nada. Sus ojos tienen ese brillo opaco que me parte el alma.

—Charles —digo solo eso.

Lo veo tragar saliva. Mira hacia delante, al vacío verde del jardín. Se queda así, mudo, como si necesitara ordenar algo en su interior antes de expresarlo en voz alta.

—Creo que no le queda mucho —dice al fin con voz áspera, sin mirarme—. Pero… no quiero que Elizabeth lo sepa. No quiero verla triste.

Me quedo en silencio unos segundos, sintiendo cómo esas palabras se clavan en mi pecho como una piedra fría. El dolor que traen no es solo suyo. Es de toda la casa, de toda la historia que arrastran. De su hermana, que duerme sin saber que su mundo está a punto de romperse. Me incorporo un poco y lo miro. Él sigue sin moverse, con la manta hasta el pecho y los ojos fijos en el jardín, como si esperara que el aire le respondiera algo.

—No va a estar triste —le digo en voz baja, pero firme—. Mientras esté aquí, no. Te lo prometo.

Él frunce apenas el ceño, como si dudara de que eso sea posible.

—Va a reír, Archie. Va a reír todos los días. Aunque sea con tonterías. Aunque sea solo un poco. No quiero que se lleve de aquí más tristeza. Bastante tiene con lo que ya carga a sus espaldas.

No dice nada, pero noto cómo su cuerpo se relaja un poco, como si mis palabras le hubieran dado permiso para soltar algo. O al menos para respirar.

—No puedo cambiar lo que pasa en ese hospital —susurro—. Pero aquí sí. Aquí podemos hacer que duela un poco menos. Que sea un refugio. Aunque solo sea por unos días.

Archie cierra los ojos. Asiente muy despacio. Por un segundo, creo que va a romperse; que va a dejarse caer de una vez por todas. Pero no lo hace. Solo respira hondo, como si tuviera que mantenerse entero por ella. Por todos.

—Gracias —murmura—. No sé cómo... ni por qué haces todo esto, pero… gracias.

Apoyo mi cabeza contra el respaldo de la hamaca. No quiero que me vea la cara. Me conozco: si me mira así mucho rato, acabo llorando con él.

—Porque te quiero —respondo en voz tan baja que apenas se oye —. Y a ella también; parece mentira, pero es así.

No necesito mirarlo para saber que se ha quedado inmóvil.

—Descansa, Archie.

No dice nada. Y yo tampoco. Nos quedamos así, en silencio, con las mantas hasta la barbilla, los cuerpos a medio tocar y el sonido del mar como una canción antigua. Él cierra los ojos. No estoy segura de si duerme o simplemente se esconde del mundo por un momento. Pero, poco a poco, su respiración se vuelve más lenta y profunda. Entonces lo sé: ha caído rendido.

Me quedo a su lado un buen rato, sin moverme; escucho cómo duerme. Al verlo al fin descansar, con esa expresión tranquila que tan rara vez se le nota, comprendo lo mucho que lleva dentro y todo lo que ha intentado sostener sin ayuda. Me duele.

Entonces la veo. Una sombra pequeña y desorientada aparece al fondo del pasillo y cruza el umbral que da al jardín. Es Elizabeth. Camina descalza, con la manta arrastrando por el suelo y los ojos entreabiertos. Como si no supiera muy bien dónde se encuentra o como si no quisiera estar allí. Me levanto en silencio y corro hacia ella antes de que lo vea.

—Shhh… —le susurro mientras la tomo de la mano—. Está dormido; ven, vamos a dejarlo descansar un poco, ¿sí?

Ella asiente sin decir nada y me sigue en silencio, con la manta colgando de un hombro. La llevo hasta la cocina, donde no necesitamos encender la luz, puesto que la de la tarde es más baja, pero lo alumbra todo.

—¿Quieres comer algo? —le pregunto, mientras me arrodillo para abrir la despensa.

—¿Tienes algún zumo natural? —dice, frotándose los ojos.

Sonrío.

—Mejor. Vamos a hacerlo.

Busco las naranjas en el frutero, las llevo hasta la encimera y saco el exprimidor. Ella se sube a una banqueta y empieza a cortar las frutas conmigo. Jugamos a ver quién saca más zumo de cada mitad y, cuando terminamos, el vaso está lleno hasta arriba y huele a verano. Saco unas galletas y las ponemos en un plato. Nos sentamos juntas en la mesa y, por un momento, parece que todo está bien; que no hay nada fuera de sitio. Ella mastica con la boca llena, me cuenta que en su escuela hay una gata a la que ha llamado Miss Purple y que tiene pesadillas raras desde hace semanas. Yo le cuento que de pequeña creía que las naranjas venían ya exprimidas dentro de las botellas, y se ríe con una risa tan limpia que me dan ganas de abrazarla fuerte.

Y entonces lo siento. Archie. Cuando levanto la mirada, está ahí, de pie en la puerta de la cocina, apoyado contra el marco y con el pelo revuelto. Nos observa en silencio. No dice nada, pero su expresión lo dice todo. Nos ve a las dos juntas, riendo. Y yo sé que, aunque no lo diga, en ese momento respira un poco más tranquilo.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta desde el marco de la puerta, con voz algo más ronca por el sueño.

Levanto la vista mientras recojo los platos.

—Se han ido a hacer la compra para mañana. Querían dejarlo todo listo antes de que todo el mundo vaya a comprar como si fuera el fin del mundo en vez del año.

Elizabeth da un salto en su asiento, con la energía recuperada de golpe gracias al azúcar y al zumo.

—¿Podemos bajar a la playa? ¡Con Scott!

Miro a Archie, que se encoge de hombros como si no tuviera fuerzas para llevar la contraria a nadie.

—Claro —respondo sonriendo—. Pero ponte una chaqueta, que ahora refresca.

Ella sale disparada hacia su habitación con las galletas aún en la mano. Yo me apresuro a recoger la cocina. Paso un trapo por la encimera, enjuago el exprimidor y meto los vasos en el lavavajillas. Archie se acerca despacio.

—¿Quieres que la vigile yo?

—Quiero que bajes conmigo —le digo sin pensarlo y sin mirar atrás—. A ella le hará ilusión. Y a mí también.

Nos abrigamos los tres y Scott, que se había hecho un ovillo en el sofá, se despereza y nos sigue sin dudar. Bajamos por el sendero que lleva a la playa, con la arena todavía templada del día bajo nuestros pies. El mar ruge suavemente al fondo y hay algo en el aire que huele a sal y a limonero. Elizabeth va delante, con los brazos

abiertos como si volara. De pronto se detiene y señala un punto invisible en el horizonte.

—Este sitio me recuerda a las escaleras del castillo —dice—. Deberíamos llevarte un día; allí siempre hay nubes, pero se parece.

Me quedo quieta un segundo. Miro a Archie. Él ya me está mirando a mí. Y no decimos nada, pero ambos sonreímos. Porque yo ya he estado allí. Ya he caminado por esas escaleras, ya he sentido el viento en la cara y el vértigo en el estómago. Ya lo he visto todo con él. Pero eso…, eso nadie lo sabe.

—Seguimos bajando, ¿no? —le digo a Elizabeth, animándola a continuar—. ¡Scott, espera!

Scott corre hacia la orilla y Elizabeth lo sigue gritando su nombre. Archie y yo nos quedamos arriba, observándolos desde el camino.

—¿Te lo imaginabas así? —le pregunto en voz baja, sin dejar de mirar el mar.

Él se toma su tiempo.

—No —responde—. Es mejor.

—Archie —le digo con un tono más suave—, gírate un momento.

Él frunce el ceño, curioso, pero obedece. Se da la vuelta y mira hacia donde le indico, entre los pinos que bordean el sendero, un poco más arriba del camino.

—¿Ves esa casa pequeña? —pregunto.

—¿La de la verja azul? —asiente—. Sí, pensé que era de algún vecino.

Sonrío. Me encanta este momento, justo este: poder contárselo.

—Mi padre me ha regalado el solar. Todo ese trozo de terreno es mío.

Lo mira con más atención, como si de repente el lugar tuviera un significado distinto.

—¿En serio?

Asiento, y el corazón se me acelera un poco, pero es de los buenos.

—Quiero construir ahí una casa más grande. No ahora…, pero en un futuro, cuando las cosas estén más claras. Una casa con espacio para todos. Para cuando vengamos, para tener mi propio lugar, mi rincón.

Él no dice nada al principio. Solo observa. Y yo no necesito más que eso: saber que lo está imaginando conmigo.

—Es una buena idea —dice al fin con una media sonrisa—. Aquí podrías ser feliz.

—Aquí soy feliz —respondo sin dudar.

Archie me mira de nuevo. Me sostiene la mirada. Hay algo en sus ojos que me desarma, como si de repente viera más allá, más profundo. Como si por fin entendiera por qué lo traje aquí, por qué quería que él viera esto.

Abajo, en la orilla, Elizabeth grita de risa porque Scott le ha salpicado todo el vestido con agua salada. La vida, por un instante, se siente completamente en paz.

—¡Archie! —grita Elizabeth desde abajo, con los pies ya en la orilla —. ¡Bajad! ¡Venid ya!

Él suelta una risa corta, resignada, y se gira hacia mí con una ceja levantada.

—Parece que tenemos orden directa.

—No conviene llevarle la contraria —respondo sonriendo.

Bajamos por el último tramo del sendero hasta que la arena empieza a ceder bajo nuestros pasos. Elizabeth nos espera con los brazos en jarras y una sonrisa que no le cabe en la cara. Scott salta a nuestro alrededor, salpicando sin piedad.

—¡Venga, mojaos conmigo! —exclama Elizabeth, y nos lanza agua con las dos manos como si fuera una pequeña furia marina.

Archie se echa hacia atrás instintivamente, torciendo el gesto.

—Estoy con vaqueros…

—¡Y yo con vestido! —le contesto—. No pasa nada, ¡se secan!

Y sin pensarlo más, corro hacia la orilla y dejo que la espuma me alcance. El agua está fría, pero me da igual. Me empapo los tobillos, las piernas, el dobladillo del vestido. Siento la sal en la piel, el viento en la cara y esa risa mía que no intento controlar. Elizabeth grita de alegría y corre tras de mí, resbalando un poco, pero sin caerse. Se ríe tan fuerte que contagia. Scott se mete hasta la panza, mueve la cola y luego corre a salpicar a Archie de forma directa.

—¡Scott! —protesta él, pero ya es tarde.

Tiene los bajos mojados. Nos mira con una mezcla de resignación y diversión.

—Vale, vale —dice al fin—. Me rindo.

Entonces se lanza también. Corre tras su hermana, le echa agua encima y ella chilla y le lanza más. En menos de un minuto estamos los tres empapados, cubiertos de sal y arena, riendo como si el mundo fuera solo esto: espuma, sol que se esconde y carcajadas. Jugamos. Nos tiramos en la arena. Elizabeth intenta enterrarme los pies y yo me dejo. Archie se lanza encima de las dos y acabamos en una montaña humana, riendo hasta que nos duele la barriga.

Entonces ella, jadeando por la risa, dice algo que se me queda grabado:

—Nunca había conseguido que nadie hiciera esto conmigo en Escocia… ¡Nunca! Allí siempre hace frío, o a todos les da pereza, o se quejan del agua o de la arena. Pero tú, Sara…, tú no te quejas nunca.

La miro desde el suelo, aún tumbada, con el pelo y las piernas cubiertos de arena.

—Es que esto es parte de mí —le digo—. Yo no sé estar cerca del mar y quedarme seca.

Archie me mira. No dice nada, pero su sonrisa lo dice todo. Me doy cuenta de que este momento, esta risa, esta niña feliz en la orilla…, es justo lo que él necesitaba ver. Elizabeth empieza a tiritar un poco. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y los labios algo morados, aunque no deja de sonreír.

—Será mejor que volvamos —digo, aún riéndome entre jadeos—. Si no, alguien se va a resfriar.

—Yo no tengo frío —dice ella, tiritando.

—Y yo soy astronauta —respondo, guiñándole un ojo.

Archie se pasa una mano por el pelo mojado, que ya empieza a pegársele a la frente. Está empapado de pies a cabeza. Me mira y asiente, sin protestar. Sabe que tengo razón. Subimos de nuevo por el sendero, con Scott corriendo delante como si tuviera cuerda. Vamos descalzos, con las zapatillas en la mano y los pantalones goteando. La arena se nos queda pegada a la piel, pero nadie se queja. Ni siquiera Elizabeth.

Cuando llegamos a casa, las luces del porche están encendidas. Se oyen voces en la cocina, risas, pasos. Ya han vuelto todos.

—¡Ahí están los náufragos! —grita Marcos desde dentro—. ¿Qué habéis hecho? ¿Una expedición submarina?

—¡Nos hemos mojado en el agua! —dice Elizabeth entre risas—. ¡Con vestido y todo!

Mi madre aparece en la puerta con una toalla en la mano.

—Entrad, venga, antes de que cojáis una pulmonía. ¡Al baño los tres ahora mismo!

Archie me lanza una mirada divertida mientras nos arrastramos hacia el interior, mojados, arenosos, desordenados…, pero felices. Al

cruzar el umbral, siento que esta casa, por unas horas, ha sido justo eso: un refugio.

Capítulo 27

Sara

Al día siguiente, la tarde cae despacio sobre la casa con ese tono dorado que solo tiene el sol en Ibiza cuando se cuela entre los limoneros del jardín. Huele a cebolla pochada, a tomate frito y a algo dulce que todavía no sé qué es, pero que seguro lleva la firma de mi madre.

Mi madre, Elizabeth y yo nos hemos proclamado, sin oposición alguna, las encargadas absolutas de la cocina. Llevamos delantales puestos, tenemos las manos llenas de harina y las mejillas rojas de tanto reír. Elizabeth, subida a una banqueta, remueve con energía una mezcla que ha bautizado como masa mágica. Mi madre prueba una cucharada de arroz y frunce los labios.

—Le falta sal —dicta con tono solemne.

Yo le paso el salero como si se tratara de un bisturí en una operación a vida o muerte.

—Sal, doctora.

—Gracias, enfermera.

Nos reímos las tres y, en ese momento, suena un golpe sordo desde el salón.

—¿Estáis vivos? —grito sin dejar de pelar patatas.

—¡Apenas! —responde mi padre desde el otro lado—. Tu tío ha decidido que el sofá tenía vocación de bloque de cemento.

—Es que la tiene —añade mi tío entre quejidos—. ¿Quién compra muebles así?

—¡Yo! —responde mi madre desde la cocina, orgullosa—. ¡Y no me arrepiento!

Entre tanto, Archie y Marcos han desaparecido hace horas. Se han ido, como no podía ser de otra manera, a jugar un partido de golf. Según Marcos, hoy tocaba ver a la estrella en persona. Según Archie, «demostrarle a tu hermano cómo se juega en silencio». Ninguno ha vuelto aún.

Estoy cortando calabacín cuando vibra mi móvil. Lo tengo apoyado contra un bote de espaguetis, así que la notificación se ilumina: Diana ha llamado. Llamada perdida. Es la madre de Archie. Abro los ojos y miro a Elizabeth, que en ese momento decora una bandeja de canapés con tanto orgullo que parece haberlos inventado ella sola. Sin pensarlo, desbloqueo el móvil y marco videollamada.

—¿A quién llamas? —pregunta mi madre sin mirar mientras remueve una cazuela.

—A su madre —respondo—. Va a querer ver esto.

La llamada tarda unos segundos en conectar. Elizabeth sigue decorando como si estuviera en un concurso de cocina, por completo ajena. Entonces aparece el rostro de Diana en la pantalla, elegante incluso desde el hospital, tras llevar días sin descansar y con una luz tenue detrás.

—¡Sara! Qué sorpresa.

—Hola —digo con una sonrisa—. Pensé que te gustaría ver algo.

Giro la cámara despacio hacia Elizabeth, que en ese momento está colocando ramitas de romero en los canapés, muy concentrada. No se da cuenta de nada.

—Adivina quién es la chef estrella de la tarde.

El rostro de Diana cambia al instante. Se le iluminan los ojos.

—Elizabeth…

La niña levanta la cabeza al oír su nombre. Ve la pantalla. Se queda quieta un segundo. Luego sonríe.

—¡Mamá! Estoy cocinando —le habla con ese perfecto acento inglés.

—Ya lo veo, cariño —dice ella, y su voz suena más suave que nunca—. Lo estás haciendo precioso.

En ese instante, todo —el ruido del salón, el hervor de la olla, la luz del atardecer— se queda un poco en segundo plano. Porque hay algo en esa videollamada que une dos mundos que hasta hace nada estaban demasiado lejanos.

—Me lo estoy pasando muy bien —dice Elizabeth con la cara pegada a la pantalla—. Sara es muy divertida. Cocinamos, me deja probar de todo y me ha enseñado a usar el exprimidor sin salpicarme los ojos. Casi.

Diana sonríe, pero sus ojos se humedecen al instante. Intenta mantener el gesto, elegante como siempre, pero la emoción la desborda. No es tristeza exactamente, es otra cosa. Algo que se parece al alivio… mezclado con miedo.

—Me alegra tanto verte así, cariño —dice en voz baja, como si temiera romper ese momento.

Entonces Elizabeth baja un poco la voz, como si supiera que está tocando un terreno delicado.

—¿Puedo hablar con papá?

El silencio es casi imperceptible, pero yo lo siento. Se detiene el tiempo lo justo para que Diana respire antes de contestar. Lo hace bien, con una serenidad entrenada, pero no lo bastante como para que yo no note el esfuerzo.

—Ahora no puede, cielo. Está… descansando un poco.

—Ah —dice Elizabeth, sin sospechar nada—. Vale. Le das un beso de mi parte.

—Por supuesto.

La llamada sigue unos segundos más, hasta que Elizabeth vuelve a la encimera para seguir con su decoración. Es entonces cuando bloqueo la pantalla suavemente y me acerco a mi madre.

—¿Puedes quedarte un momento con ella? —le susurro.

Me mira, asiente en silencio y se agacha para preguntarle a Elizabeth si quiere encargarse de vigilar el horno. Yo salgo al porche con el móvil en la mano. Busco un rincón donde el sol ya no da de lleno y marco de nuevo. Diana responde casi al instante. Esta vez su rostro aparece más cercano, sin la sonrisa. No hay testigos.

—¿Sara?

—Hola —digo con cuidado—. No quería que Elizabeth notara nada. Pero… ¿estás bien?

Diana parpadea y, por un momento, parece que va a decir que sí; que todo está bajo control. Pero ya no tiene que fingir.

—No… —susurra al fin—. No, la verdad es que no.

Me quedo callada. Sé lo que viene, pero me niego a adelantarlo.

—Charles ha empeorado —dice muy despacio, como si cada palabra pesara una tonelada—. No creo que aguante mucho más.

El aire se vuelve más denso a mi alrededor. Todo sigue igual: las voces desde la cocina, la música bajita que suena desde el salón, algún pájaro entre los pinos... Pero hay algo que se quiebra, aunque no haga ruido.

—Lo siento —susurro—. Lo siento tanto.

Ella asiente. Se lleva una mano al rostro y cierra los ojos unos segundos. Luego los abre de nuevo.

—Gracias por lo que estás haciendo por mi hija —dice—. De verdad, Sara. No tienes ni idea de lo importante que es esto para

nosotros.

—Sí que la tengo —respondo, y lo digo en serio.

Nos quedamos en silencio unos segundos más, como si no hiciera falta añadir nada. Diana asiente una última vez, se recompone y corta la llamada. Me quedo en el porche con el móvil aún en la mano, mirando la luz del atardecer que se cuela entre los árboles. Pienso en él, en Charles, en todo lo que no se está diciendo y en lo que viene. Porque lo sé; lo siento venir.

No me da tiempo a reaccionar cuando unas manos cálidas rodean mi cintura por detrás y siento el aliento de Archie en mi cuello. Me besa despacio, susurrándome con esa voz grave y tranquila que me estremece:

—¿Sabes quién le ha dado una paliza a quién?

Sonrío sin poder evitarlo. Conozco demasiado bien a mi hermano para imaginar que estará furioso en este momento. Pero por un instante me olvido de todo. Archie se aparta un poco para mirarme y de repente detecta la tensión que intento disimular.

—¿Qué te pasa? —me pregunta, preocupado.

Miro al suelo, intentando ordenar las palabras que no quiero decir. Pero él no me deja. Con paciencia, con ese tono que usa cuando sabe que no hay escapatoria, se lo cuento todo.

—He hablado con tu madre —le digo al fin—. Charles está peor, mucho peor. No cree que aguante mucho más.

El silencio cae entre nosotros, pesado y denso. Al fin, Archie suspira y aprieta los labios.

—Mañana tomamos un vuelo —decide con firmeza—. Tenemos que estar allí con ellos.

Asiento sin dudarlo.

—Sí —murmuro—. Tienes razón. Debemos ir.

Nos quedamos ahí juntos, sintiendo que, en medio de tanta incertidumbre, al menos podemos apoyarnos el uno en el otro. Archie no dice nada más. Me rodea con un brazo y me besa la sien. Cuando entramos de nuevo en la cocina, ya no queda ni rastro de la conversación que acabamos de tener. Su rostro está en calma, incluso divertido, como si nada hubiera cambiado. Comprendo que, por Elizabeth, va a fingir. Por ella, puede con todo.

En la cocina, el caos ha evolucionado a organización: la mesa está puesta en el salón bajo las luces que cuelgan. Mi madre va y viene con bandejas; mi padre bromea con su cuñado sobre la alineación de las sillas y mi prima Val llega corriendo desde el coche, vestida por primera vez con su traje de lentejuelas negro.

—¡Huele a gloria! —grita desde lejos.

Mi abuela se ha instalado ya en una de las sillas con su abanico en la mano y exige que le sirvan primero, «por edad y por sabiduría». Y nadie se atreve a llevarle la contraria. La cena empieza entre risas, brindis y platos que se repiten por duplicado. Elizabeth se sienta entre mi madre y mi prima, feliz, hablando por los codos.

—¿Y tú de dónde vienes, pequeña? —le pregunta mi tía con una copa en la mano.

—De Escocia —responde ella como si hablara de una calle más allá—. Vivo en un castillo.

—¿Perdón? —se ríe Val—. ¿En serio?

—Sí. El castillo de Charles. Mi padre. Bueno, es nuestro castillo, en realidad. Está en la costa, con acantilado y escaleras y habitaciones secretas.

—¿Habitaciones secretas? —repite mi abuela, abriendo los ojos—. ¿Y tú qué haces aquí, princesa?

—Estoy de vacaciones. Sara me ha enseñado a exprimir naranjas sin salpicarme y Scott duerme en mi cama.

Todos se ríen. Incluso Archie. Sobre todo, Archie.

La cena no es solo una cena. Es la cena de fin de año. Y eso, en mi casa, significa una mezcla gloriosa de confeti, risas, ruido y un ligero caos controlado por mi madre, que lleva una lista impresa de horarios y platos aunque finge que todo fluye por arte de magia. Las copas de cava aún vacías tintinean cada vez que alguien las roza. Todos llevamos gorros de cartón absurdos: el mío tiene una estrella que no deja de caerme sobre la nariz, Archie ha heredado uno con orejas de burro (gracias a mi prima Val) y Elizabeth lleva una diadema con el número del nuevo año que se ilumina en colores distintos cada pocos segundos.

Los matasuegras vuelan por el aire cada cinco minutos. Alguien los hace sonar con fuerza sin venir a cuento y todos saltamos del susto. Mi tía no deja de lanzar confeti sobre la comida, asegurando que da suerte. Mi padre ha puesto música de fondo, una lista que va de Mecano a Queen sin transición posible. Elizabeth está en su salsa. No para quieta. Ríe, baila, se sube a una silla para dar un discurso que nadie entiende y luego intenta convencer a la abuela de que pruebe un cóctel sin alcohol que ha preparado ella misma con zumo de piña, granadina y una cereza flotando.

—Esto es como vivir en una película —le dice a mi prima—. Pero en vez de Nueva York, es Ibiza. ¡Mucho mejor!

Archie la observa de reojo con una sonrisa tranquila que no se le ha borrado en toda la noche. Me acerco a él y le susurro:

—Gracias por fingir. De verdad.

Él no responde con palabras. Solo me toma de la mano bajo la mesa y la aprieta.

A las doce menos cinco, mi madre reparte las uvas en vasitos de plástico numerados. Elizabeth las cuenta en voz alta como si fuera la responsable oficial de la tradición. Scott ladra como si supiera que

algo grande está a punto de pasar. Todos se levantan. Las campanadas suenan desde la televisión del salón, que hemos girado para verla todos.

Y entonces…, silencio.

Primera campanada. Todos atentos. Una uva. Segunda. Archie ya se atraganta. Cuarta. Mi abuela va por la tercera. Sexta. Confeti anticipado. Décima. Mi tía escupe la uva de la risa. Duodécima. Gritos, abrazos, brindis, besos. Año Nuevo.

—¡Feliz año! —grita Elizabeth mientras me abraza fuerte—. ¡Este va a ser el mejor!

Y yo, aunque sé que mañana volvemos a Escocia, aunque sé lo que nos espera, no puedo evitar pensar que tiene razón. Porque este momento, esta risa, esta locura con gorros y matasuegras…, son de los que se quedan para siempre.

Cuando los fuegos artificiales se apagan sobre el mar y las bengalas se consumen entre las manos, mi prima Val sugiere que bajemos al puerto. Que vayamos al local de siempre, ese donde, pase lo que pase, hay ambiente. Mi madre nos da vía libre con una mirada que dice «sabed volver» y Elizabeth protesta, claro, que ella también quiere venir, que no es justo. Pero mi padre ya se ha adelantado y le promete dejarla ver una película en el salón mientras se come lo que queda del roscón. Se le pasa el enfado enseguida.

Así que nos vamos. Alba, Laura, Lu, Archie, Marcos, Val y yo, caminando entre farolas y risas, con los tacones en la mano y el confeti todavía pegado al pelo. El puerto está lleno de vida, como si la isla no quisiera dormir nunca. El local, por supuesto, está como siempre. Nos conocen. Nos saludan por nuestros nombres. Y aunque la música cambia cada año, el espíritu sigue siendo el mismo. Tiene farolillos de colores, *funk* mezclado con clásicos de los dos mil y

mesas bajas con sofás en los que nos dejamos caer como si no nos hubiéramos reído en todo el año.

—Esto sí que es empezar bien —dice Alba, alzando su copa con una sonrisa desbordante.

—Sara, ¿cómo has sobrevivido un invierno sin esto? —pregunta Laura, soltando una carcajada.

—De milagro —respondo, dejándome caer hacia atrás con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá—. Aunque reconozco que se echa de menos más cuando vuelves.

Brindamos. Ríen. Reímos. Y cuando Archie aparece al fin con unas cervezas frías, las chicas lo reciben como si fuera uno más desde siempre. Lu le lanza una servilleta arrugada que le da de lleno en la cara y le arranca una risa; Alba le pregunta por el golf como si fuera un viejo colega al que le sigue la pista y Laura lo observa con esa mirada analítica suya, como si ya tuviera una teoría, pero aún no quisiera soltarla.

Y él… encaja. Se ríe, responde, se deja llevar. Cuando suena una canción que reconozco al instante, lo tomo de la mano sin pensarlo.

—Ven —le digo, arrastrándolo entre risas hacia el pequeño rincón improvisado como pista de baile.

Él duda medio segundo, pero acaba siguiéndome. Bailamos sin pensar, con los cuerpos sueltos, las risas fáciles y los brindis que van y vienen. Me subo a sus pies como una niña y él me sostiene de la cintura para no perder el equilibrio. El roce es constante. La música lo envuelve todo. Hay algo eléctrico en el aire. En algún momento, nuestros rostros quedan cerca. Más cerca de lo necesario.

—Me gusta esto —murmura él con la voz más grave de lo habitual —. Tú, así. Riéndote. Bailando. Brillando como si el resto del mundo no importara.

Mi cuerpo responde antes que mi mente: una corriente cálida me recorre de arriba abajo. El alcohol me sonroja las mejillas. Me acerco un poco más. Su respiración roza la mía.

—A veces —le digo sin dejar de mirarlo—, el resto del mundo realmente no importa.

Sus manos en mi cintura se afianzan. Las mías se deslizan por su nuca, por su pelo. Nos movemos al ritmo de la música, pero ya no estamos bailando: estamos tocándonos con cada nota. El sudor, el calor, las luces suaves; todo es una excusa. Todo arde.

—Dime que esta noche no quieres pensar —susurra con la voz rasgada.

—No quiero —respondo.

Y, aunque no nos besamos, aunque el momento se estira como una cuerda a punto de romperse, sé que lo haremos. Que es inevitable. Que estamos jugando con fuego y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de quemarme.

Capítulo 28

Sara

Esa última noche en Ibiza había sido perfecta: risas, brindis y abrazos bajo un cielo lleno de luces. Una Nochevieja en familia y con amigos que aún me dejaba calor en la piel, como si todo hubiera estado bien por unas horas.

Pero al despertar, Elizabeth había llorado. Para ella, Ibiza había sido un paréntesis, un respiro luminoso donde Charles parecía estar lejos del dolor. Allí no lo había visto apagarse, y volver a Escocia era volver a la realidad. Regresamos al mediodía y ahora me encuentro sentada en uno de los bancos del pasillo del hospital, con el móvil pegado a la oreja.

—Los he dejado a solas, en familia —digo en voz baja—. Sé que Archie me necesita, pero… también necesita esto. Despedirse como familia. Estar con Charles sin pensar en mí ni en nadie más.

Mi madre guarda silencio unos segundos al otro lado del teléfono.

—Has hecho bien —responde al fin, con esa calma que siempre me ancla—. No es fácil estar ahí, Sara. Estoy orgullosa de ti.

Asiento, aunque no puede verme.

—No sé si sirve de algo, pero… estoy aquí.

—Eso ya lo es todo.

Nos despedimos y cuelgo con un suspiro. Me dejo caer hacia atrás y apoyo la espalda en la pared fría del hospital. La bata blanca de una enfermera cruza el pasillo. Los pitidos suaves de una máquina

suenan en alguna habitación cercana. Todo es pulcro, estéril, demasiado tranquilo para el dolor que habita dentro.

Respiro hondo. Miro al techo. Después, a los lados. Mis ojos se pierden en los detalles: los botes de gel hidroalcohólico, los carteles sobre higiene, el fluorescente que parpadea un poco al fondo. Y entonces lo veo.

Elliot.

Está ahí, como salido de la nada. Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y esa expresión indescifrable de siempre. Frío. Elegante. Imperturbable. Ni rastro de culpa en su rostro. Ni un atisbo de duda. Todo mi cuerpo se tensa. La mirada se me endurece al instante. Él me observa. No dice nada. Tal vez espera que yo sí lo haga.

Pero no puedo. No quiero. Porque frente a él no siento nervios ni ese cosquilleo idiota de otras veces. Solo un nudo en la garganta y una rabia tan silenciosa como antigua. Porque fue él. Él lo empezó todo. Él me tendió una trampa con palabras bonitas y falsas sonrisas. Él arrastró mi nombre al barro y me dejó caer sin remordimientos. Él me quitó lo que más quería. Y aún no lo he perdonado. Ni pienso hacerlo.

Elliot se despega de la pared con una lentitud calculada. Sus pasos resuenan sobre el suelo de baldosas como un eco molesto que no puedo evitar seguir con la vista. Se acerca con las manos en los bolsillos y la mirada fija en mí.

—Sara —saluda, como si nada—. Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

No responde con afecto ni con hostilidad. Solo emplea ese tono neutro y pulido que siempre usó como escudo. Como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si no se hubiera convertido en el motivo por el que lo perdí todo.

—¿Qué hago aquí? —repito, sin moverme del banco—. Estoy con Archie.

Él alza una ceja.

—¿Estáis juntos? —La pregunta es suave, pero cargada. Casi suena a burla. Me pongo de pie sin pensarlo, el corazón me late en las sienes.

—No hables como si tuvieras derecho a preguntar eso —le espeto —. Como si lo nuestro no hubiera existido. Como si no me hubieran despedido por tu culpa.

Su mirada se endurece apenas un segundo.

—No era mi intención que te echaran —miente con un suspiro—. Pero tampoco fingiré que no sabías en lo que te estabas metiendo.

—¿De veras? —suelto al tiempo que avanzo un paso—. ¿Esa es tu defensa? ¿Que debería haberlo sabido?

Él me sostiene la mirada sin pestañear. Por un momento, creo que va a encogerse de hombros o a darme algún discurso moralista de los suyos. Pero, en lugar de eso, su expresión cambia. Se vuelve más seria. Más seca.

—¿Archie te lo ha contado todo?

Me freno. Frunzo el ceño.

—¿Contarme qué?

Silencio. Él observa mis ojos, buscando algo. Cuando habla, su voz baja un tono.

—Si mi padre se entera de que estás con Archie…, le arruina la vida. Así. —Chasquea los dedos—. No le temblará el pulso. Se acabaron los fondos, las competiciones, los entrenamientos. Todo.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. Pero no dejo que lo note.

—¿Eso es una amenaza?

—Es un hecho —responde, sin inmutarse—. Y tú lo sabes. Solo que prefieres no pensarlo.

Mi respiración se agita. Me niego a apartar la mirada. Él sigue ahí, erguido, como si llevara las de ganar. Como si su único interés fuera recordarme que nunca fui parte del juego; solo una pieza más para sacrificar.

—Y tú, ¿qué? —pregunto, sintiendo la rabia como un latido en las encías—. ¿Vas a contárselo?

No me responde. Pero no hace falta, porque ya he entendido que, para Elliot, callar también es una forma de poder.

El silencio entre Elliot y yo apenas dura un par de segundos más, pero se siente eterno. Hasta que una puerta se abre al fondo del pasillo. Archie. Sale de la habitación con los ojos enrojecidos, las mejillas húmedas y la mandíbula tensa. Lleva las manos cerradas en puños a los costados, como si solo eso lo mantuviera entero. Apenas da un par de pasos cuando nos ve. Cuando lo ve a él.

Su expresión cambia al instante. El dolor se transforma en furia contenida. La mirada se le endurece.

—¿Qué coño haces aquí? —escupe mientras clava los ojos en Elliot.

La voz le sale más grave, más rota. El pasillo se llena con el peso de la tensión. Elliot ni se inmuta.

—He venido a despedirme de Charles.

—Tú no tienes derecho a despedirte de él —responde Archie, dando un paso al frente—. Tú no tienes derecho a estar aquí.

—Archie —empiezo, en un intento de detenerlo, pero él ni me mira.

—Lárgate —suelta, y su voz sube lo justo para que se oiga tras la puerta entreabierta—. No quiero verte cerca de nosotros. Ni ahora ni nunca más.

En ese momento, Diana aparece desde dentro de la habitación. Lleva los ojos húmedos y apoya una mano temblorosa sobre el marco de la puerta. Mira a Elliot con firmeza.

—Archie —dice en voz baja, pero con autoridad—. Basta. Este no es el lugar. Ni el momento.

Archie traga saliva. Se gira un segundo hacia su madre y algo en su postura se quiebra. Pero no se disculpa. Solo respira hondo, como si se obligara a tragarse toda la rabia.

—No deberías estar aquí —repite, esta vez en un tono más bajo, mirando a Elliot por última vez.

Y luego se da la vuelta. Se aleja de nosotros, de la tensión, del dolor, de todo. Yo me quedo quieta en medio del pasillo. Diana vuelve a entrar sin decir nada más. Elliot me mira una última vez antes de marcharse, pero ya no hay palabras. Solo un muro entre nosotros que no se va a derrumbar. Y en el aire, ese sabor amargo de todo lo que pudo haber sido y ya no será.

Archie no tarda en volver. Tras caminar solo por el pasillo y apoyar la cabeza un instante contra la pared, finalmente se sienta a mi lado. No dice nada al principio. Solo deja caer los hombros, con las manos entrelazadas entre las rodillas y la mirada perdida en el suelo. Nunca lo había visto así. No como ese chico fuerte, elegante y seguro de sí mismo, sino como un hijo que está perdiendo a su padre; un padre que no es de sangre, pero que lo quiere de igual modo.

Trago saliva y me obligo a no decir lo primero que me viene a la cabeza, porque sé que no busca consuelo. Solo estar.

—No puedo irme ahora —murmura, como si hablara para sí—. No…, no me iré hasta el final.

Asiento en silencio. A su lado. Presente.

—Pero tú sí puedes —añade, girando la cara hacia mí por fin. Sus ojos están hinchados, vidriosos y rojos—. Puedes irte a descansar.

Dormir un poco. Comer algo. Esto va para largo, Sara.

Niego con suavidad.

—No quiero irme —le digo—. Quiero quedarme contigo.

Él baja la vista, como si mis palabras le dolieran tanto como le reconfortaran. Se pasa una mano por la cara, exhala lentamente.

—Lo sé. Pero necesito saber que estás bien. Que no estás sola ni pasando la noche en un banco de hospital por mi culpa. Por favor.

Me muerdo el labio. Le aprieto la mano. Está helada.

—Está bien —cedo con voz baja—. Iré a casa de Evaine. Ya he hablado con ella. Me quedaré allí esta noche.

Archie cierra los ojos unos segundos y asiente, agradecido y aliviado.

—Gracias.

—Estoy a una llamada de distancia —le recuerdo—. Si necesitas cualquier cosa. Lo que sea.

No responde. Solo aprieta mi mano con un poco más de fuerza. Nos quedamos en silencio, sentados uno al lado del otro, compartiendo el mismo aire pesado del pasillo. Archie no habla más y yo no necesito que lo haga. Me limito a estar ahí, a dejar que el tiempo pase sin exigir nada. Le sostengo la mano. Respiro a su ritmo.

El teléfono vibra entre mis dedos. Lo miro con discreción.

> **Evaine:**
> Ya estoy fuera. No tengas prisa. Estoy en la puerta.

Suspirando, le enseño el mensaje a Archie. Él asiente y ambos nos ponemos de pie. Antes de marcharme, le aprieto la mano una última vez.

—Voy a despedirme de tu madre y de Elizabeth —murmuro.

—Te acompaño.

Volvemos a la habitación en silencio. Dentro, la atmósfera es densa pero tranquila. Charles parece profundamente dormido. Diana le acaricia la mano con ternura. Elizabeth está sentada al otro lado de la cama con la cabeza gacha. Ambas alzan la vista cuando entro.

—Solo quería despedirme —digo en voz baja, con un nudo en la garganta—. Me voy a casa de Evaine, pero… volveré mañana temprano.

Diana se levanta y me abraza con fuerza, con un calor que no esperaba. Elizabeth me sonríe con dulzura, aunque su mirada brilla.

—Gracias por venir, Sara —susurra Dianaa—. De verdad.

—¿Necesitáis algo? —les digo, pero niegan. Suspiro y me doy media vuelta, sintiendo cómo se me aflojan las piernas al salir de nuevo al pasillo.

Archie camina a mi lado hasta la entrada del hospital. Afuera ya ha oscurecido y las luces anaranjadas de la calle tiñen todo de un tono suave y extraño. A lo lejos, un coche oscuro está aparcado frente a la puerta. Veo la silueta de Evaine al volante. Antes de que me acerque, Archie me detiene. Me gira hacia él y me abraza.

No es un gesto rápido ni mecánico. Es un abrazo sincero y largo, como si le costara soltarme. Yo le rodeo el cuerpo con los brazos y me pego a su pecho, sin decir nada. El sonido de su respiración contra mi oído es lo único que escucho.

—Te llamaré —me susurra, con la voz rota pero firme.

Asiento contra su pecho. Me cuesta soltarlo. Cuando me separo, cruzo la calle hacia el coche. Evaine sale para ayudarme con la puerta, pero se queda quieta al vernos. Su mirada va de Archie a mí y, durante un segundo, la emoción le cruza el rostro. No dice nada enseguida, pero se nota que está conmovida.

—Es la primera vez que os veo así —dice al fin, con una sonrisa tenue que no esconde la tristeza—. Me alegra…, aunque ojalá fuera

en otro momento.

Archie asiente, tragando saliva.

—Gracias por cuidar de ella.

Evaine le pone una mano en el brazo con suavidad.

—Y siento mucho lo que estáis viviendo, Archie. De verdad.

Él asiente de nuevo. No puede hablar más. Me subo al coche. Y mientras nos alejamos, lo miro por la ventana. Sigue ahí, de pie frente al hospital. Solo. Pero, por primera vez, lo siento de veras conmigo.

Durante los primeros minutos, no hablamos. Afuera, las calles de Edimburgo se deslizan entre luces de farolas y árboles negros contra el cielo. El sonido bajo del motor es lo único que nos acompaña hasta que ella rompe el silencio.

—¿Cómo está Charles?

Sus palabras son suaves, sin prisas. Como si no quisiera forzarme a hablar, pero supiera que necesito hacerlo.

—Muy mal —respondo, con la voz aún áspera—. No creo que pase de esta noche. Diana y Elizabeth no se han movido de su lado. Y Archie… —Trago saliva y miro por la ventana—. Nunca lo había visto así. Roto de verdad.

Evaine asiente con los ojos en la carretera. La luz tenue del salpicadero le dibuja sombras en el rostro.

—Charles fue muchas cosas…, pero, sobre todo, se portó como no lo hizo su padre.

—Sí. Y aunque nunca lo dijeran…, se querían.

Volvemos a quedarnos en silencio unos segundos. El coche avanza por una avenida más amplia, salpicada de escaparates cerrados y algún ciclista solitario.

—Y vosotros —dice entonces Evaine, con voz baja, como tanteando el terreno—, ¿cómo estáis?

—¿Nosotros?

—Tú y Archie. Esta noche… os he visto. De verdad.

No me espero que diga eso. Parpadeo. Me remuevo en el asiento, sorprendida por lo directo de su tono.

—¿Y qué has visto? —pregunto, intentando sonar ligera.

—Dos personas que han pasado muchas cosas. Y que, aun así, se abrazan como si el mundo fuera un lugar seguro durante cinco segundos.

No respondo. Me quedo mirando la oscuridad a través del cristal. Luego me rindo, porque no tiene sentido callarlo.

—Estos dos días en Ibiza… han sido los mejores que he tenido con él —confieso en voz baja—. Ha sido parte de mi familia. Ha comido con mis padres, ha bailado con mis amigas, se ha mojado en mi mar. Y yo… he sido parte de él. Por fin.

Evaine me mira de reojo con esa media sonrisa cálida que siempre tiene cuando sabe que estoy diciendo algo que cuesta expresar.

—¿Y eso es lo que quieres?

—Sí —respondo sin pensarlo—. Quiero eso. Quiero poder mantenerlo en el futuro. Sin esconderme. Sin tener que irme cada vez que pasa algo. Solo… eso. Una familia. Una vida juntos, real.

Evaine asiente y no dice nada más durante unos minutos. Solo sigue conduciendo, con la noche protegiéndonos como una manta fina. Y en el fondo, aunque duela todo lo que está pasando, por primera vez siento que tengo claro lo que quiero. Que puedo decirlo en voz alta. Y que alguien, al menos una persona, está ahí para escucharlo sin juicio.

Capítulo 29

Sara

Cuando llegamos a casa, Evaine aparca frente al edificio con la suavidad de quien conoce cada baldosa del barrio. Afuera, la noche se ha asentado por completo y el aire huele a humedad, a lluvia lejana, a esa calma espesa que solo existe en ciertas ciudades pasadas las once.

Entramos sin hablar mucho. Cruzamos el pasillo y, al entrar en la casa, me recibe un olor familiar: a madera vieja, a libros y a especias suaves. Todo sigue como lo recordaba: el abrigo de Evaine en el perchero, las plantas en la repisa de la ventana y el reloj de pared con ese tictac que a veces acompaña más que una voz.

—¿Tienes hambre? —pregunta desde la cocina mientras deja las llaves sobre la mesa.

Asiento y cuelgo mi abrigo con más lentitud de la necesaria.

—Un poco. No he comido desde hace horas.

Evaine ya ha encendido la luz de la cocina, cálida y amarillenta. Se mueve como en su casa, porque lo es, y sin meditarlo saca un par de platos, algo de pan, queso y sopa caliente. Me siento en una de las sillas, como tantas otras veces, y me apoyo en la mesa con los brazos cruzados. Ella sirve dos tazones humeantes y se sienta frente a mí. Durante un rato, comemos en silencio. Es como si el tiempo no hubiera pasado. Como si volviéramos a ser nosotras dos,

compartiendo noches de invierno con una taza entre las manos; hablando poco, pero sabiendo que estábamos bien.

—Gracias por esto —le digo al fin, cuando el tazón ya está medio vacío—. Por venir. Por estar. Por permitirme quedarme aquí.

Evaine sonríe con dulzura, pero su expresión se vuelve más pensativa.

—Tú también estuviste conmigo cuando más lo necesité. No lo he olvidado. —Hace una pausa y remueve lo que queda de su sopa con la cuchara—. Y, mira…, te has librado de Elliot como director. No sabes lo tenso que se ha vuelto todo desde que tomó el relevo. Parece más un fiscal que un educador. Todo lo mide, todo lo controla. No deja margen a nadie para equivocarse. A veces me pregunto si está dirigiendo un colegio o una campaña política.

Levanto la vista, sorprendida, y trago saliva.

—Lo he visto —susurro—. Estaba en el hospital. Me lo encontré cuando llamé a mi madre.

Evaine alza las cejas, alerta.

—¿Y… cómo fue?

Suelto el aire con fuerza, como si todavía me pesara el encuentro.

—Frío. Tenso. Hablaba como si no hubiera pasado nada. Como si no me hubieran despedido por su culpa. Me preguntó si Archie me lo había contado todo. Y cuando le dije que no entendía a qué se refería…, me soltó que, si el padre de Archie se entera de lo nuestro, le arruinará la vida. Que lo destrozará en un abrir y cerrar de ojos.

Evaine deja la cuchara con cuidado sobre el plato. Me mira con gravedad.

—¿Y tú? ¿Qué le dijiste, qué sentiste?

No tardo en responder.

—Rabia —contesto con la garganta apretada—. No lo he perdonado. Y, lo peor… es que sentí que aún no ha terminado. Que

todavía guarda una carta con la que puede hacernos daño.

Evaine asiente con lentitud. Luego se inclina un poco hacia mí con esa mirada suya tan clara, directa y protectora.

—Entonces recuerda esto, Sara: pase lo que pase, no permitas que os vuelvan a separar. Tú y Archie… juntos os hacéis bien. No dejes que nadie más decida por vosotros.

Me quedo en silencio con las palabras de Evaine resonando en el pecho como un abrigo que me envuelve por dentro. Y aunque la noche sea larga y lo que viene todavía duela, sé que no estoy sola.

—Creo que necesito dormir un poco —le digo mientras me froto los ojos con el dorso de la mano—. Ha sido… un día largo.

—Claro —responde ella al tiempo que recoge los platos con delicadeza—. Ve tranquila. Tu habitación está tal como la dejaste.

Camino por el pasillo en penumbra hasta la puerta que durante meses abrí y cerré cada noche. Al entrar, me inunda una oleada de recuerdos: la estantería con los libros que me prestó, la manta escocesa doblada a los pies de la cama y la lámpara cálida que siempre dejaba encendida para mí cuando volvía tarde. Me cambio despacio, me meto bajo las sábanas y, antes de apagar la luz, tomo el móvil entre las manos. Marco su número. Uno, dos, tres tonos…, pero no responde. No me preocupa; sé que debe de estar agotado y que no habrá querido dejar solo a Charles ni un instante. Aun así, me duele un poco no oír su voz.

Abrazo el teléfono contra mi pecho, como si de alguna forma eso acortara la distancia. Y sin darme cuenta, entre pensamientos dispersos y la imagen de Archie sentado a mi lado en aquel pasillo, me voy quedando dormida: sola en la oscuridad, pero sintiéndome, al fin, en casa.

Justo cuando el sueño comienza a desvanecerse en un limbo tranquilo, el teléfono vibra en la mesita de noche. Abro los ojos con

dificultad y veo el nombre de Archie en la pantalla.

—Hola —respondo, con la voz aún ronca de sueño.

Él suelta un suspiro profundo, como si cargara con un peso enorme en el pecho.

—Sara…, ya ha pasado. Charles nos acaba de dejar.

Cierro los ojos un instante y siento que el mundo se detiene un segundo.

—Lo siento mucho, Archie.

—Gracias… —dice con la voz quebrada—. Tengo que quedarme con mi madre para todo el papeleo. Pero te prometo que después de comer iré a buscarte. No quiero que estés sola.

Sonrío con tristeza y me aferro a esa promesa.

—Estaré esperando.

—Cuídate, Sara.

—Tú también.

Colgamos. Me quedo un momento mirando el techo y dejo que el silencio me envuelva de nuevo. Intento volver a dormirme, pero el cuerpo ya no me lo permite. La tristeza pesa demasiado como para hallar descanso. Así que me levanto en silencio, me pongo una chaqueta encima del pijama y voy a la cocina.

El cielo está gris, pero la casa tiene ese calor acogedor de siempre. Pongo agua a calentar y saco pan, huevos y fruta. Me concentro en cada gesto pequeño como si pudiera protegerme del dolor que flota en el aire desde el amanecer. Cuando Evaine aparece, todavía medio dormida y con el pelo revuelto, se queda quieta en la entrada de la cocina.

—¿Ya estás en pie? ¿Ha pasado algo?

Asiento en silencio mientras coloco dos tazas sobre la mesa.

—Charles ha fallecido esta madrugada. Me ha llamado Archie a las seis.

Evaine se acerca, me acaricia la espalda y suspira con pesar.

—Lo siento mucho. ¿Cómo está él?

—Derrumbado, pero entero. Va a pasar el día con su madre para resolver los trámites. Me ha dicho que esta tarde viene a buscarme.

—Entonces hoy te quedas tranquila —dice, sentándose conmigo—. Desayunamos, vemos una peli, y tú te quedas en modo sofá-manta hasta que venga. ¿Vale?

Asiento, agradecida. El día avanza sin prisa. Nos vestimos con ropa cómoda, preparamos un té tras la comida y acabamos viendo una comedia ligera de las que no requieren pensar demasiado. Agradezco el silencio compartido, los comentarios sueltos y la rutina sin presión. Y justo cuando el reloj marca las cinco, suena el timbre.

Evaine y yo nos miramos. Me levanto sin decir nada y voy hacia la puerta. Cuando la abro, ahí está él: Archie. Con el rostro agotado y los ojos hinchados, pero la espalda recta.

—Hola —dice en voz baja.

—Pasa —respondo mientras me aparto para dejarle sitio.

Él cruza el umbral. Evaine se incorpora del sofá con suavidad para darle espacio, pero también con una sonrisa sincera.

—Me alegra verte, Archie. Lo siento mucho por todo esto —dice con un nudo en la garganta.

—Gracias —responde él con una leve inclinación de cabeza.

Y entonces sus ojos me buscan. No dice nada más, pero no hace falta. Me acerco y, sin dudarlo, lo abrazo. Su cuerpo se tensa un segundo y luego se hunde en el mío como si encontrara ahí el único lugar donde puede respirar.

—Yo tengo que salir un momento —dice Evaine, tomando el abrigo del perchero de la entrada—. No tardaré mucho.

Archie asiente con un leve gesto, sin preguntar nada. Yo tampoco. Sé que lo hace por nosotros y se lo agradezco con la mirada. Cuando

la puerta se cierra, volvemos al sofá como si fuera el lugar más natural al que pertenecer en ese momento. No decimos nada. La película sigue donde la dejamos: imágenes y diálogos que pasan como ruido de fondo. Archie se acomoda despacio y, cuando se deja caer sobre mí, apoya la cabeza en mi vientre. Sus rizos rozan mi piel por debajo del jersey y mi mano encuentra su lugar en su cabello; lo acaricio con ternura y sin prisas. Él cierra los ojos. Yo también. Pero no dormimos. Hay un silencio suspendido entre nosotros, lleno de lo que no hace falta decir. De pérdida, de amor y de agotamiento.

La puerta se abre al cabo de un rato y Evaine entra con varias cajas en la mano.

—No me he complicado —anuncia con una sonrisa—. Pizza. Ya podéis darme las gracias.

Archie se incorpora con lentitud, parpadeando. Me mira con una especie de calma triste. Yo le devuelvo la sonrisa sin palabras y me levanto para ayudar.

—Gracias, Evaine —dice él al fin—. No sabía cuánto necesitaba esto.

—Desde luego que sí —responde ella, guiñándome un ojo sin que él lo vea—. Y ahora vamos a comer algo, aunque solo sea para no desmayarnos.

Comemos en la cocina, como siempre. Las cajas de pizza abiertas en el centro de la mesa, las servilletas dobladas sin mucho esmero y unos vasos con refresco porque nadie tiene fuerzas para más. Pero hay algo en la rutina, en esa normalidad forzada, que nos hace bien. Evaine se sienta con nosotros, con las piernas cruzadas y una porción en la mano, y en un intento por cambiar el tono, lanza:

—Es curioso, ¿sabéis? No deja de parecerme raro que uno de mis alumnos esté cenando en mi casa como si fuera lo más normal del mundo.

Archie sonríe con la boca llena y se limpia con la servilleta.

—Supongo que ya no soy tu alumno —responde, y por un segundo su tono es ligero, casi juguetón.

—No, ahora eres el novio de una de mis amigas —replica ella, arqueando una ceja—, lo cual, si lo pienso mucho, es aún más raro.

Yo suelto una pequeña risa y dejo el trozo de pizza en el plato.

—¿Quieres que deje de ser tu amiga para que te cuadren las cuentas?

—Ni lo sueñes —responde Evaine—. Me quedo con los dos.

El ambiente se relaja. Hablamos de series, de anécdotas del internado y de las veces que casi quemamos la cocina cuando intentábamos hacer galletas a medianoche. Incluso Archie aporta alguna historia de sus días como alumno: de lo inútil que se sentía con las tareas de arte o las clases de francés..., y Evaine se ríe. Por un rato, no hay muerte, ni herencias ni hospitales. Solo nosotros tres, un jueves por la noche, en una cocina cálida y con pizza. Y eso es suficiente.

—Si queréis —dice Evaine mientras recoge los vasos—, podéis dormir en la habitación de Sara. No me importa.

Nos miramos. Archie asiente con un leve gesto y yo le aprieto la mano sobre la mesa. No hace falta decir nada más. Poco después, entramos en la habitación que durante meses fue mi refugio. La maleta sigue en un rincón, abierta a medias. La cama está hecha, pero no tardamos en deshacerla. Archie se sienta en el borde, cabizbajo, y yo me siento a su lado. El silencio no es incómodo. Es denso, sí, pero tranquilo. Él es quien lo rompe en voz baja:

—Pude hablar con Charles. Justo antes… del final.

Lo miro, espero. Él no me mira. Se frota las manos como si necesitara algo que hacer con ellas.

—Me habló del futuro. De lo que él había hecho con el suyo. De lo que no quería que repitiera con el mío. Me pidió que no permitiera que mi padre tomara todas las decisiones por mí. Que encontrara algo que me hiciera feliz. —Traga saliva y por fin levanta la mirada; la tiene húmeda, pero firme—. Y creo que lo voy a hacer, Sara. Voy a estudiar. No por nadie más; por mí. No tengo ni idea de cómo voy a organizarlo todo ni de qué pasará. Pero sé que no quiero seguir siendo solo «el hijo de», ni vivir siempre con miedo a decepcionar.

Le acaricio el rostro, con los dedos sobre su mejilla, y él se apoya en mi palma. En ese gesto cabe todo lo que hemos pasado.

—Estés donde estés —le digo—, yo voy a estar contigo.

Él sonríe con un matiz nuevo: más vulnerable y más libre.

—Eso lo cambia todo.

Nos tumbamos, aún vestidos y cargando con el peso del día sobre los hombros. Pero ahora, por primera vez en mucho tiempo, con un horizonte delante. Aunque Archie está agotado y la tristeza le ha hecho sombra en los ojos, esta noche no dormimos. Nos damos amor. Nos buscamos sin palabras, con la urgencia de quien necesita recordar que está vivo. Sus manos recorren mi cuerpo como si lo conocieran desde siempre. Y yo me dejo llevar por su respiración, por su forma de besarme, de sostenerme y de mirarme como si nada más importara.

No hay promesas ni planes. Solo nosotros dos: aquí y ahora. Cuando todo se calma, cuando el aire huele a piel y a silencio, me acurruco en su pecho, con las piernas enredadas, y le susurro:

—Tengo que volver a Chicago. No puedo quedarme mucho más.

Siento cómo respira hondo y cómo sus dedos se enredan en mi pelo con más fuerza. Tarda en responder, pero cuando lo hace, su voz es grave y suave, como si ya lo hubiera pensado.

—No te preocupes. Yo iré después.

Asiento con los ojos cerrados, aferrada a este instante que me sabe a despedida, pero también a promesa. Y así terminamos la noche. En la habitación de Evaine. En nuestra tregua. En ese lugar donde, por unas horas, todo está bien.

Capítulo 30

Sara

Hace frío. Un frío de esos que se meten bajo la ropa y se quedan ahí instalados. Salgo del colegio con las manos en los bolsillos, el gorro calado hasta las cejas y la bufanda cubriéndome casi toda la cara. No hay nadie en la puerta más que un par de profesores que se despiden con presteza antes de echar a correr hacia sus coches. Yo camino despacio, como si no tuviera prisa por llegar a casa. Y en realidad no la tengo.

Antes de las vacaciones de Navidad, a veces lo esperaba en el gimnasio, otras nos encontrábamos en el apartamento para cenar o simplemente para tirarnos en el sofá a no hacer nada. Y ahora…, ahora es como si todo eso hubiera sido parte de una vida que ya no está.

Bruce me ha preguntado por él esta mañana; también por Diana. Ha oído lo de Charles, claro. Le he contado que estuve en Escocia y que el funeral fue hace dos días. No he querido dar muchos detalles. ¿Qué voy a decir? ¿Que Archie está roto por dentro y yo no puedo hacer nada? ¿Que regresé con la sensación de que debía quedarme a su lado?

Cuando llego a mi edificio, empujo la puerta y una ráfaga de aire caliente me golpea la cara. El contraste con el exterior me deja los ojos húmedos, aunque puede que no sea solo por eso. En la

recepción está el portero de siempre, Frank, ojeando un periódico viejo tras el mostrador.

—Buenas tardes, señorita Pérez —dice con una sonrisa amable.

—Hola, Frank.

—¿Recién llegada del trabajo? Bueno, ya queda menos para el viernes. Le han traído un paquete esta mañana.

Parpadeo, algo sorprendida.

—¿SÍ? ¿De quién?

—No ponía remitente, solo su nombre. Lo subí a su apartamento, como de costumbre.

—Gracias.

Le devuelvo una sonrisa débil antes de dirigirme al ascensor. La puerta se abre con un chirrido metálico. Dentro huele a desinfectante y ambientador. Pulso el botón del quinto piso y me apoyo en la pared mientras siento cómo el ascensor asciende con lentitud. Cuando se abren las puertas, me encuentro de frente con Rhys. Lleva ropa de deporte, una camiseta sin mangas que deja ver los tatuajes de sus brazos y una botella de agua en la mano. Parece recién salido de un anuncio de gimnasio.

—¡Ey, pelirroja! —me saluda con una sonrisa amplia—. ¿Vuelves ya?

—Sí, acabo de salir del colegio —respondo, intentando que mi voz suene normal.

—¿Vienes al *gym*? —Me hace un gesto con la cabeza—. Hoy toca piernas. Prometo no hacerte sufrir mucho.

Me río apenas un poco.

—Gracias, pero paso. Creo que hoy me conformo con sobrevivir.

Rhys me observa un segundo más de la cuenta, como si notara algo extraño en mi tono, pero no insiste.

—Otro día entonces. Si cambias de opinión, estoy abajo.

—Lo tendré en cuenta —miento.

Paso junto a él y camino por el pasillo. Las luces siguen parpadeando, como si el edificio también tuviera un mal día. Busco las llaves en el bolso con manos torpes, abro la puerta del apartamento y entro. El silencio me envuelve de inmediato, como una manta pesada. Dejo el bolso en la encimera, me quito las botas y me quedo allí, de pie, mirando el sofá. Está todo en su sitio, como siempre. Pero todo se siente distinto: vacío, frío. Como yo.

Antes de dejarme caer en el sofá, miro el móvil. Son las cinco y once de la tarde. En España ya son más de las once de la noche. Hoy es la cabalgata de Reyes. Aunque ya no haya niños en casa, mis padres siguen yendo. Por costumbre, por nostalgia o por simple terquedad. Y, justo a esta hora, seguro que ya han vuelto. Me imagino a mi madre quitándose el abrigo en la entrada y a mi padre quejándose del frío mientras saca caramelos del bolsillo.

Entonces lo veo: el paquete. Está sobre la mesa, justo donde Frank dijo que lo dejó. La caja está decorada con rotuladores de colores, llena de estrellas, corazones y dibujos torpes que reconozco al instante. Frases como «te queremos», «abrir solo en caso de emergencia emocional» y «sorpresa de tus Reyes Magos» están escritas con la letra de mi madre: grande y enérgica. Sonrío, aunque se me llenan los ojos de lágrimas. Claro que es suyo. Solo ella haría algo así. Acaricio uno de los bordes con la yema de los dedos, pero no lo abro todavía. Quiero hacerlo con ella al teléfono. Como si estuviéramos juntas en el salón de casa. Sonrío sin querer y marco su número.

—¡Hola, mi niña! —contesta mi madre al primer tono con esa alegría que siempre me rompe un poco por dentro.

—Hola, mamá. ¿Ya estáis en casa?

—Sí, hace nada. ¿Te puedes creer que tu padre ha logrado robar otra bolsa de caramelos a los niños? —Escucho risas de fondo y su voz que protesta en broma. Me río.

—No cambia nunca.

—Y tú, ¿qué?, ¿cómo estás? ¿Ya en casa?

—Sí. Me vine directa del colegio. Hace un frío horrible. Estoy congelada.

—¿Y qué tal el día?

—Raro. Ver a todos, volver al edificio…, me sentí como desconectada. Es como si todo hubiera cambiado. Echo de menos a Archie.

Ella guarda silencio un segundo. No necesita decir nada. Su silencio es más elocuente que cualquier frase de consuelo.

—Desde luego que sí, cariño. Es normal. Pero estás ahí, ¿no? Sigues. Eso también cuenta. Y en nada vuelve.

Me echo la manta encima, esa de cuadros rojos que compré el primer mes que llegué. Es fea, pero abriga. Y mientras ella me cuenta cómo ha ido la cabalgata, cómo el rey Baltasar ha saludado a la tía o cómo casi se cae la abuela del bordillo, yo cierro los ojos. Y por un momento, aunque siga aquí, aunque esté lejos, me siento en casa.

—Por cierto —dice de pronto con tono travieso—, ¿te ha llegado algo hoy?

Me río por lo bajo.

—Lo tengo delante. Acabo de verlo. Está pintado como si lo hubiera decorado un grupo de niños en una excursión.

—¡Es arte moderno maternal! —responde ella, fingiendo indignación—. Ábrelo. Venga, quiero estar cuando lo veas.

Me incorporo, cruzo las piernas y acerco la caja. Rompo con cuidado el precinto de los bordes y, al abrirla, un aroma suave a

colonia y lavanda se escapa. Dentro hay una bufanda de lana tejida a mano, en tonos burdeos y crema. Mi color favorito. Un pequeño bote con turrón casero envuelto en papel de cocina, dos polvorones medio deshechos en papel de aluminio y una caja de chocolate con una nota que dice: «Para cuando te duela el alma». También hay una foto. Una antigua, de cuando era pequeña y estaba subida a hombros de mi padre durante una cabalgata, con la cara llena de chocolate y una corona de papel dorado. La tomo con cuidado. Me tiemblan los dedos.

—Mamá…

—La tejí en secreto para que no lo vieras cuando viniste. Y sí, he metido polvorones. Sé que odias que se rompan, pero no me aguanté.

—Gracias —susurro—. De verdad. No sabes cuánto lo necesitaba.

—Sí lo sé —responde con suavidad.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Yo, con la bufanda en las manos. Ella, al otro lado del teléfono, seguramente también con un nudo en la garganta. Justo entonces suena el timbre. Frunzo el ceño. No espero a nadie. Miro el reloj: las cinco y treinta y siete de la tarde. ¿Será Rhys? ¿O algún paquete más? Qué extraño.

—Mamá, te dejo. Han llamado a la puerta.

—¿A estas horas? ¿Quién es?

—Ni idea. Luego te escribo, ¿vale? Gracias por todo. Te quiero.

—Te queremos. Abrígate.

Cuelgo. Camino hacia la puerta y miro por la mirilla. Genial. Abro. Blue y Kylie están ahí, sonrientes, vestidas con capas imposibles de ropa deportiva térmica, como si acabaran de salir de un catálogo de yoga polar. Blue lleva una esterilla colgada al hombro y Kylie sujeta un termo humeante entre las manos.

—¡Hola, preciosa carámbano! —dice Blue con una sonrisa radiante.

—Te echamos de menos, así que hemos venido a secuestrarte —añade Kylie, entrando sin pedir permiso.

—No, no, no. Esperad. Ni de broma. Con el frío que hace no pienso ir al parque a hacer yoga. Estáis locas.

—Lo sabemos —responde Blue mientras cruza el umbral tras Kylie.

Intento cerrarle la puerta en broma, pero empuja con la cadera y se cuela.

—En serio, chicas, hoy no. Estoy congelada, agotada, destrozada en lo emocional y…

—Por eso mismo —dice Kylie mientras se deja caer en el sofá como si fuera suyo—. Nada mejor que un poco de aire helado y estiramientos ridículos para resetear el alma.

—Además —añade Blue, señalando la bufanda que aún tengo en las manos—, tienes que estrenar eso. Es perfecta para una sesión espiritual al aire libre con vistas al lago helado.

Resoplo. Me cruzo de brazos.

—Sois peores que los Reyes Magos.

—Los Reyes traen regalos. Nosotras traemos sabiduría milenaria y café caliente —dice Kylie mientras levanta su termo.

Sus risas llenan el apartamento. Por dentro, una parte de mí quiere decir que no; quedarse aquí con la manta y el turrón. Pero otra parte…, otra parte agradece la interrupción. Al fin cedo. No sé si porque me han acorralado, porque no quiero estar sola o porque Blue me ha puesto su gorro de lana con orejitas de oso por encima del abrigo mientras cantaba *Let it go* sin ningún tipo de pudor.

—Vale, pero una cosa os digo —gruño mientras bajamos por la acera resbaladiza—: si se me congelan los dedos de los pies, vais a tener que amputármelos vosotras mismas.

Kylie se ríe sin pizca de compasión.

—No seas dramática. Este aire gélido rejuvenece. Mira mi cara: hidratación natural.

Llegamos al parque. Está casi vacío. Solo un par de corredores enmascarados hasta las cejas y un tipo paseando a un perro que parece un reno. El lago está por completo helado. La superficie refleja la luz mortecina de las farolas, como si alguien hubiera extendido una sábana de cristal sobre la ciudad. El aire duele en los pulmones, pero hay algo… limpio en él. Blue despliega las esterillas sobre la nieve pisoteada. Miro alrededor, dudo si de verdad quiero ponerme a hacer posturas de yoga aquí, con este frío que congela a cualquiera.

—Venga, que no muerde —dice Blue al tiempo que me da una palmada en la espalda.

Nos sentamos en postura de loto, o algo que pretende serlo. El frío traspasa mis pantalones y me dan ganas de salir corriendo, pero entonces Kylie empieza a guiarnos con su voz calmada:

—Respira. Siente el aire. Suelta todo lo que pese.

Cierro los ojos. Inspiro. El aire helado me pincha la nariz y la garganta, pero también despeja algo que llevaba apretado desde que llegué a Chicago. Escucho el crujido lejano del hielo, el viento que mueve las ramas desnudas y, de repente…, me siento ligera.

—Sonríe, Sara —susurra Blue mientras se estira como un gato sobre la esterilla—. Esto es terapia gratis. Y, por cierto…, mi primo vuelve mañana.

Abro un ojo y la miro de reojo, sin cambiar de postura.

—¿Esto forma parte de la terapia o del chantaje emocional?

—Un poco de ambas —contesta ella con una sonrisa inocente que no engaña a nadie—. Vamos, admítelo. Entre el yoga, el frío y la información privilegiada, ya te sientes mejor.

—No pienso darte la razón —murmuro, pero no puedo evitar reírme—. Además, no es nada privilegiada, ya lo sabía.

Y sonrío. Sonrío de verdad.

Cuando abrimos los ojos, el cielo está teñido de un azul profundo y las primeras luces de los edificios se reflejan en el hielo del lago. La ciudad parece una postal congelada. Por primera vez en días, mi cabeza está en silencio: sin Archie, sin el colegio, sin la soledad de mi apartamento. Solo yo, el frío y el mundo que sigue girando.

—¿Ves? —dice Kylie, levantándose para estirar los brazos al cielo —. No estamos tan locas.

—Bueno…, un poquito sí —respondo mientras me río y el vapor de mi aliento se mezcla con el aire helado.

Para mi sorpresa, me gusta. La clase termina entre risas, estiramientos mal hechos y manos congeladas. Recogemos las esterillas con dedos torpes y volvemos a caminar de regreso, las tres envueltas en capas de ropa, bufandas y la euforia inesperada de haber sobrevivido al yoga invernal.

—No quiero decir que os odio, pero os odio —murmuro cuando me froto las manos.

—Lo dices con una sonrisa —responde Kylie.

—Es el entumecimiento facial, no te emociones.

Estamos cruzando la calle cuando un coche negro, brillante y enorme se detiene justo delante de nosotras. Las luces cortas iluminan la acera y por un instante nos detenemos, confundidas. Desde dentro, dos hombres con traje nos observan de arriba abajo con una expresión que no termino de descifrar.

—Tranquilas —dice Blue de inmediato con una risita—. Es mi padre.

El del asiento del conductor baja primero. Es un hombre elegante e imponente incluso con el abrigo largo y la bufanda bien colocada.

Se acerca con paso firme y una sonrisa suave en los labios.

—Buenas tardes, señoritas —saluda con un tono educado, casi ensayado—. ¿Pasando frío?

—Un poco —responde Kylie, simpática como de costumbre.

Yo asiento e intento no parecer incómoda. Blue le da un beso en la mejilla como si fuera lo más normal del mundo.

—Papá, ella es mi profesora de yoga, Kylie, y esta es Sara.

Antes de que pueda decir nada, la puerta del acompañante se abre y el segundo hombre baja del coche. Lo reconozco en cuanto pone un pie en la acera.

Capítulo 31

Sara

Es él. El padre de Archie. No lleva abrigo, solo el traje oscuro y una expresión que no dice nada…, pero que lo dice todo.

Es imposible no fijarse en el parecido: la misma mandíbula fuerte, los mismos ojos claros, esa manera de fruncir el ceño que Archie arrastra desde siempre. Pero hay algo en su mirada que lo hace parecer una versión más fría y dura, como si el tiempo hubiera tallado en él una armadura que Archie aún no ha terminado de forjar. Y entonces mi mente vuela hacia Elliot. La misma intensidad en la mirada, pero con una sombra diferente, más oscura y más difícil de descifrar.

De repente, todo encaja y se desmorona a la vez. Pienso en la familia de Archie y recuerdo las palabras de Elliot cuando me preguntó si su padre sabía de nuestra relación. Algo me dice que este hombre que tengo delante no quiere ni verme por su culpa. Siento que el pecho se me aprieta, como si esas miradas me clavaran agujas. No sé qué pensar, qué sentir o qué esperar. Archie, Elliot y su padre: tres piezas de un puzle que apenas empiezo a entender y que amenaza con romperse en mil pedazos en mis manos.

Se acerca con la misma educación medida que su hermano, aunque su sonrisa es… distinta. Fría. Blue, que parece inmune a

todo, sonríe con la naturalidad de quien no sospecha nada. Lo besa en la mejilla de forma muy cariñosa y le presenta a Kylie.

—Ah, y ella es Sara. —Yo siento que me asfixio—. La novia de Archie.

Kylie se gira hacia mí. Yo me quedo petrificada. Él me mira. Y por un segundo se hace el silencio. Sus ojos se clavan en los míos con una expresión que no necesita palabras. No es sorpresa. No es duda. Es otra cosa. Algo más oscuro y contenido. Me observa como si ya supiera quién soy… y como si no le gustara nada.

—¿Así que tú eres Sara? —pregunta con una voz tan baja que parece una amenaza disfrazada de cortesía.

Trago saliva, pero no alcanzo a responder. Dice algo más, rápido y en voz muy queda; algo que ninguna de nosotras entiende. Ni siquiera estoy segura de que lo diga en inglés. Luego se da la vuelta, sin esperar respuesta, y vuelve a entrar en el coche. La puerta se cierra con un clic seco.

Nos quedamos en silencio. Blue parpadea un par de veces.

—Hostia… —murmura.

La miro.

—¿Qué has hecho, Blue?

—Mi tío no sabe que Archie y tú… Lo siento…

Silencio. Nos quedamos las tres quietas en medio de la acera, con las manos llenas de esterillas, el pelo electrizado por la bufanda y el corazón en la garganta. Blue me dirige una mirada de disculpa lenta y torcida. Entonces el padre de Blue se adelanta con una sonrisa educada, aunque un poco tensa.

—Perdona la reacción de mi hermano —dice dirigiéndose a mí—. No está acostumbrado a estas sorpresas. Pero, con sinceridad, estoy encantado de conocer a la novia de mi sobrino.

Su voz es fría, con una cortesía que resulta casi incómoda. Lo miro e intento no dejarme intimidar, mientras siento que dentro de mí algo se tensa aún más. Dentro del coche, el padre de Archie ni siquiera me mira a los ojos. Su mirada se clava en la esquina opuesta, evitando cualquier contacto conmigo.

—Blue, tenemos que irnos ya.

—Sí, voy. Perdona, Sara.

Blue y su padre se dan la vuelta y entran en el coche sin más palabras. Yo me quedo petrificada en la acera, con las manos todavía apretando la esterilla, sintiendo cómo el frío no solo viene del invierno, sino de ese muro invisible que él acaba de levantar entre nosotros. El silencio se instala, pesado, hiriente, y me cuesta recordar cómo se respira. El coche arranca sin hacer ruido y el viento helado me sacude la cara como si quisiera despertarme. Pero sigo ahí, inmóvil.

—¿Sara? —la voz de Kylie me llega amortiguada, como desde muy lejos—. ¿Qué te pasa?

Parpadeo. No me había dado cuenta de que seguía a mi lado.

—Nada… —miento.

Kylie entrecierra los ojos, frunce el ceño y me toma del brazo.

—Vamos. Estás tiritando.

—Kylie…

—Nada de Kylie. Vamos. Ahora.

Tira de mí con una fuerza inesperada y cruzamos la calle en silencio. El edificio aparece ante nosotras como un refugio, aunque hoy ni eso me reconforta. Siento que una puerta invisible se ha cerrado con violencia. Y yo me he quedado fuera.

Subimos en silencio. El ascensor tarda más de lo normal, como si el edificio también sintiera el peso de la escena que acaba de ocurrir.

En el pasillo, las luces parpadean otra vez. Esta vez no me dan ganas de llorar; solo me hacen sentir más fuera de lugar.

—¿Vas a decirme qué ha pasado o piensas seguir con esa cara de «me quiero evaporar»? —pregunta Kylie al detenerse frente a su puerta.

La miro, pero no sé qué decir. Me muerdo el labio.

—No estoy segura de lo que pueda pasar ahora.

—¿Con qué? ¿Con quién? ¿Qué ha sido eso, Sara? Parecías una estatua.

—Es complicado.

Ella cruza los brazos.

—Pues lo descomplicas. Vamos. Entra. Te invito a un café y me lo cuentas como personas civilizadas.

Parpadeo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. No me vas a dejar con la intriga. Además, somos vecinas. Qué menos que una charla de pasillo con cafeína.

Y, sin darme tiempo a negarme, abre la puerta de su apartamento y me hace un gesto para que entre.

—Vamos, que no muerdo. Solo juzgo un poco.

Sonrío débilmente y entro. Su casa es acogedora y cálida, con luces suaves y olor a canela. Me sorprende lo mucho que contrasta con el frío que traigo encima. Nos sentamos en la cocina y, mientras Kylie prepara dos tazas, yo me quedo en silencio. El vapor de la cafetera llena el aire con un aroma suave, pero yo solo siento frío en el pecho. Hasta que no puedo más.

—Era el padre de Archie —digo casi en un susurro.

Kylie se gira a mirarme por encima del hombro, como si ya lo hubiera sospechado.

—Eso ya lo he intuido. ¿Y?

—El hombre que iba en el coche. El segundo. El que no ha querido ni mirarme. Es su padre.

—¿Y? —repite sin juicio, pero con la curiosidad clavada en el entrecejo.

Entonces me doy cuenta de que no me estoy explicando bien.

—No le ha hecho ni pizca de gracia saber quién soy. Blue podría haberse callado…, pero no lo hizo.

Kylie me pasa una taza caliente y se sienta frente a mí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué más da quién seas?

Bajo la vista. Miro el vapor que se escapa del café como si ahí pudiese leer una respuesta.

—No lo sé —respondo primero. Pero sí lo sé. O al menos empiezo a intuirlo—. Bueno…, supongo que será porque Elliot le ha contado todo. Que Archie y yo estuvimos juntos cuando yo era su profesora, que me echaron del internado por culpa de él. Y ahora…, ahora todo encaja. El padre de Archie sabe quién soy y no me quiere cerca de su hijo.

Trago saliva. Me arden los ojos, pero no voy a llorar. No aquí.

—Elliot me lo advirtió —añado en voz baja—. Me preguntó si su padre lo sabía. Me lo dijo como si fuera una amenaza. Y yo no quise creerlo. Pensé que estaba intentando asustarme…, o hacerme daño.

Acaricio el borde de la taza con los dedos.

—Pero ahora creo que lo sabía desde el principio. Que Elliot y su padre han hablado. Y que, de alguna forma, esto estaba decidido antes de que yo llegara. Como si hubiesen trazado un plan para apartarme de Archie. Solo faltaba que me dejaran ver su desprecio en persona.

Levanto la mirada hacia Kylie.

—¿Y si se lo prohíbe? ¿Y si Archie tiene que elegir? ¿Y si… ya lo ha hecho?

Kylie deja la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—Entonces, que se joda —dice sin pestañear—. Si Archie permite que su padre o su hermano decidan por él, entonces no es el chico que tú recuerdas. Ni el que merece estar contigo.

Me deja sin palabras.

—Sara, te estás partiendo la cabeza por lo que pueda pasar, por lo que quizá pase. Pero lo que sí ha pasado, lo que ya es real, es que tú has luchado como una loca por salir adelante, por construir algo aquí. No viniste a Chicago a suplicar que te quieran. Viniste a ser tú. Y eso no te lo puede quitar ningún padre con cara de funeral ni ningún Elliot desde Escocia.

Apenas me doy cuenta, pero se me han llenado los ojos de lágrimas. Kylie me sostiene la mirada.

—Así que, si te va a doler, que te duela por algo que valga la pena. No por ellos.

Yo trago saliva. El nudo en la garganta sigue ahí, apretando más con cada palabra.

—Es que no soy solo yo —susurro—. No me da miedo que me odien a mí. Estoy acostumbrada. A las miradas, al juicio, a las consecuencias. Ya he perdido trabajos, ciudades, reputación…

Levanto la vista. Mis ojos se encuentran con los de Kylie y en ellos hay más miedo del que me gustaría reconocer.

—Me da miedo lo que pueda pasarle a él. Lo que le cueste estar conmigo. Porque sé cómo funciona ese mundo. Lo he visto. Si su padre decide que no…, si lo pone entre la espada y la pared, si lo amenaza con quitarle lo que tiene, con hundirlo profesionalmente…, Archie podría perderlo todo. Por mí. —La voz se me rompe al decirlo —. Y no sé si puedo cargar con eso. No sé si debo.

Kylie respira hondo. No aparta la mirada.

—Sara… —dice más suave ahora—, estás preocupada porque eres una buena persona. Pero no puedes vivir la vida por él. Ni elegir por él. Si Archie decide estar contigo, con todo lo que eso implique, será su decisión. Suya. No le robes esa libertad pensando que lo proteges.

Cierro los ojos un segundo. Me duele cada palabra porque sé que tiene razón. Y, aun así, duele más imaginar a Archie enfrentándose solo a ese monstruo de traje y sonrisa fría.

—¿Y si no puede? ¿Y si lo intenta y no le dejan?

Kylie suspira, se aparta un mechón del rostro y apoya los codos sobre la mesa.

—Sara, no sirve de nada que te mates pensando en todas las posibilidades. Puedes pasarte la noche entera imaginando finales horribles, pero eso no cambiará lo que vaya a pasar. Lo único que puedes hacer es esperar a que Archie vuelva y hablar con él. Contarle lo que ha pasado. Lo que has sentido. Lo que te preocupa. Y entonces, que pase lo que tenga que pasar.

La miro en silencio. Su forma de decirlo, sin adornos ni dramatismos, me sacude más que cualquier consuelo.

—¿Y si no vuelve igual? —pregunto en voz baja.

—Entonces ya lo sabrás. Pero no te tortures antes de tiempo. Lo que no puedes hacer es callarte. Si Archie es quien tú crees que es, va a querer saberlo. Y si no…, bueno. Mejor saberlo ahora.

Trago saliva. El café ya está frío en mis manos, pero no me importa. Kylie se pone en pie y me da un apretón leve en el hombro antes de sentarse en su sillón.

—Cuando llegue, habla con él. No huyas de lo que sientes. No te escondas. Porque si tú lo haces, no esperes que él luche.

Asiento con el corazón temblando y una certeza creciendo en silencio. Tengo que hablar con Archie. Aunque me muera de miedo,

aunque duela. Porque lo que pase después… dependerá de los dos.

—Gracias por el café, Kylie —digo al ponerme de pie—. Y por escucharme. De verdad.

Ella sonríe con suavidad, ya en la puerta.

—Cuando quieras. Para eso están las amigas, ¿no?

Le devuelvo una sonrisa débil y salgo. Mis pasos suenan huecos en el pasillo mientras vuelvo a mi apartamento, con las manos en los bolsillos y la cabeza hecha un nudo. Nada más cerrar la puerta tras de mí, me quito los zapatos y dejo caer la chaqueta en el perchero. Enciendo la luz tenue del salón. Todo está en silencio; demasiado silencio. Busco el móvil y marco su número. Una vez. Dos. Pero salta el buzón. Apagado. Claro. Todavía no ha aterrizado. Me lo dijo: «Te llamo cuando llegue». Y sé que lo hará.

Me obligo a preparar algo de cena, aunque no tengo hambre. Dos rebanadas de pan y un poco de queso. Un sándwich insípido que apenas consigo tragar. Lo acompaño con agua del grifo, sin ganas de más. Después me lavo los dientes, me pongo el pijama de cuadros y me meto en la cama. Doy vueltas. Escucho los sonidos del edificio: una tubería que cruje, una puerta que se cierra en algún piso, el murmullo lejano del ascensor. Pero nada de eso me distrae de lo que de veras me pesa.

Rebobino la escena una y otra vez: la mirada del padre de Archie, el modo en que se giró como si no mereciera ni verme, las palabras de Kylie flotando todavía en mi cabeza. Y, sobre todo, espero. Espero su llamada. Su voz. Algo que me ancle de nuevo. Tardo en dormirme, con el móvil en la mano y el pecho apretado. Pero al final, sin darme cuenta, el sueño me vence. Y, por unas horas, todo desaparece.

Capítulo 32

Sara

El colegio está lleno de voces, de pasos por los pasillos y de un murmullo constante entre clases. Pero yo no oigo nada. O no escucho de verdad. Estoy en piloto automático, con una sonrisa educada para los alumnos y una palabra amable para algún profesor, pero con la cabeza en otro lugar. En él. Reviso el móvil cada pocos minutos, aunque no haya notificaciones. Y cuando por fin vibra, el corazón me da un vuelco. Abro el mensaje al instante. Solo unas pocas palabras.

Archie:
Cuando salga del entrenamiento voy a tu casa.

Eso es todo. Ni un «hola», ni un «he llegado bien», ni un «te echo de menos». Solo eso. Cortante y seco. Tecleo deprisa.

Yo:
Vale. ¿Estás bien? Llámame cuando puedas.

Lo envío y espero. Un minuto. Cinco. Diez. Nada. Marco su número. Suena. Pero no contesta. Y, aunque intento obligarme a pensar que está ocupado, que aún no ha visto mi mensaje, que tal vez solo necesita tiempo…, la ansiedad me sube por la garganta como una ola.

Las horas pasan lentas. Cada clase, cada pausa y cada saludo se sienten innecesarios. Un decorado sin sentido. Cuando por fin termina la jornada, me quedo un segundo frente a la puerta del colegio. Hace frío, hay viento y estoy cansada. Pero no quiero volver a casa a esperar. No puedo.

Abro el mapa en el móvil y tecleo: «Ridge Country Club». El punto aparece al norte, no tan lejos. Podría llegar en metro y luego caminar, o quizá combinar con un autobús. Calculo la hora. Tal vez si me doy prisa llegue antes de que termine el entrenamiento. Tal vez me vea. Tal vez podamos hablar de frente. Sin filtros. Sin mensajes fríos. Sin fantasmas entre nosotros.

Guardo el móvil, me subo la bufanda y empiezo a caminar hacia la estación con una sola idea en la cabeza: no voy a perderlo sin luchar.

El Ridge Country Club se extiende ante mí como un espejismo helado en mitad del invierno. El césped, aunque cuidado, está endurecido por el frío, y el lago que se ve a lo lejos refleja el gris del cielo como un espejo roto. Me bajo del autobús con las mejillas ardiendo por el viento y los dedos entumecidos. No tengo ni idea de si he llegado a tiempo, pero camino deprisa, siguiendo los carteles, hasta que empiezo a escuchar el clic seco de los golpes.

Y entonces lo veo. Archie.

Está solo en el campo de prácticas, con un gorro negro cubriéndole la cabeza y un abrigo fino sobre la ropa deportiva. El viento le azota el rostro, pero no parece notarlo. Se prepara, flexiona las piernas, eleva el palo… y golpea con precisión. El sonido del impacto es limpio, firme y profesional. No me ha visto. Me quedo donde estoy, tras una hilera de arbustos que flanquean el camino, oculta por la distancia y el silencio. No hago ni el intento de llamarlo. Solo lo observo durante varios minutos.

Golpea una bola tras otra, con una concentración que me deja sin aliento. No es el chico de bachillerato que conocí hace un año. No es el alumno que escondía el talento bajo capas de rabia. Es… otra cosa. Es un jugador. Uno de verdad. De repente me doy cuenta de cuánto ha cambiado en estos meses. Lo mucho que ha mejorado: su postura, su control, su enfoque. Lo lleva en la sangre, en los gestos y en los silencios. El golf es lo suyo. No porque se lo impusieran ni por complacer a nadie; es porque ahí, en ese campo, parece respirar de otro modo.

Y yo estoy aquí, con los pies helados, el corazón en la garganta y la certeza incómoda de que tal vez… yo no formo parte de ese mundo. Pero lo quiero. Lo quiero tanto que me duele. Respiro hondo y salgo de mi escondite. Es hora de hablar.

Me decido a cruzar el campo. Camino con paso firme, aunque por dentro todo se tambalee. Archie sigue practicando, absorto en su rutina y por completo ajeno a mi presencia. Me acerco por el sendero lateral, intentando no llamar la atención, cuando una voz seca me detiene.

—¿Qué haces aquí?

Me giro en seco. Su padre. El mismo hombre que no quiso ni mirarme en la calle. Va impecable, como siempre: traje gris oscuro, abrigo largo, manos enguantadas a la espalda, y esa expresión medida, contenida…, peligrosa.

Trago saliva.

—He venido a hablar con Archie.

Me sostiene la mirada un segundo interminable antes de negar con la cabeza, como si yo fuera una niña que no entiende nada.

—No tiene nada que hablar contigo. Archie está donde debe estar. —Su tono es tan frío que me cala más que el viento invernal—. No le

haces bien. Lo distraes. Y él no puede permitirse distracciones ahora.

No sé qué decir.

—El golf es su vida. Es su futuro. No lo eches a perder otra vez.

Sus palabras me atraviesan. «Otra vez». Siento un nudo formarse en mi garganta. Lo miro con los labios apretados. Y por un segundo…, dudo. ¿Tiene razón? ¿De verdad soy una distracción? ¿Un obstáculo?

—Yo no…

No termino la frase. A lo lejos, Archie se prepara para otro golpe, pero me ve. Nuestros ojos se cruzan solo un segundo. Solo una mirada. Y entonces falla. El palo roza mal la bola, que cae a un lado, torpe, sin fuerza ni dirección. Cierro los ojos. Lo he desconcentrado. Lo he interrumpido. Tal vez su padre tenga razón. Tal vez yo nunca debí haber venido.

Archie alza la vista otra vez. Nos ve a su padre y a mí. No lo duda ni un segundo. Camina hacia nosotros con paso firme y decidido, con el palo aún en la mano y la mandíbula tensa. Su cuerpo entero es un torbellino contenido. A cada paso que da, mi respiración se hace más corta. No quiero que me vea así. No quiero que piense que he venido a discutir con su padre ni a meterme donde no me llaman. Retrocedo un poco, apenas un paso, pero él lo nota.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta mientras clava los ojos en su padre, sin apartar la vista ni un momento.

No le responde. Archie desvía entonces la mirada hacia mí, con el ceño fruncido, entre confundido y molesto.

—Sara. ¿Qué haces aquí?

No sé qué responder. Porque lo sabía hace una hora, cuando decidí venir a darle una sorpresa; cuando me pareció buena idea demostrarle que estoy con él y que no le tengo miedo a su mundo.

Pero ahora, con su padre al lado, con ese fallo reciente y con esa acusación en los ojos…, ya no estoy tan segura.

—Yo… solo quería hablar contigo —consigo decir al bajar la mirada.

—¿Hablar de qué? —pregunta, más suave ahora, pero sin perder la tensión del rostro.

—No aquí —murmuro, sin atreverme a levantar los ojos del suelo —. No delante de tu padre.

Lo noto desconcertado, enojado y herido. Su padre ni se inmuta. El silencio que se instala es espeso y eléctrico. Y todo lo que siento es que estoy de más. Que esta escena no me pertenece. Que quizá he cruzado una línea que no debía.

—¿Por qué no quieres hablar delante de mí? ¿Quién eres tú? — espeta su padre con una sonrisa helada, sin mirarme siquiera—. ¿Una fan? ¿Una profesora nostálgica? ¿Una distracción pasajera?

Sus palabras me cortan como cuchillas, porque no las esperaba; ni ese tono ni esa crueldad. Por un segundo me falta el aire. Pero Archie no vacila.

—Es mi novia —dice alto y claro.

El silencio que sigue es atronador. Su padre lo mira por fin, con una mezcla de incredulidad y asco. Pero Archie da un paso más y se coloca un poco delante de mí, como si quisiera protegerme y como si me defendiera sin preguntarme si deseo que lo haga.

—Y más te vale ir acostumbrándote a verla, porque va a estar cerca. Mucho. A partir de ahora —remata sin apartar la vista de su padre ni un segundo.

No sé qué decir ni qué sentir, porque todo está pasando tan rápido que mi cerebro apenas puede procesarlo. Pero sí sé una cosa: Archie me está eligiendo. Y eso, aunque me aterre por lo que implica,

también me atraviesa como una chispa que enciende algo dentro de mí.

—¿Estás seguro? —pregunta su padre despacio, con una calma que da miedo—. ¿Vas a elegir a esta chica antes que todo lo que te estoy ofreciendo?

Archie no responde de inmediato. Yo siento que me hundo. Me vuelvo pequeña y minúscula, como si su presencia pudiera borrarme solo con una mirada. Pero Archie no se mueve. No duda.

—Sí. Estoy seguro.

La mandíbula de su padre se tensa. Luego suelta una risa seca y amarga.

—Piénsatelo bien, Archie. Porque si haces esto..., si la eliges a ella, lo pierdes todo. No va a quedarte ni un centavo. No va a quedarte una casa. No va a quedarte ni un puto palo de golf. Te vas a dar de bruces con la vida real. Y ahí no hay comodines, ni apellidos, ni papá que te salve. Y cuando estés ahí fuera, empapado, solo, sin nada…, ya no será mi problema.

Lo dice sin alterarse y sin levantar la voz. Y precisamente por eso da tanto miedo. Archie no se inmuta. Solo repite, sin apartar la vista de su padre:

—Entonces ya estás tardando.

Por un momento pienso que va a golpearlo o a decir algo peor. Pero el hombre solo resopla indignado, gira la cabeza con desprecio y se da la vuelta. Camina con la espalda recta y los puños cerrados, alejándose sin mirar atrás. Solo cuando desaparece de nuestra vista me atrevo a respirar. Y entonces me doy cuenta de que estoy temblando. Pero no de frío, sino de todo lo que acaba de pasar, y de lo que puede pasar ahora.

Archie no dice nada durante unos segundos. Se limita a mirar el punto por donde su padre ha desaparecido. La mandíbula apretada.

Los puños, igual. Sé que le hierve la sangre. Lo conozco y sé que por dentro está al borde del estallido. Pero también sé que se está conteniendo por mí. Cuando al fin gira la cabeza hacia mí, su expresión cambia. Apenas, pero cambia. Se le nota el esfuerzo en el gesto, en los hombros que intenta aflojar, en el tono que fuerza para sonar tranquilo.

—Lo siento —dice, bajando un poco la voz—. No tenía por qué hablarte así.

Yo no sé ni qué decir. Tengo el corazón en la garganta y un nudo en el estómago.

—Archie…

Él da un paso hacia mí.

—No pasa nada —añade—. Está cabreado. Pero se le pasará. Siempre se le pasa. Es su forma de marcar límites.

Yo no puedo evitar mirarlo con los ojos muy abiertos. ¿De veras? ¿Eso es todo lo que piensa?

—¿De verdad crees que esto se le va a pasar?

Él se encoge de hombros. Intenta parecer más relajado de lo que está, pero se le nota la tensión en los dedos y en la forma en que mira hacia un lado, esquivando mi expresión.

—¿Y si no lo hace, Archie? —le pregunto—. ¿Y si…?

Me callo. Ya estoy haciendo lo que juré que no haría: ponerle más peso encima. Y él lo nota. Da un paso más y me rodea con los brazos.

—Shhh… —murmura mientras me aprieta contra su pecho—. Te echaba de menos. Eso es lo único que me importa ahora.

Yo me quedo quieta. No sé si abrazarlo o decirle que abra los ojos. Su perfume me envuelve. Su voz también. Y por un instante, me dejo ir. Pero muy dentro de mí, algo ya no encaja. No por él. Sino

por todo lo que nos rodea. Y no puedo evitar pensar: «¿Y si esto es solo el principio?».

—Acompáñame —dice Archie sin soltarme del todo—. Voy a recoger mis cosas y nos vamos.

Asiento en silencio y caminamos juntos hacia las instalaciones. Él sigue con la mandíbula apretada y en modo automático, como si el cuerpo le funcionara, pero la cabeza estuviera en otra parte. Entramos en el vestuario y Archie se dirige directo a su taquilla. Abre la puerta con fuerza, toma su mochila de entrenamiento y empieza a buscar.

—Las llaves… —murmura mientras rebusca con una mano.

Yo me acerco y lo observo. Cada vez se mueve con más rapidez y tensión.

—¿No están?

—No. Estaban aquí. Siempre las dejo en el bolsillo lateral.

Se agacha, vacía parte de la mochila y gira la bolsa entera sobre el banco. Nada. Yo también miro a mi alrededor; lo ayudo a buscar entre las toallas, bajo los bancos y en los compartimentos.

—¿Seguro que no las dejaste dentro del coche?

—No. Estoy seguro.

Nos miramos. Y, sin decir más, salimos hacia el aparcamiento. La brisa de la tarde es gélida. Archie se adelanta unos pasos, escaneando con la mirada el lugar… hasta que se detiene en seco. El coche no está.

—No… —susurra.

Yo llego junto a él y lo miro.

—¿Seguro que era aquí?

Él no responde. No hace falta; lo veo en su cara. Su padre se lo ha llevado.

—Se lo ha llevado —murmura como si necesitara oírlo en voz alta para creerlo—. Ha cogido mi coche.

—¿Tu coche?

—Bueno, es suyo. Todo lo que uso… es suyo.

Se pasa las manos por el pelo y da una vuelta sobre sí mismo como si buscara alguna lógica o alternativa, pero no la hay. Es un castigo: directo, inmediato y cruel.

—No ha dicho una palabra. Ni una —masculla con los dientes apretados—. Solo ha venido, ha soltado su amenaza, y se ha llevado el coche como si yo fuera un niño al que le quita el juguete.

Yo lo miro. Quiero decirle algo que lo alivie, pero nada suena bien. Nada sirve.

—¿Quieres que pidamos un taxi?

Archie niega con una mezcla de rabia e impotencia en los ojos.

—No. Vamos andando. Necesito despejarme. O romper algo. Lo que ocurra primero.

Y empezamos a caminar. Sin coche, sin llaves y sin certezas. Con una sola cosa clara: su padre acaba de declarar la guerra. Caminamos sin decir nada.

Capítulo 33

Sara

Las calles se extienden en silencio bajo los árboles desnudos, cubiertas de restos de nieve sucia y el crujido apagado de nuestras pisadas. Archie va un paso por delante, con las manos en los bolsillos y los hombros tensos, como si la rabia todavía lo sostuviera. Yo no digo nada. No lo alcanzo. Y tampoco lo intento. Hay algo en su espalda, en su nuca rígida, que me dice que ahora mismo necesita de forma exacta eso: silencio.

Y así avanzamos, casi veinte minutos, hasta que su edificio aparece al fondo. No habla. No me mira. Y a pesar de que sé que no es contra mí, duele.

—Lo siento.

Archie abre los ojos. Me mira por fin.

—¿Qué?

—Lo siento. Si no hubiera ido hoy…, nada de esto habría pasado. No se habría cruzado conmigo, no habría discutido contigo y no estarías ahora sin coche ni con esa amenaza sobre ti.

—Sara…

—De verdad. Sé que solo quería provocarme. O asustarme. Y lo ha conseguido. Y a ti… también.

Me siento culpable por venir, por meterme y por no haberme quedado quieta. Él niega con la cabeza despacio y se acerca a mí.

—No. No digas eso —susurra—. No vuelvas a pedir perdón por estar conmigo. Jamás. Yo tendría que ser el que se disculpe por no haber reaccionado antes, por no haber sabido parar a mi padre y por dejar que el pasado te vuelva a doler por culpa de mi familia. —Me sostiene la mirada, grave, con un brillo herido en los ojos que me desarma—. No quiero volver a fallarte, Sara. Y menos por ellos.

Mi garganta se cierra un segundo. Trago saliva.

—Archie…

—Esta vez voy a hacerlo bien. Contigo. Pase lo que pase.

Y esta vez soy yo quien lo abraza primero. Al llegar a la acera de enfrente, levanto la vista casi sin querer y busco la luz del ático entre las ventanas encendidas. Archie me roza con el hombro.

—Vamos arriba. Hace demasiado frío para seguir en la calle.

Asiento, agradecida. Solo quiero entrar, dejar el día atrás y dejarlo a él respirar. Pero cuando atravesamos las puertas de cristal, el silencio estalla.

—Señor, un momento, por favor —dice uno de los guardias de seguridad, levantándose de su escritorio.

Archie frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nos han informado de que no puede acceder a su residencia —añade el otro con voz incómoda, casi avergonzada—. Lo sentimos, pero tenemos órdenes.

Me quedo quieta, helada. Archie no reacciona al instante; parece no haberlo entendido.

—¿Cómo que no puedo acceder?

—Lo lamentamos. En serio. No nos ponga en una situación más difícil —dice el primero. Y su tono es casi suplicante.

Archie baja la mirada y asiente despacio. Una línea tensa le cruza la mandíbula.

—No sabéis ni quién soy, ¿verdad?

—Sí, señor. Precisamente por eso.

Entonces lo comprendo. Y él también. Su padre no solo lo ha despojado del coche: le ha cerrado la puerta de su propia casa.

—Archie… —susurro al dar un paso hacia él.

Pero él niega con la cabeza, con los labios apretados, como si no quisiera que yo diga nada.

—Vámonos —le digo con suavidad—. Ven a casa. No pasa nada, de verdad.

Sus ojos siguen fijos en la nada, perdidos por un segundo. Solo asiente con un gesto que me rompe por dentro. No dice nada mientras volvemos sobre nuestros pasos. Solo el crujido de la nieve sucia bajo los pies nos acompaña. Y yo pienso en lo que significa para él, en lo que su padre está dispuesto a hacer y en lo que está perdiendo por estar conmigo. Apenas damos unos pasos fuera del edificio, Archie estalla.

—¡¿Pero qué mierda le pasa?! ¡¿Se cree que puede hacer esto?! —grita sin importarle el eco en la calle, ni la gente que pasa, ni el frío que le enrojece la cara—. ¡Me quita el coche, me echa de casa, ahora esto! ¡Por qué demonios…!

Lo tomo del brazo con suavidad, pero con firmeza.

—Archie, por favor… —susurro—. No así. No hoy. Vamos a solucionarlo, pero ahora no puedes pensar con tanta rabia.

Él me mira con los ojos en llamas. Pero algo en mi voz le hace soltar un respiro contenido. Aprieta los labios y asiente con violencia, como si le doliera hacerlo. Levanto la mano y paro un taxi. Cuando se detiene, él entra sin decir nada. Yo subo detrás y le indico la dirección. Durante el trayecto, Archie toma el móvil y llama una, dos, tres veces. Nadie responde. La pantalla permanece en silencio. Él la observa con los dientes apretados.

—Lo está haciendo a propósito —murmura con voz áspera—. Me está ignorando. Seguro que se está riendo. Seguro que piensa que así voy a ir corriendo a pedirle perdón como siempre.

No sé qué decirle. Porque quizá tenga razón. Cuando llegamos a mi edificio, Archie saca su tarjeta para pagar mientras sigue encerrado en sus pensamientos. Su mandíbula está tan tensa que parece tallada en piedra. Desliza la tarjeta en el lector del taxi. Nada. Frunce el ceño y la vuelve a pasar. Nada. Saca otra. Mira el plástico como si esperara una explicación. La introduce. Error. Otra más. Nada.

—No, no, no, no… —murmura. Y esta vez su voz ya no suena solo frustrada: suena rota.

El conductor, un hombre mayor de expresión cansada y mirada curiosa, se gira apenas.

—¿Hay algún problema, chicos?

Me acerco y le pongo la mano sobre la espalda.

—Archie, para. Ya está. Usa la mía.

—No pienso… —sisea él entre dientes, con el rostro encendido por la rabia y la humillación.

—Archie, por favor. No es un favor, es necesidad. Salgamos de aquí, entremos en casa. Respira. Solo… cálmate un poco. ¿Vale?

—Oye —interrumpe el taxista, esta vez un poco más firme—. No quiero meterme en nada, pero si no podéis pagar, voy a tener que llamar a la central.

—No, no hace falta —respondo con rapidez al tiempo que saco mi cartera—. Le pago yo.

Saco mi tarjeta y la acerco al lector. El pitido de aprobación suena enseguida.

—Gracias —dice el conductor con un tono más relajado—. Y tú… —Le lanza una mirada a Archie—. Sea lo que sea, no dejes que te

gane. Si no puedes controlar lo que pasa, al menos controla cómo reaccionas. Créeme.

Y luego, sin más, espera a que nos bajemos, arranca y se va. Nos quedamos unos segundos frente al edificio en silencio. Archie no dice nada. Mira al suelo como si odiara el pavimento. Como si lo odiara todo. Me acerco y lo rodeo por la cintura en silencio. No me aparta, pero tampoco reacciona. Solo cuando levanta la mirada hacia la entrada, susurra:

—Vamos dentro.

Subimos en silencio. Archie no suelta palabra y yo tampoco. No quiero forzarlo. No todavía. Cuando entramos, el calor del apartamento me da una bofetada suave que, sin embargo, se siente como un alivio. Cierro la puerta tras nosotros. Archie deja su mochila en el suelo sin mirar y sin pensar. Camina hacia el sofá como si llevara el peso de todo el día sobre los hombros y, tal vez, de toda su vida también. Se deja caer, hundido, con los codos sobre las rodillas y las manos enlazadas. La cabeza baja. La respiración densa.

Me acerco sin decir nada. Me siento a su lado y dejo una pequeña distancia. Espero. Pasan segundos, minutos, hasta que habla con la voz más baja que nunca:

—¿Te das cuenta de lo que ha hecho? —Lo miro, pero no lo interrumpo—. Me ha quitado el coche, las tarjetas, el ático. Me ha dejado fuera. Como si fuera… nada. —Su risa es breve, sin rastro de humor—. Y todo porque apareciste tú. Porque no me escondí. Porque te escogí. Otra vez.

Gira la cabeza hacia mí y por fin me mira. Sus ojos están rojos, pero no llora. No todavía.

—La otra vez lo permitió porque pensó que era temporal, una tontería de instituto. Pero ahora lo ha comprendido. Que esto va en serio. Que es real.

Me acerco un poco más y apoyo mi mano sobre su rodilla.

—Estoy aquí —le digo con suavidad—. No tienes que cargar con esto solo.

—No quiero que esto te arrastre a ti también. —Su voz se rompe apenas, casi imperceptible, pero lo noto—. Ya lo hizo una vez. No quiero volver a… destruirte.

—No me estás destruyendo. —Y lo digo con toda la firmeza de la que soy capaz—. Me estás dejando entrar.

Él me mira como si no terminara de creérselo.

—Archie, no sé cómo vamos a solucionar esto ni qué va a pasar mañana. Pero sí sé que no te voy a dejar solo ahora. No tras todo lo ocurrido.

Sus labios tiemblan un poco y baja la cabeza. Aprieta los ojos. Y ahí está: no un llanto desbordado ni lágrimas dramáticas, solo una respiración entrecortada, casi invisible, como si soltar una sola emoción fuera demasiado para él.

Me acerco y lo rodeo con los brazos. Y esta vez, se deja sostener.

—Gracias —murmura en mi cuello; apenas un suspiro.

No hace falta decir nada más. La noche ha caído por completo y el silencio del apartamento es suave, casi cálido. No hemos encendido más que una lámpara baja junto al sofá, y el resplandor anaranjado baña la sala en una calma inesperada. Tras cenar —si a compartir una bolsa de patatas y una cerveza se le puede llamar cenar—, seguimos en el sofá, ya más cerca, con las piernas enredadas y la manta sobre nosotros. Archie parece más tranquilo: cansado, pero en paz. Su mirada vaga por el techo, pensativo.

—Cuando vi tu apartamento por primera vez… —empieza con una media sonrisa torcida— pensé que era un cuchitril.

—Ya lo sé —respondo, sonriendo también—. Pusiste esa cara de «¿cómo puede vivir aquí un ser humano?» e intentaste disimular.

—Lo intenté mucho —se ríe bajo, sin querer—. Es solo que… estaba acostumbrado a otras cosas.

—Como a tener una bañera más grande que mi cocina.

—Exacto. —Me mira, con más sinceridad ahora—. Pero hoy, cuando hemos entrado…, no sé. Me ha parecido mi hogar.

—¿Tu hogar?

—Sí. Tiene tus cosas, huele a ti, tiene tus colores, tus libros desordenados y tus tazas desparejadas. Me he sentido… a salvo.

Me quedo mirándolo unos segundos. Archie no suele decir cosas así; no con esa facilidad.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites —le digo—. Esto no es mucho, pero es nuestro sitio ahora. No necesitamos más.

—No te merezco. —Su mano se enreda con la mía bajo la manta —. No sé qué va a pasar, Sara. No sé si mañana tendré entrenamiento, si mi padre va a seguir bloqueándolo todo o si voy a tener que empezar desde cero. Pero si tengo que hacerlo, quiero hacerlo contigo.

Mi pecho se encoge y se expande al mismo tiempo. No me atrevo a decirle que llevo horas con el mismo miedo, que he dudado y que sus palabras me han hecho daño, aunque no fuera su intención. Pero ahora, aquí, con su voz baja y con sus dedos enredados con los míos…, siento que puedo soportar lo que venga.

—Entonces, no pensemos —le susurro—. Y mañana veremos; iremos viendo cómo lo solucionamos.

Él asiente. Nos quedamos así un rato más. Después apagamos la luz y, en mi cama demasiado estrecha, con los pies fuera de las mantas y los codos en guerra, dormimos juntos. O lo intentamos. Pero, al menos, no estamos solos.

Me despierta su voz. Al principio no entiendo qué dice ni con quién habla. Solo sé que no está en la cama. Me giro, aún medio dormida,

y escucho el eco bajo de su enfado en la cocina, apenas a unos metros de mí.

—¡¿Y qué quieres que haga?! ¡No puedo dejar de competir así como así! ¡Tú lo sabes mejor que nadie!

Silencio al otro lado. Me incorporo despacio. Me froto los ojos y me acerco sin hacer ruido.

—No es tan fácil —insiste—. ¡He trabajado toda mi vida para esto! No puedo simplemente... dejarlo porque mi padre quiera castigarme. —Su voz se quiebra—. Déjalo, mi padre decide y siento que te hayas quedado sin trabajo por mi culpa.

Me asomo apenas. Está de espaldas, descalzo, con la camiseta arrugada y el pelo revuelto. Su mano aprieta el móvil con fuerza, pero la otra tiembla sobre la encimera.

—Pues haz lo que tengas que hacer —termina con una voz que ya no suena a enfado, sino a derrumbe—. Gracias por nada.

Cuelga. Y se queda allí, sin moverse, como si acabara de perderlo todo.

—Archie… —susurro.

Se gira lentamente. Tiene los ojos rojos. No llora, no del todo, pero está al límite.

—Era el entrenador. Me ha dejado fuera del torneo. —Su voz es hueca, como si se hablara a sí mismo—. No quiere líos con mi padre, con los medios ni con los patrocinadores. Así que ya está. Se acabó.

Me acerco y lo rodeo con los brazos. Él no reacciona al principio. Solo después, cuando lo estrecho con más fuerza, hunde la cara en mi cuello.

—He dedicado todo a esto. Toda mi vida. Cada día. Y ahora… —se interrumpe y traga saliva—, ya no sé quién soy si no estoy compitiendo. Si no soy «el hijo de». Si no tengo los focos encima.

—¿Y si ahora es cuando de verdad empiezas a ser tú? —le digo con suavidad—. No necesitas el apellido. No necesitas los flases. Solo necesitas tu talento. Y eso, Archie, no te lo pueden quitar.

Me mira, lento, como si intentara creerse mis palabras.

—Inscríbete como uno más —continúo—. Como cualquier chico de tu edad que se presenta a un torneo. Ve sin el respaldo de nadie, sin presión y sin nombre. Solo tú, tu juego y lo que vales. Demuéstrales a todos que no te hace falta nada más.

Sus ojos se humedecen. Parpadea varias veces y respira hondo.

—¿Tú crees?

—Yo no lo creo, Archie. Lo sé. Porque lo he visto. Porque hoy, en el campo, mientras entrenabas, vi al mejor jugador que he visto en mi vida. No por lo que llevabas puesto ni por el nombre bordado en la bolsa. Por cómo jugabas. Por lo que transmitías.

Archie aprieta los dientes, asiente despacio y se aferra a mí como si eso fuera lo único firme en su mundo.

—Entonces lo haré. Si tú estás conmigo…, lo haré.

—Siempre voy a estarlo. ¿Cómo nos inscribimos?

Capítulo 34

Archie

Me siento frente al portátil, con ella a mi lado. Nos miramos un segundo, mezclando cansancio y determinación, y empiezo a buscar el torneo en la web oficial.

—Aquí está —murmuro mientras despliego el formulario de inscripción independiente—. Sin club y sin patrocinador. Esto es lo que necesito.

Deslizo el dedo hasta el final y, entonces, me quedo paralizado. Parpadeo varias veces.

—¿Cuánto cuesta? —pregunta ella con el ceño fruncido.

—Dos mil cuatrocientos dólares —le digo sin apartar la vista de la pantalla.

El silencio se instala entre nosotros. Trago saliva y me recuesto en la silla.

—¿Esto es una boda o qué? —bromea ella, pero su risa suena nerviosa.

—No tengo ese dinero —le respondo con frustración—. Mi cuenta está congelada. Mi padre me ha dejado sin nada. Sin coche, sin tarjetas y sin casa. Es una pesadilla que parece de comedia.

Miro la cifra como si pudiera cambiarla con la mente, pero sé que no es así. Entonces tomo el móvil y me levanto.

—¿A quién llamas? —pregunta Sara.

—A mi madre.

Camino hacia la ventana mientras el teléfono suena. Contengo la respiración.

—Hola, mamá —digo cuando contesta—. ¿Tienes un minuto?

—Para ti siempre, Archie. ¿Qué pasa?

—Mamá, he tenido una bronca fuerte con papá. Me ha quitado el acceso a todo: coche, tarjetas, la casa… Y ahora quiero inscribirme en un torneo importante, pero cuesta dos mil cuatrocientos dólares. No tengo ni un céntimo.

—¿De verdad ha hecho eso? Pues me parece justo que no te rindas.

—No pienso hacerlo, quiero intentarlo como jugador independiente, sin club ni patrocinador. Pero necesito la inscripción y no tengo el dinero.

—Archie, hijo, no sé qué está pasando con tu padre, pero sabes que yo siempre voy a estar aquí para apoyarte.

—Gracias, mamá.

—Ha sido por Sara, ¿verdad?

Dejo caer un suspiro antes de responder:

—Sí. —No quiero hablar para que ella no lo escuche y se sienta peor.

—¿Y está contigo ahora?

—Por supuesto.

—Me parece una persona maravillosa. La he visto contigo en tus mejores y peores momentos, y sé que te hace bien. Lucha por ella, porque se lo merece.

—No sabes cuánto significa para mí, mamá.

—Te creo, lo he visto. Y te admiro por querer luchar. No solo por el torneo, sino por lo que quieres en la vida. Y voy a ayudarte con ese dinero. Voy a hacer una transferencia a una cuenta que esté solo a tu nombre, para que nadie pueda bloquearla.

—Gracias, mamá. De verdad, no sé cómo agradecerte esto.

—No tienes que agradecerme nada. Solo quiero que sepas que creo en ti y también en ella, por lo que sois juntos. Y si vais a luchar, hacedlo con todo. Porque os merecéis ser felices.

—Lo haré. Por ella y por mí.

—Eso quiero oír. Y recuerda, Archie, no estás solo. Siempre que lo necesites, me tienes a mí.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Yo también te quiero, hijo. Ahora ve a demostrarles a todos de lo que eres capaz.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo, como si soltara un gran peso. Miro a Sara con una mezcla de alivio y esperanza.

—Lo va a hacer —le digo con una sonrisa cansada—. Mi madre va a hacer la transferencia. Dice que cree en nosotros, en lo que hacemos juntos, y que no tenemos que rendirnos.

Ella se acerca y me aprieta la mano, emocionada.

—Eso es increíble, Archie. No estás solo.

La rodeo con un brazo y la abrazo con fuerza.

—Gracias a ti también, Sara. Contigo a mi lado siento que puedo con todo.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que el futuro tiene luz. Y, sin más, volvemos a la cama y esta vez sí que puedo quedarme dormido.

Me despierto antes de que suene la alarma. La luz entra a través de las cortinas mal puestas y me hace entrecerrar los ojos. A mi lado, Sara duerme todavía, enredada entre las sábanas, con el pelo revuelto y una mano apoyada sobre mi pecho. La miro un segundo y grabo esa imagen en mi cabeza como si fuera la primera vez. Me siento fuerte, capaz y vivo.

Me levanto con cuidado de no despertarla, me ducho rápido y me visto sin hacer ruido. Antes de salir, busco un papel y un bolígrafo entre las cosas del salón. Encuentro una hoja arrancada de un cuaderno y escribo con letra apresurada:

> He salido. Hoy empieza todo de verdad. Gracias por creer en mí. Te veo esta tarde.
>
> A.

Doblo el papel y lo dejo sobre la almohada, donde sé que lo verá al despertarse. Me quedo un momento en el umbral, mirándola una vez más. Qué suerte tengo. Hoy es el primer día de una nueva etapa y, aunque lo diga en voz baja, me hace ilusión. No tengo coche, así que salgo con mi mochila al hombro y tomo el tren. Hace meses que no usaba transporte público, pero no me importa. Me siento como si estuviera haciendo algo real. Como si por fin caminara con mis propios pies.

Cuando llego a la universidad, el campus se abre ante mí como un mundo nuevo. Gente que entra y sale de los edificios, bicicletas, cafés en mano y libros bajo el brazo. Me detengo un segundo al tiempo que respiro el aire frío de la mañana. Me sorprendo sonriendo. Me acerco a la oficina de admisiones, donde ya saben quién soy. Me reconocen con un gesto de cabeza y no ponen pegas. Me dicen que, como el semestre acaba de empezar, puedo incorporarme a mitad de plazo sin problema. Que mañana ya puedo asistir a clase.

—¿Mañana? —repito, un poco incrédulo.

—Sí —dice la mujer del mostrador con una sonrisa amable—. Bienvenido a tu nueva etapa, Archie.

Cuando salgo de la oficina de admisiones, me siento como si acabara de cruzar una meta invisible. Tengo los horarios en la mano

y la cabeza llena de posibilidades. Me siento distinto: no más ligero, pero sí más centrado. Como si por fin supiera hacia dónde caminar. Miro a mi alrededor en busca del mejor ángulo y saco el móvil. El edificio principal detrás de mí, el cielo despejado, el campus bulle de vida. Me hago una foto con una sonrisa que no tengo que forzar. Y se la envío a Sara.

Yo:
Empieza mi nueva vida.
Ya soy estudiante de Arquitectura.
Gracias a ti.

Guardo el teléfono y me quedo ahí un momento, observando cómo los estudiantes se mueven de un lado a otro con libros, risas y planes. Me digo que, dentro de nada, mañana, yo estaré entre ellos. Que esta vez no me voy a rendir. Pero, antes de eso, hay algo más que necesito hacer.

Me dirijo al campo de golf. No está lejos y el paseo me viene bien para ordenar mis pensamientos. Aunque no tenga entrenador, ni coche ni patrocinadores, tengo algo mejor: convicción. He practicado durante meses por mi cuenta, en silencio, mientras todos pensaban que solo era un niño rico sin rumbo. Pero yo sabía lo que quería. Y ahora más que nunca tengo que demostrarlo.

Cuando llego, el campo está tranquilo. Apenas un par de jugadores y algún carrito a lo lejos. El silencio verde me recibe como un viejo amigo. Me cambio los zapatos, tomo los palos y camino hacia la zona de práctica. Empiezo con los hierros, luego paso al *driver* y poco a poco entro en ese estado mental en el que el mundo desaparece y solo queda el golpe, el viento y la precisión. Cada vez que la bola vuela recta y limpia, algo dentro de mí se reafirma. Estoy listo. No porque lo diga nadie ni porque lo pague mi padre. Estoy listo porque lo he trabajado yo.

Cuando doy el último golpe, el sol ya está alto. He estado entrenando sin parar toda la mañana, sin mirar el reloj y sin pensar en nada más que en el juego. Mis brazos están cansados, pero me siento bien: centrado y conectado. Recojo mis cosas y me dirijo hacia la entrada del club, donde suelo dejar el material guardado. Mientras camino, recuerdo la llamada de Blue de camino al campo.

—¿De verdad vas a entrenar solo? —me había preguntado, medio en broma y medio preocupada.

—Sí —le respondí—. No necesito que nadie me guíe. Solo quiero jugar, concentrarme y hacerlo bien.

—¿Y vas a participar en el torneo sin entrenador ni patrocinador?

—Voy a demostrar que puedo hacerlo por mí mismo.

Blue guardó silencio unos segundos antes de soltar un leve bufido.

—Te admiro, primo. Aunque estés como una cabra. Le diré a mi padre que estás por aquí. Seguro que le interesa.

Ahora, al girar la esquina del club, lo veo: mi tío, apoyado en uno de los bancos de madera, con gafas de sol, chaqueta cara y esa expresión de quien ha visto demasiado, pero aún no se ha cansado del espectáculo.

—Vaya —dice con media sonrisa—. Así que es verdad que ahora vienes por tu cuenta.

—Hola, tío —respondo, sin sorpresa real—. ¿Quién te ha dicho que estaba aquí? —Me hago el tonto.

—Blue —responde, como si fuera obvio—. Me llamó para decirme que habías vuelto al campo. Me picó la curiosidad.

Asiento y dejo los palos a un lado. Me pasa un brazo por los hombros y me aprieta con afecto.

—¿Tienes hambre? Invito yo.

Acabamos en una terraza cercana, en un restaurante discreto que aún mantiene cierto aire exclusivo. Pide sin mirar la carta y yo hago

lo mismo, porque sé que lo que viene ahora es más conversación que comida.

—Tu padre está furioso —empieza, directo como siempre—. Pero eso ya lo sabes.

—Sí —respondo sin rodeos—. Y lo estará aún más cuando se entere de que me he matriculado en la universidad.

Mi tío se ríe por lo bajo y me mira con cierta admiración.

—Así que ahora vas por libre.

—Sí. Voy a compaginar los estudios con el golf. Sin entrenador, sin coche y sin cuenta dorada. Solo yo. Por primera vez voy a decidir mi rumbo.

Asiente despacio mientras le da vueltas al vaso de agua.

—¿Y dónde te estás quedando? ¿Sigues en el ático?

Niego con la cabeza.

—Estoy viviendo con Sara.

Su expresión cambia. No de sorpresa, pero sí de algo parecido a la pena. Ambos sabemos de dónde venimos. Estamos acostumbrados a otras comodidades. El sofá incómodo, la cocina pequeña, las cortinas torcidas... Todo eso es nuevo para mí. Pero no me pesa.

—No es fácil renunciar a todo eso —dice él sin juzgarme.

—Lo sé. Pero pronto ganaré torneos. Con lo que consiga podré comprar un apartamento más grande. Algo cómodo donde podamos estar bien. Todo a su tiempo.

Me mira con los ojos entornados, como si midiera el tamaño de mi convicción.

—¿Y estás seguro de todo esto? —pregunta al fin—. ¿Estás seguro de estar con ella? Sabiendo lo que piensa tu padre y cómo puede complicarse todo.

No dudo ni un segundo.

—Sí. Estoy seguro. No es fácil, pero lo que tengo con Sara vale la pena. Ella cree en mí. Me empuja a ser mejor. No quiero una vida que no me pertenezca. Y con ella siento que esta vida sí es mía.

Mi tío asiente en silencio y por un momento creo ver orgullo en su mirada. Quizá también una pizca de nostalgia.

—Entonces ya has ganado más de lo que crees. —Da un sorbo a su café y luego se reclina en la silla y me observa con atención—. Escúchame —dice, bajando un poco el tono—. Si alguna vez necesitas algo…, cualquier cosa, llámame. No te prometo milagros, pero sabes que puedes contar conmigo. Al margen de tu padre.

Asiento con un nudo en la garganta que no esperaba.

—Gracias. De verdad.

—¿Y tu madre? —pregunta de pronto, cambiando de tema con sutileza—. ¿Cómo está tras lo de Charles?

Me tenso un poco, pero no esquivo la pregunta.

—Está bien… dentro de lo posible. Ha sido duro, pero creo que también se siente liberada en cierto sentido. Ahora puede pensar en sí misma.

Él asiente despacio, como si comprendiera más de lo que dice.

—Siempre fue una mujer fuerte. Me alegra saber que sigue siéndolo.

Un silencio cómodo se instala entre nosotros durante unos segundos. Luego observa el reloj con discreción y deja una propina demasiado generosa sobre la mesa.

—Tengo que irme. Reunión con unos socios. Ya sabes, mantener las apariencias y esas cosas aburridas. —Se levanta y me coloca una mano en el hombro, firme pero cálida—. Y no le digas a tu padre que he venido a verte. Ya tenemos bastantes incendios por apagar.

Sonrío, medio en broma y medio en serio.

—Descuida. Será nuestro secreto.

—Cuídate, Archie. Y no dejes que nadie te haga dudar de lo que vales. Ni siquiera tú mismo.

Lo veo alejarse entre la gente, elegante y discreto, como si nunca hubiera estado allí. Y por primera vez siento que tengo un pequeño aliado dentro de esa familia: uno silencioso, pero presente. Decido volver a casa de Sara; a la que de momento será la mía.

Subo las escaleras del edificio con la mochila al hombro y el cuerpo algo cansado, pero la mente ligera. Ha sido un buen día. Me sorprendo pensando que, por primera vez en mucho tiempo, no me asusta decir eso. Cuando doblo el pasillo y me acerco a la puerta del apartamento, veo una figura familiar apoyada contra la pared, justo enfrente.

—¿Rhys?

—Ey —dice con los brazos cruzados—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Me vas a ver con bastante frecuencia a partir de ahora.

Asiente con esa media sonrisa que siempre parece esconder algo entre serio y burlón.

—Voy al gimnasio. ¿Te apuntas? No me gusta ir solo y tengo la sensación de que tú tampoco tienes grandes planes ahora mismo.

Lo pienso un segundo. Lo cierto es que no tengo nada que hacer hasta que Sara vuelva y me vendrá bien moverme un poco más.

—Vale —respondo—. Dame cinco minutos para dejar esto dentro y cambiarme.

Capítulo 35

Archie

El gimnasio es pequeño y funcional, pero no está nada mal para encontrarse en el propio edificio. Es el típico donde nadie pretende impresionar a nadie; solo sudar y mantenerse en pie. Rhys y yo comenzamos a calentar en silencio, cruzando algunas frases sueltas sobre ejercicios y estiramientos. Pero al cabo de un rato, él suelta:

—Así que… estás viviendo aquí, con Sara. Nada de ático, ni chófer, ni mayordomo inglés que prepare el té.

—Correcto —respondo mientras levanto las pesas—. Todo eso ha desaparecido.

—¿Y el golf?

—Sigo. Me he inscrito en el torneo por mi cuenta. Mi madre me ayudó con la inscripción. También me matriculé en la universidad. Empiezo mañana.

Rhys silba en voz baja.

—Vaya. Vas en serio.

—Nunca he ido tan en serio en mi vida.

Lo veo detenerse un momento, apoyarse en la máquina más cercana y mirarme de frente.

—Y todo eso… por Sara.

—No solo por ella —respondo sin dudar—. Lo hago por mí. Pero ella me recordó que podía hacerlo. Me hizo ver que no necesito ser

el hijo perfecto ni el heredero modelo. Solo tengo que ser yo. Y ya no me interesa seguir el camino que mi padre trazó.

Rhys me observa durante unos segundos, luego asiente con lentitud y extiende la mano. Se la estrecho con firmeza. No hay necesidad de más palabras. En ese gesto hay respeto; hay un nuevo tipo de alianza. Algo limpio y sin segundas intenciones. Pero justo cuando le suelto la mano, Rhys alza una ceja y suelta con esa media sonrisa torcida tan suya:

—Mírate. Sin coche, sin pasta y viviendo en un cuchitril… Ya eres igual de pobre que nosotros. Solo te falta comprar fideos instantáneos y gritarle a la lavadora para que funcione.

Me río, negando con la cabeza.

—Tú estás fatal.

—Yo estoy adaptado a la realidad, que no es lo mismo. Pero tú…, tú te estás reformando. Me gusta.

—¿Reformando? ¿Como si fuera un edificio en ruinas?

—Un castillo abandonado que por fin está siendo útil, sí. Estás haciendo bien las cosas, Archie. No lo estropees.

—Estoy en ello —respondo sonriendo.

—Bueno, venga: piernas. Vamos a ver si aguantas algo sin entrenador de lujo soplándote al oído.

—Eres un cabrón.

—Lo sé. Pero simpático.

Los dos nos echamos a reír y seguimos con la rutina. Es extraño, pero reconfortante. Nunca pensé que podría encontrar alivio entre máquinas oxidadas y sarcasmos afilados. Y, sin embargo, aquí estoy. Subimos en el ascensor con el sudor aún pegado a la piel y las piernas medio temblando. Rhys lleva la camiseta colgada del hombro y yo apenas puedo mover los brazos. El ascensor chirría en cada piso y huele a desinfectante barato.

—Hoy muero —resoplo mientras me apoyo contra la pared metálica—. De veras.

—Eres flojo —dice Rhys, aunque él tampoco parece mucho mejor —. Estás blando de tanto dormir sobre colchones de cinco cifras.

Me río, pero mi mente ya está en otra parte. Me imagino entrando al apartamento y, por primera vez en todo el día, pienso en cómo quiero que termine: con ella.

—Oye —digo, girándome hacia él—, ¿qué te parece si le preparo una cena romántica a Sara esta noche?

Rhys se gira despacio y me observa como si acabara de anunciar que me uniré a una secta.

—¿Qué? ¿Cena romántica en ese minizulo? ¿Vas a esconder la cama bajo la mesa o colgar las sartenes del techo como decoración?

—Muy gracioso.

—¿Vas a cocinar tú?

—Sí.

—¿Y sabes cocinar?

—Sé seguir una receta de internet.

—Eso suena muy mal. ¿Qué le vas a preparar? ¿Pasta con champán del supermercado barato?

—Pasta, sí. Y vino decente. Pondré velas. Lo haré bien.

Rhys se cruza de brazos con una sonrisita burlona.

—Dios, estás enamorado perdido. Qué asco. Me voy antes de que empieces a recitar poesía.

—Lárgate ya —le digo entre risas.

Cuando la puerta del ascensor se abre, nos despedimos con un gesto. Entro al apartamento decidido, con el plan formándose en mi cabeza. Sé que Sara hoy iba a visitar a John. No quería dejarlo solo después de lo que ocurrió; deseaba que su alumno sintiera que tiene apoyos, y ella es uno de ellos. Volverá justo a la hora de cenar, así

que tengo tiempo. Me quito la ropa de entrenamiento, me ducho rápido y me pongo una camiseta limpia. Luego salgo al pequeño supermercado de la esquina y compro lo que necesito: pasta fresca, tomates, albahaca, un poco de queso y una botella de vino tinto. Y velas: cuatro, por si alguna se cae o se funde.

Al volver, limpio el salón-dormitorio-cocina como si fuera una gala. Quito la ropa del respaldo de la silla, doblo la manta del sofá con esmero y escondo las zapatillas bajo la cama. Pongo la mesa con lo que tenemos: dos platos iguales, servilletas de papel bien dobladas y copas sin polvo. Coloco las velas y las enciendo. Apago la luz del techo. De repente, el apartamento se ve distinto. Sigue siendo pequeño, sí, pero esta noche quiero que sea encantador para ella. Porque se lo merece. Porque sin ella yo no estaría aquí.

Escucho el sonido de la llave al girar en la cerradura y me pongo de pie, algo nervioso, pero emocionado. La puerta se abre despacio y ahí está ella, con la chaqueta en la mano y su pelo rojo ligeramente despeinado.

Aún recuerdo aquel día en Escocia —su último día—, cuando recogió sus cosas y la vi con ese color de pelo. Me quedé impresionado porque, si de castaña me gustaba, de pelirroja me pareció la mujer más guapa del mundo, la más valiente y con la que quería pasar el resto de mi vida.

Sara se detiene en el umbral y su mirada se clava en la luz tenue, las velas encendidas y la mesa puesta con cuidado.

—¿Esto..., esto lo has hecho tú? —pregunta con los ojos abiertos y la voz baja, sorprendida.

Asiento sin poder evitar una sonrisa tímida.

—Quería que vinieras a casa y te encontraras con algo bonito para que la noche fuera especial.

Ella entra y deja la chaqueta colgada en la silla; se acerca y me abraza con fuerza.

—Esto es increíble, Archie. No sabía que fueras capaz de algo así. Gracias.

Me acerco y la abrazo con ganas.

—Para ti, Sara. Por todo lo que has hecho por mí, por creer en mí cuando nadie más lo hacía.

Nos separamos un poco y la invito a sentarse.

—Siéntate; la comida está lista. Espero que te guste.

Sara se sienta y, mientras me mira con esa mezcla de ternura y admiración, me doy cuenta de que, a pesar de las circunstancias, construimos algo real, algo nuestro.

—Vamos a disfrutar esta noche, que se lo merece.

Ella sonríe, toma la copa de vino y brinda conmigo.

—Por nosotros.

Brindo también, con el corazón un poco más ligero que cuando amaneció el día. Nos servimos la pasta y comemos en silencio durante unos segundos. Sara me mira de vez en cuando como si aún no pudiera creerse que todo esto lo haya montado yo. La luz de las velas suaviza el rostro que ya me sé de memoria y, aun así, me sigue desarmando.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Cómo ha ido el día? ¿Pudiste ver a John?

Asiente despacio, pero baja un poco la mirada.

—Sí. Estaba más tranquilo que la última vez. Su madre me dejó estar con él un rato a solas. Hablamos… No mucho, pero lo justo. Me dijo que se arrepiente de todo; que no sabe cómo volver atrás. Y yo le dije que no se trata de volver atrás, sino de avanzar de otra forma. —Hace una pausa, pensativa—. Es duro. Él no es un chico malo: solo estaba perdido. Muy solo.

Le tomo la mano por encima de la mesa.

—Seguro que le vino bien verte.

Sara sonríe con un brillo triste en los ojos.

—No lo sé. Pero al menos sentí que debía ir. No puedo mirar hacia otro lado ante algo así. Aunque duela.

Asiento mientras le aprieto la mano.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Ella suelta una risita baja y se limpia una migaja de la comisura de los labios.

—Y tú, ¿qué? ¿Qué has hecho aparte de preparar esta cena maravillosa?

—Bueno… —respondo, dejando la copa sobre la mesa—. Me matriculé en la universidad, como ya te he dicho. Pero… empiezo mañana.

Sara se queda en silencio un segundo mientras parpadea.

—¿Mañana?

—Sí. Me permitieron hacerlo a medio plazo, por lo que puedo empezar ya. Es oficial: soy estudiante universitario.

Su sonrisa se ensancha poco a poco, como si algo dentro de ella se aliviara.

—Archie… Eso es... —Niega con la cabeza, emocionada—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Y no es lo único —añado, dándole un sorbo al vino—. Fui a entrenar al campo de golf y me encontré con mi tío. Blue lo avisó. Me invitó a comer.

Sara se tensa, aunque se muestra interesada.

—¿Y cómo fue?

—Bien. Me sorprendió. No me juzgó. Me preguntó si necesitaba algo y me dijo que, si lo necesitaba, lo llamara. Pero me pidió que no le diga nada a mi padre.

Sara alza las cejas, sorprendida.

—¿Está de tu parte?

—No sé si de mi parte, pero... al menos no está en mi contra. Y eso, en mi familia, es decir mucho.

Ella se ríe y luego se inclina sobre la mesa para besarme.

—Estás dando pasos enormes, Archie. Y lo estás haciendo solo. Estoy tan feliz de ver cómo te estás encontrando.

—Gracias a ti —respondo, acariciándole la mejilla—. Todo esto es contigo. Y por ti.

Ella sonríe, pero antes de que diga nada más, me acuerdo de algo y suelto una risa baja.

—Ah, por cierto..., antes de venir a casa estuve en el gimnasio del edificio con Rhys.

—¿Con Rhys? —pregunta sorprendida.

—Sí. Me lo encontré en la puerta justo cuando llegaba. Me dijo que si quería acompañarlo al gimnasio y, como no tenía mucho que hacer…, fui. Entrenamos pierna. Casi muero.

Sara se ríe divertida.

—No lo imagino entrenando contigo.

—Es un cabrón —digo sonriendo—, pero me cae bien. Tiene un humor muy negro, pero debajo de todo eso…, creo que es un buen tipo. Me dio la mano y todo, como si acabáramos de firmar un tratado de paz.

—Eso es casi una declaración de amor viniendo de él —bromea ella.

—Exacto. Creo que hemos sellado una tregua silenciosa. Puede que incluso estemos construyendo una amistad, si sobrevivimos a la siguiente sesión de piernas.

Ella se ríe otra vez y yo solo puedo mirarla, enamorado hasta los huesos. Todo esto, incluso lo más pequeño, se siente como un paso

hacia algo mejor. Cuando terminamos de cenar, dejamos los platos en el fregadero con la promesa, no muy creíble, de que los fregaremos mañana. La luz de las velas sigue encendida mientras nos movemos por el pequeño apartamento y todo parece más suave y sencillo. Como si el caos del mundo quedara fuera por una noche.

Sara se sienta en el borde de la cama mientras yo busco una manta para cubrirnos los pies. Me acerco y me dejo caer a su lado en silencio. Nos miramos durante unos segundos que lo dicen todo. No hacen falta discursos. La beso con calma, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Sus manos se enredan en mi nuca y yo la sostengo como si fuera algo frágil y valioso. Nos tumbamos y, aunque el colchón es estrecho y chirría con cada movimiento, no nos importa. Entre risas bajas y caricias torpes, vamos apagando lo que queda del día.

* * *

La mañana siguiente llega demasiado pronto, pero con una energía diferente. Sara se está maquillando frente al pequeño espejo del baño y yo me estoy abotonando una camisa que aún huele a nueva —lo es, he tenido que comprarme algo de ropa para sobrevivir—. Nos cruzamos en la minúscula cocina mientras uno busca una taza y el otro las llaves. Nos damos un beso al vuelo, como si ya lleváramos años haciéndolo.

—¿Estás nervioso? —me pregunta, mientras se peina la coleta.

—Un poco —admito—. Pero en el buen sentido. Me apetece sentirme parte de algo distinto.

Ella me observa con esa mezcla de cariño y admiración que hace que todo valga la pena.

—Vas a estar genial. Y hoy te toca estrenarte como universitario guapo.

—Y tras la clase iré a entrenar. Quiero llegar bien al torneo. Así que no estaré en casa hasta tarde.

Sara asiente y se cuelga el bolso al hombro.

—Está bien. Me alegra que te lo estés tomando en serio. Estoy muy orgullosa de ti, Archie. Mucho.

Me acerco y la beso en la frente con una ternura que no sabía que tenía hasta que ella llegó.

—Gracias. Por todo esto. Por quedarte.

Ella sonríe y abre la puerta.

—Nos vemos esta noche, estudiante.

—Cuídate, profesora Pérez —le recuerdo cómo quería que la llamara el curso pasado.

Y ahí vamos los dos, saliendo al mundo desde un apartamento diminuto, pero lleno de decisiones propias.

De los primeros pasos reales.

De algo que, por fin, se siente verdadero.

Capítulo 36

Sara

El aula de profesores ya está llena, por lo que me quito los guantes y los dejo sobre la mesa junto a mi cuaderno, mientras Bruce reparte unas hojas con el orden del día.

—Bueno —dice con tono animado—, este trimestre queremos trabajar más la implicación comunitaria y la cultura local, así que vamos a lanzar una actividad para primavera. Queremos algo participativo, dinámico y que conecte con Chicago.

Levanto la vista, interesada. Me encanta cuando proponen ideas que van más allá del aula.

—¿Alguna sugerencia? —pregunta la directora, mientras se sirve una segunda taza de café.

—¿Y si hacemos una especie de evento escolar inspirado en el Chicago Greening Festival o algo similar? —propone una profesora de ciencias—. Podríamos trabajarlo desde la sostenibilidad, el reciclaje, la música e incluso los huertos urbanos.

—También podríamos hacer algo en torno al Chicago River Day, ¿no? —añade otro profesor—. Concienciación ecológica y actividades en torno al río. Exposiciones, salidas, charlas.

—¿Y qué tal algo relacionado con el St. Patrick's Day? —intervengo yo, animándome—. Es una festividad fuerte aquí, se tiñe el río de verde y todo el mundo se vuelca. Se podría trabajar desde la historia, las tradiciones e incluso involucrar a los alumnos en

organizar una feria verde. Juegos, comida, música…, algo festivo, pero educativo.

Bruce asiente, pensativo.

—No es mala idea. Tiene arraigo y da juego desde distintas asignaturas. Me gusta. Vamos a perfilarlo y ver cómo se puede articular. Sara, ¿te importaría liderar ese comité?

Asiento, aunque por dentro me tiemblan un poco las manos. Justo lo que me faltaba: más trabajo. Pero también es cierto que necesito centrarme y mantener la cabeza ocupada.

—Por supuesto.

Salgo de la reunión con una mezcla extraña de responsabilidad y entusiasmo. Fuera, el cielo está gris, encapotado, pero algo dentro de mí empieza a despertarse. Archie ha empezado de cero. Y, si soy sincera, yo también. Una ciudad que apareció de golpe. Un trabajo que ya siento como propio. Cada uno avanza por su camino, distintos pero conectados, sin soltarnos del todo. Y eso es más de lo que alguna vez me atreví a imaginar.

La campana suena con su tono metálico y breve, y los alumnos comienzan a entrar al aula para su siguiente clase. Algunos ríen, otros bostezan como si no hubieran dormido en toda la noche. Me acomodo tras la mesa y les sonrío.

—Buenos días.

Un par de gruñidos, alguna sonrisa tímida y algún «hola» con voz de sueño. Lo de siempre. Hoy empezamos suave: repaso de contenidos del trimestre anterior, una actividad para reactivar la cabeza y un poco de conversación en grupo. Nada nuevo, nada inesperado. Y eso, por una vez, me sienta bien.

Durante esta hora hablamos sobre los propósitos de este año, aunque la mayoría se ríe cuando les pido que compartan alguno. Bella levanta la mano y dice que quiere dejar de morderse las uñas.

Marcus, que va a intentar no llegar tarde más de dos veces por semana. Yo sonrío. No es mucho, pero son metas reales. Y en este grupo, eso ya es bastante.

Las siguientes clases transcurren igual: sin sobresaltos. Algunos alumnos se esfuerzan más de lo habitual, acaso intentando empezar el año con el pie derecho. Otros siguen en su línea, arrastrando el cuerpo y los libros, pero sin causar problemas.

A la hora del almuerzo me siento en el comedor de profesores, hojeando mi cuaderno con ideas para el proyecto de primavera. Estoy sola y me viene bien. Pienso en cómo montar el comité, qué actividades podríamos proponer y cómo enganchar a los alumnos sin que lo sientan como una obligación más. Y de fondo, aunque intente no prestarle atención, mi mente vuelve a Archie. Me pregunto cómo le habrá ido en su primer día en la universidad, si habrá encontrado bien las clases y si ya está entrenando.

Pero no le escribo. Me contengo. Quiero que tenga su espacio. Sé que necesita sentir que está construyendo su camino sin depender de nadie. Recojo mis cosas y salgo al frío, con las mejillas encendidas por el viento. El cielo se ha abierto un poco y hay un atisbo de luz anaranjada entre los edificios. Una jornada tranquila. Qué raro. Qué bonito.

Cuando abro la puerta, la calidez del apartamento me envuelve. Me quito el abrigo sacudiéndome el frío de los hombros y, al mirar hacia el salón, lo veo: Archie, encorvado en el sillón, con la mirada clavada en el suelo y los codos apoyados en las rodillas.

—¿Qué pasa? —pregunto, dejando el bolso en la entrada—. ¿Cómo te ha ido?

Levanta la cabeza con una sonrisa leve, de esas que no engañan a nadie.

—Bien —responde, encogiéndose de hombros—. Solo que… todos van muy adelantados. Algunos llevan meses desarrollando sus proyectos. Rascacielos, museos, puertos…, cosas enormes. Y yo estoy empezando de cero. Me siento atrás en todo. Necesito encontrar algo que me inspire. Algo que me emocione. No quiero presentar cualquier cosa, Sara.

Cruzo el salón y me siento a su lado. Lo acaricio con suavidad en la nuca.

—Tú no eres cualquier cosa, así que no vas a diseñar cualquier cosa. Vas a hacer algo que te represente.

Él suspira, frustrado. Y entonces, una idea me golpea con fuerza. Me levanto de un salto y voy directa al aparador. Abro el cajón inferior, ese donde guardo todo lo importante: papeles del colegio, pasaportes, recibos… y una carpeta de cartón algo desgastada. Vuelvo al salón con ella entre las manos.

—¿Qué es eso? —pregunta Archie, mirándome con curiosidad.

—Una propuesta. —Me siento a su lado y le entrego la carpeta—. Son las escrituras del terreno que me regaló mi padre en Ibiza. Ese con el que sueña tener a sus hijos muy cerca y que a mí me encantaría tener para poder ir cuando quiera a mi propia casa.

Archie parpadea, confuso.

—¿Quieres que…?

—Quiero que diseñes la casa de nuestros sueños —digo con firmeza—. Algo que podamos imaginar juntos, pero que nazca de ti. Un refugio. Un hogar. Tu primer gran proyecto, hecho con el corazón.

Abre la carpeta con cuidado, como si en lugar de papeles contuviera una promesa. Sus ojos se mueven entre los planos del terreno, los sellos oficiales y unas fotos antiguas del paisaje. El mar al fondo. Las colinas rojizas. El cielo eterno.

—¿Estás segura? —me pregunta en voz baja.

—Más que nunca.

Él me mira como si acabara de regalarle un mapa del tesoro. Y, en cierto modo, lo he hecho.

—Gracias —murmura, conmovido—. Esto..., esto sí me inspira.

Y ahí, en ese pequeño salón con paredes prestadas, se planta la semilla de algo grande. De algo que ya empieza a latir.

Mientras yo me muevo por la diminuta cocina con el ritmo automático de quien ha tenido un día largo: pelar, hervir, remover, oigo a Archie arrastrar una silla hasta la mesa del comedor. Luego, el sonido del lápiz sobre el papel: suave al principio, luego más seguro, más rápido.

—¿Quieres vino? —le pregunto, sin dejar de mirar la olla.

—Después, gracias —responde, absorto—. Esto..., esto va a necesitar toda mi atención.

Me giro un segundo para verlo. Está con las piernas cruzadas sobre la silla, la carpeta abierta, hojas nuevas ya desperdigadas alrededor y un cuaderno de dibujo donde empieza a tomar forma algo que no puedo ver del todo, pero que ya tiene ese brillo especial que pone cuando se le ocurre una buena idea.

—Quiero hacerlo bien —dice, como si pensara en voz alta—. No solo bonito o funcional. Quiero que tu padre sienta que su sueño sigue vivo.

Vuelvo a lo mío, con una sonrisa que no puedo disimular. Sé que lo hará.

—Estaba mirando la disposición de los tres terrenos. El tuyo, el de Marcos y el de tus padres. Y se me ha ocurrido algo.

Lo escucho moverse, como si cambiara de hoja.

—¿Y si hago un diseño conjunto? Tres casas independientes, sí, pero conectadas por una zona común. Una especie de patio central,

con árboles, bancos, quizás un pequeño huerto compartido; un lugar donde podamos reunirnos, desayunar al sol, celebrar cumpleaños, descansar…, y con un minigolf para Marcos y para mí.

Me asomo por el umbral, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí. —Me mira, ilusionado—. Sé que es una locura. Que igual tus padres me mandan a paseo por meterme con su parte. Pero también sé lo que significa la familia para vosotros. Y si voy a diseñar un hogar, quiero que sea completo. No solo para ti, sino para todos.

Vuelve a agachar la cabeza, trazando con rapidez una línea, luego otra y otra más.

—Mañana iré a la universidad con algo que de verdad me represente —añade, más para sí mismo—. Algo que venga de mí, pero también de todo lo que me has dado tú, aunque solo sea un esbozo que tendré que trabajar muy duro.

El sonido del lápiz se mezcla con el hervor de la olla y el olor a perejil. Y, por primera vez desde que llegamos a Chicago, siento que este rincón tan pequeño tiene dentro algo muy grande: esperanza, proyectos y una vida que, poco a poco, empieza a tomar forma.

—Archie —le digo desde la cocina—, haz una pausa. La cena está lista.

Él no responde enseguida. Solo oigo el sonido del lápiz que sigue corriendo por el papel, como si temiera que la idea se le escapara. Me seco las manos en el paño y me acerco con dos platos humeantes.

—Cinco minutos —dice sin levantar la vista—. Esto está saliendo solo, Sara. No quiero perder el ritmo.

—Y en cinco minutos vas a estar desmayado si no comes algo —respondo, dejándole el plato justo delante—. Venga, arquitecto, que esto también forma parte del proceso creativo: alimentar el cerebro.

Alza la vista por fin, con una media sonrisa. Su mirada está brillante, encendida.

—¿Sabes qué es lo mejor? Que por primera vez me siento parte de algo que tiene sentido.

—Y yo me siento feliz de verte así —le digo, sentándome frente a él—. Pero no voy a permitir que te conviertas en un artista hambriento de esos que se alimentan de inspiración y café. Toca verdura, y de la buena.

Se ríe bajo, deja el lápiz a un lado y coge el tenedor.

—Gracias por cuidarme, Sara.

—Siempre.

Comemos en silencio unos minutos y, aunque no hay velas ni música, ni espacio suficiente entre el sofá, la mesa y la cama deshecha, la escena tiene algo mágico. Archie me cuenta un par de ideas más mientras mastica con entusiasmo, y yo le hago preguntas, animándolo a desarrollar conceptos, a pensar en materiales, en la orientación solar o en la accesibilidad para mis padres.

—Sabes mucho más de arquitectura de lo que crees —bromeo, tras beber un sorbo de agua.

—Y tú cocinas peor de lo que pensaba, así que estamos en empate.

Ambos reímos. Por un momento, la presión desaparece y solo quedamos nosotros dos, compartiendo una cena en una noche cualquiera, sabiendo que, de algún modo, estamos construyendo algo mucho más grande que un plano o una casa.

Los días comienzan a pasar con un ritmo nuevo, más constante y tranquilo. Archie y yo nos estamos acostumbrando a esta rutina que, aunque sencilla, nos hace sentir que todo está encajando poco a poco.

Por las mañanas me despierto antes que él, preparo café y repaso los materiales para mis clases. Las aulas vuelven a llenarse de ruido, risas y preguntas, y, aunque a veces termino agotada, me gusta sentir que estoy donde debo estar. En clase hemos dividido las tareas por grupos y la emoción de los alumnos es contagiosa. Algunos se encargarán de investigar la historia y los orígenes de Saint Patrick, otros preparan juegos tradicionales irlandeses, y un grupo especialmente entusiasta ha propuesto montar un puesto de comida típica: pan de soda, estofado e incluso pasteles verdes que probablemente sepan a azúcar puro, pero ¿quién se resiste?

Estoy supervisando todo como puedo, a ratos respondiendo preguntas, a ratos conteniendo carcajadas por las ideas más descabelladas que surgen en mitad de la lluvia de propuestas. Una alumna de primero me enseña un cartel pintado a mano con tréboles y arcoíris; un grupo de segundo debate sobre si pueden hacer una coreografía de danza irlandesa con sombreros verdes gigantes. Yo simplemente asiento. Que lo intenten. La creatividad no se reprime.

Al final de cada jornada, regreso a casa agotada pero contenta. Archie suele llegar poco después. Tiene ojeras, pero también una sonrisa tranquila. Me enseña sus avances en el diseño de la casa en Ibiza y no puedo evitar sentirme emocionada al ver cómo ha logrado encajar los tres terrenos con armonía, como si siempre hubiesen estado pensados para eso.

—Mis padres van a llorar —le digo una noche, mientras cenamos en pijama sobre el sofá.

—O te van a desheredar —responde él, con esa media sonrisa que ya se le ha vuelto costumbre—. Pero será bonito mientras dure.

Él también tiene sus clases, sus entregas y sus horas de entrenamiento. No paramos. Pero hay algo reconfortante en

compartir este cansancio. En saber que estamos construyendo algo, literal y metafóricamente. Nuestra vida no es lujosa, ni grande, ni perfecta. Pero es nuestra. Y eso, para los dos, ya lo es todo.

Sale a entrenar incluso a las diez de la noche si hace falta. A veces con Rhys, que no deja de vacilarle con su humor negro; otras con Maverick, que es el que más se escaquea, pero al menos aparece. Archie no se queja. Está feliz. Y yo también.

De vez en cuando quedamos con los vecinos. Yo hago yoga en el salón común con Blue, Kylie y Julia; nos reímos tanto que terminamos más relajadas por la risa que por las posturas. Archie entrena, estudia, cocina conmigo y, cada tanto, nos escapamos a caminar por el barrio con un café en la mano y la certeza de que, aunque estemos empezando de cero, estamos avanzando.

Hay algo en estos días sencillos que nos envuelve, como si el caos del mundo estuviera en pausa. Sabemos que no será así para siempre. Pero mientras dure, lo vamos a aprovechar.

Capítulo 37

Sara

Llego temprano al colegio, cargada con dos bolsas repletas de decoración verde. Aún no hay demasiado movimiento en los pasillos, pero ya se respira ese aire de expectación que tanto me gusta. Hoy es el gran día. Hoy todo debe salir bien.

Voy directa al aula de profesores, donde algunos compañeros están organizando material. Me saludan con sonrisas y comentarios rápidos sobre el tiempo, los nervios y la feria. La directora repasa una lista con su inseparable carpeta verde, muy en tono con el día, y me lanza una mirada cómplice.

—Sara, ¿todo en orden con la feria del patio? —pregunta, con ese tono práctico pero confiado.

—Sí, ya están listos los puestos de juegos y la música, y los alumnos voluntarios tienen sus tareas asignadas —respondo con seguridad—. También hemos organizado una exposición sobre el origen de la festividad con aportes de cada clase, y están montando la mesa de dulces temáticos.

—Perfecto. Con esto, el colegio va a quedar en muy buena posición.

Salgo al patio y allí ya me esperan algunos alumnos de primer año, con camisetas verdes y gorros ridículos.

—¡Profe, mira mi trébol! —grita Marcus, mostrándome un dibujo con tanto brillo que podría usarse como espejo.

—¿Eso tiene purpurina o pintura fluorescente?

—Ambas —dice con orgullo.

—Me lo temía.

En la esquina derecha, Bella está pegando guirnaldas junto a su grupo y no tarda en gritar:

—¡Sara! ¿Dónde colgamos este arco de globos? Si me subo a la mesa otra vez, la de Historia me mata.

—Vamos a ponerlo en la entrada del patio, que así da la bienvenida —le respondo, mientras me acerco para ayudar.

Aurora aparece con una caja llena de tréboles de cartulina y me la entrega como si fuera oro.

—Mi clase recortó más de cien. Si no decoramos hasta el baño, me ofendo.

—Mereces una estatua —le digo, y ella se ríe.

A media mañana, el ambiente ya es festivo y desbordante. Padres, alumnos y profesores pasean entre los puestos. Hay música celta, concursos de vestuario, puestos de comida con nombres en gaélico e incluso una zona de cuentos irlandeses con alumnos disfrazados de *leprechauns*.

—Profe, ¿quiere jugar al *Lanza la moneda al caldero*? —me pregunta Sasha, con una cesta de monedas doradas falsas.

—Solo si puedo hacer trampa.

—¡Eso es exactamente lo que haría un *leprechaun*!

—Entonces juego doble.

Más allá, escucho a un grupo de alumnos gritando entusiasmados junto a un puesto de juegos tradicionales:

—¡Vamos, Mia! ¡Tú puedes atrapar el trébol volador!

—¡Esto es más difícil que un examen de Mates! —responde ella, entre risas.

Bella reaparece con una bebida verde brillante en la mano.

—¿Seguro que esto es apto para consumo humano?

—No, pero es muy *on brand* —le contesto, alzando las cejas.

Ya por la tarde, mientras la banda escolar toca una versión sorprendentemente buena de música tradicional irlandesa, la directora se me acerca.

—Sara, de verdad... Lo que has hecho con esta actividad ha sido impecable. Organización, creatividad, implicación de los alumnos. Se nota que tienes vocación. Este tipo de eventos muestran quién está verdaderamente comprometido con la escuela. Enhorabuena.

No sé qué decir. Solo asiento y sonrío, mordiéndome el interior de la mejilla para no emocionarme. Porque por fin siento que pertenezco a este lugar. Porque después de tanto caos, hoy algo ha salido bien. Muy bien. Y eso también es una forma de empezar a sanar.

Cuando salgo por la puerta principal del colegio, el sol de la tarde tiñe los ladrillos rojizos con un tono dorado. Estoy agotada, cubierta de restos de purpurina, con los pies hinchados y la garganta seca…, pero me siento radiante. No he dado ni dos pasos cuando lo veo apoyado en una de las farolas, con las manos en los bolsillos y una sonrisa ladeada que me desarma.

—¿Vienes a por mí? —pregunto, intentando no sonar tan ilusionada como estoy.

—No podía perderme a la gran organizadora de ferias verdes en su salida triunfal.

Me echo a reír y camino hacia él. Cuando llego, me rodea con los brazos y me besa la sien con suavidad.

—¿Cómo ha ido? —pregunta mientras comenzamos a caminar.

—Archie…, ha sido increíble. Todo ha salido bien, los alumnos se lo han pasado genial, los padres estaban encantados… y la directora me ha felicitado delante de varios profesores. Me ha dicho que se

nota mi compromiso con la escuela, que actividades como esta demuestran quién está aquí por vocación.

—¿Ves? Te lo dije. Estás hecha para esto.

—Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy en el lugar correcto —le confieso, mirándolo de reojo—. Me gusta mi clase, me gustan mis alumnos, incluso me gusta el caos que hay en los pasillos. Me siento útil. Siento que lo que hago tiene sentido.

Él me aprieta un poco más contra su costado, como si pudiera abrazarme todo lo que no ha dicho.

—Y encima estás preciosa llena de purpurina —bromea, cogiéndome un mechón de pelo que brilla bajo la luz.

—Calla —respondo, empujándolo con suavidad.

—¿Te apetece ver el río? —sugiere Archie mientras cruzamos la avenida.

—¿El río?

—Está teñido de verde, ¿no? Dijiste que era una de las tradiciones más fuertes de aquí. Me pareció que te hacía ilusión.

Le sonrío con ternura, sintiendo que el cansancio de la jornada se disuelve un poco. Asiento y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Me hace mucha ilusión. Vamos.

Las calles siguen llenas de gente, todos vestidos de verde, con sombreros ridículos, gafas con tréboles e incluso collares con luces intermitentes. La ciudad entera parece haberse rendido al espíritu festivo, y yo camino al lado de Archie con una sensación de plenitud que hacía tiempo no sentía.

Cuando llegamos al río, el espectáculo es hipnótico. El agua brilla con un verde intenso bajo las luces de los rascacielos, como si alguien hubiera volcado una pócima mágica que convierte lo ordinario en extraordinario.

—Guau —murmura Archie, deteniéndose en el puente.

—¿Verdad que parece mentira? —susurro, sin soltar su mano.

Nos apoyamos en la barandilla y contemplamos el reflejo de las luces verdes que ondean suavemente con la corriente. A nuestro alrededor la gente ríe, grita, se hace *selfies*…, pero nosotros estamos en silencio, en nuestra burbuja.

—No sabía que podía gustarme tanto este sitio —dice él al cabo de un rato—. Supongo que es porque estás tú.

Lo miro. Tiene la cara relajada, casi feliz. Le acaricio el brazo sin decir nada.

—¿Sabes qué pensé hoy? —añado tras unos segundos—. Que si un día tenemos hijos y crecen aquí…, me gustaría que vinieran a esta fiesta. Que se mancharan de pintura verde, que bailaran en el patio del colegio, que miraran este río y se sintieran parte de algo bonito.

Archie gira la cabeza hacia mí, sorprendido, pero no dice nada. Solo aprieta mi mano con más fuerza. Y entonces lo sé. Esta ciudad, con sus locuras, su frío y su caos…, también puede ser nuestro hogar.

—¿Te apetece cenar algo? —pregunto, cuando ya llevamos un buen rato apoyados en la barandilla mirando el río verde—. Pero nada elegante, ¿eh? No me quedan energías para eso.

—¿Y si compramos unos sándwiches? —propone Archie—. Vi un puesto antes, cerca de la plaza, parecían buenos.

—Perfecto.

Caminamos entre la gente con la tranquilidad de quien no tiene prisa. Compramos dos sándwiches envueltos en papel marrón y una botella de agua. Luego buscamos un rincón más apartado, unas escaleras que bajan hasta la orilla. No somos los únicos ahí, pero nadie molesta. Nos sentamos uno al lado del otro, con las piernas

colgando sobre el agua, viendo cómo las luces bailan en la superficie teñida de verde.

—¿Sabes? —digo, dando un mordisco—. Me encanta esto.

—¿Los sándwiches? —pregunta Archie, con media sonrisa.

—No, bueno…, sí, también. Pero me refiero a esto. A nosotros, aquí. A que estemos comiendo en un sitio así, sin reservas, sin manteles caros, sin camareros. Que estemos… viviendo. Como personas normales. Como adultos que eligen cómo quieren vivir.

Él guarda silencio un momento, masticando con calma. Luego se limpia las manos con la servilleta y me mira.

—Yo también lo prefiero. Nunca me sentí tan libre como ahora.

—Tu vida ha cambiado mucho.

—La nuestra —corrige él—. Y lo que venga… también lo construiremos juntos, aunque sea con servilletas de papel y sándwiches en las escaleras del río.

Me río bajito. Apoyo la cabeza en su hombro.

—Así está bien.

Y es verdad. Nada de lujos, ni promesas imposibles. Solo el sonido del agua, la luz del río y él a mi lado. Así, justo así, está bien.

Me quedo un momento en silencio, mirando cómo Archie lanza piedritas al río como si estuviera despejando su mente a base de ondas circulares.

—¿Estás nervioso por mañana? —pregunto en voz baja, sin girarme aún.

Él se encoge de hombros.

—¿Nervioso yo? —intenta bromear—. Por favor. Voy a ganar, eso es todo.

Le lanzo una mirada.

—Archie…

Suspira. Baja la vista a sus manos y se rasca la nuca.

—Un poco, sí —admite por fin—. No por el torneo en sí. He entrenado, me siento bien. Pero… he oído rumores. En el campo, entre los patrocinadores. Dicen que mi padre asistirá.

Me enderezo, sorprendida.

—¿Estás seguro?

—No. Pero lo imagino. Es uno de los torneos más importantes de la temporada y siempre le ha gustado aparecer cuando puede alardear de algo. Aunque esta vez no tenga nada que ver conmigo.

—¿Y eso te incomoda?

—No lo sé. Supongo que no quiero que me vea… así.

—¿Así cómo?

—Normal. Sin su dinero, sin sus coches, sin su apellido abriéndome puertas. No sé si estoy listo para que vea en quién me estoy convirtiendo sin él.

Me acerco un poco más y le cojo la mano.

—¿Sabes qué? Yo sí estoy lista. Porque ese eres tú. Este Archie, que va a la universidad, que entrena de noche, que hace cenas a la luz de las velas en un apartamento minúsculo y diseña casas soñadas para mi familia… Este eres tú. Y es mil veces mejor que el que llevabas puesto como disfraz.

Sonríe, pero no dice nada.

—Y si te ve —añado—, se va a encontrar con alguien que ya no necesita su aprobación. Eso tiene que doler.

Archie ríe por fin, bajito.

—Eres peligrosa cuando hablas así.

—Lo sé —respondo, apoyando la cabeza en su hombro—. Pero mañana estaré viéndote. Y no serás el hijo de nadie. Serás tú. Archie Williams, compitiendo por sí mismo. Y estaré muy orgullosa.

—¿Vas a venir?

—Desde luego que sí.

Él me mira, y en sus ojos hay una mezcla de miedo, emoción y algo que solo puedo interpretar como gratitud.

—Entonces, que venga quien quiera. Incluso él.

—Estoy cansada —murmuro mientras tiro el envoltorio del sándwich en una papelera—. ¿Volvemos a casa?

Archie asiente y se pone en pie, ofreciéndome la mano para ayudarme a levantar.

—Te toca dormir bien. Mañana quiero verte fresco y elegante en ese torneo.

—¿Fresco y elegante? ¿Como en las revistas?

—No, como tú. Pero con menos ojeras —añado riendo.

Caminamos en silencio unos minutos, con el frío de la tarde colándose entre los edificios y tiñendo de rojo nuestras mejillas. El río ya no está tan verde, pero aún reluce bajo las luces de la ciudad. Al girar la esquina de nuestra calle, siento cómo la mano de Archie se tensa de forma ligera.

En la puerta del edificio, de pie, hay dos figuras esperándonos.

—¿Qué…? —murmura él, entornando los ojos.

Me muerdo el labio para no sonreír demasiado pronto.

—¿No me digas que…?

—¡¡Sorpresa!! —digo simplemente, soltándole la mano para dejarle espacio.

—¿Mamá? —dice Archie, completamente descolocado, al ver a Diana acercarse con una sonrisa emocionada—. ¿Qué haces aquí?

—¿Así saludas a tu madre? —responde ella, alzando una ceja—. He cruzado medio mundo para verte jugar. Alguien me dijo que este torneo era importante… y que te lo estás tomando en serio por primera vez en tu vida.

Él se ríe, todavía sin creérselo, y la abraza con fuerza.

—No lo puedo creer… —susurra.

—¿Y yo qué? —interviene una voz juvenil.

Archie se gira rápido.

—¿Elizabeth? ¿Tú también estás aquí?

—¿Quién si no va a hacerte vídeos vergonzosos y subirlos a TikTok? —responde su hermana, sacando el móvil como amenaza.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba —resopla él, aunque sus ojos brillan.

—La familia en pleno estará animándote mañana —añade Diana —. Queríamos que lo supieras esta noche, no solo aparecer allí. Y también quería conocer esta nueva vida que mi hijo ha decidido tener.

—Es pequeño, ya lo sabes —dice Archie, volviéndose hacia mí con una mezcla de nervios y ternura—. Pero es un buen lugar. Es nuestro.

—Y estás tú —responde Diana, mirándome con calidez—. Eso lo convierte en hogar.

Nos quedamos un segundo en silencio, el aire lleno de algo que no necesita palabras.

—Vamos —les digo abriendo la puerta del edificio—. Esta noche se duerme temprano. Mañana será un gran día.

Archie aprieta mi mano antes de entrar, como si de pronto todo se hubiera alineado.

Y, por primera vez en mucho tiempo…, se siente completo.

Capítulo 38

Sara

Minutos después, los cuatro estamos dentro del pequeño apartamento. Elizabeth explora cada rincón como si se tratara de una expedición arqueológica.

—¡Esto es literalmente una sola sala! —exclama divertida—. ¿Dónde dormís? ¿Dónde coméis? ¿Dónde…?

—Aquí —intervengo mientras me río y señalo la misma zona cada vez.

Diana, en cambio, observa todo con calma. Se detiene junto a la pequeña cocina, pasa la mano por el respaldo de una silla y se gira hacia nosotros.

—No necesito más para saber que estás bien —dice, mirando a su hijo con orgullo contenido.

—Es justo —responde Archie, y baja la mirada un momento—. Pero es mío. Es… nuestro.

—Y es suficiente —afirma ella—. No todo se mide en metros cuadrados.

—¿Y dónde vamos a dormir? —pregunta Elizabeth entonces, con fingida preocupación—. Porque yo paso de quedarme en la bañera.

Diana ríe con suavidad.

—Tranquila, tenemos un hotel cerca. Solo queríamos verte, Archie, y darte un beso antes del torneo.

Tras los abrazos, las promesas de verse luego y una amenaza de Elizabeth con grabarlo «dando el primer *swing*», Diana y su hija se despiden.

—Pasaremos a recogeros e iremos juntos —dice Diana al cerrar la puerta.

* * *

La mañana del torneo comienza con el cielo de un azul limpio. Archie y yo bajamos al coche, donde su madre ya nos espera al volante. Elizabeth, al fondo, dormita con la cabeza apoyada en la ventana. Archie me aprieta la mano mientras se acomoda a mi lado en el asiento trasero.

—No sé si voy a ganar —dice en voz baja—, pero así, con vosotras aquí, ya me siento en casa.

—Entonces vas a estar bien —respondo, y apoyo la cabeza en su hombro.

Mientras el coche avanza entre los edificios hacia el campo de golf, me doy cuenta de que todo, al fin, está en su sitio. El campo se extiende ante nosotros como un mar verde recortado a la perfección. Todo está impoluto y preparado para el torneo: banderines ondeando, carritos eléctricos zumbando con suavidad entre los caminos y un murmullo contenido de emoción en el ambiente.

Diana conduce con destreza hasta una zona reservada para participantes y familiares. En cuanto aparca el coche, Elizabeth ya sale con la cámara en la mano.

—¡Voy a grabarlo todo! —exclama, poniéndose las gafas de sol.

Archie respira hondo, abre la puerta y desciende sin decir nada. Lo sigo y me cruzo con su madre, que ajusta su chaqueta con ese

gesto elegante y práctico que siempre la acompaña.

—Hoy es tu día, hijo —le dice a Archie, tocándole el brazo.

Pero antes de que pueda responder, una figura conocida cruza el aparcamiento con paso seguro: Philip Williams. Viste impecable, con gafas oscuras, un café en la mano y una expresión neutra. En cuanto ve a Diana, levanta un poco la barbilla a modo de saludo.

—Diana.

—Philip —responde ella, sin darle demasiada calidez, pero con cortesía.

—Elizabeth. —Le dedica un gesto con la cabeza, seco y casi protocolario.

A Archie lo ignora. Pasa por su lado como si no existiera. No hay mirada ni palabra; solo un vacío cuidadosamente construido. Archie ni siquiera se mueve. Lo observo en silencio y siento una mezcla de rabia y tristeza contenida. Pero, de pronto, la atención de su padre se dirige a otra parte.

—¡Ah, ahí estás! —exclama de pronto, sonriendo con entusiasmo por primera vez.

Un chico más joven se acerca corriendo: alto, delgado, con el polo metido en los pantalones y un palmarés reciente colgando del cuello en forma de credenciales. Tiene pinta de ser la estrella del momento.

—Pensé que no llegabas, campeón —dice, dándole una palmada en la espalda—. Este torneo es tu entrada al circuito. Todos los ojos estarán puestos en ti.

Archie frunce el ceño.

—¿Y este quién es? —pregunta en voz baja.

—Supongo que… tu reemplazo —respondo con el estómago encogido.

Diana lo observa todo con una expresión imperturbable. Y entonces, sin mirar a su exmarido, dice en voz baja:

—Tienes algo que él nunca entenderá: carácter. Da igual con quién te compare. Solo haz lo tuyo, Archie.

Archie asiente en silencio, sin quitarle la vista de encima al chico.

—Su nuevo protegido —murmura.

—Su nueva apuesta —corrige Diana—. Pero tú no eres una ficha en un tablero, hijo.

Nos encaminamos hacia la zona de jugadores y, aunque su padre no le haya dirigido ni una palabra, Archie camina con la espalda recta y los ojos fijos al frente. Como si no tuviera nada que demostrar. Como si ya lo supiera. Y quizá, por primera vez, lo sabe.

Se planta en el *tee* de salida, agarra su palo con confianza y fija los ojos en el horizonte. A su lado se sitúa el chico nuevo, James, con una sonrisa nerviosa que parece querer demostrar algo, pero sin la seguridad que Archie irradia.

—¿Listo para perder? —le espeta con una sonrisa forzada, intentando sembrar la duda.

Archie le dedica una mirada fría, casi indiferente.

—No vine a perder.

El primer golpe de Archie es impecable: la bola vuela recta y lejos, mientras que la de James apenas supera la mitad del recorrido. La tensión crece. En cada hoyo, Archie se muestra seguro, preciso y casi perfecto. James trata de seguir el ritmo, pero su nerviosismo aumenta y sus golpes se vuelven erráticos. Desde la grada, Diana observa con el ceño fruncido y la postura rígida, escondiendo su preocupación tras un gesto serio. Yo, en cambio, no puedo contener la sonrisa; aplaudo cada buen golpe de Archie y lo animo con la mirada y un brillo de orgullo en los ojos.

—Venga, Archie, tú puedes —murmuro.

Philip permanece al margen con los brazos cruzados y el rostro inexpresivo, pero con una sombra de irritación creciente. Su orgullo parece dañado por la superioridad del hijo al que desprecia. Cuando Archie completa el último hoyo, con un golpe final que deja la bola a centímetros del agujero, la multitud estalla en aplausos. Archie se vuelve hacia su padre y le clava la mirada.

—He ganado —dice con voz firme y clara.

Philip aparta la vista en un gesto de hastío que revela más que mil palabras. Yo abrazo con fuerza a Archie cuando regreso a su lado.

—Sabía que lo lograrías —susurro iluminada por la felicidad.

Él sonríe, cansado pero victorioso, y por primera vez en mucho tiempo siente que está en el lugar donde debe estar, con la gente que de verdad cree en él. El murmullo de la multitud se va apagando, pero la tensión entre padre e hijo crece como una tormenta contenida. Philip se acerca con paso firme hacia Archie con los ojos fríos como el acero. La sonrisa arrogante ha desaparecido, sustituida por una mueca dura.

—Has humillado a mi protegido —dice con la voz baja, pero cargada de veneno—. En cuestión de minutos has tirado por tierra toda la inversión que hice en ese chico. ¿Sabes cuánto dinero he perdido hoy?

Archie se planta frente a él sin un atisbo de miedo.

—No es mi problema a quién elijas para perder tu dinero. Pero lo que sí sé es que yo juego con el corazón y con talento, no con contratos ni manipulaciones.

Philip aprieta los puños y respira hondo.

—Eres un desastre. Si no fuera por tu madre, estarías en la ruina. Y, aun así, te crees con derecho a desafiarme.

Archie avanza un paso con la mirada fija.

—Me cansé de ser una pieza más en tu juego. Hoy he demostrado que puedo ser más que eso. Y si pierdes, es porque apostaste por el equipo equivocado.

Justo cuando la mirada entre ambos se hace más intensa, una voz suave pero firme irrumpe en el ambiente.

—¡Philip! —llama Diana al acercarse con una sonrisa que busca calmar los ánimos—. Hoy es un día para celebrar, no para discutir. Tu hijo ha ganado. —Recalca la palabra «hijo».

—Muy bien, Diana. Pero que no se te olvide que esto no termina aquí —espeta Philip con el ceño fruncido, la mandíbula apretada y los nudillos blancos.

Diana no se inmuta. Avanza un paso hacia él con esa elegancia suya que parece desafiar incluso el viento frío que sopla entre las banderas del campo.

—Philip —dice con una calma cortante—, Archie acaba de demostrarte que puede ser profesional… y además estudiar una carrera. ¿Qué es lo que ha hecho tan mal como para que lo trates así? —Sus palabras son como una bofetada en mitad del *green*. Me dan ganas de aplaudirla—. No eres el único con dinero en esta familia. Así que no pienses ni por un segundo que puedes dejarlo sin nada solo porque no cumple con lo que tú esperabas. Es tu hijo. No un proyecto fallido.

Philip la observa desconcertado, como si por primera vez alguien le estuviera poniendo límites. No responde. Se gira con expresión agria y se marcha entre murmullos, seguido por su joven protegido. No puedo dejar de mirar a Diana. Hay una firmeza en su rostro que no le había visto antes: una madre que, por fin, ha decidido dejar de mirar hacia otro lado.

—No eres un simple jugador más; lo has hecho muy bien. Y por eso vamos a celebrar esta victoria como se merece —dice al girarse

hacia Archie y tenderle el brazo con una sonrisa que suaviza toda la tensión.

Archie asiente, aún sin creérselo del todo, y me acerco a su lado entrelazando mis dedos con los suyos. Esta vez no hay sombra que empañe el momento. No hoy.

La victoria aún flota en el aire cuando subimos al coche. Diana se sienta delante junto a Elizabeth, que no para de hablar sobre lo bien que ha jugado Archie, lo guapo que estaba en el campo y lo fuerte que ha dado ese golpe en el hoyo doce. Me hace gracia la admiración en sus ojos. Archie va atrás conmigo, en silencio, con una expresión que mezcla satisfacción, agotamiento y algo más difícil de nombrar.

—¿A dónde vamos? —pregunta al fin, como si apenas regresara a la realidad.

—A celebrarlo, por supuesto —responde Diana, dándose la vuelta desde el asiento del conductor—. He reservado en un restaurante precioso y tranquilo, con vistas al lago. No me apetecen ni focos ni flases. Solo nosotros.

Archie sonríe un poco por dentro, como hace cuando algo le toca de verdad.

—¿Seguro que no preferís pizza en casa y una manta? —bromea.

—No —respondo yo, mirándolo de lado—. Esta noche te la has ganado. Queremos mimarte un poco.

Y así lo hacemos. El restaurante es íntimo y cálido, con luces suaves y ventanas que dan al lago. Diana ha elegido bien. Pedimos vino, platos compartidos y risas.

La noche se llena de esa alegría que no necesita explicarse. No hay lujo ni espectáculo; solo familia. Y, por primera vez, Archie se permite estar en paz.

Elizabeth propone brindar y lo hace con una limonada, porque aún no tiene edad. Archie levanta su copa de vino y yo hago lo mismo, mirándolo con orgullo.

—Por el primer torneo por libre —digo—. Y porque sea el primero de muchos.

—Y porque Philip haya tenido que tragarse su propio ego —añade Diana sin pudor, haciendo que Archie suelte una carcajada.

—Y por Archie, que ha jugado como los dioses —añade Diana mientras alza su copa—. No puedo estar más orgullosa de ti, cariño.

Archie baja la mirada, como si no supiera qué hacer con tanto cariño a la vez, y mueve distraído el contenido de su copa. Aun así, sonríe.

—Gracias —dice con un hilo de voz, y me lanza una mirada que solo yo entiendo: una mezcla de gratitud, incredulidad y ternura.

—¿Sabéis qué deberíamos hacer? —salta Elizabeth con una sonrisa traviesa—. Un brindis por cada momento épico de hoy. Yo empiezo: por el *drive* de apertura que dejó boquiabierto hasta al árbitro. ¡Chinchín!

Chocamos los vasos entre risas.

—Yo brindo por la vez que te quitaste la gorra para saludar y todas las mamás del público se derritieron —añado yo, guiñándole un ojo.

Archie se lleva una mano a la cara, divertido y avergonzado a la vez.

—No fue para tanto…

—Cariño, fue absolutamente para tanto —lo interrumpe Diana—. Había una mujer detrás de mí que suspiraba como si estuviera viendo una película romántica.

—No me ayudáis —resopla él riendo.

Esta vez no se esconde tras ninguna broma. Su sonrisa es tranquila y serena. Como si al fin hubiera encontrado un lugar donde puede respirar.

—Vale, mi turno —dice él, levantando su vaso—. Yo brindo por... este momento. Por este restaurante tranquilo, por la comida rica, por mi hermana que no deja de meterse conmigo, por mi madre que no deja de cuidarnos y por ti —me mira de frente—. Porque si estoy aquí es, en parte, gracias a ti.

No sé si es el vino o las palabras, pero se me encienden las mejillas. Elizabeth aplaude como si fuéramos una pareja en una serie de televisión.

—¡Awwww! ¿Puedo hacer una foto? Esto es material de postal.

—Ni se te ocurra —dice Archie, alargando el brazo para quitarle el móvil—. No quiero acabar en TikTok.

—Demasiado tarde —dice ella sonriendo con malicia—. Ya hay un vídeo tuyo abrazando a una niña en el campo y tiene mil «me gusta».

—Perfecto —dice él fingiendo resignación—. Mi reputación, destruida.

Y todos nos reímos. Continuamos, y Elizabeth no para de hacer bromas, sobre todo a Archie, que se deja querer como pocas veces lo he visto.

—Esto parece una escena de esas películas donde todo va bien justo antes de que pase algo terrible —dice ella con dramatismo.

—No invoques cosas, por favor —digo yo entre risas—. Deja que esta noche sea perfecta.

—Lo es —dice Archie en voz baja mientras nos mira una a una.

Y lo es de verdad. No hay nada forzado, ni silencios incómodos ni tensión. Solo complicidad y risas. Y esa sensación de que, al menos por hoy, todo encaja. La noche se va deslizando suave, como el vino

en las copas. Y cuando salimos del restaurante, con el lago reflejando las luces del muelle, el aire fresco nos golpea en la cara con dulzura.

Ha sido un buen día.

Uno que todos recordaremos con cariño.

Capítulo 39

Sara

—Ha sido una buena noche —dice Diana pasando un brazo por los hombros de sus hijos—. De esas que uno guarda.

Y todos asentimos, como si hiciéramos un pacto silencioso: esta noche se queda con nosotros para cuando lleguen los días grises. Caminamos sin prisa hasta el hotel donde Diana y Elizabeth se hospedan. La noche es suave y todo a mi alrededor parece teñido de una calma luminosa, como si el universo nos diera una tregua tras tantas tormentas. Camino junto a ellos, junto a mi gente, y no puedo evitar mirar de reojo a Diana, a Elizabeth y a Archie para sentir algo parecido a pertenecer.

Diana conversa con animación, con ese tono elegante y directo que la hace tan magnética. Elizabeth, con las mejillas encendidas de risa, se apoya en su hermano sin perder la sonrisa. Y yo…, yo voy justo al lado, en silencio, pero con el pecho lleno. No hace tanto tiempo todo esto me habría parecido imposible: que su madre me abrazara sin reservas, que su hermana me mirara con complicidad y que él me tomara de la mano con una naturalidad que no necesita explicación. Por primera vez en mucho tiempo no me siento una intrusa ni algo temporal. Siento que, al menos por hoy, formo parte de algo: de ellos.

—Gracias por esta noche —dice Diana al llegar a la puerta giratoria del vestíbulo—. Ha sido perfecta.

—Gracias por venir a verme —responde Archie mientras le da un beso en la mejilla—. Y a ti también, mocosa. —Le revuelve el pelo a Elizabeth, que intenta apartarse riendo.

—No olvides el *brunch* de mañana, ¿vale? —añade ella, apuntándole con un dedo.

Nos abrazamos, prometemos escribir si hay cambio de planes y, cuando finalmente entran al hotel, Archie se queda unos segundos mirando la puerta cerrada. Luego se gira hacia mí con una expresión extraña: intensa y brillante, como si algo acabara de encenderse en su cabeza.

—¿Y ahora? —pregunto yo con una sonrisa.

—Ahora... —dice, llevándose las manos a los bolsillos—. ¿Confías en mí?

—¿Qué? ¿A estas alturas?

—Bien. Entonces ven conmigo.

—¿A dónde?

—Sorpresa.

Me dirige una mirada de esas que combinan picardía con misterio y empieza a andar con paso decidido. No tengo ni idea de qué trama, pero lo sigo. Caminamos unas manzanas, tomamos un taxi y, al cabo de unos minutos, lo entiendo todo cuando veo que nos acercamos a la Willis Tower.

—¿Vamos a subir? ¿Ahora?

—Ajá.

—Archie, son casi las once.

—Precisamente. Menos gente y más magia.

—Estás loco.

—Tal vez. Pero ¿a que suena bien?

Y sí. Suena justo a eso: a locura bonita. A algo que solo haría con él. Subimos en un ascensor casi vacío; los números aumentan con

una velocidad absurda mientras se me taponan los oídos. Archie me toma la mano como si ese gesto pudiera equilibrarlo todo. Cuando las puertas se abren, nos recibe un silencio alto y un ventanal inmenso que nos enfrenta directamente con Chicago de noche. Toda la ciudad se extiende bajo nosotros: un tapiz de luces doradas, ríos oscuros y líneas de tráfico que parecen venas latiendo.

—¡Guau! —susurro sin pensar.

—¿Te gusta? —dice él al soltarme la mano para rodearme con un brazo los hombros—. Chicago a nuestros pies. Literalmente.

Caminamos hasta uno de los miradores con suelo de cristal. Dudo un segundo, pero él me toma de la mano y me guía con una confianza serena.

—No mires abajo —bromea—. Mira alrededor.

Lo hago. Y la vista es sobrecogedora. Todo está en silencio allá arriba, como si el mundo se hubiera detenido para nosotros. No hay gritos, ni notificaciones ni expectativas. Solo las luces y el latido de una ciudad enorme que por un instante parece pequeña y lejana.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto, aún sin apartar la vista del horizonte.

—Porque necesitaba terminar el día contigo, en lo alto. Porque tras todo lo que ha pasado..., quería regalarte esto. Aunque sea solo un momento. Algo que se quedara contigo siempre.

Lo miro. Hay sinceridad en sus ojos y vulnerabilidad también: esa mezcla que solo muestra cuando está completamente a salvo.

—Me lo voy a quedar —le digo—. Este momento. Entero.

Y entonces me besa. No un beso precipitado ni un impulso nervioso. Un beso tranquilo y firme. Como si el mundo no importara. Como si, en medio de toda esa altura y esas luces, solo existiéramos nosotros dos. Cuando se separa, todavía sonriendo, me murmura:

—Bienvenida a mi ciudad.

—Gracias —respondo—. Ahora también es un poco mía.

Nos quedamos allí un rato más, abrazados y mirando en silencio. Chicago nos pertenece, al menos por esta noche. Bajamos en silencio, como si el ruido del mundo aún no tuviera permiso para interrumpirnos. Las luces siguen brillando a través de los cristales del ascensor, que nos devuelve poco a poco al suelo como si estuviéramos descendiendo de una nube. Archie no suelta mi mano ni un segundo.

Cuando salimos del edificio, el aire de la ciudad nos recibe con una brisa ligera y perfumada de humo de los coches. Caminamos sin rumbo fijo y sin hablar demasiado, como si la ciudad se hubiera puesto de acuerdo para regalarnos una noche perfecta.

—No quiero que se acabe —murmuro, apretándome a su brazo.

—¿La noche? —pregunta, y me mira de reojo con esa sonrisa que me desarma.

—Esto —respondo—. Tú. Nosotros. Esta calma.

Él no dice nada. Se limita a detenerse un momento en medio de la acera, en una calle tranquila donde solo se escucha el ruido lejano de un taxi al pasar. Me rodea la cara con las manos, como si quisiera memorizarme. Como si lo hiciera por si acaso.

—No va a acabarse, pelirroja —dice con suavidad—. Te lo juro.

Y entonces me besa. No como si fuera un beso más, sino como si fuera un ancla. Como si esa promesa necesitara quedarse también en mi boca para que yo no la olvide. Seguimos caminando, cruzando puentes, pasando al lado de músicos callejeros que aún desafinan con gusto en los escalones de piedra, bajo farolas doradas. Una pareja baila en mitad de una plaza, bajo los focos de un restaurante cerrado. Archie me tira de la mano.

—¿Bailamos?

—¿Ahora?

—¿Hay un mejor momento?

Y bailamos. Sin música, sin técnica y sin vergüenza. Solo él y yo, girando torpemente bajo las luces de la ciudad, riéndonos como adolescentes. Nadie nos mira. Nadie nos juzga. Chicago nos pertenece solo a nosotros esta noche.

Cuando llegamos a casa ya ha pasado la medianoche. La ciudad empieza a dormirse, pero nosotros no. Entramos sin encender las luces. Archie deja las llaves en el cuenco de la entrada y me abraza por detrás, apoyando la frente en mi hombro.

—Gracias —dice.

—¿Por qué?

—Por existir aquí. Ahora. Conmigo.

No respondo. No lo necesito. Me giro y lo beso con la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, no hay ningún lugar más seguro que este. Él. Nosotros. Esta ciudad que ya empieza a sentirse como nuestro hogar.

* * *

Despertamos tarde, como si el cuerpo supiera que no había ninguna prisa: ni alarmas, ni entrenamientos ni mundo exterior. Solo la luz del sol colándose entre las cortinas y el calor de su piel contra la mía. Estoy acurrucada sobre su pecho y puedo sentir el ritmo lento de su respiración.

—Buenos días —murmuro sin abrir los ojos.

—¿Lo son? —su voz suena aún más ronca de lo normal y me acaricia la espalda como si fuera a esculpirla con las yemas.

—Mucho —respondo—. Es domingo, no tengo que corregir nada, no hay adolescentes gritando por los pasillos y tengo una vista bastante decente desde aquí.

—¿Decente? —finge ofenderse mientras se gira sobre mí para besarme el cuello—. A mí me han dicho que soy espectacular.

—Eso lo diría tu ego. El mío opina que eres tolerable antes del café.

Ríe bajito y me atrapa de nuevo con un beso lento, de esos que saben a «quedémonos aquí para siempre». El colchón parece abrazarnos con cada movimiento y el mundo se reduce a las sábanas revueltas, a nuestras piernas enredadas y a sus dedos acariciando mi clavícula como si fueran pinceles.

—Oye —dice al rato, con voz adormilada—, ¿crees que si cerramos bien las cortinas y apagamos el móvil el mundo entenderá que no existimos hoy?

—Creo que el mundo podría esperar. Pero no estoy tan segura de tu madre.

Como si el universo me diera la razón, el teléfono de Archie vibra sobre la mesita. Él se estira, lo toma sin soltarme del todo y lee el mensaje con el ceño fruncido.

—¿Quién es? —pregunto, apoyando la barbilla en su pecho.

—Mi madre —responde arrastrando las palabras—. Dice: «Vestíos. Bajad a la puerta. Y no tardéis, que hace frío».

Me echo a reír y él resopla, derrotado.

—¿Ves? Te dije que el mundo no iba a esperar.

—Mi madre no es el mundo. Es peor —dice mientras rueda hacia el borde de la cama—. Pero ha ganado. Como siempre.

Se pone en pie sin camiseta, con el pelo revuelto y cara de domingo. Lo observo desde las sábanas, sonriendo sin poder evitarlo.

—Archie…

—¿Sí?

—Te quiero así. Sin focos. Sin presiones. Solo tú.

Él se detiene, me mira y sonríe de ese modo que solo guarda para mí.

—Pues así me vas a tener —responde—. Todos los domingos que quieras.

Y salimos de casa cogidos de la mano, sin saber qué tiene Diana preparado esta vez, pero seguros de que cualquier cosa será mágica si estamos juntos. Bajamos tomados de la mano, abrigados a medias y todavía con las mejillas calientes por las risas de la mañana. Al salir del edificio, el aire fresco de Chicago nos da la bienvenida, pero lo que de verdad nos deja helados es la escena frente a nosotros. Diana y Elizabeth están apoyadas con toda la intención sobre un deportivo brillante, negro mate, con detalles que gritan «Archie» por cada centímetro. Parece sacado de uno de sus sueños adolescentes, de esos que nunca se atrevió a verbalizar en voz alta por miedo a que fueran demasiado.

—¿Qué…? —murmura Archie soltándome la mano sin darse cuenta.

Diana sonríe como si llevara todo el fin de semana esperando este momento.

—Lo sé, lo sé, es un poco excesivo —dice—. Pero me niego a que pienses que tu padre es el único que puede ayudarte a llegar lejos.

Archie se queda mudo. Literalmente. Sus ojos recorren el coche con una mezcla de incredulidad y asombro, como si no estuviera del todo seguro de que no es una broma.

—Es tuyo —confirma su madre—. Y antes de que empieces a protestar: no es por el torneo ni por tus logros. Es porque quiero que recuerdes que, si una parte de tu mundo se derrumba…, aún tienes otra a la que aferrarte.

Elizabeth asiente con entusiasmo, como si hubiera ensayado esa frase en el espejo y estuviera deseando ver su efecto. Archie

parpadea y luego, simplemente, se gira hacia su madre y la abraza: largo y fuerte, como si no quisiera soltarla. Cuando se separan, Diana no ha terminado.

—Y como sé que ese ático ya no está —añade al tiempo que saca otro juego de llaves de su abrigo—, he pensado que tampoco necesitas una torre de cristal para seguir adelante. Solo un lugar que puedas llamar hogar: un sitio al que pertenezcas. Y si algún día yo ya no estoy, quiero saber que tienes al menos eso: un refugio.

Le tiende las llaves con calma, pero hay emoción en sus ojos. Archie las toma con cuidado, como si pesaran más de lo que deberían.

—¿Esto es en serio? —susurra.

—Dirección incluida en el llavero —responde ella con media sonrisa—. Y no es nada de lujo. Pero está cerca de tu universidad… y cerca de donde ella —me señala— trabaja. Por si quieres tener cerca lo que te importa.

Archie me mira. Yo ya estoy llorando. Obvio.

—Es… demasiado —dice él.

—No, cariño. Es lo justo. Un espacio tuyo. Y esta vez no tienes que pedir permiso a nadie y, por supuesto, nadie te va a echar en ningún momento. —Diana le da un golpecito suave en el hombro—. Anda, vete a verlo. O mejor: llevad el coche nuevo. Tiene calefacción en los asientos.

Nos reímos todos. Y entonces, como si el reloj se hubiera puesto en marcha de nuevo, Diana abraza a Archie una vez más, a mí después, y Elizabeth los sigue con lágrimas tímidas en los ojos.

—¿No teníamos un *brunch*? —dice Archie bajando la voz mientras abraza a su hermana.

—Lo haremos, pero otro día. Nosotras tenemos un vuelo a Escocia —responde Diana—. Tú quédate aquí. Vive. Sé libre.

—Pero volved pronto.

—Te lo prometo, hijo. —Diana lo abraza con ternura—. Cuidaos el uno del otro.

—Claro que lo haremos —respondo emocionada—. Tened buen viaje.

Y, sin más ceremonia, madre e hija suben a un taxi y desaparecen por las calles de Chicago, dejándonos con un coche nuevo, un juego de llaves y un corazón tan lleno que parece a punto de estallar. Archie me mira al tiempo que levanta las llaves.

—¿Vamos a ver mi espacio?

—Vamos.

Y lo hacemos, como si acabáramos de empezar una vida nueva. El motor ruge suave mientras Archie conduce por las avenidas con una sonrisa dibujada en la cara. Está eufórico, como si al fin el mundo se estuviera reequilibrando a su favor.

—Mira estos asientos. ¡¿Has visto esto?! Tiene calefacción, ventilación…, y este volante… Dios, ¿te imaginas conducirlo en otoño, con las hojas cayendo por la ciudad?

Yo asiento, disfrutando del entusiasmo que lo desborda. No hay nada más bonito que verlo así: ligero y libre, como si ya no tuviera que rendir cuentas a nadie.

—¿Y si nos marchamos de escapada un fin de semana? No muy lejos: algún lago o alguna ruta por carretera. Tú y yo y este coche.

—Suena bien —digo sonriendo.

Llegamos al edificio. Es más moderno que el mío, con escaleras anchas, pasillos limpios y una puerta doble con cerradura electrónica. Subimos al tercer piso y entramos. Es grande, muy grande: salón luminoso, cocina abierta, habitaciones amplias, baño con ducha y bañera… Tiene incluso una pequeña terraza con vistas a los tejados de la ciudad. Archie entra como un niño en Navidad.

—¿Ves esto? —dice al abrir el armario empotrado—. ¡Mira cuánto espacio! Caben tus libros, mi ropa y nuestras cosas. Y aquí podríamos poner una estantería, y en la terraza un par de sillas para desayunar ahí los domingos…

Yo sigo sus pasos a una distancia prudente. Sonrío y asiento, pero cada palabra suya me aprieta un poco el estómago.

—Sara —dice por fin al darse cuenta—, ¿estás bien?

Me detengo en el centro del salón sin saber muy bien cómo decirlo.

—Es precioso, Archie. Esto es un regalo enorme.

—¿Pero?

Él ya lo sabe. Me conoce.

—Pero… no quiero mudarme —digo al fin—. No todavía.

Archie parpadea.

—¿Por qué no?

Sus palabras no son duras, pero su tono ha bajado. Me acerco despacio.

—Porque ese cuchitril mío… es mío. Lo pago yo. Es mi refugio, igual que este puede ser el tuyo. Si algo sale mal, necesito saber que tengo un lugar al que volver; uno que me recuerde quién soy y que no dependa de nadie más.

Él asiente y baja un poco la mirada. No está enfadado, solo herido. Y lo entiendo, porque yo también quiero todo esto, solo que necesito mi propio ritmo.

—No quiero que esto signifique que no te elijo a ti —añado, acercándome aún más—. Solo necesito… seguir eligiéndome a mí también.

Archie alza la vista. Hay ternura en su expresión, aunque también decepción. Pero me acaricia la mejilla con los dedos.

—Me habría encantado despertarme aquí contigo cada mañana —susurra.

—Y lo harás muchas veces. Que no tengamos la misma dirección postal no significa que no estemos en el mismo camino.

Él asiente de nuevo, esta vez con una media sonrisa cansada.

—¿Lo has ensayado?

—Tal vez un poco.

Nos reímos. Él me abraza por la cintura y su frente descansa contra la mía.

—Entonces será nuestro lugar… a largo plazo. ¿Sí?

—Sí. Si todo va bien. Si seguimos creciendo juntos. Si seguimos eligiéndonos.

—Entonces vale —dice, soltando el aire con un suspiro largo—. Aunque me muero por ver tu cuchitril decorado con mis cosas.

—Te dejo una taza.

—¿Y un cepillo de dientes?

—Vas a tener que ganártelo.

Él sonríe de nuevo y esta vez su sonrisa es completa. Nos quedamos allí un rato más, en medio de un salón vacío que, por primera vez, no parece tan impersonal. Poco a poco, Chicago empieza a convertirse en nuestro hogar.

Capítulo 40

Archie

Sara está cocinando en mi cocina. Bueno, en su cocina. Aunque, en verdad, hace semanas que ya no distingo muy bien de quién es cada cosa.

Se mueve descalza, con el pelo recogido en un moño deshecho y una camiseta mía que juró que solo iba a usar para dormir; mentira. Tiene una cuchara de madera en una mano y una expresión de concentración tan seria que me hace sonreír. La observo desde el sofá, con los pies en alto, la cabeza apoyada en el respaldo y esa sonrisa tonta instalada en mi cara: la de «cómo es posible que haya terminado aquí», pero en el mejor sentido.

Llevo semanas entrenando como si me fuera la vida en ello, estudiando para unos exámenes que ya ni recuerdo por qué eran importantes y cruzando la ciudad con tal de despertarme al lado de esta chica. No siempre en el mismo lugar, claro. A veces en su cuchitril, otras en el piso que mi madre me regaló, pero siempre juntos. Nunca estables, pero nunca solos. Y, aun así, me falta algo.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que me tires esa cuchara a la cabeza? —le digo con tono ligero.

Sara gira la cabeza y frunce el ceño con sospecha.

—Depende. ¿Está relacionada con que ponga cebolla en la tortilla?

—No. Es más peligrosa.

Ella alza una ceja. Yo me incorporo un poco.

—¿Estás segura de que no quieres mudarte ya?

Y entonces ocurre: me señala con la cuchara de madera. Justo como sabía que haría.

—Archie Williams, no tengas prisa. Aún es pronto.

—¿Pero cuánto es «pronto»? Llevamos un mes durmiendo juntos. Bueno, no juntos en el mismo colchón siempre, pero sí juntos en general. Me sé el orden de tus cremas, el punto exacto en el que apagas el fuego para que el arroz se termine solo y el día de la semana en que Rhys hace ruido con la aspiradora a las diez de la noche. Creo que eso ya es convivir, ¿no?

Ella se da la vuelta sin responder y revuelve lo que sea que esté cocinando, pero sé que sonríe. Esa pequeña curva que se le forma en la mejilla izquierda la delata; la veo en el reflejo del microondas. Me levanto y me acerco por detrás para rodearla con los brazos. Huele a aceite de oliva y a sal, y a algo dulce que no puedo identificar.

—Solo digo que podríamos vivir aquí. Juntos. No por turnos, no por noches prestadas. Aquí, en este lugar. Con tus libros desparramados por el sofá y mis palos de golf en la esquina del recibidor.

Ella deja la cuchara a un lado, se gira y me mira.

—Y yo solo digo que no quiero que el lugar sea lo primero que compartamos del todo. Quiero saber que podemos con todo lo demás antes de tener una dirección común.

—¿Y si ya podemos?

—Entonces lo sabremos con el tiempo. Y cuando lo sepamos, lo celebraremos con una tortilla decente —dice, dándome un golpecito con la cuchara.

—¿Insinúas que no te gusta mi tortilla?

—Insinúo que si dejas de insistir con la mudanza, quizá deje que la cebolla pase el corte.

La beso porque no puedo no hacerlo. Y aunque me muero de ganas por ver nuestros nombres en el mismo buzón, me muero más por verla feliz aquí conmigo. Con cuchara, cebolla y todo.

Después de cenar y de prometer solemnemente que no mencionaré más la palabra «mudanza» durante al menos una semana, la llevo a su casa en coche. Preferiría que se quedara en la mía, pero mañana necesita despertarse en la suya, por lo que acepto. Me despido de ella con un beso en la frente y, cuando veo que se adentra en el portal, acelero y me alejo.

Abro las ventanillas. Hace fresco, pero se agradece: el tipo de aire que despeja la mente y hace que el cuerpo pida movimiento. Tras el día que llevamos, me apetece practicar un rato en el campo. No para prepararme para nada en particular, sino para mantenerme centrado. Para sentirme… en control.

Conduzco en silencio, con la música baja y las luces de Chicago reflejadas en el parabrisas. A veces me sorprende la facilidad con la que esta ciudad se ha vuelto parte de mí. Antes, Escocia era mi lugar; ahora no estoy tan seguro. Llego al club. Bajo. Paso mi tarjeta por el lector automático de la entrada al campo.

Luz roja. Acceso denegado.

Frunzo el ceño y la paso de nuevo.

Luz roja. Acceso denegado.

—¿Qué…? —murmuro.

Me acerco a recepción. El chico nuevo, un tal Kenny que debe de tener diecinueve años y nervios de veinte cafés encima, me mira incómodo en cuanto me ve.

—Señor Williams…

—¿Qué ocurre?

—Tengo órdenes de no permitirle la entrada. Lo siento, de verdad, yo solo...

—¿Órdenes de quién?

Pero no hace falta que responda. Lo sé. Mi padre.

Aprieto la mandíbula. Giro sobre mis talones y salgo antes de que Kenny pueda seguir disculpándose. El aire ya no es tan fresco. Es como si mi cuerpo entero ardiera por dentro. Sé lo que está haciendo. No puede obligarme a volver, no puede controlar mi vida personal, no puede interferir en mi relación con Sara, no directamente, pero sí puede tocar lo único que todavía es solo mío: el golf. Mi futuro, mi trabajo y mi pasión. Y lo hace porque puede. Porque su influencia llega hasta aquí. Porque sabe que, si hay algo que puede hacerme tambalear, es esto. Me apoyo contra el coche y cierro los ojos. Una, dos, tres respiraciones profundas. No va a ganarme. No esta vez.

Pero, maldita sea, duele. Y lo peor es que todavía no sé hasta dónde está dispuesto a llegar. Subo al coche, pero no arranco. Me quedo sentado, mirando al frente, con los nudillos tensos en el volante. Luego saco el móvil. Busco el nombre del único que puede decirme la verdad.

—¿Sí? —responde al tercer tono, con esa voz grave que siempre me hacía enderezar la espalda en los entrenamientos.

—¿Mike?

—Archie… Vaya, esto sí que no me lo esperaba. ¿Todo bien?

—Depende. —Trago saliva—. ¿Tienes un minuto?

—Siempre. Dime.

—He ido al campo. No me han dejado entrar a entrenar. Dicen que hay órdenes de no permitírmelo. —Silencio. Breve, pero suficiente—. ¿Sabes algo?

—Archie… —suspira al otro lado—. No debería decirte esto, pero sí. Lo sé. Me llegó hace unos días.

—¿Qué te llegó?

—Una circular. No firmada, claro, pero bastante clara. Todos los clubes afiliados al circuito en Chicago y alrededores recibimos una advertencia: si permitimos que entrenes o compitas, perdemos apoyo. Patrocinios, subvenciones y acceso a eventos.

—¿Y todos han dicho que sí?

—No tienen elección —su voz es honesta, y eso lo hace peor—. No es justo. Pero tu padre tiene contactos, dinero y poder. Ya sabes cómo funciona.

Apoyo la cabeza contra el respaldo, con la mandíbula tensa y los ojos cerrados. No es solo que me veten: es que me han borrado.

—¿Y tú? ¿Tú también lo vas a cumplir?

—Archie…

—No pasa nada. —Corto la llamada antes de escucharlo dudar—. Gracias.

Tiro el móvil al asiento del acompañante. Siento una punzada en el estómago. No de tristeza, sino de rabia. Me estoy esforzando. Estoy haciéndolo bien. He elegido un camino distinto y él no soporta no tener el control. ¿Quiere guerra? La va a tener. Arranco el coche. El tráfico está tranquilo, pero yo no. Mis manos aprietan el volante como si fuera lo único que me impide estrellarme. No sé qué le voy a decir cuando lo tenga delante. Solo sé que no voy a quedarme callado. Que no voy a permitir que me quite lo único que me pertenece. Porque, por primera vez en mucho tiempo, yo he elegido mi vida. Y nadie, ni siquiera él, me va a obligar a dar un paso atrás.

Sigo conduciendo sin parar hasta llegar a su maldita casa. Llamo a la puerta con los nudillos: dos golpes secos. No hay timbre. Claro

que no. A los reyes no se los llama con campanitas. Me abre su mayordomo de siempre, impecable y con cara de funeral al verme.

—Señor Archie…, su padre está en el despacho.

—Perfecto. No hace falta que anuncies mi visita. —Lo esquivo y lo dejo a mi espalda.

Camino por ese pasillo como si estuviera entrando en un museo: todo luce igual que siempre, pero ya no me pertenece. No lo echo de menos. Abro la puerta sin llamar. Mi padre está leyendo unos papeles tras su escritorio. Levanta la mirada, impasible.

—Vaya. El hijo pródigo. ¿Se te ha acabado el arroz integral con tofu?

Cierro la puerta tras de mí con calma.

—¿Has vetado mi entrada a todos los clubes de golf de Chicago?

Él no responde. Sonríe de forma condescendiente, como si esto fuera un juego.

—¿De veras crees que puedes tenerlo todo? La chica, la vida bohemia y, aun así, seguir jugando en la liga profesional. El mundo no funciona así, hijo.

Me apoyo en la mesa, con las palmas firmes sobre la madera pulida.

—No soy tu hijo.

—¿Perdón?

—Lo que has oído. Para ser padre hay que estar. Apoyar. No manipular y destruir todo lo que se sale de tu control.

—Te estás dejando llevar por las emociones. Es típico a tu edad. Lo superarás.

—¿Emociones? —Me río sin humor—. No. Esto es claridad. Tú no soportas que no pueda comprarse todo con tu dinero. Ni a mí ni a Sara.

Su expresión se endurece apenas un segundo.

—¿Crees que esa chica te llevará a algún sitio? Eres joven. Ya cambiarás de opinión.

—Tú tienes un serio problema con las mujeres fuertes. Quizá porque nunca pudiste controlar a mi madre. Ni a Sara. Y eso te quema. ¿Ya has encontrado a una sumisa que diga sí a todo?

Él se pone en pie.

—Baja el tono.

—¿Y si no quiero? ¿Vas a vetarme también de respirar?

—¿Crees que puedes venir aquí a hablarme así y salir impune?

—No busco impunidad. Busco dejar claro que no te tengo miedo. Ya no. No quiero nada de ti. Ni tu apellido, ni tu dinero, ni tus sobras.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Tengo más idea de la que tú has tenido en toda tu vida. Nunca me quisiste. Solo querías un reflejo de ti. Una marioneta. Y ahora que me muevo solo, cortas los hilos y pataleas.

—Te estás equivocando de enemigo, Archibald.

—Me llamo Archie, ¿o es que tampoco sabes mi nombre? —Me acerco hasta que estamos frente a frente. Apenas unos centímetros. Él no se aparta. Yo tampoco—. Mi enemigo ya está claro. —Lo miro a los ojos—. Pero gracias. Porque cuanto más intentas hundirme, más claro veo que estoy haciendo lo correcto.

Me doy la vuelta. Salgo de casa de mi padre con la mandíbula tan tensa que apenas puedo respirar. Tengo las manos cerradas en puños y los pasos rápidos y desordenados. Me arde la garganta de tanto contener la furia. Lo que acaba de hacerme…, lo que me ha dicho… Bajo las escaleras del porche sin saber a dónde voy. Solo sé que no quiero volver a casa todavía. No así. No con este fuego.

Entonces lo veo apoyado en un coche deportivo, como si el tiempo no hubiera pasado.

—¿Aston?

Él alza la vista desde el móvil, frunce el ceño y sonríe al reconocerme.

—¡Archie! ¡No jodas! —Camina hacia mí y me da una palmada en la espalda—. Mírate. Sigues igual. Bueno, igual de guapo y con cara de niño rico cabreado.

—Hace siglos…

—Demasiados. —Me observa mejor y su sonrisa se apaga un poco —. ¿Estás bien?

—No.

—¿Tu viejo?

Asiento. Él silba con los dientes.

—Siempre supimos que terminaría jodiéndolo todo. Vamos, sube. No puedes conducir así. Te invito a una copa. Solo una.

Dudo. Miro el coche y luego mi móvil. Son casi las diez.

—Sara me espera.

—Lo sé —responde con calma—. Y seguirá ahí mañana. Pero ahora mismo tienes cara de querer romperle los faros a medio Chicago. Vamos, solo una. Despejamos. Hablamos. Prometo no hablar de golf ni de tu padre.

Cedo. Me subo al coche. Una copa. Solo una.

El bar es ruidoso, con luces tenues y música demasiado alta, pero Aston consigue una mesa apartada. Bebemos. Al principio hablo poco. Él habla mucho. Me cuenta que está de paso, que sigue metido en el mundo de la música, que vive en Nueva York y que aún no supera a su ex.

—¿Y tú? —pregunta de pronto mientras gira su vaso con los dedos —. ¿Sara es la definitiva?

—Sí.

—¿Y qué haces aquí conmigo?

Lo miro. Entonces sonríe al levantar las manos.

—Tranqui. Era broma. Solo digo que, si es la definitiva, deberías estar con ella. Aunque también entiendo que hoy..., hoy necesitabas esto.

—Sí, pero me voy ya. Le prometí que volvería pronto.

—Una más. Venga. Por las madres que valen más que mil padres. —Levanta su vaso.

Suspiro. Dudo.

—Una más —cedo.

Una más.

Capítulo 41

Archie

Llevamos tres copas más de las que debería haber aceptado. Me arde la garganta y las ideas me bailan, pero la rabia sigue ahí, latente, como una segunda sangre que no se va con alcohol. Aston no para de hablar, de recordar viejos tiempos y de reírse de todo. Y yo, por una vez, dejo que lo haga. Entonces suena su móvil. Lo observa, frunce el ceño un segundo y responde.

—Ey, tío. Sí…, sí, estoy con mi primo. —Me señala con el vaso medio vacío—. ¿Qué? ¿Ahora? ¿Estás en el centro? —Ríe—. Vale, vale, suena bien. ¿Negocio bueno, dices? —Se gira hacia mí mientras habla—. Tengo alguien a quien le podría interesar, ¿eh? Sí…, vente para acá.

Cuelga y apoya el móvil sobre la mesa con gesto emocionado.

—Cambio de planes, primo. Un colega está en un local con una peña interesante. Gente que invierte, que mueve cosas grandes. Tiene algo entre manos que, joder, podrías explotar tú también si estás listo para ello. Podría ser tu plan B. —Me guiña un ojo.

—Paso. —Niego con la cabeza, lento. El bar da vueltas a mi alrededor—. Necesito irme. Sara…

—¡Venga ya, hombre! Escúchalo y nos vamos. Te lo juro. Pero esta vez tú eliges el trago. Nada raro. Lo que quieras. Solo una más, como en los viejos tiempos.

Miro mi móvil. Casi medianoche. Varias notificaciones de Sara. No las abro. No quiero que lea que estoy así. Y, sin embargo, no me muevo. No quiero ir a casa así. No quiero que me vea así. No quiero ni verme yo. Aston sonríe y levanta la mano para llamar al camarero. Y yo cedo. Otra vez. Una más.

La música retumba en mi pecho como si me golpeara desde dentro. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que llegamos a este nuevo local. Aston habla con todo el mundo. Yo intento mantenerme de pie. Pido un vaso de agua. Mi lengua está seca. Mis pensamientos, aún peor.

Entonces la veo apoyada en la barra: pelo suelto, mirada afilada y sonrisa sagaz. Meghan.

—Eh, menuda preciosidad —dice Aston al tiempo que le da un codazo al camarero mientras la señala—. ¿Tú la conoces, primo?

No contesto. Pero ella gira el rostro hacia mí y sonríe. Como si el universo lo hubiese planeado.

—Archie... —murmura con esa voz dulce y envenenada que conozco de sobra.

—Meghan —mi voz sale ronca.

—¿Meghan? ¿La Meghan? —Aston ríe y chasquea los dedos—. Esto hay que celebrarlo. ¡Una ronda más!

Ella se acerca sin pedir permiso. Su perfume me golpea como una bofetada de recuerdos: el internado, las habitaciones vacías, sus labios y su control.

—Estás más guapo que nunca —dice mientras me roza el brazo con las uñas. Luego baja la mano, demasiado lento, demasiado íntimo—. Y tan tenso… Deberías relajarte.

—Estoy bien —respondo al girarme un poco, pero ella se cuela por el otro lado. Y el cabrón de Aston se marcha sonriendo, como si a mí esta situación me hiciera gracia.

Llega el agua. La bebo de golpe para intentar volver a mí, pero estoy demasiado lejos. Meghan ríe y se inclina, hablándome al oído.

—¿Te acuerdas de esto? —susurra, y sus labios rozan mi cuello.

—Para, Meghan.

—No estás diciendo que no —musita, justo antes de rodearme con ambos brazos y besarme.

Todo se apaga un segundo. Mi cuerpo no reacciona. No la beso. Pero tampoco la aparto. Estoy atrapado en el mareo, en la rabia acumulada, en la bruma del alcohol y el odio. Hasta que escucho una voz:

—¡¿PERO QUÉ COÑO ESTÁS HACIENDO?!

Abro los ojos al ver a Rhys. Está de pie a tan solo unos metros de nosotros y mi mundo se está terminando de ir a la mierda. Y entonces me golpea, como un puñetazo seco en el estómago: ¿qué coño estoy haciendo? Mi mente, hasta ahora envuelta en bruma, se despeja de golpe, como si me hubieran arrojado un cubo de agua helada. Veo su cara, la de Rhys: el asco, la decepción y la rabia. Y no puedo ni culparlo, porque tiene razón. Porque la he jodido. La he jodido de verdad.

No hay vuelta atrás. No hay explicación que salve esto. Sara. Su nombre es un golpe seco dentro de mi cabeza. La he perdido. Lo sé incluso antes de que Rhys diga nada más. La he perdido y todo por esto: por esta noche, por este momento, por no saber decir que no, por no empujar, por no reaccionar a tiempo y por seguir creyendo que el dolor se cura con alcohol y rabia. Quiero hacer algo o decir algo, pero no sé qué. Me siento como si estuviera viendo una versión patética de mí mismo desde fuera, incapaz de intervenir. Inútil. No sé qué hacer ni cómo detener esta caída. Y Rhys me está mirando como si yo ya no fuera Archie; como si no quedara nada de lo que alguna vez me hizo digno de ella.

—¡No es lo que piensas! —intento decir al apartar por fin a Meghan, que se hace la sorprendida, como si la hubiesen pillado sin culpa.

Pero Rhys no se va. Esta vez no. Se acerca furioso, con el móvil aún en la mano.

—¿No es lo que pienso? ¿De veras vas a salir con esa mierda, Archie?

—Estoy borracho, no sé ni qué estaba…

—¿Y eso qué coño importa? ¡Tú no la empujaste! ¡Tú no hiciste nada! —escupe mientras la señala a ella, que finge incomodidad—. No la mereces, ¿lo sabes? Sara es demasiado para ti. Eres un puto niño pijo con un castillo y un apellido, y ni siquiera sabes cuidarla.

Sus palabras me atraviesan. Pero no tengo fuerzas para responder.

—«¿Te acuerdas de esto?» —susurra, y esta vez es Rhys quien lo dice al repetir con asco las palabras de Meghan. Sus ojos me taladran—. Si tú no se lo cuentas a Sara..., lo haré yo.

—Rhys…

—Haz lo que quieras, Archie. Pero esta vez no vas a esconderte tras tu dinero.

Y se da la vuelta. Camina hacia la salida, pero, antes de cruzar la puerta, choca con alguien que justo entra.

—¡Eh, Rhys! —dice Aston sonriendo—. ¿Qué pasa? Me dejaste un mensaje, ¿no? Dijiste que querías hablar de un negocio.

Rhys lo observa un segundo. Luego gira el rostro para mirar brevemente hacia donde estoy yo, medio tambaleándome en el taburete.

—Olvídalo. Si él está metido —dice, señalándome con la barbilla—, no quiero tener nada que ver ni contigo ni con él. Y menos en un negocio.

Y se marcha. Aston se queda quieto un segundo al verlo alejarse, sin entender nada. Luego se gira hacia mí mientras frunce el ceño.

—¿Qué coño le pasa? No me dijiste que lo conocías.

No tengo tiempo de contestar. Ni palabras. Ni aliento. Porque Meghan se me acerca de nuevo.

—No te vayas con él —susurra como si nada hubiera pasado, como si no acabaran de pillarnos y como si no me hubiera destruido —. No pienses. Solo siente.

Vuelve a acercarse para tocarme el brazo, el pecho y el cuello. Sus labios buscan los míos otra vez, como si pudiera borrar todo con un maldito beso. Pero esta vez no. La rabia me atraviesa como un rayo.

—¡Para! —gruño, y la aparto bruscamente.

Ella tropieza hacia atrás, sorprendida, pero no asustada.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡¿Qué me pasa?! —mi voz tiembla, no de duda, sino de furia—. ¿Tú qué crees? ¿No has tenido suficiente?

La tomo del brazo, no con violencia, pero sí con firmeza. La zarandeo un poco. Necesito que me mire. Que me escuche. Que entienda.

—¡Lo sabías! ¡Sabías exactamente lo que estabas haciendo! —escupo—. Me han quitado todo: mi casa, mi padre y mi hermano. Me quedé sin nada. Y ahora también quieres joder lo único que aún me quedaba.

Meghan baja la mirada, pero no por culpa, sino porque no le gusta que la encaren. En ese momento, su móvil se ilumina. Vibra entre sus dedos. Y algo en mi interior se congela.

—Dame eso.

—¿Qué?

—¡Que me lo des! —Le arrebato el teléfono antes de que reaccione.

En la pantalla, la notificación brilla como un disparo.

Elliot:
¿Lo has conseguido ya?

Las palabras siguen ahí, parpadeando en la pantalla como una maldita trampa que por fin se revela. Me quedo helado, el móvil aún en la mano. No oigo la música ni a la gente. Todo se reduce a ese nombre, a ese mensaje. «¿Lo has conseguido ya?».

No fue un error. No fue el alcohol. No fue mi culpa…, o al menos no del todo. Fue él. Elliot. Mi propio hermano. Él la envió. La usó. A Meghan. Y yo caí. Siento que el cuerpo me tiembla de pura impotencia, pero no por debilidad, sino por rabia, por humillación y por la certeza brutal de haber sido una pieza en un juego sucio. Una vez más. Un peón.

—¡Archie! —la voz de Aston me arranca de golpe de mis pensamientos. Parpadeo. Él me observa alarmado mientras se acerca rápido—. ¿Qué coño estás haciendo? ¡Suelta eso!

Lo miro. Y algo se rompe del todo dentro de mí.

—¿Tú también? —escupo, con la voz más rota que furiosa—. ¿Estás con ellos? ¿Esto también era parte del plan? ¿Emborracharme? ¿Traerme aquí?

Aston frunce el ceño, confundido.

—¿Qué coño estás diciendo?

—¡¿Estás con mi hermano, Aston?! —grito, y algunos se giran hacia nosotros.

Meghan, detrás, se acomoda el pelo como si estuviera en un maldito videoclip.

—Tío, tranquilízate —responde él, levantando las manos, pero ya es tarde.

La camarera ya está llamando a alguien. Un tipo de seguridad se acerca.

—Archie, para —insiste Aston, poniéndose entre Meghan y yo—. Estás perdiendo los papeles, joder. Vas a meterte en un lío.

—Ya estoy en uno —respondo, sin apartar la mirada de él.

—¡Que se largue! —dice alguien.

—¡Está borracho!

No lucho cuando me agarran por los brazos. No protesto cuando me empujan hacia la salida. Aston me quita el móvil de Meghan antes de que cruce la puerta.

—Dame eso —dice en voz baja, sin mirarme a los ojos. No sé si es por protegerme o porque no quiere que lo lea todo.

Estoy en la calle. Solo. No sé si hace frío. No sé ni dónde estoy. Pero sí sé una cosa: Sara. Necesito verla. Necesito encontrarla y decirle la verdad, o todo lo que sé. Aunque no me crea. Aunque me odie. Aunque ya sea tarde. Mis piernas empiezan a moverse por instinto. Corro. Corro porque, si no llego a ella ahora, la pierdo para siempre. Hasta que el aire me quema los pulmones, hasta que las luces de la ciudad se vuelven manchas borrosas y hasta que el temblor del cuerpo se mezcla con el temblor de la culpa.

No sé cómo llego ni qué calles atravieso, pero de pronto estoy allí. Mi pecho sube y baja como si me costara respirar; como si todo en mí intentara mantenerse en pie solo por ella. Saco las llaves con dedos torpes y gélidos. Dudo antes de girarlas. Parte de mí quiere huir; otra parte ya no puede más. La puerta se abre sin un sonido. Dentro todo está en calma. Oscuro, apenas iluminado por la luz tenue de una lámpara encendida en la esquina del salón.

Y allí está: Sara. Dormida en el sofá, hecha un ovillo bajo una manta, con el móvil aún entre los dedos. Parece tan frágil. Tan ajena a todo lo que ha pasado. Como si estuviera flotando en un mundo al

que aún no han llegado las bombas. Me quedo quieto en la entrada. No puedo moverme. No puedo despertarla. No puedo romperle el corazón. No esta noche. No ahora. No tras todo lo ocurrido.

Avanzo despacio, como si pisara cristales. Dejo las llaves en silencio sobre la mesa y me dejo caer al suelo, frente a ella. Desde ahí solo la miro. Minutos u horas; no lo sé. Pienso en todo lo que no voy a saber decirle, en lo que no puedo arreglar y en lo que ya no merezco. Y, aun así, me quedo. Porque es ella. Porque mientras duerme puedo fingir que todo está bien y que aún no la he perdido.

Parpadeo una vez. Y entonces me vence el cansancio, el alcohol y el desastre. Me quedo dormido en el suelo, con los ojos fijos en ella. Como si mirarla fuera una forma de pedir perdón.

Capítulo 42

Sara

Abro los ojos, confundida, con la garganta seca y el cuerpo entumecido por haber dormido hecha un ovillo en el sofá. Me incorporo lentamente, aún con el teléfono en la mano. Y entonces lo veo.

—¡Joder! —grito, saltando del sofá con el corazón en la garganta.

Está en el suelo. Tirado frente a mí. Dormido. Con la ropa arrugada y la cara medio oculta por el brazo. Tardo unos segundos en reaccionar. Me acerco rápido y me arrodillo junto a él.

—¡Archie! ¡Archie, despierta! —Lo sacudo por el hombro y el brazo —. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

Él se mueve apenas, con los párpados pesados y el cuerpo laxo.

—Lo siento... —murmura, de forma apenas audible, sin abrir los ojos del todo—. Sara..., yo...

Y entonces me golpea el olor: alcohol, mucho. Un nudo se me forma en el estómago.

—Archie... —susurro, más para mí que para él.

Está borracho por completo. O lo estaba. Y ahora parece medio inconsciente, deshidratado y hundido. Me quedo unos segundos mirándolo sin saber qué hacer. Una parte de mí quiere gritarle, sacudirlo más fuerte y pedirle explicaciones, pero no puede ni hablar. Y por alguna razón, tal vez porque aún lo quiero, o porque me cuesta dejar que se destruya así delante de mí, no lo hago.

Con mucho esfuerzo, lo ayudo a levantarse. Se deja guiar como un niño dormido. Lo llevo a mi cama. Lo tumbo con cuidado, le quito las zapatillas y le subo la manta. No dice nada más; solo respira hondo, como si el mundo le pesara demasiado. Me quedo un minuto más de pie, mirándolo. No tengo idea de qué ha pasado. Pero sí sé una cosa: no es bueno.

Miro la hora. Se me ha hecho tarde; tengo clase. Así que me doy una ducha rápida, me visto sin hacer ruido y, antes de salir, me detengo en el marco de la puerta de mi habitación. Archie sigue dormido. Y yo me voy con el corazón más pesado de lo que estaba anoche. Cierro la puerta con cuidado, como si temiera despertarlo.

Todavía tengo el pulso alterado y la mente hecha un nudo. Me pongo el abrigo sin pensar demasiado y camino hacia el ascensor con las llaves en la mano y el bolso colgando del hombro. El día apenas comienza y ya pesa como si fueran las diez de la noche. Cuando las puertas del ascensor se abren, alguien más sale del apartamento del final del pasillo: Rhys.

Nos cruzamos justo en el umbral. Él me ve y baja la mirada un segundo. Tiene el rostro cansado, pero no por falta de sueño, sino por algo más denso y triste.

—Sara —dice en voz baja, como si no supiera si hablarme o dejarme pasar.

Yo no tengo tiempo ni humor.

—Llego tarde —respondo, tajante.

—¿Está Archie en casa?

—Dormido —suelto, sin poder evitar el tono—. No sé cuándo llegó, pero se lo debió de pasar bien. Al menos por el olor.

Ironía pura. Como un escudo. Me duele decirlo, pero más me duele todo lo que no entiendo. Rhys suspira profundamente. Se queda en silencio un segundo que se alarga demasiado.

—Sara...

—¿Qué? —mi voz suena más cortante de lo que quisiera, pero no puedo evitarlo.

Él duda. Niega con la cabeza y entonces saca el móvil del bolsillo. Lo desbloquea y me lo tiende sin decir una palabra. Lo miro, confundida. En la pantalla, la imagen brilla como una bofetada: Archie y Meghan. Sus labios pegados, sus cuerpos juntos y sus ojos cerrados. La foto ya ha dado la vuelta por todas partes. Veo el nombre de la cuenta, un comentario, un par de emojis y miles de «me gusta».

Y el corazón se me detiene. No. No puede ser. No puede haberme hecho esto. Archie no.

Me quedo paralizada. No oigo nada: ni el zumbido del ascensor, ni a Rhys, ni mis propios pensamientos. Solo esa imagen. Como si todo se hubiese congelado alrededor. Menos la herida; esa arde.

—Sara… —la voz de Rhys suena detrás de mí como una advertencia suave, como si aún hubiera algo que decir o que añadir a lo que ya he visto.

Pero no. No quiero escucharlo. No quiero escuchar a nadie. No ahora, no mientras todo en mi interior parece haberse roto de un solo golpe. Niego con la cabeza, despacio, sin girarme hacia él.

—Ahora no —murmuro.

Me cuesta incluso articularlo. No tengo fuerza para más. Solo eso: ahora no. No sé qué pasará después; no sé si mañana, dentro de una semana o nunca, pero ahora necesito silencio. Necesito no escuchar más mentiras ni más verdades. Ni explicaciones, ni frases bienintencionadas, ni siquiera consuelo.

Las puertas del ascensor se abren y entro sin mirar atrás. Rhys no se mueve ni me sigue. Y eso, por un instante, me duele todavía más. Porque ¿qué clase de persona soy yo ahora? ¿Una que necesita

que la dejen sola o una que, en el fondo, desea que alguien insista en quedarse? Me apoyo contra la pared del ascensor y cierro los ojos.

No llores. No ahora. No aquí. No por él.

Respiro, pero el aire entra a medias, como si mis pulmones se hubieran encogido. Siento una presión absurda en el pecho, como si algo muy pesado me estuviera aplastando desde dentro. No es real; es solo una reacción. Se pasará. No duele tanto. No debería doler tanto. No tiene sentido que duela tanto.

Pero duele. Y no puedo parar de ver la imagen una y otra vez. Esa foto. Esa maldita foto. Meghan, tan cómoda, tan confiada y tan cerca. Sus labios tocándose, su mano en la mejilla de él, su expresión. No parece forzado, ni una broma, ni un malentendido. Y eso es lo peor. Eso es lo que me mata.

El ascensor llega a la planta baja. El timbre suena demasiado fuerte, como si me despertara de una pesadilla, pero sin sacarme de ella. Camino como si no fuera yo, como si mis pies supieran adónde ir, pero el resto de mi cuerpo aún no estuviera convencido. Cruzo el vestíbulo, empujo la puerta del edificio y el frío de la mañana me golpea de lleno en la cara.

Y ahí es cuando me doy cuenta de que no puedo respirar. No bien. Intento tomar aire, pero no entra. Intento controlarme, pero el temblor empieza en los dedos, sube por los brazos y me atenaza el pecho, la garganta y los ojos.

No quiero llorar. No voy a llorar. No por esto. No por él. Otra vez no. Pero es inútil. Las lágrimas brotan sin avisar: calientes, desordenadas y traicioneras. Me limpio con la manga del abrigo, furiosa. Me obligo a tragarme el resto.

Hay gente por la calle, coches y ruidos. Y yo ahí, como una idiota, llorando delante de todos. Me agacho un segundo y apoyo las

manos en las rodillas intentando que pase, que el mundo deje de girar tan rápido. Pero no pasa. Y no hay tiempo. No puedo permitirme esto. Miro la hora: llego tarde. Tarde, tarde, tarde.

Me enderezo de golpe y echo a correr. Mis piernas no responden bien, como si fueran de otro cuerpo, pero lo hago igual. Corro porque si no lo hago, me detengo; y si me detengo, me hundo. No voy a perder mi trabajo. Eso no; no pienso permitirlo esta vez. No voy a dejar que esa foto arruine lo único que tengo ahora. No voy a ser esa chica que llega tarde, que falla y que llora por un chico que ya no la elige. Corro más fuerte. Siento las lágrimas secarse en mi cara y el viento borrándolas a su paso. Una manzana más, otra. El colegio está ahí, al final de la calle. Y yo también estoy ahí. Todavía estoy aquí. Aunque duela, aunque me rompa y aunque todo se derrumbe.

Sigo. Llego a la puerta del colegio todavía sin aliento. Me detengo solo un segundo, lo justo para fingir que busco algo en el bolso. Pero no busco nada; solo necesito respirar y recomponerme lo justo para parecer funcional. Saco el móvil. La pantalla sigue encendida con las notificaciones brillando como cuchillas: una llamada perdida y tres mensajes. El nombre de Archie está ahí: presente, vivo e insoportable. Lo miro un segundo. Una parte de mí —pequeña, débil y estúpida— espera que haya una explicación, que diga que no es lo que parece, que jure que no…

Pero no. No quiero oírlo ni leerlo; no quiero dejarle la más mínima rendija para entrar. Así que, sin pensarlo demasiado, mantengo pulsado el botón y apago el móvil. Así. Simple. Oscuro. Y entonces siento algo parecido al alivio. No voy a saber si me llama ni si me escribe. Y mientras no lo sepa, puedo fingir que no existe. Necesito que no exista.

Al levantar la vista, veo a Aurora entrar por la puerta principal. Lleva una carpeta en la mano y un café en la otra; se sorprende al verme.

—¡Sara! Qué milagro. Pensé que hoy ibas a llegar rodando de tanto yoga —bromea sonriendo.

Yo también sonrío por instinto. Me sorprende lo fácil que es. Tan automático.

—He sobrevivido —respondo con una sonrisa floja—. Apenas puedo mover las piernas, pero aquí estoy.

Aurora se ríe y hace un gesto cómplice con la cabeza antes de seguir su camino. Yo me quedo allí un segundo más, con la sonrisa congelada, preguntándome cómo puede ser tan fácil mentir con el cuerpo cuando por dentro solo hay ruido. O quizá, precisamente porque hay tanto ruido, lo único que puedo hacer es disimular.

Entro. Camino por los pasillos. Saludo. Doy los buenos días. Me río, incluso. Y empiezo las clases. Una tras otra, como si nada, como si fuera otra persona y no acabara de ver cómo el chico al que amo besa a otra en público. Corregimos ejercicios, leemos en voz alta y hablamos de literatura. A los alumnos les hace gracia cómo pronuncio ciertas palabras. Yo también me río. Me escucho desde fuera y me observo desde lejos. No soy yo, pero al mismo tiempo sí lo soy: soy yo haciendo lo que hay que hacer. Sobrevivir desde el lugar más frío de mí misma.

Llega la pausa de la mañana. Desayuno a medias. Ni siquiera sé si he comido; no lo recuerdo. Y entonces, la reunión. Todos los profesores están sentados alrededor de la mesa. Bruce habla con entusiasmo sobre el cierre del curso, la actividad final, las presentaciones, las familias que vendrán, las notas y los discursos. Me mira. Espera que diga algo. Pero no.

—Sara, ¿te gustaría coordinar este año la presentación del proyecto de literatura?

De ordinario, sería la primera en levantar la mano. Ya habría traído ideas, habría empezado una lluvia de propuestas e imaginado decorados y un cierre de curso inolvidable. Pero hoy… Hoy solo quiero llegar a casa, cerrar la puerta y no tener que fingir más. Así que sacudo la cabeza con suavidad y murmuro:

—Este año…, mejor que lo lleve otra persona. Estoy con mucho trabajo ya.

Bruce no insiste y asiente con una sonrisa comprensiva. Yo asiento también, como si todo estuviera bien. Nadie nota nada. Nadie sabe que me sostengo con hilos invisibles. Nadie ve el esfuerzo tras cada palabra tranquila y cada gesto normal. Y eso también me asusta: lo fácil que es desaparecer por dentro sin que nadie lo note por fuera.

Salgo del colegio sin prisa. Podría llegar en quince minutos si quisiera, pero no quiero. No ahora. Camino despacio, como si mis piernas se hubieran vuelto pesadas, como si con cada paso no solo avanzara, sino que me arrastrara hacia algo que no quiero ver. O peor: hacia nada. Porque no sé qué voy a encontrar cuando abra la puerta de casa. No sé si él estará allí, ni si quiero que esté. No sé si podría soportarlo si lo está… o si no.

El cielo empieza a oscurecer y las luces de los escaparates se encienden: tibias y ajenas, como si vivieran en una ciudad distinta a la mía. Me detengo frente a una librería. Miro sin ver; ni siquiera registro los títulos. Es solo una excusa para tener un momento más de aire y no llegar. Luego entro en una papelería. Compro un cuaderno de tapas duras que no necesito, unos bolígrafos de colores y unas pegatinas absurdas que probablemente no usaré. Salgo con una bolsa pequeña en la mano y ni siquiera sé por qué. No era por

las cosas, era por el tiempo: por posponer el momento de poner la llave en la cerradura.

Doblo otra esquina. Camino por la avenida más larga. Entro en una cafetería y compro una bebida que ni me apetece. Me siento en un banco. La bebo a sorbos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Pero no lo tengo. Y aunque lo tuviera, el miedo sigue ahí, en el pecho. ¿Y si está dentro? ¿Y si no? ¿Y si ha esperado toda la tarde en silencio? ¿Y si me pregunta por qué no le he contestado? ¿Y si no pregunta nada?

Finalmente, sin saber cómo, llego a la puerta del edificio. Subo las escaleras, porque el ascensor parece un atajo emocional que no merezco. Cada escalón es un paso hacia un futuro que no quiero enfrentar. Y entonces…, estoy ahí. Llaves en mano. Frente a la puerta. La cerradura brilla bajo la tenue luz del pasillo, como si esperara una decisión que no sé si puedo tomar. Levanto la mano, la bajo y la vuelvo a subir. Apenas rozo el metal con la llave cuando, de pronto, escucho una voz detrás de mí:

—No está.

Capítulo 43

Sara

Me giro despacio. Rhys está apoyado contra la pared del pasillo como si llevara allí un rato; como si supiera que iba a necesitar saberlo antes de entrar.

—¿Qué? —mi voz suena baja y ronca. Llevo todo el día callada por dentro.

—Archie. Se ha ido.

El corazón me da un vuelco. No sé si es alivio, tristeza, decepción o rabia. Tal vez todo a la vez.

—¿Has hablado con él?

Rhys asiente sin moverse de donde está.

—Sí. Quería que yo te lo dijera. Sabía que querrías estar sola. Le pedí que se marchara.

Trago saliva. Me cuesta. No hay aire ni palabras; solo ese silencio entre los dos. No sé qué decirle ni qué hacer con esta información. Me duele que se haya ido, me alivia que no esté y me mata que lo haya hecho por mí. Asiento una vez, muy despacio. Y entonces, meto la llave en la cerradura. Pero no giro. La dejo ahí un segundo más. Solo un segundo más. Porque entrar es aceptar; y aún no sé si estoy lista para aceptar nada.

Entro al apartamento y cierro la puerta tras de mí con suavidad, como si hacer ruido pudiera romper algo más. Dejo las llaves en la mesita, el bolso en la silla y la chaqueta en el suelo. Me quedo de

pie en medio del salón sin saber qué hacer. Está vacío y silencioso. Demasiado. Y por primera vez en todo el día me permito sentir lo que hay en verdad: soledad, ausencia y el hueco exacto donde debería estar él.

Justo entonces vibra el portátil y veo en la pantalla una videollamada de mi madre. Respiro hondo porque, en realidad, en estos momentos no quiero hablar. No quiero que me vea así. Pero si no contesto, insistirá e insistirá hasta que lo haga. Acepto la llamada. Aparece su cara, borrosa al principio, y luego se enfoca. Lleva una coleta alta, una camiseta vieja y esa mirada que lo ve todo. Tarda dos segundos; dos, y ya sabe que algo va mal.

—¿Qué ha pasado?

No tengo tiempo de construir una mentira, ni de fingir, ni de ordenar lo que quiero decir. Mis labios tiemblan y, entonces, me rompo. Se me cae la voz, el cuerpo, todo. Lloro sin esconderme y sin taparme. Lloro como si solo con ella pudiera hacerlo.

—Mamá…

—Shh, tranquila, cariño. Dime —su voz es suave pero firme, como siempre que huele a tormenta—. ¿Qué ha pasado?

Me limpio la cara, pero es inútil.

—Archie…, lo vi. Besándose con otra, Meghan. En una foto. Está por todas partes. Y no…, no dijo nada. No me avisó. Y yo… —Me encojo de hombros y lloro más—. Estoy aquí. No sé qué hacer.

Mi madre parpadea una vez, luego dos. Y cambia. Se le enciende la cara y los ojos. Ya no es consuelo lo que veo, sino otra cosa.

—¿Perdón? ¿Tú qué?

—Estoy aquí, mamá. He estado todo el día fingiendo que no pasaba nada: en el colegio, con los alumnos… No quería perder el trabajo. Y ahora he vuelto y él no está. Se ha ido. Rhys me lo ha dicho. Ha preferido desaparecer.

Mi madre chasquea la lengua y se incorpora en su silla.

—Muy bien. Pues qué valiente, el chiquito. Pero no. No estoy cabreada con él. ¿Sabes con quién estoy cabreada? Contigo.

—¿Qué? —susurro, confundida y dolida.

—Sí, contigo. Porque no reconozco a la chica que tengo delante. ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está la que se puso el pelo rojo solo para fastidiar al director de su instituto en Ibiza? ¿Dónde está la que decía lo que pensaba, aunque se metiera en líos? ¿Dónde está la que no se callaba una? —Trago saliva e intento hablar, pero ella me corta—. ¿Esa chica estaría ahí parada, con cara de muerta en vida, dejando que un imbécil se marche sin decir nada? No. Esa chica estaría bajando a la calle y derribando puertas si hiciera falta. Le estaría gritando, pidiendo explicaciones y diciéndole a la cara que no se merece ni un centímetro de su tiempo. Esa chica no se escondería, ni se quedaría en silencio, ni apagaría el móvil. ¡Esa chica haría arder Chicago si hiciese falta!

Me limpio las lágrimas otra vez, pero ahora no es lo mismo. No son lágrimas de dolor; son otra cosa. Algo empieza a moverse muy dentro: fuego. Mi madre me mira y su voz se suaviza un poco.

—Yo no quiero ver a otra persona. Yo quiero a mi hija: a la que tiene agallas, a la que no se deja pisar y a la que luchó por estar ahí aunque le doliera dejarlo todo atrás.

—No puedo, mamá —susurro.

—Sí puedes —responde sin dudar—. Y si no quieres hacerlo por ti, hazlo por esa parte de ti que aún recuerda quién eres. Porque no te has perdido, Sara; solo te estás olvidando.

La pantalla se queda en silencio. Yo también. Y poco a poco, respiro. No estoy bien, pero por primera vez en todo el día algo en mí se endereza. Cuelgo la llamada y el silencio vuelve a caer como una manta pesada sobre el apartamento. Me quedo sentada frente

al portátil un rato más, con la mirada en la pantalla en negro. No pienso ni lloro. Solo estoy. Suspendida. Rota en muchos pedazos pequeños que no sé cómo volver a encajar.

Me levanto. Camino. Doy vueltas por el apartamento como un pez atrapado en una pecera que ya se sabe cada centímetro de las paredes. Es tan pequeño; tan jodidamente pequeño. Antes me parecía acogedor; ahora me asfixia, como si el aire se hubiera gastado. Como si todo me recordara a él, a nosotros y a lo que creí que estábamos construyendo.

Voy al baño y me meto en la ducha. El agua caliente me golpea la espalda, el cuello y la cara. Me quedo allí hasta que el vapor lo llena todo y ya no veo el espejo ni veo nada. Cierro los ojos y por un segundo deseo que el agua me vacíe por dentro; que se lleve el nudo del pecho y las imágenes que no paran de repetirse. Pero no se van. Salgo envuelta en una toalla. Me visto sin pensar: un vaquero holgado y una sudadera gris demasiado grande. No quiero pensar en cómo me veo. No quiero pensar, punto. Abro la nevera, pero no tengo hambre. Solo vacío. Tomo una galleta y la dejo a medias. Bebo agua. Me miro en el reflejo del microondas: estoy pálida, con los ojos hinchados y el cabello aún húmedo.

Y, aun así…, salgo de casa. Necesito hacerlo antes de volverme loca. Bajo por las escaleras porque no quiero ni esperar al ascensor; escalón tras escalón me llevan a la calle, donde no sé adónde voy a ir ni qué voy a hacer, porque no tengo nada planeado. Solo camino.

Hace frío. Es de noche ya. Las luces de la calle dibujan sombras largas en la acera. Mis pasos son lentos, pero constantes. Y de repente sé a dónde voy exactamente, aunque no me permita admitirlo. No quiero pensar. Solo… llegar. Y de pronto, sin darme cuenta, estoy allí: frente a su puerta. La puerta de su edificio, la que tantas veces abrimos juntos riendo, besándonos y escapando del

mundo. Su madre se encargó de que viviera cerca, y ahora esa cercanía se siente como una broma cruel. Como una trampa. Y, aun así, sin saber en qué momento lo decido, levanto la mano y llamo. Un solo golpe. Después otro. Y espero. No sé qué espero, ni qué quiero o qué voy a decir. Solo sé que necesito algo. Una respuesta, una verdad, un final. Algo que me saque de este limbo.

La puerta se abre. Y es él: Archie. Está justo allí, a un metro de mí, tan real que por un momento me falta el aire. No dice nada. Se queda inmóvil, con la mano aún en el pomo, como si no terminara de creerse que estoy frente a él. Como si esa posibilidad no hubiera existido nunca en su cabeza. Como si todo el guion que se había hecho —en el que yo me alejaba, lo ignoraba y lo odiaba— se desmoronara de golpe.

Lleva una camiseta gris y un pantalón de chándal oscuro. Su pelo está húmedo y revuelto, como si también acabara de ducharse o no supiera qué hacer con él. Tiene los ojos hinchados, con ese rojo apagado que reconozco al instante. Está igual que yo. Tan hecho polvo como yo. La imagen me golpea en el pecho. Podría gritarle, empujarlo o llorar otra vez, pero no hago nada de eso. Solo lo miro de forma fija y fuerte. Por primera vez en todo el día, no tiemblo.

Entonces soy yo la que rompe el silencio:

—¿Vas a dejarme aquí fuera o vas a dejarme pasar?

Él parpadea como si acabara de despertar. Asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Sí. Pasa. Claro —su voz es baja y ronca, como si no la usara desde hace horas.

Cierra la puerta y da un par de pasos hacia mí con esa expresión vacilante que le he visto pocas veces. Está nervioso e inseguro, como si no supiera por dónde empezar.

—Sara, yo…

—No —lo corto sin alzar la voz, pero con la firmeza de alguien que ya no tiene espacio para palabras inútiles—. No me expliques nada. No quiero justificaciones ni frases hechas. No me interesa cómo llegamos hasta aquí.

Él aprieta los labios y retrocede medio paso. Pero no dice nada. Me escucha.

—Solo quiero hablar del beso.

Sus ojos se abren un poco, como si le sorprendiera que yo vaya de forma directa al centro. Como si esperara que fuera por los bordes, como antes, con cuidado y tanteando. Pero ya no tengo fuerzas para rodeos.

—¿Qué fue eso? —pregunto sin apartar la mirada—. ¿Fue un error? ¿Un momento? ¿Estabas borracho? ¿No pensabas? ¿Fue «ella»? ¿Fuiste tú? ¿Me habías olvidado por completo o simplemente te dio igual? —Siento el temblor subirme por la garganta, pero lo trago—. ¿Sabes lo que es ver eso en una foto? ¿Ver a la persona en la que confiabas más que en nadie en el mundo besándose con otra como si nada? Como si yo no existiera. Como si nunca hubiéramos existido.

Él da un paso adelante con los ojos brillantes.

—No fue como parece. Yo no…, no la busqué. Estaba borracho, estaba hecho polvo, no pensaba…

—¡Exacto! —exclamo, un poco más fuerte esta vez—. No pensabas. —Me cruzo de brazos. Estoy de pie en mitad del salón, pero me siento firme. Por dentro me tiembla todo, pero por fuera, no. Por fuera soy la hija de mi madre—. Y esa es exactamente la razón por la que tienes que salir de mi vida. Porque yo no quiero estar con un niño que, cuando tiene problemas, recurre al alcohol y al consuelo de otra persona.

Él abre la boca, pero yo levanto la mano.

—No. No. No me digas que no significó nada, que fue un error o que estabas perdido. Ya conozco ese discurso. Lo he oído en boca de hombres mayores que tú que hacen lo mismo una y otra vez, como si eso los excusara. —Mis ojos se llenan de lágrimas, pero esta vez no las escondo—. Yo te elegí. Renuncié a muchas cosas por estar contigo. Aposté por ti. Por nosotros. Creí en lo que decías. En tus gestos. En tus silencios. Y tú…, tú me clavaste una puñalada en la espalda delante de todo el mundo.

Silencio. Solo su respiración entrecortada.

—Así que no quiero explicaciones. Quiero que te alejes. Que no me busques, que no me escribas y que no intentes arreglarlo. Y, sobre todo, Archie, quiero que te mires al espejo y te preguntes quién eres cuando nadie te está mirando. Porque lo que hiciste… fue muy fácil hacerlo. Y tú elegiste hacerlo.

Me acerco a la puerta.

—No me decepcionó el beso, Archie. Me decepcionaste tú.

Y con la mano ya en el pomo, me detengo solo un segundo más.

—Adiós.

Salgo de su casa y apenas doy dos pasos antes de que se me deshaga el cuerpo entero. Me llevo una mano a la boca, como si pudiera contener el llanto allí, en la palma; como si pudiera callar el grito que me arde en la garganta desde hace días. Pero no puedo. Lloro. Lloro con todo: con la cara, con el pecho y con los puños apretados. Lloro por lo que pasó y por lo que nunca va a pasar. Por lo que creí que éramos, por lo que él me prometió y por lo que yo me permití sentir. Me sujeto a la barandilla de unas escaleras. Me doblo sobre mí misma. Lloro como una niña y como una mujer al mismo tiempo. Como si ese beso, ese maldito beso, hubiera borrado de golpe todos los «te quiero» que me dijo.

Y, sin embargo, en algún rincón de mí algo se mantiene en pie. Un hilo. Una llama. Una voz muy baja que dice: «Lo hiciste bien». Porque podría haberme quedado callada. Podría haber aceptado la mentira cómoda. Podría haberme aferrado a una historia rota. Pero no. Lo enfrenté. Le dije lo que tenía que decirle. Lo saqué de mi vida con mi voz y con mis palabras.

Sollozo mientras camino de vuelta sin mirar a nadie, sin escuchar el ruido de la ciudad que sigue girando como si nada hubiera pasado. Pero algo sí pasó. Pasó todo. Mis pies me llevan hasta casa. Abro la puerta con las llaves temblorosas, dejo el bolso caer y me quito los zapatos sin desatarlos. Me arrastro hasta la cama y me entierro en las sábanas, aún con el vaquero puesto y con la sudadera. No me importa. Solo quiero parar.

Y por un instante, mientras me encojo bajo el edredón, siento que se me va a romper el pecho de verdad. Pero no se rompe. Sigo aquí. Sigo viva. Cierro los ojos y me repito como un mantra: «Mañana. Mañana será otro día». Y cuando llegue, cuando el sol entre por la ventana de esta habitación, yo me levantaré. Me ducharé. Me vestiré. Iré al colegio. Daré clase. Me reiré con Aurora, con Bruce y con mis alumnos. Comeré algo en el patio. Caminaré por la ciudad como si nunca hubiera estado con él, como si nunca me hubiera mirado así y como si nunca se hubiera cruzado en mi camino con ese deportivo frente al parque y esa sonrisa que me hizo detener el mundo.

Voy a borrar cada imagen, cada frase y cada roce. Voy a arrancar esas páginas de mi historia y voy a seguir. Porque tengo una vida. Y esa vida no va a detenerse por alguien que no supo quedarse.

Capítulo 44

Archie

El timbre del teléfono suena antes siquiera de que pueda cerrar la puerta, pero no soy capaz de mirarlo. No puedo. Me quedo apoyado contra la madera, con la espalda pegada al frío, el rostro vuelto hacia el techo y los ojos abiertos, pero sin ver.

Sara se ha ido; no me gritó. No me rompió nada. No me lanzó a la cara todo lo que tenía derecho a escupirme. Solo me miró con esa herida en los ojos que me va a perseguir el resto de mi vida. Y luego se fue. Y yo… Yo me quedé allí, de pie, sin saber cómo juntar las piezas. Sin saber cómo frenar lo inevitable.

El teléfono vuelve a sonar. Esta vez vibra. Lo escucho rodar por la encimera, como si él también quisiera escapar de mí. Pero no lo toco. No puedo hablar con nadie ahora. No tengo palabras. No tengo voz. Mucho menos para hablar con ella.

Me hundo en el sofá sin encender las luces. Solo quiero desaparecer por unas horas. Dormir o no dormir, me da igual. Solo… no sentir. No sé cuánto tiempo pasa. Podrían ser minutos o podrían ser horas cuando al fin tomo el móvil, lo desbloqueo sin pensar y veo su nombre en la pantalla: Mamá. Dos. Tres. Y un mensaje. Dudo. Mi dedo se queda suspendido sobre el cristal como si leerlo fuera a cambiarlo todo. Y en parte lo hace.

Diana:
Archie, tienes que volar a Escocia esta noche

para la lectura del testamento. Si no vienes, bloquearás todo: el dinero y las propiedades; no podré gestionar nada, no tendré nada. Respóndeme.

Siento una presión en el pecho. El testamento. Charles. Todo me cae encima de golpe, como una pared que hubiera estado contenida por pura inercia. Claro. Era cuestión de tiempo. Pero lo había olvidado o, mejor dicho, había querido olvidarlo. Aunque, en verdad, no sé por qué narices tengo que ir. Su hija es Elizabeth, su única heredera. Yo solo fui el niño rebelde que no se lo puso nada fácil cuando mi madre empezó una relación con él. Aprieto el móvil entre los dedos hasta que me cruje la mano. No sé qué hacer. Ni siquiera sé si tengo fuerzas para preparar una maleta.

Sara me ha borrado de su vida. Y Charles…, Charles ya no está. Y ahora me toca ser adulto. Decidir. Responder. Volar. Solo. Por completo solo.

Yo:
Tranquila. Allí estaré.

Eso fue lo único que le respondí a mi madre; en ese momento aún tenía la voz de Sara retumbando en los oídos y no sabía ni cómo me llamaba. Cuando por fin pude enfocar la pantalla, me limité a escribir eso. Corto. Frío. Falso. Porque no estoy tranquilo. No lo estoy en absoluto; hice la maleta sin pensar. Sin ganas.

Metí cualquier cosa: un par de camisas, el traje, por si acaso, ropa interior y el neceser medio vacío. Todo mal doblado y mal encajado, como si mi cerebro solo necesitara cumplir un trámite. No tenía energía para distinguir lo importante de lo inútil. Ni para que me importara. Intenté dormir un rato en el sofá mientras esperaba la hora de ir al aeropuerto. Imposible. Cerraba los ojos y allí estaba

ella. Sara. En la puerta, diciéndome que no quería estar con un niño. Diciéndome adiós.

Ahora estoy aquí, en este asiento ancho de primera clase, rodeado de silencio, con una copa de agua que no he tocado y la cabeza palpitando como si me hubiera pasado la noche bebiendo. Pero no he bebido; no esta vez. Solo he pensado. Y me ha dolido. Y he recordado. El avión avanza a cientos de kilómetros por hora y yo me alejo de ella. De su voz. De su mirada. De todo lo que quise construir. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sé qué voy a encontrar cuando aterrice. Ni qué voy a hacer con todo este vacío.

* * *

El frío de Edimburgo me golpea en la cara en cuanto salgo del aeropuerto. Ni siquiera me he abrigado bien. Otra cosa más que olvidé al preparar la maleta. Levanto la mano para parar un taxi. No tengo ganas de hablar, así que solo indico la dirección del bufete de abogados y me hundo en el asiento. El conductor lo capta rápido. No me dice ni una palabra en todo el trayecto.

Cuando bajo del taxi, respiro hondo antes de entrar. Me digo que tengo que aguantar. Solo una hora más. Escuchar lo que ese hombre dejó escrito y volver a casa. A un hogar que ya no lo es. A una ciudad donde ella ya no está.

Subo las escaleras del edificio con la cabeza baja y, cuando abro la puerta del despacho, las veo: mi madre y Elizabeth.

—Archie —dice Diana, con esa voz suave que usa cuando intuye que algo no va bien.

—Hola —respondo seco, sin mirarlas demasiado.

Elizabeth no dice nada. Está seria, con los ojos un poco hinchados. Tiene las manos cruzadas sobre el regazo. Me siento frente a ellas.

Nos separa una mesa pulida, demasiado brillante, como todo en este lugar. Clínico. Frío. Como yo ahora mismo. El abogado entra con una carpeta y un montón de papeles. Nos saluda con voz grave, se sienta y empieza a leer. El dinero. Las propiedades. La empresa. Mi madre lo recibe todo. La mayor parte. Tiene sentido: ella fue su pareja durante más de una década. Su compañera.

A Elizabeth le deja una suma desorbitada, que será gestionada por mi madre hasta que cumpla los veinticinco años. Y también una casa en el centro de Edimburgo. Ella ni parpadea. Y entonces dice mi nombre.

—A Archie... —el abogado carraspea— le deja la propiedad del castillo, así como una suma equivalente a la de Elizabeth, que también será gestionada por Diana hasta que él cumpla los veinticinco.

Levanto la cabeza, desconcertado. ¿El castillo? ¿Dinero? ¿A mí? ¿Pero por qué?

—También nos entregó una carta para cada uno de ustedes —añade el abogado al tiempo que saca tres sobres cerrados con nuestros nombres escritos a mano.

Nadie los abre. No todavía. Mi madre sonríe. No parece sorprendida.

—Lo sabía —susurra más para sí que para nosotros—. Charles te quería como a un hijo, Archie.

Pero yo no puedo sonreír. No puedo sentir nada. Ni siquiera tengo espacio para procesarlo. No cuando todavía tengo la voz de Sara clavada como un cuchillo en el pecho.

—Si están de acuerdo con las disposiciones, deben firmar aquí —dice el abogado mientras señala las páginas frente a nosotros.

Ninguno dice nada. Solo asentimos. Uno por uno, tomamos el bolígrafo. Primero mi madre. Luego Elizabeth. Después yo. Es mi

firma, pero parece de otro. La trazo sin pensar. Como si no importara lo que firmo. Cuando todo está hecho, el abogado recoge los papeles con eficiencia y nos dedica una sonrisa profesional.

—Con esto queda todo cerrado. Mis condolencias de nuevo.

Nos levantamos en silencio. No sé qué hacer con el sobre que llevo en la mano. Ninguno lo ha abierto aún, pero me arde en los dedos.

—¿Te quedas a comer con nosotras? —pregunta mi madre mientras salimos del despacho.

La miro y no es que no quiera estar con ellas. Es que no puedo. No puedo sentarme a una mesa, sonreír y hacer como si nada. Como si no llevara el corazón hecho trizas.

—No, mamá. Otro día. Tengo que volver.

No hay reproche en su rostro. Solo preocupación. Pero no insiste. La conozco. Sabe cuándo presionar y cuándo no. Me agacho para abrazar a Elizabeth. Está muy quieta, como si aún no supiera cómo procesarlo todo. La rodeo con los brazos con más fuerza de la que esperaba tener.

—Oye, Elizabeth Ross —le susurro, con la cara hundida en su pelo —, cuando seas mayor tendrás una casa en el centro de Edimburgo. Vas a poder organizar fiestas con tus amigas, tirar cojines por todas partes y poner la música a todo volumen. Charles lo quería así. Deseaba que fueras feliz.

Ella no responde, pero me devuelve el abrazo con fuerza. Y eso basta. Sin decir nada más, me doy media vuelta y salgo de allí. Pido otro taxi. Vuelvo al aeropuerto. No tengo plan. No sé si quiero ir a Chicago. Pero tampoco tengo otro lugar al que ir. Mientras el taxi se aleja de Edimburgo, miro por la ventana. La ciudad pasa como un borrón. Demasiado rápido. Demasiado lejos. Y ella también.

De nuevo en el avión, sentado en primera clase junto a la ventana, observo cómo Edimburgo desaparece de mi vista. He dejado atrás a mi madre y a mi hermana, que no se merecían que regresara tan pronto ni que las dejara solas cuando ellas también están destrozadas por la marcha de Charles. Pero juro que hoy no les habría hecho ningún bien y no quería romperlas aún más de lo que ya están.

Y es que en mi cabeza no hay paz. Solo un zumbido constante que no se va. Como un motor encendido todo el tiempo. Cierro los ojos, pero no logro dormir. Ni siquiera quiero. Me arden los párpados. Pienso en Elizabeth. En mi madre. En Sara. Sobre todo, en Sara.

Meto la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saco el sobre. La carta de Charles. La observo un momento. Su caligrafía es elegante y cuidada. Mi nombre escrito con tinta azul. Demasiado sereno todo, como si él supiera que yo lo iba a leer en mitad del cielo. La abro. El papel es grueso, de los que usaba siempre. El aroma a papel y a algo más que no sé nombrar me revuelve por dentro. Respiro hondo y leo:

Querido Archie:

No sé en qué momento leerás esto. Tal vez enfadado, tal vez triste, tal vez… simplemente cansado. No importa. Solo quiero que sepas que, aunque no lo haya dicho lo suficiente, te he querido con todo lo que fui capaz desde el primer día que entraste en mi vida. Aunque no llevaras mi apellido. Aunque jamás me dijeras «padre» y aunque lo pusieras difícil al principio. Lo comprendí siempre. Y lo acepté.

He admirado en ti cosas que tú aún no ves. Tu valentía. Tu fuerza para resistir. Tu rabia, incluso. Esa que llevas por dentro y

que a veces te desborda, pero que nace de un corazón que se niega a rendirse.

Quiero pedirte algo, Archie: equivócate. Una y mil veces. Fracasa. Rompe cosas. Enamórate de quien te haga perder la cabeza y luego vuelve a construirte. Pero hazlo por ti. Siempre por ti. No dejes que tu padre ni nadie, ni siquiera yo, escriba tu camino. Tómalo tú. Decide lo que quieres. Decide lo que no.

He visto en ti a un hombre con ideas. Con ganas. Con una energía creativa que, si la dominas, puede cambiar tu vida. Haz negocios. Lánzate. Vende algo. Invéntate algo. Pero termina de formarte. Aprende. Fórmate como si fuera el primer ladrillo de tu castillo.

Ah, sí. El castillo. Te lo he dejado a ti. ¿Sabes por qué? Porque quiero que tengas algo tuyo cuando vengas a esta ciudad y espero que, cuando yo no esté, siga siendo el lugar en el que se reúna toda la familia. Pero escucha esto bien, porque no estoy bromeando: como te atrevas a hacerle una reforma modernista, te juro que voy a pasearme por esos pasillos cada noche, arrastrando cadenas como un buen fantasma escocés, para que no duermas en paz.

Te lo dejo a ti porque confío en que sabrás qué hacer con él. Y si no lo sabes todavía, lo sabrás pronto. Gracias por haber estado. Gracias por ser tú. Aunque fuera desde la distancia, fuiste parte de mi vida. Y eso me hizo mejor.

Con cariño,

Charles.

Termino de leer con la carta temblando. No lloro, pero algo dentro de mí se afloja. Como si me quitaran un peso de encima y al mismo tiempo me lo devolvieran con forma de responsabilidad. Cierro los ojos e imagino el castillo. La piedra fría y los ventanales enormes.

Las risas de Elizabeth corriendo por los pasillos. Lo oigo a él, su voz grave y pausada: «Archie, hazlo por ti».

Miro por la ventana. Las nubes se tiñen de un color rojizo bajo el sol que empieza a caer. Sara sigue lejos. Muy lejos. Pero algo me dice que esta carta, este momento, no es solo una despedida. Es también un comienzo.

Capítulo 45

Archie

Volver a Chicago sin Sara es como caer en una versión paralela de mi vida. Todo está en su sitio, pero yo no encajo en nada. Cuando el avión aterriza, tengo la absurda esperanza de verla entre la gente, esperándome como tantas veces. Sus ojos me buscan, el pelo revuelto por el viento y la sonrisa impaciente que siempre me hacía sentir en casa. Pero no está. Y no va a estar.

Tomo mi maleta en silencio, cruzo el aeropuerto como si flotara por encima de mí mismo y subo a un taxi sin tener muy claro a dónde quiero ir. Podría llamar a alguien, pero… ¿a quién? Así que le indico al conductor que me lleve a casa. No al ático vacío que ya no es mío, sino al apartamento que mi madre compró por si algún día necesitaba refugio. En el que vivimos tantos momentos juntos.

Me recibe un silencio distinto al que estoy acostumbrado, más denso. Como si todo en este lugar supiera que vengo derrotado. Por un segundo me pesa todo: las decisiones, la distancia y la pérdida. Ella.

Sara lo llenaba todo. Le proporcionaba sentido a mi vida, a esta ciudad y a este lugar. Y ahora…, ahora no tengo nada de eso. Y necesito marcharme; no quiero estar aquí.

Vuelvo al campo de golf casi por inercia. Me presento con la bolsa al hombro y el frío clavándoseme en los nudillos. Pero no soy el mismo. Y lo noto. También lo notan ellos. El recepcionista me mira

con incomodidad. El entrenador, que antes salía a saludarme con entusiasmo, se queda parado al verme. No dice nada. Yo tampoco. Solo niego con la cabeza y me doy la vuelta. No necesito que me lo digan. Ya lo sé. Me lo ha quitado todo. Y no sé cómo asimilarlo.

Voy a otro campo. Y a otro. Llamo. Escribo. Insisto. Todos dicen lo mismo, aunque con distintas palabras: «no hay plazas», «lo sentimos mucho», «circunstancias ajenas», «revisa tu correo». Y cuando alguien por fin me lo dice a la cara, sin adornos ni excusas, me quedo callado:

—Sabes cómo funciona esto.

Sí. Lo sé. Y duele igual. Vuelvo a casa, cuelgo la bolsa tras la puerta y me dejo caer en el sofá como si cargara cien kilos en la espalda. Echo de menos el olor de Sara. Su risa. Sus «ya te vale» en medio de mis dramas y su forma de caminar descalza por la habitación como si todo fuera suyo. Y, en el fondo, lo era. Todo era suyo.

Abro la carpeta de mi proyecto: «La casa familiar soñada». En cuanto veo el boceto, me paralizo. Las líneas, los espacios, los detalles..., todo grita su nombre. Cada rincón fue pensado con ella en mente. Cada estancia tiene algo suyo: su risa, su forma de ver el mundo y su manera de imaginar un futuro que, al parecer, ya no existe. No puedo seguir. No puedo dibujar sin pensar en ella. Esa casa no es solo un diseño: es su reflejo. Es ella. Cierro la carpeta con un gesto seco. Mañana será otro día. O no. ¿A quién le importa?

Las semanas pasan sin orden, ni ritmo ni sentido. Voy a clase. Me siento al fondo. Tomo apuntes como un autómata. Entrego los trabajos a tiempo. Como cualquier otro alumno. Nadie me reconoce. Nadie me espera. Y eso, que al principio me alivia, empieza a doler de otra forma. Como si me estuviera borrando sin darme cuenta. Me pierdo entre los pasillos y entre los días. Las voces a mi alrededor

me parecen ajenas, como si viviera tras un cristal grueso. Tengo ganas de entrenar, pero no me lo permiten. A veces dejo la bolsa en la entrada y ni la toco.

Un martes por la tarde, al salir de Dibujo Técnico, escucho mi nombre.

—Eh, Archie —dice Malik, un tipo con el que he hablado un par de veces—. ¿Te vienes al bar? Hay *trivial night*. Dicen que eres bueno en deportes.

Tardo en reaccionar. ¿Salir? ¿Con gente? ¿Reírme? No recuerdo la última vez que hice algo así sin Sara. Ni quiero recordarlo. Me quedo mirándolo un segundo, dudando.

—Vale —respondo, sin saber muy bien por qué. Acaso porque necesito oír mi propia voz diciendo que sí a algo.

Esa noche no respondo a ninguna pregunta útil. Ni una. Me siento fuera de lugar al principio, con el gesto tenso, los hombros rígidos y la cabeza en otro sitio. Pero ellos me acogen como si nada, como si no hiciera falta fingir. Y, sin darme cuenta, me río. Me río de verdad. De una tontería que dice Clara —la chica que se sienta tres filas delante—, que resulta tener un sentido del humor tan absurdo como brillante. Me río cuando Malik finge un acento escocés terrible. Me río hasta que me duele un poco el pecho…, pero de una forma buena. Por un rato se me afloja algo por dentro. No es felicidad ni mucho menos. Pero es un respiro.

Empiezo a decir que sí con más frecuencia. A quedarme tras la clase, porque no tengo nada urgente que hacer. A tomar café en grupo. A escuchar conversaciones ajenas y, de vez en cuando, introducir algún comentario. Nadie se sorprende. Como si siempre hubiera estado allí, solo que en silencio.

Clara me pide ayuda con Dibujo Técnico. Se le atraganta la perspectiva. Me siento a su lado en la biblioteca y empiezo a

explicárselo como me enseñaba Charles: con ejemplos absurdos, figuras imposibles, puentes que cuelgan del cielo o casas con escaleras que no llevan a ninguna parte. Ella se ríe. Me mira como si de veras creyera que tengo talento para esto. Y mientras hablo, mientras dibujo líneas en su libreta y le muestro cómo convertir un caos de trazos en algo claro, me doy cuenta de que no me siento vacío. No del todo.

Sara sigue allí. No se ha ido. Está en mi tono de voz cuando explico con paciencia. En la forma en que abro los brazos al hablar, como hacía con ella para exagerar las ideas. En cada ejemplo. En cada comparación. Pero ya no es un dolor lacerante. Es una presencia callada. Como una canción triste que ya me sé de memoria. Una que puedo tararear sin romperme.

Un domingo por la tarde suena el móvil. Es mi madre.

—Hola, cariño —dice con esa voz suave que me desarma siempre, como si pudiera ver a través de todo lo que intento esconder.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El tipo de silencio que solo se da entre dos personas que se conocen de verdad. Y de pronto me siento como si tuviera cinco años otra vez. Como si estuviera en la cocina de casa, con las piernas colgando de la silla y las manos pegajosas de mermelada.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Lo intento —respondo con honestidad. No sé decirle otra cosa.

—Eso basta —dice ella. Y no hay juicio en su voz. Solo ternura.

Me cuenta cosas pequeñas: que ha llovido en Edimburgo toda la semana; que el gato del vecino sigue colándose por la ventana como si la casa fuera suya; que encontró una caja con cartas mías de cuando era niño, esas que firmaba «tu Archi con i».

—Qué vergüenza —me río, tapándome la cara, aunque no pueda verme.

—Te encantaba poner corazones. Eras un romántico incorregible —dice con esa risa ligera que siempre suena como una canción de cuna.

—Sigo siéndolo —respondo sin pensarlo.

Y es verdad. Aunque ahora el romanticismo me duela.

Hablamos casi una hora. De nada importante. De todo lo esencial. Y por un rato todo lo que me pesa se vuelve un poco más liviano. Como si con cada palabra suya me devolviera partes de mí que había guardado muy al fondo. Al colgar, me quedo mirando el techo. Y por primera vez en mucho tiempo me siento más… vivo. Más yo.

Vuelvo al proyecto. No por la nota ni por la universidad. Lo hago porque lo necesito. Porque si no sigo dibujando esa casa, me asfixio. Porque es lo único que me mantiene atado a algo que aún siento real. Me siento frente al plano en blanco y respiro hondo, como si cada línea pudiera ordenarme por dentro. Redibujo los espacios. Modifico la cocina para que tenga más luz, como le gustaba a ella. Añado una ventana de banco con cojines para que pueda sentarse a leer o a mirar cómo llueve. Trazo un columpio bajo el árbol del jardín. Un tragaluz sobre la cama, por si una noche quisiéramos mirar las estrellas sin salir. Una pequeña estantería en el pasillo, pensada solo para libros antiguos, de esos que la apasionan.

Cada gesto en el papel es un recuerdo. Un anhelo. Un pedazo de ella que no quiero soltar. Todo está pensado para Sara. Aunque no esté. Aunque no vuelva.

* * *

Llega el final del trimestre. Me entregan el resultado del proyecto: es la nota más alta del curso. Malik me da una palmada en la espalda. Clara me envía emojis de fueguitos y un «¡Lo sabía!». Yo

solo sonrío. Sigo sin entrenar y siento que me he rendido, lo que me irrita mucho.

No he llamado a mi padre y él tampoco a mí. No quiero enfrentarme a él todavía. No mientras siga sintiendo esta rabia. O este miedo. No sé qué es más fuerte. Pero ya no me siento tan solo. La ciudad es la misma, pero yo ya no. No soy el Archie que se fue a Escocia con la cabeza llena de ruido. Tampoco el que volvió con el corazón en pedazos. Soy solo Archie. El que empieza a reconstruirse, aunque sea despacio. Aunque sea sin ella. Y tal vez, solo tal vez, eso sea suficiente. Por ahora.

* * *

—Aquí es —le digo a Malik mientras el coche se detiene entre el barro y la hierba congelada.

Malik frunce el ceño y observa a su alrededor. No hay nada. Solo terreno virgen, algo de nieve acumulada en las esquinas, un par de robles secos y una extensión plana que se pierde en la línea del horizonte. El cielo está gris, pero limpio. Y hay silencio. Un silencio distinto, como si el mundo contuviera la respiración.

—Tú estás loco —dice con una sonrisa entre dientes—. Loco de remate.

—Puede ser.

—¿Vas a construir un campo de golf aquí? ¿En serio?

—En serio. Y no uno cualquiera, sino el campo.

Malik se mete las manos en los bolsillos y mira otra vez. No me responde de inmediato. Creo que intenta entenderlo.

—¿Esto es lo que estabas planeando?

—Sí. Bueno, más bien… esto es lo que tú dijiste en broma una vez. ¿Recuerdas? Me dijiste que, si no me dejaban jugar en ningún

campo…, construyera el mío.

—Tío. Era una broma.

—Pues gracias por la mejor broma de mi vida.

Malik se ríe. Observa a su alrededor de nuevo, esta vez con otros ojos. Lo noto. Cambia la forma en que pisa, como si ya estuviera caminando sobre césped recién cortado.

—¿Y vas a hacerlo tú solo?

—No. Bueno…, sí. Con ayuda. He hablado con algunos arquitectos de campos profesionales. Y he presentado una solicitud al Ayuntamiento para desarrollar el terreno como espacio deportivo. Tengo los permisos en marcha.

—¿Y el dinero?

—Parte de la herencia de mi padrastro, Charles.

Malik asiente respetuoso. Él sabe lo que Charles significaba para mí y lo que representa esto.

—Él siempre decía que debía invertir. Que debía arriesgarme. Equivocarme. Pero hacer cosas. Dejar de vivir según los planes de otros. —Me agacho y recojo un puñado de tierra. Está fría y húmeda. La dejo caer entre los dedos—. Me criaron para seguir un camino. Y cuando ese camino desapareció, me perdí. Pero ahora…, ahora tengo esto. No sé si va a funcionar. Pero quiero hacerlo. Quiero que exista. Un campo libre. Sin nombres de familia grabados en mármol. Sin puertas que solo se abren a los de siempre. Un lugar para jugar. Para empezar otra vez.

—¿Y lo vas a llamar cómo?

Me encojo de hombros. No lo había pensado. Mentira: lo pienso todos los días. Pero no le digo aún lo que tengo en mente. Aún no. Pasamos casi dos horas caminando por el terreno. Le indico dónde irá el hoyo uno. Dónde planeo construir una casa club. Dónde podrían instalarse paneles solares para que sea autosuficiente. Le

hablo de un pequeño sendero que recorrerá el bosque que hay más al fondo y de la idea de ofrecer clases a jóvenes sin recursos para que tengan acceso a este deporte elitista sin necesidad de apellidos con linaje.

—Lo has pensado todo, ¿eh?

—Me ha costado muchos días sin dormir.

Malik me observa como quien descubre a alguien por segunda vez.

—Estoy orgulloso de ti, tío. De verdad.

—Gracias.

Y me doy cuenta de que yo lo estoy un poco también. No porque vaya a tener éxito, ni siquiera porque lo esté haciendo bien, sino porque estoy haciendo algo. Al fin. Cuando regresamos al coche, el sol ya se ha ocultado del todo. Me quedo mirando por la ventana mientras Malik espera a que arranque.

En mi cabeza, el campo ya existe. Veo las banderas ondeando, los *swings* en el aire y los niños corriendo por el césped. Veo a Charles sentado en una silla de madera, sonriendo. Veo a Sara caminando por la loma con un vestido claro, descalza, como si la tierra no le pesara. Cierro los ojos. Voy a construirlo porque quiero, porque puedo y porque, aunque nadie me lo haya dicho aún, me lo debo.

—¿Y Sara? —pregunta Malik de pronto.

—¿Qué? —respondo sin entender, o sin querer entender.

—Cuándo vas a ir a verla —insiste al mirarme de lado—. Creo que ya es hora de que hables con ella.

Trago saliva. Miro al frente. El suelo bajo mis pies ya no parece tan firme. Hablar con ella. Solo de pensarlo me tiembla el estómago. ¿Qué pasa si me odia? ¿Qué pasa si no quiere volver a saber de mí? ¿Qué pasa si ya no queda nada? Pero ¿y si sí? Siento que llevo meses corriendo en círculos alrededor de esa pregunta. Y tal vez ha

llegado el momento de averiguarlo. De dejar de esconderme tras excusas, miedos o «no es el momento». Porque nunca va a haber un momento perfecto. Pero esta vez puedo ser yo el que dé el paso.

—Sí —digo por fin, casi en un susurro.

Malik sonríe. Yo respiro hondo. Y sé que se acerca el momento de volver a buscarla.

Capítulo 46

Sara

No quiero volver a casa. No esta noche. Ni mañana. Ni ninguna en la que me esperen el silencio y los fantasmas. Desde que rompí con Archie, he llenado cada minuto de mi tiempo con algo: clases, correcciones, cafés, yoga, paseos o cenas tardías. Lo que sea para no pensar. Pero, por más que lo intento, no se va. Está ahí, como un eco al que ya ni siquiera le contesto.

—¿Otra ronda? —pregunta Kylie, levantando su copa vacía.

Aurora asiente con entusiasmo; lleva el moño todavía medio deshecho por la clase de yoga.

—Yo invito —añado.

No quiero irme. No quiero cerrar los ojos. No quiero soñarlo otra vez. Nos reímos de algo absurdo —creo que de las posturas imposibles del yoga— cuando la puerta del restaurante se abre. Y lo veo. Me tenso de golpe: el padre de Archie.

Lleva el mismo abrigo elegante y la misma expresión cortante. Se sienta en una mesa delantera, pero con plantas entre nosotros, frente a un chico joven al que no reconozco. Parece nervioso; se le nota incluso desde aquí. Me hundo en el asiento como si el respaldo pudiera tragarme.

—Mierda. Es el padre de Archie —susurro, sin poder apartar la mirada.

—¿Y? No te va a reconocer —responde Kylie, alzando una ceja.

—¿Cómo que no?

—Sara… —Aurora sonríe—. Mírate. Ni tú te reconoces.

Parpadeo. Supongo que tienen razón. Fue una decisión impulsiva. Un sábado por la mañana, tras recordar las palabras de mi madre cuando me dijo que el pelo rojo no era solo un cambio, sino un acto de rebeldía. Que lo hice para afirmarme. Para escapar. Así que me senté en una peluquería y les dije: «Hacedme parecer otra persona. Pero que siga siendo yo».

Ahora mi pelo es castaño con reflejos más claros. Ondulado. Brilla distinto bajo las luces. No me reconozco del todo cuando me miro en el espejo, pero hay algo liberador en ello; en haber soltado, aunque sea un poco. Vuelvo la vista a la mesa de delante. El chico joven está con el teléfono. Escucha, asiente y pregunta algo. Parece… tenso. O nervioso. O intimidado.

—¿Quién será ese? —pregunta Aurora, que también ha notado el gesto.

—No lo sé. Pero mira cómo le habla. No es una charla cualquiera.

El padre de Archie no sonríe. Nunca lo hace. Habla en tono bajo, como si diera instrucciones; como si lo estuviera entrenando para algo.

—¿Y si nos vamos ya? —murmuro, inquieta.

—Ni se te ocurra —dice Kylie sin apartar la vista de la escena.

Aurora asiente.

—Esto es mejor que cualquier telenovela.

En ese momento, la puerta del restaurante se abre de nuevo. Y si ya estaba tensa, ahora se me hiela la sangre: Elliot. Camina con esa seguridad fría y estudiada que siempre le he visto. Lleva un abrigo caro, gafas de sol en la cabeza y el gesto contenido. Frunce apenas los labios al ver a su padre, como si ese encuentro no fuera casual; como si estuviera planeado.

—Hola —dice sin entusiasmo, al tiempo que toma asiento junto a ellos.

Ni un beso. Ni una sonrisa. Solo un saludo seco y mecánico. Mi estómago da un vuelco.

—¿Ese es…?

—Sí —asiento—. Elliot.

Aurora y Kylie intercambian una mirada rápida. Ninguna dice nada, pero el ambiente se ha vuelto denso y cargado. Y justo cuando creo que no puede empeorar…

—Mierda —susurro.

—¿Qué? —pregunta Kylie.

—No —niego—. No, no, no…

Archie. Entra con las llaves colgando de la mano y una expresión cansada. Viste informal, con sudadera negra y una mochila colgada del hombro. Se detiene en seco al verlos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta sin filtros, mirando a los tres—. ¿Aston otra vez? Vaya trío —añade—. ¿Estoy entrando en el comité de la Inquisición o qué?

Las palabras me golpean como una bofetada. La voz. Su voz. Esa mezcla entre sarcasmo y desdén cuando algo no le cuadra. Me lleva de golpe a mil recuerdos. Instintivamente, me tapo el rostro con el menú.

—No puede verme. No ahora —susurro.

—Tranquila —dice Aurora—. Te da la espalda.

Archie está de pie, de espaldas a nosotras. Su padre, con ese tono que detesto, le indica con un gesto que se siente.

—Archie.

Él duda un segundo. Suspira y, finalmente, toma asiento.

—Esto se pone oscuro —murmura Kylie.

—Shh —le digo.

Escucho cada palabra. Cada respiro. Cada tensión entre ellos. Y no soy la única: Aurora y Kylie también están clavadas a la silla. Nadie pestañea. Archie se pasa la mano por la cara, claramente molesto por estar allí. No los mira. Solo tamborilea los dedos sobre la mesa mientras su padre habla con voz baja y autoritaria. Elliot asiente muy despacio. El chico desconocido, frente a ellos, apenas levanta la cabeza.

Intento descifrar lo que está pasando. Y, aunque sé que no debería escuchar, están tan cerca que lo oigo todo.

«…a tiempo si haces lo que te digo…».

«…no tienes por qué saberlo…».

«…y mantendrás la boca cerrada…».

El aire se corta. Archie lanza una carcajada irónica.

—Perfecto. Manipular y controlar. Lo de siempre.

Su padre le lanza una mirada helada.

—Siéntate derecho. Escucha. No hagas un espectáculo.

Archie no responde, pero no se va. Y eso, más que cualquier palabra, me duele. Sigo mirando esa escena sin moverme, sin atreverme a respirar demasiado fuerte. Porque hay algo que se está gestando ahí delante. Algo turbio. Algo que huele a secreto. Y, por primera vez en mucho tiempo, lo que siento no es solo dolor: es rabia.

—Así que, ahora que Sara ya no está en mi vida —empieza Archie, apoyando los codos sobre la mesa y hablando con esa frialdad que solo esconde el dolor—, todo es solucionable, ¿no?

Kylie me aprieta el brazo sin decir nada. Yo me congelo. Aurora también se ha quedado inmóvil. Nadie respira.

—Ahora que me habéis dejado en la calle, sin dinero, sin nada… —continúa Archie, con la voz entre irónica y rota—. Ahora que me habéis negado el acceso a todos los campos de golf del país. Ahora

que habéis conseguido que todo se fuera a la mierda…, resulta que sí, que volvéis a tener un plan para mí. Genial.

Elliot baja la mirada. Su padre ni se inmuta.

—Aston me emborrachó —suelta de pronto, con los dientes apretados—. Lo sabíais. Elliot esperó el momento justo para manipular a Meghan. Para que me besara. Para sacar la foto. Para que se hiciera viral. Para que Sara la viera. Para que me dejara.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué…? —susurra Aurora, como si no pudiera creer lo que oye.

Pero no me muevo. No puedo. Me arden los ojos.

—Me arruinasteis —dice Archie, ya sin contenerse—. Me dejasteis solo. Tirado. Sin casa, sin coche, sin comida. Y, aun así, lo iba a olvidar todo. Porque tú, papá, ibas a dejarme estudiar, ibas a dejarme volver a competir. Ibas a soltarme un poco la correa, ¿no?

Su padre no dice nada al principio. Solo bebe un sorbo de vino.

—La vida es cruel, Archibald. Tenías que aprenderlo —responde con esa voz hueca que pone los pelos de punta.

—Me llamo Archie. Archie. —Se ríe, pero no hay humor en su carcajada—. Meteos vuestros campos de golf por donde os quepan —escupe, levantándose de golpe.

Kylie ahoga una exclamación. Aurora me mira. Yo no puedo ni parpadear. Me cuesta respirar.

—Si haces esto, Archie, no volverás a jugar en tu vida —dice su padre, seco.

—Eso ya lo veremos.

Y justo cuando va a marcharse, se gira hacia los tres.

—Y no creáis que la he olvidado. Ni por un segundo —su voz tiembla, pero sigue firme—. Prefiero perderlo todo. —Los señala—. Todo esto antes que olvidar lo que construí con ella. Lo único real que he tenido en mi puta vida.

—Sara ya no está contigo —le lanza Elliot, como si quisiera hacerle daño una vez más.

Archie lo mira y, por primera vez, parece que no le tiene miedo.

—Lo sé muy bien. Pero de vosotros ya no quiero saber nada más. Se acabó. Ya no sois mi familia, porque la familia sí se elige.

Y se va. Da media vuelta y camina hacia la salida sin mirar atrás. Yo no sé si reír o llorar. No sé si correr tras él o quedarme paralizada como estoy. Aurora me sujeta la mano. Kylie me abraza por detrás con fuerza. No hay ninguna duda: todo lo que pensé, todo lo que creí ver, fue una mentira tejida por otros. Y él…, él estaba solo.

Salgo corriendo al baño sin mirar atrás. No puedo más. Me encierro en uno de los cubículos, me cubro la boca con las manos y respiro hondo, intentando no gritar. Me tiemblan las piernas. Me arde la cara. Me cuesta creer lo que acabo de oír. Archie…, todo lo que ha pasado…, todo lo que ha sufrido. ¿Por qué no lo dijo? ¿Por qué no luchó por mí? ¿Por qué me dejó creer todo aquello?

Me paso las manos por la cara, como si pudiera arrancarme la confusión. Al fin, salgo y me acerco al espejo. La mujer que me devuelve la mirada no es la misma que llegó a esta ciudad. Tiene el pelo más claro, ondulado y arreglado. Tiene los ojos empañados, pero también furia y fuerza. Soy yo. Y no voy a dejar que me rompan otra vez. Respiro hondo. Me lavo la cara. Me seco. Me miro una última vez. Estoy lista.

Abro la puerta para salir… y me doy de bruces con él: Elliot. Nos quedamos los dos congelados. Lo miro. Y, aunque tarda medio segundo en reconocerme, lo hace.

—Sara…

Me observa de arriba abajo, como si intentara decidir si de veras soy yo. Me da asco. Me aparto de él de inmediato, pero no lo suficiente.

—Estás muy cambiada —dice con esa voz suave que nunca me gustó.

—¿Y a ti qué te importa? —escupo—. ¿No has hecho ya suficiente?

No responde. Pero yo no pienso callarme.

—¿Por qué lo hiciste, Elliot? —Lo miro directo a los ojos—. ¿Por orgullo? ¿Por joder a tu hermano? ¿Por arrancarle todo lo que tenía?

Él niega con la cabeza despacio.

—No. Lo hice porque…, porque me gustabas de verdad.

—Mentira —digo sin dudar—. Nunca me valoraste. Nunca fuiste capaz de quererme. Ni siquiera querías que nos vieran juntos. Porque yo no era como tus novias, ¿verdad?

Entonces, sin previo aviso, se acerca más de lo que debería. Y me besa. A la fuerza. Lo aparto con todo mi cuerpo y, sin pensarlo dos veces, le cruzo la cara de una bofetada que resuena en todo el pasillo.

—¡No vuelvas a tocarme! —grito con la voz temblando, pero firme —. No le llegas ni a la suela de los zapatos a tu hermano. Ojalá tuvieras un poco de su corazón.

Él me mira mientras se toca la mejilla, furioso…, pero no dice nada. Doy media vuelta y me voy con el corazón hecho pedazos, pero más viva que nunca. Respiro hondo. Mi cuerpo aún tiembla, pero no de miedo: de rabia, de certeza, de fuerza. Camino hacia la mesa donde Aurora y Kylie me esperan. Ambas me miran como si supieran lo que ha pasado; como si lo intuyeran en mis ojos.

—¿Nos vamos? —pregunto sin rodeos.

—Claro —dice Aurora al instante, poniéndose de pie.

Kylie asiente. Ninguna hace preguntas. Ninguna lo necesita. Y esta vez no me escondo. No me cubro la cara ni agacho la cabeza. Paso junto a la mesa donde están sentados el padre de Archie y su primo.

Sé que Elliot me observa desde el fondo. Su padre me mira sorprendido y casi desconcertado. No sé si por mi nueva imagen o por darse cuenta, demasiado tarde, de que he estado allí todo el tiempo. Que lo he oído todo.

No me importa. Que se atragante con su arrogancia. Que trague su desprecio. Porque ahora sé la verdad. Porque todo encaja. Porque todas las piezas que me hacían daño ahora dibujan el verdadero rostro de lo que ocurrió. No fui yo la que falló. No fue Archie quien me traicionó. Fueron ellos: manipulando, mintiendo y destruyendo lo que no comprendían; lo que envidiaban.

Sigo caminando con paso firme y sereno, con la cabeza bien alta. Hasta que me detengo de pronto. Lo sé. Lo siento en el pecho como un latido que me empuja hacia atrás. Me giro y vuelvo sobre mis pasos hasta la mesa, donde Elliot ya ha vuelto y se ha sentado. Los tres me observan. Pero solo me dirijo a uno.

—No soy la chica perfecta ni pretendo serlo. Pero sí sé algo —mi voz no tiembla ni en una sola sílaba—: jamás en mi vida les haré tanto daño a mis hijos como usted le ha hecho al suyo.

Y, sin más, ahora sí me voy tranquila. No necesito saber lo que responde. No me interesa. Porque esto no va de él: va de mí. De mi voz, de mi verdad y de mi corazón. Del corazón que intentaron romper entre todos, pero que sigue aquí, latiendo y en pie. No hay vuelta atrás. Ya no hay secretos. He escuchado la verdad y, por fin, empiezo a entenderlo todo. Por fin puedo respirar.

Salgo del restaurante con la certeza de que algo ha cambiado. Para siempre.

Capítulo 47

Sara

—¡Sara, espera! —la voz de Aurora me alcanza justo cuando doblamos la esquina del restaurante.

Me detengo. Mis pies aún tiemblan; mis manos, también. Pero no por miedo, sino por todo lo que sé ahora… y que no sé cómo manejar.

—Tienes que buscarlo —insiste Kylie, un paso tras Aurora, con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse lo que acabamos de vivir—. Archie. Tienes que hablar con él.

—No puedo —susurro. Noto cómo se me rompe algo en la garganta al decirlo—. ¿Cómo se lo digo? ¿Cómo lo miro a la cara y le digo que he estado allí, escuchando cada palabra?

—Él merece saber que lo sabes —dice Aurora con suavidad; sin presión, solo verdad—. Porque lleva meses sufriendo igual que tú. O más.

Me echo el pelo hacia atrás con una mano temblorosa. El aire de la noche me da en la cara, pero no me calma.

—No lo sé… No sé qué hacer. No estoy lista.

—Llevas semanas pensando en él —me recuerda Kylie con delicadeza—. Creyendo que todo había sido un juego; que él te había usado.

Asiento, bajando la mirada por primera vez en horas. Me muerdo el labio.

—Y resulta que estaba roto. Como yo —susurro.

—Entonces no lo dejes así —dice Aurora, al dar un paso más—. Pero si necesitas pensar, o si necesitas estar sola…, te respetamos.

—Gracias —respondo, y al fin las miro—. De verdad. Pero ahora mismo… necesito silencio. Un poco de aire. Un poco de mí.

Ellas asienten. No hay enfado ni reproches; solo amistad. Del tipo que no necesita palabras. Me alejo. Y esta vez el mundo se siente distinto. Camino sola por las calles de Chicago. El frío me roza la piel, pero no lo siento. Todo dentro de mí es ruido: voces, recuerdos y verdades que aún no termino de digerir.

«Le han denegado el acceso a todos los campos de golf del país».

Lo repito una y otra vez, como si al repetirlo lo hiciera más real. Como si de veras pudiera entender lo que eso significa para él. Archie sin golf... es como arrancarle el aire. Es su refugio, su futuro y su idioma. Y se lo han quitado. Se lo han arrancado como si no importara. Lo imagino solo, creyendo que yo lo odiaba y que había sido cómplice de todo. Y lo peor es que yo también lo creí. Lo abandoné cuando más solo estaba. Y no por crueldad…, sino por miedo. Por no saber.

Me detengo en un semáforo. El mundo sigue ruidoso y brillante. Pero dentro de mí todo va más lento; todo pesa más. ¿Cómo se lo digo? ¿Cómo le explico que lo escuché todo? ¿Qué palabras uso para pedir perdón por no haber estado? ¿Y si no quiere verme? ¿Y si he llegado demasiado tarde?

Subo las escaleras de mi edificio sin pensarlo. Abro la puerta y me lanzo al sofá. Me obligo a respirar. Pero mi cabeza no para. Su voz rota, sus palabras y la soledad de su mirada me persiguen. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. Me levanto de golpe. Tomo el abrigo y las llaves. Me dirijo a la puerta decidida a salir a buscarlo,

sin saber ni siquiera adónde ir. Pero entonces… abro la puerta y ahí está él: Archie.

Con la mano en alto, a punto de llamar. Ambos nos quedamos congelados, como si el tiempo se detuviera justo en ese segundo. Su respiración agitada, mis ojos abiertos de par en par y su expresión…, es todo lo que no esperaba y todo lo que necesitaba.

—Hola —dice él, con la voz más baja de lo que recordaba.

—Hola —respondo, de forma apenas audible.

Nos quedamos allí quietos, mirándonos. Como si el tiempo no supiera si avanzar o detenerse para siempre. Sus ojos me recorren con una mezcla de sorpresa, duda y algo que no sé si es tristeza o alivio. Yo también lo miro. Ha cambiado: está más delgado y con ojeras profundas, pero también hay algo distinto en su mirada. Más vulnerable y más real.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunta de pronto, rompiendo el silencio.

Asiento. No me salen las palabras, no todavía. Porque las que quiero decir pesan demasiado y si abro la boca ahora, puede que me rompa.

Tomamos el ascensor en silencio. Bajamos. Afuera la noche respira fría y tranquila. Caminamos hasta el coche de Archie, que está aparcado justo delante. Él da la vuelta y, con ese gesto que siempre tuvo, tan suyo, me abre la puerta del asiento del acompañante como si el mundo no se hubiera roto entre nosotros. Me detengo un segundo antes de entrar.

—Perdón —digo por fin, mirándolo a los ojos—. Tenías derecho a explicarte… y no te dejé.

Él asiente despacio, como si no esperara que esas palabras salieran de mí y como si no quisiera romper el momento con ninguna de las suyas.

—Gracias —murmura al fin con la voz aún algo tensa, pero sincera.

Nos quedamos en silencio unos segundos más y entonces añade:

—¿Puedo mostrarte algo?

Lo miro sin saber muy bien qué responder. Pero asiento, porque esta vez sí quiero escuchar; quiero verlo todo.

El coche avanza en silencio por las calles iluminadas tenuemente. La ciudad queda atrás poco a poco y lo único que rompe el silencio es el sonido del motor y mi corazón, que parece haber olvidado cómo se respira cuando él está cerca. Archie me lanza miradas de vez en cuando; no disimuladas, sino claras. Como si necesitara asegurarse de que sigo aquí y de que no es un sueño. Yo también lo observo: sus manos firmes al volante y su perfil cansado, pero sereno. Su presencia; la misma que tanto eché de menos.

—¿Te gusta? —pregunto de pronto, señalando mi aspecto con una media sonrisa nerviosa.

Él gira la cabeza hacia mí con la expresión más honesta que le he visto en mucho tiempo.

—Me gustan cada una de tus versiones —responde sin dudar—. Todas eras tú. Todas me gustaban y las que vengan me gustarán.

Trago saliva. Siento que algo se afloja dentro de mí; que las paredes que construí empiezan a agrietarse. Llegamos a un camino de tierra: oscuro y silencioso, rodeado de árboles y campo abierto. Archie apaga el motor y se queda unos segundos quieto, como si intentara ordenar las palabras.

—Antes de que me lo enseñes —lo interrumpo antes de que hable —, quiero decirte algo.

Él me mira tenso, en guardia.

—Hoy… yo estaba en el restaurante. Lo escuché todo. Lo sé, Archie. Sé lo que hicieron. Sé por qué desapareciste. Sé que no fue

tu elección.

Su rostro cambia por completo. Se queda gélido. Abre la boca, pero tarda unos segundos en emitir algún sonido.

—Sara… —murmura al fin mientras se lleva la mano a la nuca con ese gesto tan suyo y desesperado—. No sé qué decirte.

—No necesitas decir nada —respondo al tiempo que mis ojos se llenan de lágrimas—. Solo… dime que no fui solo una etapa. Que no fui una más.

Él niega al instante con los ojos brillantes.

—No te he olvidado ni un solo día. Y lo siento: por todo, por no haberlo evitado, por haber sido tan cobarde y por el daño que te hice…, aunque no quisiera hacerlo.

Me quedo en silencio. Porque, aunque duele, ya no me quema. Porque lo miro y no veo al chico que me rompió, sino al hombre que intentó sobrevivirse a sí mismo. Él abre la puerta del coche y sale. Yo lo sigo.

—Ven —dice, señalando con la barbilla hacia el terreno que se abre ante nosotros.

Oscuro, pero amplio e inmenso. Con las primeras marcas del terreno dibujadas en la tierra, como un sueño aún sin construir.

—Este es mi futuro —dice, con voz firme y sin miedo—. Aquí va a estar mi campo de golf. Sin control de nadie: el mío. Yo solo me rompí, yo solo me perdí y yo solo me levanté. Aquí es donde empiezo de nuevo.

Me quedo unos segundos mirando el terreno: la tierra removida, las marcas de estacas clavadas y el horizonte oscuro y abierto. No hay nada… y, al mismo tiempo, hay tanto. Siento que mis pies pesan menos y que mi pecho no duele tanto. Estoy justo donde debo estar. Me acerco a él, que sigue mirando al frente como si aún no se

atreviera a girarse y como si temiera que me escapara de nuevo. Pero no pienso huir; no esta vez.

—¿Y hay sitio…? —pregunto en voz baja; apenas un susurro—. ¿Para mí aquí?

Archie gira la cabeza despacio. Sus ojos tardan un segundo en entender lo que digo. Y cuando lo hacen, brillan.

—Sara…

—No te digo que todo esté olvidado —aclaro con la voz temblorosa— ni que no tenga miedo. Solo…, solo quiero saber si esto que construyes también cuenta conmigo. Si me dejas. Si quieres.

Él se gira del todo y, sin decir nada, me toma la mano. La suya está fría, pero firme.

—Este lugar eres tú —responde al fin—. Si estoy aquí es porque, aunque te perdí, tú me hiciste creer que podía construir algo distinto. Algo real. Algo mío.

—Entonces… —le sonrío con dulzura entre lágrimas—. Entonces construyámoslo juntos.

Él se acerca y apoya su frente contra la mía. Cerramos los ojos. No hay besos ni prisas; solo un silencio compartido que lo dice todo.

—No quiero volver a perderte —susurra, apenas audible.

—Pues no lo hagas —le respondo con el corazón en la garganta.

Y allí, en medio de la nada, bajo la noche tibia de Chicago, con la tierra húmeda a nuestros pies y el futuro aún sin dibujar, nos encontramos de nuevo. Ya no somos los mismos. Y, por fin, eso está bien.

Nos sentamos sobre la tierra, uno al lado del otro, sin necesidad de decir nada durante unos minutos. Solo escuchamos el viento entre los árboles y las hojas moviéndose como si también ellas suspiraran de alivio.

—Pensé en ti todos los días —murmura Archie sin apartar la vista del horizonte—. Cada mañana y cada noche. Aunque intentara seguir adelante, todo me llevaba de nuevo a ti: a tu risa, a tu forma de mirar y a todo lo que éramos.

Lo miro con el corazón encogido.

—Yo también —respondo sin disfrazar la emoción—. Pero pensaba que para ti había sido solo un juego o una fase. No sabía…, no podía imaginar que sufrías de igual modo.

—No fue solo dolor —admite—. Fue vacío e ira. Me rompí, Sara, y no sabía cómo seguir sin ti hasta que lo comprendí: si no podía tenerte, al menos tenía que tenerme a mí. Este terreno…, esto no es solo un campo de golf: es mi forma de no rendirme; de demostrarme que puedo ser algo más que el hijo de mi padre. Si él me prohíbe la entrada, yo construyo el mío.

Asiento al tiempo que siento cada palabra como si fuera mía.

—Yo también cambié —le digo—. Al principio fue por rabia y por orgullo, pero luego comprendí que ya no podía volver a ser quien era antes. Porque ahora sé lo que merezco. Y sé lo que quiero.

Me mira. Esta vez sí. Me mira como si yo fuera su casa, su refugio y su certeza.

—¿Y qué quieres, Sara?

No titubeo.

—A ti. Si tú también me quieres. Si tú también estás aquí. Ahora. De verdad.

Él se inclina hacia mí, muy despacio, como si necesitara asegurarse de que esto es real y de que no voy a desaparecer.

—No he dejado de quererte. Ni un solo día.

Y entonces, por fin, nuestros labios se encuentran. No hay prisa ni urgencia; solo verdad. Un beso lento y cálido, lleno de todo lo que no dijimos y de todo lo que hemos esperado. Nos abrazamos

después sin añadir nada más. El silencio es cómplice y no incómodo. Estamos juntos. Estamos bien. Ya no hay dudas ni más huidas. Estamos en el mismo lugar y en el mismo momento, por fin caminando en la misma dirección. Juntos.

Seguimos abrazados, con el pecho de Archie subiendo y bajando con calma bajo mi mejilla. El viento roza nuestros rostros, pero ya no hay frío. No cuando estoy aquí, en sus brazos. No cuando por fin nos lo hemos dicho todo. Entonces rompo el silencio con una pequeña sonrisa.

—Puede que tu padre me odie un poco más que antes —murmuro mientras alzo la mirada hacia él.

Archie arquea una ceja, divertido y sin soltarme.

—Ah, ¿sí?

Asiento, con la voz firme esta vez.

—Le dije algo antes de irme, justo después de marcharte tú. Dije: «No soy la chica perfecta ni pretendo serlo. Pero sí sé algo: jamás en mi vida les haré tanto daño a mis hijos como usted le ha hecho al suyo».

Archie me observa atónito por un segundo y después sus labios se curvan en una sonrisa que mezcla orgullo, ternura y una pizca de incredulidad.

—Sara…

—Tenía que decirlo —añado encogiéndome de hombros—. No por él: por mí y por ti.

Él se inclina para besarme la frente mientras sus dedos acarician mi mejilla con cuidado.

—No me importa lo que piense —susurra— ni lo que diga. Durante este tiempo… contigo, y también después…, he aprendido lo que es el amor de verdad. Lo que significa una familia. Y ellos no lo son; nunca lo han sido. No quiero que vuelvan a formar parte de mi vida.

Lo dice con una serenidad firme: sin odio ni rencor, solo certeza.

—Tienes razón —respondo—. No los necesitas. No cuando has construido algo mucho más valioso por ti mismo.

Él me aprieta con fuerza entre sus brazos, como si sellara ese compromiso invisible entre los dos. Ya no es solo un reencuentro: es una decisión; un futuro compartido.

—¿Y tú? —pregunta con voz suave—. ¿Te quedas?

Lo miro a los ojos sin dudar.

—Sí. Me quedo.

Nos besamos otra vez, esta vez sonriendo entre labios. No hay más sombras ni miedo. Lo que tenemos y lo que somos ahora es nuestro. Y empieza aquí.

Capítulo 48

Sara

La sábana arrugada nos cubre a medias, pero el calor de su cuerpo junto al mío es lo único que necesito. La habitación está en penumbra, filtrada por la luz suave de la madrugada que apenas empieza a asomarse. Respiro despacio, con la cabeza apoyada sobre su pecho desnudo, escuchando el latido sereno bajo mi mejilla. Archie la acaricia con movimientos lentos y casi inconscientes. Es un silencio lleno de palabras no dichas, pero que pesan y curan.

—El castillo… —rompe el silencio con voz grave, casi en un susurro—. El castillo de Charles. Es mío.

Levanto el rostro y lo miro, sorprendida.

—¿Tuyo?

Asiente. Tiene los ojos puestos en el techo, pero su mandíbula se tensa. Sé que hablar de esto no le resulta fácil.

—Lo heredé. Me dejó una carta… —Traga saliva—. No sabía si decírtelo, pero… no quiero secretos. No más.

—¿Puedo leerla?

Asiente otra vez y se incorpora un poco para dirigirse a la cómoda. Saca un sobre gastado, con el nombre «Archie» escrito con letra temblorosa. Tomo la carta con cuidado. El papel huele a Charles. Empiezo a leer en voz baja. Las palabras de Charles fluyen como una caricia amarga. Le habla a Archie con amor. Mis lágrimas caen

solas. No las contengo. No puedo. Las dejo deslizarse por mis mejillas hasta caer sobre su pecho.

—Archie…, no estás solo —susurro—. Nunca lo estuviste. Aunque tú te sintieras así.

Él me mira y algo en su expresión se quiebra. No dice nada, pero sus manos me rodean con fuerza. Me aferra a él como si temiera desvanecerse.

—Podemos ir cuando queramos —dice después de un rato, con la voz ronca por la emoción—. Solo tú y yo. O con quien queramos. Quiero que lo hagamos nuestro.

—Tu madre y tu hermana… —empiezo, temerosa.

Pero él niega con la cabeza suavemente, sin dudar.

—Es para todos, Sara. Como tu casa en Ibiza. Quiero que este lugar también lo sea. Un hogar. Uno nuevo. Uno real.

Lo beso despacio. Porque lo entiendo. Porque lo siento. Porque quiero lo mismo. Me dejo caer sobre él otra vez, empapada aún de ternura, pero ahora con una risa contenida que empieza a escaparse de mis labios.

—¿Qué? —pregunta Archie, alzando una ceja, divertido.

Tomo la almohada y me la planto sobre la cabeza, escondiéndome debajo como si quisiera desaparecer del mundo.

—Ahora sí que estás perdido —digo con la voz amortiguada entre risas—. ¿Tú sabes lo que le espera al hombre que tiene un castillo? Mi padre, mi tío…, mi hermano…, ¡se van a burlar de ti el resto de tu vida!

Archie se ríe de esa forma suya tan libre que me hace vibrar por dentro.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú también te vas a burlar?

Me asomo por un borde de la almohada con media sonrisa traviesa.

—No…, yo solo reinaré. Pero no pienso llevar corona. Eso te toca a ti.

—Perfecto —dice, dándome un beso en la frente—. Porque yo ya tengo todo lo que quiero para gobernar este reino.

Y en ese reino desordenado de sábanas, risas y suspiros, nos dejamos caer uno junto al otro. Reyes de un castillo que aún no hemos reformado, pero que ya tiene promesas.

Nos abrazamos en silencio, entrelazados entre las sábanas. La respiración de Archie roza mi cuello y su calor se mezcla con el mío. Me siento ligera. Llena. Como si, por fin, todo estuviera en su sitio. Entonces, con la cabeza apoyada en su pecho, me viene una idea que me hace sonreír sin querer.

—Oye… —susurro sin moverme—. ¿Y la universidad?

Siento cómo se tensa un poco, pero no de forma incómoda. Más bien como si se preparara para contarme algo grande.

—Quieres saberlo todo, ¿eh? —dice, y antes de que pueda responder, sus dedos empiezan a hacerme cosquillas en la cintura.

—¡Archie, para! —me quejo entre risas, intentando cubrirme con la sábana—. ¡No te escapes, quiero saberlo!

—Vale, vale, me rindo —se ríe también—. He aprobado todo.

Lo miro con los ojos muy abiertos y me incorporo un poco.

—¿Todo? ¿En serio?

—Sí. Incluso las asignaturas que no me gustaban. Me esforcé. Y… —hace una pausa— he hecho amigos nuevos. De esos de verdad, que no están interesados en mi apellido.

Lo acaricio en el pecho despacio, con una sonrisa.

—Me alegro tanto por ti…

—Y eso no es todo —dice con una chispa brillante en los ojos—. El proyecto de Ibiza ha sido un éxito.

—¿Qué?

—Sí. ¿Quieres verlo?

—¿Estás de broma? ¡Claro que quiero verlo!

Archie se incorpora de un salto, rebusca en su mochila y vuelve con el portátil. Se sienta en el borde de la cama, con el ordenador sobre las piernas, y me hace un hueco entre sus brazos. Me acomodo a su lado y en la pantalla empiezan a aparecer planos, simulaciones, correos y presentaciones.

—He soñado tantas veces con enseñártelo —susurra mientras navega entre los documentos—. Con ver tu cara cuando lo vieras.

Y la ve. Ve mi cara y ve mis ojos brillando. Porque esto no es solo trabajo. Esto es pasión. Es todo lo que ha hecho por sí mismo mientras yo pensaba que lo había perdido.

—No solo no te rendiste… —le digo en voz baja—. Es que te levantaste más alto que nunca.

Lo miro. Con ese brillo que ya no es tristeza ni duda: es esperanza. Y entonces lo beso. Porque sé que este instante no se borra. Porque ahora sí estamos en el mismo lugar, en el mismo camino, mirando en la misma dirección. Y es juntos.

* * *

El sol se cuela por las rendijas de la persiana, cálido y silencioso, como si también él supiera que no hace falta despertarnos. Me muevo despacio entre las sábanas y lo primero que noto es su brazo rodeándome la cintura y su respiración tranquila en la nuca. Sábado. No hay prisa. No hay nadie esperándonos. Y, por primera vez, no siento culpa por quedarme aquí.

Me estiro poco a poco, lo suficiente para alcanzar mi bolso en el suelo. Rebusco sin hacer ruido hasta encontrar mi pequeño neceser. Archie gruñe un poco, adormilado.

—¿Adónde vas tan temprano? —murmura con la voz rasposa de recién despertado.

—Al baño. No quiero que me cojas manía por el aliento matutino.

Él se ríe bajito, se incorpora y me sigue. Acabamos los dos frente al espejo, cepillo en mano, compartiendo espacio como si lleváramos años haciéndolo. Nos empujamos con el hombro, nos miramos en el reflejo con sonrisas tontas y nos enjuagamos al mismo tiempo. Cuando termino, no guardo mi cepillo de dientes en el neceser y, sin pensarlo demasiado, lo dejo en su bote, al lado del suyo. Archie se queda mirándolo. Luego me mira a mí.

—¿Esto es lo que creo que es?

Lo miro sin huir y sin dudar.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Ya hemos perdido demasiado tiempo por culpa de los demás. Creo que es hora de vivir el presente, sin miedo al futuro.

Se acerca un poco más, con ese brillo en los ojos que siempre me desarma.

—¿Y si algún día te da miedo otra vez?

—Entonces lo volveré a guardar en el neceser —le digo tranquila —. Y no habrá pasado nada.

Nos quedamos en silencio unos segundos y él toma mi rostro con ambas manos, como si necesitara sostener también mis palabras.

—Ese día no va a llegar, Sara. No otra vez. Te lo prometo.

Y yo, por primera vez, le creo sin reservas. Porque esta vez el futuro lo estamos construyendo juntos.

—¿Desayunamos? —me dice Archie con una sonrisa traviesa y el pelo alborotado mientras me da una palmadita suave.

—¿Tú cocinas? —pregunto, alzando una ceja, sorprendida.

—Hoy sí. Vas a ver todo lo que he aprendido mientras tú huías de mí por la ciudad.

Le saco la lengua y camino tras él, aún con las sábanas sobre los hombros y el corazón calentito. Me siento en la encimera y lo observo. Se mueve con soltura, seguro, como si conociera cada rincón de su cocina y de este nuevo yo que ha construido en las semanas que no estuvimos juntos. Bate huevos, prepara café, corta fruta y hasta recuerda que me gusta la tostada poco hecha. Y yo... me quedo mirándolo con los codos apoyados en la barra, sonriendo como una idiota enamorada. Porque eso soy.

Desayunamos tranquilos, compartiendo risas tontas y miradas que se nos escapan entre bocado y bocado. El mundo parece muy lejos de aquí. Pero entonces Archie se levanta, aparta los platos y los cubiertos de la isla con una determinación que me desconcierta. Me coge de la cintura y, sin que me dé tiempo a protestar, me sienta sobre la encimera como si eso fuera lo más lógico del mundo.

—¿Recuerdas? —me dice, acariciándome el muslo, con esa expresión entre nostálgica y peligrosa—. Aquella vez en el castillo, bajo la tormenta... También desayunamos así.

Lo miro y el recuerdo me explota en el pecho. Asiento, pero no digo nada. En lugar de eso, lo beso. Sin miedo y sin filtros. Me entrego por completo. Porque esta vez no me escondo ni me protejo. Solo lo siento. Y él lo sabe. Lo noto en la forma en que me sostiene, como si tuviera entre sus manos algo valioso e irrepetible. Hasta que se aparta un poco, con las mejillas encendidas y esa sonrisa que parece de otro planeta.

—Estoy loco —murmura, y me hace reír—. Puede que tu padre quiera matarme después de esto. Pero... —suspira, como si se lanzara al vacío— en la locura está la felicidad. Y yo no pienso volver a estar ni un día más sin ti.

Abre el cajón de la isla sin dejar de mirarme. Y saca una cajita pequeña y negra. La abre delante de mí y veo un anillo sencillo y

precioso, con una piedra mínima y casi simbólica.

—Sara, sé que para ti aún soy un niño —dice sin dejar de sostenerme la mirada—, pero he pasado lo suficiente para saber lo que quiero. Y te quiero a ti. Para siempre. ¿Te casas conmigo?

Y yo..., yo dejo de respirar un segundo. Porque sí. Porque este loco, valiente y torpe hombre es mi hogar, y yo ya no quiero volver a ningún sitio del mundo sin él.

—Sí, Archie —le respondo con una sonrisa pícara—. Seguro que mi padre te va a matar cuando se entere, pero… claro que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Él me mira con esa mezcla de locura y ternura que me derrite y, sin avisar, me coge en volandas. Siento el mundo girar a nuestro alrededor mientras da vueltas; su risa se mezcla con la mía en pura felicidad y desenfreno.

—¡Eres un loco! —le grito entre risas, y él me besa con una pasión que me quema la piel.

—Te amo, Sara —me susurra al oído, con la voz rota por la emoción—. Con toda mi alma.

No necesito nada más. Solo sé que estoy donde quiero estar. En sus brazos. En su vida. En nuestro futuro.

Archie termina de ponerme el anillo justo cuando los dos teléfonos empiezan a sonar al mismo tiempo. Miro el mío y veo la llamada de mi madre; Archie hace lo mismo y aparece la de la suya. Me giro hacia él con una sonrisa divertida.

—¿Has puesto cámaras ocultas o algo? —le pregunto entre risas.

—Ni idea. —Se encoge de hombros—. Pero parece que nuestras madres tienen radar.

Contestamos los dos a la vez y, al enfocar los teléfonos hacia nosotros, las dos aparecen en pantalla, cada una en su idioma: mi madre gritando en español y la suya en inglés.

—¡¿Qué es eso?! —grita la mía al ver el anillo brillando en mi mano—. ¡Eso no puede ser! ¿Te vas a casar sin avisar?

—¿Eso es un anillo? —exclama la de Archie, con los ojos muy abiertos—. ¿Os habéis prometido?

Yo me río mientras Archie se muestra algo nervioso, pero sonriente.

—Bueno, parece que esto se ha adelantado un poco —le digo—. Pero sí, nos hemos comprometido hoy.

—¡Ay, hija mía! —llora mi madre—. ¡Qué rápido pasa todo! Pero me hace tan feliz. Quiero que sepáis que tenéis todo mi apoyo, aunque tu padre vaya a matarte, que lo sepas.

—¡Te lo dije! —dice la madre de Archie, riendo—. Siempre supe que vosotros dos estabais destinados a estar juntos. ¿Y ahora os vais a casar? ¡Dios mío, estoy tan orgullosa!

Archie suspira aliviado y yo me limpio una lágrima.

—Mi padre seguro que nos odia un poco más ahora —le digo a Archie—. Pero bueno, que se aguante, porque yo no voy a dejar pasar esta oportunidad.

—Exacto —responde él—. Y, la verdad, ya no me importa lo que piensen. Nos tenemos el uno al otro.

Las dos madres empiezan a bromear entre ellas, mezclando español e inglés, riendo y llorando, celebrando como si ya estuvieran planeando la boda.

—¡Pero cuándo lo habéis pensado y dónde! —exige la mía—. Ay, Dios, esto no se prepara en dos días; no me lo dejes todo para el último momento.

—¡Y más te vale ir pensando en el vestido! —añade la madre de Archie—. ¡Esto va en serio!

Nos miramos Archie y yo, entre risas y lágrimas, sabiendo que a partir de ahora nuestras vidas estarán más unidas que nunca y que,

aunque el camino no sea fácil, lo recorreremos juntos. Cuando por fin colgamos, tras prometerles que las llamaremos más tarde con todos los detalles y tras aguantar otra ronda de gritos, lágrimas y consejos innecesarios sobre bodas, nos quedamos en silencio con los teléfonos aún en las manos. Archie me mira. Yo lo miro. Hay una pausa larga, densa y silenciosa. Ambos sentimos el peso y la ligereza de lo que acaba de pasar. Nos acabamos de prometer. Entre risas y lágrimas. Después de todo. Después de tanto.

—¿Esto… acaba de pasar? —susurra él, como si todavía no se lo creyera.

Asiento, mordiéndome el labio. Siento que voy a explotar por tantas emociones juntas.

—Sí —respondo en voz baja—. Acaba de pasar.

Archie sonríe y esa sonrisa es tan suya, tan nuestra, que el corazón se me deshace. Se acerca. Apoya su frente contra la mía.

—Te vas a casar conmigo… y ya no puedo llamarte pelirroja.

—Llámame como tú quieras, mi prometido —respondo, cerrando los ojos.

Capítulo 49

Archie

Dejo la maleta junto a la cama de Sara, todavía con la sensación de que hemos corrido un maratón desde que decidimos todo. El vuelo, el calor de Ibiza en pleno verano y ahora…, mañana es la boda. Ni siquiera me lo creo. Sara está en la cocina, riendo y hablando al mismo tiempo con mi madre y con la suya, como si fueran un solo equipo de producción cinematográfica. Entre ellas y todos sus contactos han logrado montar en días lo que suele llevar meses.

Cierro la cremallera de la maleta, resoplo y me dejo caer en la cama. Apenas he cerrado los ojos un segundo cuando escucho pasos en el pasillo. Elizabeth asoma la cabeza por la puerta con cara de fastidio teatral.

—Vaya rollo —dice cruzando los brazos—. Aquí no se habla de otra cosa que de la boda.

—Es que es mañana —le respondo medio riéndome—. ¿Qué esperabas?

—No sé…, ¿que me pregunten cómo estoy, quizá? —finge indignación y entra en la habitación—. En serio, creo que hasta Scott está estresado.

Me río, porque tiene razón: desde que llegamos todo son flores, menús y listas de invitados improvisadas.

—Vale, ya que lo dices…, ¿cómo estás? —le pregunto a Elizabeth, inclinándome un poco hacia ella para que no nos escuche nadie,

aunque estamos solos.

Ella me mira con una mezcla de sorpresa y resignación.

—Por fin alguien me lo pregunta. Estoy… bien. Supongo. Pero me siento invisible entre tanto vestido, ramo y canapé.

—Pues si quieres, nos escapamos a la playa un rato —le propongo, casi en tono de súplica—. Solo para que respiremos tú y yo. Prometo no hablar de flores, ni de listas de invitados, ni de tartas.

Sus ojos se iluminan al instante.

—¿En serio? ¡Sí!

—Genial, entonces. —Me levanto con esa determinación de quien cree que ya tiene un plan ganado…, pero la puerta se abre de golpe.

Marcos aparece, despeinado y con cara de haber sobrevivido a una guerra.

—¿A dónde vais? —pregunta, jadeando como si hubiera corrido desde la otra punta de la casa.

—A la playa —responde Elizabeth, y se muerde el labio, porque sabe que suena sospechoso.

—Ni hablar —dice él. Entra y cierra la puerta como si quisiera que no escapara nadie—. Tengo un plan mejor.

—¿Mejor que ver el mar y escuchar las olas? —pregunto, alzando las cejas.

—Mejor —repite, aunque se nota que improvisa—. Bajad al salón.

Bajamos y allí está Sara, en plena charla con nuestras madres. En cuanto me ve, hago una seña para que se acerque, pero ella me mira como si ya supiera que se viene un lío.

—Vámonos.

—¿Estás loco? —Me dirige una mirada que recorre a su madre y a la mía, que están al borde del ataque de nervios—. ¿Ahora, a dónde? Quedan mil cosas por hacer.

—Sara, es una boda con tu familia, con la mía y con invitados. Las flores ya están, el vestido te llega después de comer, el *catering* está listo y la música también… —Ella me escucha y parece estar sopesándolo—. Solo una hora —le suplico—. Te lo prometo.

—¿Una hora? —salta mi madre, con ese radar para detectar cualquier intento de fuga.

—Archie, ni se te ocurra —añade la madre de Sara con ese tono que dice: «Ya bastante me costó peinarla esta mañana, no lo pienso repetir».

—Es solo para despejar la cabeza. —Levanto las manos en señal de rendición—. El puerto está aquí al lado; volveremos antes de que se enfríe la tarta.

—¡Ahora no es momento de paseos románticos! —Mi madre se lleva la mano al pecho.

—¡Ni de excursiones improvisadas! —La madre de Sara ya parece un eco de la mía.

—Una hora —repito con la cara más inocente que sé poner—. Lo juro por la tarta nupcial.

Sara se muerde el labio para no reír y Elizabeth me hace un gesto por detrás que dice: «Dale, que las tienes ablandadas». Entre bufidos y regañinas, nos permiten salir. Al cruzar la puerta, respiro profundo, como si hubiera ganado una batalla. Arranco el coche con Sara riendo a mi lado y Elizabeth y Marcos detrás, y bajo al puerto dejando atrás el caos y las voces que aún se oyen de fondo.

Salimos los cuatro rumbo al puerto tras aparcar muy cerca. Sara y Elizabeth ríen y charlan sin parar mientras Marcos y yo nos encargamos de preparar el velero. La brisa marina ya se cuela entre nosotros, mezclándose con el murmullo lejano de la temporada alta: gente, barcos, risas y un sol que no perdona.

—Es una suerte que esté libre justo ahora —dice Sara mientras me mira—. Marcos, ¿cómo lo has logrado?

Él sonríe, guiña un ojo y me lanza una mirada cómplice.

—Sabía que necesitaríais este momento. —Me da un codazo amistoso—. Me debes una, Archie.

—Te juro que cuando el campo de golf esté listo, serás el primero en probarlo.

Me emociono de verdad al escucharme, y es que el sueño que estoy construyendo empieza a tomar forma ante mis ojos; pero más aún, siento que todo esto tiene sentido por estar aquí, con ella y la familia que estamos formando.

—Cuenta con ello —me responde mientras ayudamos a izar las velas—. Este es solo el comienzo.

El velero parte lentamente y se desliza sobre el agua azul. Siento que por fin, tras tanto tiempo, nos hallamos en el lugar y el momento que siempre debimos tener. Mientras navegamos, la costa se acerca y Marcos señala una cala tranquila y perfecta para detenernos.

—¿Qué os parece si lanzamos el ancla aquí? —propone Marcos—. Un buen chapuzón para relajarnos antes de la boda.

—Me encanta la idea —dice Elizabeth con una sonrisa.

—¿Pero ya has aprendido a nadar, Elizabeth Ross? —le digo achinando los ojos, mientras ella se recoloca la pamela con aire de fingida ofensa—. Madre mía, ¿dónde está mi hermana pequeña que necesitaba un flotador?

—Eres muy tonto, Archie, ya tengo doce años. —Y sin más, se lanza al agua.

—Marcos, tienes a mano el salvavidas, ¿no? —pregunto, y él niega con la cabeza antes de tirarse al agua con una técnica perfecta.

—¿Te atreves a tirarte al agua? —me pregunta Sara, divertida.

—¿Tú crees que voy a decir que no? —le respondo con una sonrisa, al tiempo que me quito la camiseta bajo su mirada feliz—. Te espero abajo, nena.

Me lanzo al agua y nado junto a Marcos y Elizabeth. La sensación del agua fría me despeja y limpia cada pensamiento cargado de nervios y estrés. Al sumergirme, me maravillo por lo cristalina que está; tan pura que parece casi mágica. Cuando elevo la cabeza, la veo: Sara, en bañador, caminando por el barco con la naturalidad de quien pertenece a ese lugar, como un pez en el agua. Sin dudarlo, se lanza y bucea hacia mí, y siento cómo se acerca hasta que finalmente estamos juntos.

—¿Ha valido la pena escaparnos? —le pregunto con una sonrisa cómplice.

No puedo evitar pensar en lo mucho que hemos esperado este momento, en todo lo que hemos vivido para llegar aquí y en lo lejos que queda ya la incertidumbre que nos asfixiaba.

—Ha valido. ¿Sabes? Siempre soñé con venir con alguien especial a este lugar —me confiesa mientras dejo que el agua me sostenga, sintiendo el peso de la felicidad que me invade.

—¿Lo imaginabas así?

—No, es mejor. Mucho mejor —responde con la certeza de que este instante está marcado por algo más grande que nosotros.

El sol calienta nuestra piel y me envuelve en una paz que no recordaba, como si cada rayo disolviera el miedo y la soledad que sentí durante tanto tiempo. Dejamos atrás el estrés y las preocupaciones, flotando sin prisa.

—Esto es vida —susurra Sara, agarrándose a mí mientras flotamos, y siento su corazón latiendo junto al mío.

Y entonces pienso que, por fin, el camino que recorremos es nuestro, y eso basta para que todo merezca la pena.

—Sí, y esto solo acaba de empezar —le respondo besándola con suavidad, sabiendo que este es solo el principio de nuestra historia juntos.

Seguimos en el agua, riendo como niños y dejándonos llevar por las pequeñas olas que nos zarandean con suavidad. Las salpicaduras se convierten en nuestro juego y no puedo evitar soltar carcajadas cada vez que Elizabeth me lanza un chorro de agua directo a la cara. Por primera vez en mucho tiempo siento que el peso del mundo se disuelve entre risas y abrazos. Sara está a mi lado; su risa es contagiosa y sus ojos brillan con esa luz que siempre me ha enamorado. Nos abrazamos sin prisa, sintiendo el calor de nuestras pieles mojadas y la conexión que nos une más fuerte que nunca.

Me doy cuenta de lo afortunado que soy. Aquí, rodeado por mi hermana pequeña, mi cuñado y Sara, compartiendo momentos tan sencillos y puros como nunca lo habíamos hecho. Elizabeth y yo bromeamos, recordamos travesuras pasadas y veo en su cara esa mezcla de orgullo y cariño que siempre ha tenido hacia mí, aunque rara vez lo haya expresado.

De repente veo a Marcos subir al barco y señalarme el reloj con una sonrisa cómplice. Sé lo que quiere decir sin necesidad de palabras: es hora de volver. Miro a Sara y siento un pellizco en el pecho. Me gustaría que el tiempo se detuviera y que pudiéramos quedarnos para siempre en esta burbuja de alegría y despreocupación. Pero la realidad nos llama y, aunque intento alargar cada segundo, sé que debemos regresar.

—Vamos, princesa —le digo mientras tomo su mano con suavidad —. No quiero que lleguemos tarde para la gran cita.

Ella asiente, aún con una sonrisa, y nos dirigimos hacia el velero dejando atrás la cala que nos ha regalado este respiro tan necesario. Al subir a bordo, no puedo evitar mirar una última vez al horizonte,

prometiéndome que, aunque la boda sea solo el comienzo, estos momentos de libertad y felicidad serán los que de verdad recordaremos para siempre.

Volvemos a casa con las piernas aún temblando por la emoción y la sal marina pegada a la piel. La cocina está en plena efervescencia cuando entramos; Sara, su tía y su prima terminan de preparar la comida mientras nuestras madres se mueven con la precisión de un reloj suizo. Comemos rápido, casi sin palabras, porque todos sentimos la energía acumulada del día y la tensión que se acerca con la boda. Al terminar, nos miran con complicidad y lanzan la orden: «Chicos, id a dar un paseo o a hacer lo que queráis, pero tenéis la entrada a la planta de arriba terminantemente prohibida».

Nos reímos, pero obedecemos. Es su momento y saben bien que la boda es mucho más que una ceremonia: es el inicio de algo grande. Mientras caminamos por el jardín, de repente se me ocurre que este es el momento perfecto para enseñarles a Alberto y a Marcos el proyecto en el que he estado trabajando. Cojo mi *tablet*, con el plano que Sara me mostró del terreno que le regaló Alberto en Navidad, y les digo:

—Chicos, ¿me acompañáis un momento? Quiero enseñaros algo.

Los dos me siguen, curiosos, y vamos hacia el centro del terreno. Saco la *tablet* y empiezo a explicar:

—Sara me enseñó este plano hace meses. Y desde entonces he estado trabajando en un proyecto que espero que os guste.

Con la pantalla en mano, les enseño cómo podrían quedar integradas las tres casas en lo alto de la cala, entre los pinos y con unas vistas impresionantes al mar. Marcos se queda boquiabierto cuando le señalo la casa que será suya:

—¡No me lo puedo creer, Archie! ¡Esa es mi casa!

Alberto me mira con ojos húmedos y sé que estoy tocando algo importante para él.

—Has creado algo más que casas —dice—. Has diseñado un hogar para la familia, justo como quería.

Les explico que cada casa tendrá su espacio privado con jardines separados, pero que compartirán un espacio central común: una zona de barbacoa, piscina y un área para comer y relajarse todos juntos. Los tres nos quedamos mirando el plano en silencio, conscientes de que ese proyecto es mucho más que ladrillos y paredes: es el futuro que estamos construyendo juntos. Alberto me mira con una sonrisa que mezcla orgullo y emoción, como si estuviera viendo un sueño tomar forma ante sus ojos.

—Archie —dice, apoyando una mano firme en mi hombro—, ¿qué necesitas para empezar? No quiero que pierdas ni un minuto más. Adelante, cuenta conmigo.

Sus palabras me llegan al pecho; un peso que llevaba dentro se disuelve de golpe. Por fin siento que he hecho algo realmente importante para ellos y para nuestra familia. No solo un proyecto, sino un hogar que nos une.

—Gracias, Alberto —respondo, sintiendo cómo se me escapa una sonrisa sincera—. Esto significa mucho para mí.

Marcos también asiente, emocionado:

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Esto va a ser increíble.

En ese momento, rodeado de la confianza de mi suegro y mi cuñado, sé que estamos dando el primer paso hacia algo grande; algo que no se mide solo en metros cuadrados, sino en momentos, risas y un futuro compartido.

Mientras Alberto da su aprobación, me giro hacia Marcos y le dirijo una sonrisa cómplice.

—Y no te olvides —le digo—, en el proyecto he diseñado un minigolf para nuestros hijos. Hay que inculcarles desde pequeños que el golf es vida.

Marcos suelta una carcajada y me da un codazo amistoso.

—Ya veo que no solo piensas en la familia, sino también en el legado —responde con una sonrisa. Luego su expresión se vuelve un poco más seria—. ¿Sabes? Creo que Sara ha sido muy valiente al hacer su vida en Chicago. Yo no sé si sería capaz de marcharme tan lejos. A veces me quejo, sí, pero... no quiero estar en otro lugar que no sea esta isla.

Lo miro y siento una mezcla de respeto y cariño por él.

—Cada uno tiene su lugar —le digo—, pero hoy, viendo todo esto, me doy cuenta de que para mí ese lugar empieza a ser aquí, con vosotros, con esta familia.

Marcos asiente y, por un momento, el ruido del mar y el paisaje hacen que las palabras sobren. Alberto me mira con una mezcla de curiosidad y expectación.

—¿Y todo esto entra en tus planes a corto plazo? ¿Vais a mudaros a Ibiza? —pregunta con una sonrisa.

Respiro hondo y decido ser sincero.

—La verdad es que, a corto plazo, no —le respondo—. Estoy terminando mi carrera y, además, el campo de golf sigue en construcción. Sara ha encontrado una escuela allí que le gusta mucho y quiere seguir con su trabajo. Pero… viajaremos siempre que podamos.

Veo que Alberto asiente y añado con una sonrisa más suave:

—Desde que conocí a Sara he comprendido lo importante que es sentir el cariño de tener una familia y estar cerca de ellos, aunque no sea en el mismo lugar todo el tiempo. Eso es lo que quiero construir.

Alberto me mira con orgullo y, por primera vez, siento que he hecho algo realmente importante para ellos y para nosotros.

Capítulo 50

Sara

Estoy frente al espejo, ya maquillada y peinada. Mi vestido de novia es puro estilo ibicenco: ligero, blanco como las olas del mar, con encajes delicados que dibujan flores y hojas, y una falda vaporosa que casi parece flotar con la brisa. Los tirantes finos se cruzan en la espalda y llevo una corona sencilla de flores silvestres que me hace sentir parte de este lugar mágico. Me observo detenidamente y siento cómo se me acelera el corazón.

En ese momento, escucho la puerta abrirse. Es mi madre. Se queda paralizada al verme, abre la boca en una sonrisa que no puede contener y se lleva las manos a los labios, emocionada.

—Sara… —susurra con la voz quebrada—. Estás preciosa, cariño —suspira—. Ya debes bajar.

Me giro hacia ella y sonrío, consciente de que este día va a ser el comienzo de todo lo que siempre soñé. Tomo aire con profundidad y comienzo a bajar las escaleras con el vestido que parece flotar a mi alrededor. El silencio es suave, solo roto por el roce de mi falda contra los peldaños. Al llegar al salón, lo veo allí: mi padre, con la mirada fija en mí. Sus ojos se llenan de lágrimas y siento cómo se le quiebra la voz antes de que pronuncie palabra alguna.

No lo había visto llorar nunca delante de mí y ese momento me derrite el alma. Él se seca los ojos con la mano y yo trato de contener mis propias lágrimas, pero no puedo evitar que se me

empañen los ojos. Saco una servilleta del bolsillo del vestido y me limpio rápido para no parecer débil, aunque por dentro me siento vulnerable y agradecida a la vez. Él me sonríe con esa mezcla de orgullo y emoción que siempre ha guardado para los momentos más importantes.

—Estás hermosa, Sara —me dice con voz entrecortada—. Archie es un hombre afortunado. —Lo abrazo con fuerza, sintiendo todo el amor y la historia que llevamos juntos en ese instante—. ¿Estás preparada?

Asiento. Lo estoy, claro que lo estoy. Sujeta mi brazo con fuerza mientras caminamos juntos por el terreno de mi casa. Cada paso me llena de nostalgia y esperanza. A lo lejos se vislumbra el centro, donde algún día se alzará el corazón de nuestra familia: el espacio de encuentro, risas y recuerdos. Pero hoy es solo un altar sencillo, improvisado, con vistas infinitas al mar que parece abrazarnos.

La melodía de *Ordinary*, de Alex Warren, comienza a flotar en el aire cálido y nos envuelve con cada nota. Mi corazón late acelerado mientras avanzo despacio, casi sin darme cuenta del camino, guiada por la emoción y la mirada cálida de los invitados, a los que sonrío, aunque no soy capaz de mirarlos.

Cuando llego al final del sendero, lo veo allí: Archie, esperándome con esa sonrisa que me hace temblar. Pero mi atención se desvía un instante hacia mi padre, que está a mi lado, con los ojos vidriosos y el alma abierta. Con la voz quebrada por la emoción, le pide:

—Cuídala, Archie, como si fueras yo mismo.

Y sin más palabras, sin ceremonias, me entrega a él. Siento que mi pecho se llena de un torbellino de risas y lágrimas que brotan sin control. Mi padre me suelta el brazo y me quedo al lado de Archie, mientras el resto de los invitados, sentados en sillas blancas entre flores y telas que se mecen con la brisa, no pueden contener la

emoción. El sol comienza a bajar y pinta el cielo con tonos dorados y rosados; un atardecer que viste esta isla de un amor tan puro como nunca había visto. Aquí, en este instante, siento que todo es posible.

Archie respira hondo y me mira, pero parece que sus ojos no ven a nadie más que a mí.

—Puede que para muchos esto sea una locura —comienza con una sonrisa nerviosa, pero segura—. Que piensen que somos demasiado jóvenes. Y sí, lo somos. Pero cuando encuentras a esa persona que te hace mejor, que te ayuda a crecer y que te agarra de la mano con tanta fuerza que no quieres volver a soltarla..., entonces te das cuenta de que la edad es solo un número.

Se toca el pecho, justo donde late fuerte su corazón, y siento que el suyo late solo para mí.

—Lo único importante es lo que uno tiene aquí —dice con voz suave—. Sara, te entrego todo mi corazón, todo lo que soy y todo lo que podemos ser juntos. Si tú quieres.

Yo lo miro con el corazón lleno de amor y sin ningún miedo. Sé que es él, mi única opción.

—Archie —le respondo con la voz firme, sintiendo cómo me crece el amor en el pecho—, eres tú. Desde la primera noche que te vi, desde el primer beso que me diste, siempre has sido tú. Y estoy tan orgullosa del hombre en el que te has convertido… Te has caído, te has roto, pero fuiste lo bastante valiente para levantarte y reconstruirte. Una mejor versión de ti mismo, sin olvidar nunca el amor que sientes por mí. Por eso hoy te digo sí. Sí a pasar el resto de mi vida contigo, a levantarme y caer a tu lado, a seguir construyendo nuestro futuro de la mano. Sí a no olvidar nunca que no estamos solos, que tenemos una familia que nos sostiene y otra que crecerá fruto de nuestro amor.

En cuanto digo el sí, algo mágico sucede. Un pequeño grupo de mariposas blancas aparece a nuestros pies y revolotea con suavidad, como si la naturaleza misma quisiera bendecir nuestro amor. Las mariposas se elevan en el aire y dibujan círculos alrededor de nosotros, como si sellaran la promesa que acabamos de hacer. Los invitados se levantan al unísono y aplauden con una emoción que me estremece hasta los huesos.

Archie me mira como si yo fuera el único ser en el mundo, y siento que nada más importa. Nos acercamos y el beso que nos damos es el más intenso de toda nuestra vida. Un beso que dice que nos amamos por encima de todo y de todos. Que este es nuestro comienzo, sin miedo, con la certeza de que estamos juntos para siempre.

Nos dirigimos juntos hacia los invitados, sonrientes y con el corazón rebosante de amor. Veo a mis padres, cuyos ojos brillan de felicidad, y a Marcos, que no puede dejar de sonreír. La madre de Archie y Elizabeth nos miran con orgullo y emoción, mientras que mis tíos, mi abuela y mi prima también nos saludan con cariño. El tío de Archie ha venido desde Chicago junto a su hija Blue, que nos abraza con lágrimas en los ojos sin dejar de grabar cada instante con su móvil.

De repente, se escuchan gritos y saltos que llenan el aire:

—¡Por fin! —exclama Elizabeth, llevándose las manos a la boca antes de romper a reír.

—Nunca he visto a nadie mirarse así… —añade la madre de Archie, con la voz temblorosa y los ojos húmedos.

—Sabía que acabaría pasando, pero verlo aquí, delante de todos…, es aún mejor —dice Marcos, entre risas y aplausos.

—¡Ya era hora! —grita mi prima, y mi abuela la reprende cariñosa con un codazo antes de añadir ella misma:

—Estáis hechos el uno para el otro, y todos lo sabemos.

El tío de Archie, levantando una copa, se une con un brindis improvisado:

—¡Por los novios! Que este amor tan valiente nos recuerde lo que de verdad importa.

Y entre vítores, abrazos y risas, siento que el aire entero vibra con la certeza de que no estamos solos, de que todos celebran con nosotros el comienzo de nuestra vida juntos.

—¡Vivan los novios!

—¡Que viva el amor!

—¡Archie y Sara para siempre!

La alegría se desborda cuando aparecen los amigos de Archie de la universidad, los vecinos de Chicago que son amigos míos, y mis amigas de Ibiza de toda la vida, junto a Luigi, el novio de Laura. Evaine y mis compañeros de Colinton, de Escocia, también están aquí, y algunos alumnos que son amigos de Archie, como Yonghan, Flavio y Gerard. Un mosaico de personas que hablan diferentes idiomas, pero, hoy, todos están unidos por lo mismo: el amor que compartimos. Los gritos y vítores no cesan y llenan el ambiente con una energía que me hace sentir que estamos en el lugar y el momento perfectos.

* * *

La fiesta ha sido interminable; la cena se ha alargado hasta casi el amanecer bajo un manto de luces que parpadean como estrellas. Hemos pasado de una cena íntima al aire libre a bailar frente a todos como si no existieran, como si solo estuviéramos nosotros dos en ese escenario improvisado que, dentro de unos años, será nuestro comedor exterior. Después llegó el pastel: lo cortamos juntos y entre

risas nos dimos a probar el uno al otro, mientras Rhys, sentado a nuestra mesa, bromeaba con que al final se había equivocado y Archie no era tan capullo como pensaba. Y entonces todos se unieron al baile, como si se conocieran de toda la vida, aunque muchos ni siquiera hablaran el mismo idioma. Pero cuando Archie me toma de la mano y me acerca a su pecho, lo único que siento es que este es el inicio de todo: de una vida juntos, de un hogar que construiremos paso a paso, de un amor que nos sostiene incluso en medio del ruido del mundo. Solo él y yo, y la certeza de que nunca más estaremos solos.

Al salir, un Porsche descapotable clásico nos espera, reluciente bajo la luz de la luna. Archie me mira con esa sonrisa que me derrite y me toma la mano con ternura.

—¿Estás preparada para empezar nuestra nueva vida juntos? —me susurra.

Asiento sin dudar, con el corazón latiendo a mil por hora. Antes de subir, entre el bullicio y la alegría, Archie lanza el ramo al aire. Este vuela, gira y cae directo en los brazos de Laura, quien lo recibe con una sonrisa radiante mientras Lu y Alba gritan emocionadas.

—¡Mucha suerte, Luigi! —se burla Archie. Luigi, por su parte, pone una cara entre divertido y asustado, como si no supiera bien en qué lío se ha metido.

Archie me abre la puerta como siempre ha hecho desde que nos conocemos y, sin poder dejar de mirarlo a los ojos, me acomodo en el asiento colocándome bien la falda, y él cierra la puerta. Nos despedimos lanzando besos y diciendo adiós con las manos con la promesa de vernos pronto. El motor ruge suavemente y, mientras nos alejamos, siento que este es solo el comienzo de una aventura maravillosa a su lado.

Las calles están iluminadas por las farolas y el reflejo de la luna cae sobre el asfalto. Siento el viento acariciar mi piel y el latido firme de la mano de Archie en la mía. De repente, me mira de reojo y, con una sonrisa que me desarma, dice:

—Sara, hoy estás más preciosa que nunca. No dejo de sorprenderme contigo.

Instintivamente, llevo una mano a la falda de mi vestido, tocando la suave tela blanca, y una emoción cálida se expande por mi interior. Su mirada me atraviesa y me hace sentir como la mujer más afortunada del mundo.

—Gracias, Archie —le respondo con la voz un poco temblorosa—. Tú siempre sabes cómo hacer que me sienta especial.

—Y eso es solo el principio —me susurra al oído—. Tenemos toda una vida para demostrarnos lo mucho que nos queremos.

—Lo sé —le digo, apoyando mi cabeza en su hombro—. Prometo que voy a cuidarte, a apoyarte y a amarte todos los días, en lo bueno y en lo difícil.

—Y yo prometo estar a tu lado en cada paso, en cada sueño que tengamos —me responde con convicción.

Nos quedamos en silencio un momento y dejamos que la magia de la noche nos envuelva. Sé que todo lo que hemos vivido hasta ahora solo ha sido el preludio de un futuro que construiremos juntos, paso a paso, con amor, paciencia y ganas infinitas.

—Estoy lista para esta aventura contigo —suspiro, mirando al frente, al camino que tenemos por delante.

—Y yo también —dice él, apretando mi mano con cariño—. Siempre juntos.

Llegamos al hotel y, nada más bajar del coche, un silencio cómplice se instala entre nosotros. Ya no hay más ojos que los nuestros ni palabras ajenas; solo nosotros y el latido acelerado de

esta noche que acaba de empezar. En recepción nos entregan las tarjetas para la habitación. Las tomo y se las paso a Archie, que me mira con esa sonrisa que siempre me hace sentir especial, la misma que ahora me hace sonrojar.

Al llegar a la puerta de la habitación, sin decir nada, me toma en brazos. El mundo desaparece mientras entro en la estancia envuelta en su abrazo cálido y protector. Nos fundimos en un beso que comienza suave, se vuelve profundo y se repite con la urgencia de quien quiere retener para siempre este instante. Su mano se desliza por mi espalda y cierro los ojos para saborear cada segundo. Poco a poco, empieza a desabrochar mi vestido, que cae lentamente a nuestros pies como un suspiro que deja espacio para todo lo que está por venir. Estamos solos, y en esa intimidad sé que esta noche será el principio de todo lo que soñamos, de cada promesa, cada beso y cada nuevo paso juntos.

Cuando el vestido ya está en el suelo, Archie me toma de la cintura y, sin poder contener una sonrisa traviesa, me lleva hacia la cama. Caemos juntos entre las sábanas suaves, entre risas y suspiros. Me mira a los ojos con tanta intensidad que siento cómo se me acelera el corazón.

—Te quiero —me dice en voz baja mientras acaricia mi mejilla.

—Yo también —le respondo, apoyando la cabeza en su pecho y sintiendo su latido junto al mío.

Él aprieta mi mano y me promete:

—A partir de ahora solo voy a hacerte feliz. Lo juro. No habrá nada que pueda separarnos ni hacernos daño. Solo tú y yo, juntos, siempre.

Siento que todas mis dudas se disuelven con sus palabras. Aquí, en este momento, sé que todo es posible. Que con él a mi lado el futuro será maravilloso. Nos quedamos abrazados, como si el tiempo

se detuviera, sellando con caricias y susurros el comienzo de nuestra vida juntos.

* * *

La luz suave de la mañana entra por los ventanales de la *suite* mientras Archie y yo, ya duchados y envueltos en albornoces, disfrutamos del desayuno tardío en la terraza. El aroma del café se mezcla con el frescor del mar que se extiende ante nosotros. De repente, suena el timbre. Archie se levanta y abre la puerta. En el umbral nos espera una caja blanca e impecable, sin tarjeta ni ningún indicio de quién la ha enviado.

—¿De quién crees que será? —le pregunto intrigada mientras él coge la caja.

Archie la examina, la gira entre sus manos y sonríe con una mezcla de sorpresa y emoción.

—No lo sé..., pero creo que deberíamos abrirla.

Le insisto, animándolo a no esperar más. Con cuidado, desata la cinta y levanta la tapa. Dentro, un sobre escrito con cuidado con la letra familiar de su padre. Al abrirlo, encontramos un cheque. Sin dudar, Archie lo rompe en pedazos y vuelve a meter los trozos en la caja.

—¿Estás bien? —susurro preocupada. Archie mira al mar con calma, casi en paz.

—Sí... Por primera vez creo que nada de lo que haga mi padre podrá afectarme.

—Quizá sea su forma torpe de pedirte perdón.

—¿Un cheque por varios millones? No los necesito. Y aunque los necesitara, no los querría. Podría haber enviado una carta, un

perdón, un «eres mi hijo». Pero nunca lo hará. Y yo… no sé si quiero seguir esperándolo.

—Sabes que siempre estaré a tu lado.

—Y sé que darías todo por mí, igual que las personas que ayer nos acompañaron. Esas son las únicas que merecen estar en nuestras vidas.

Me acerco y le tomo la mano con cariño, apretándola suave.

—Vamos, amor, o desayunamos rápido o perdemos el avión que nos lleva a las Seychelles.

Él esboza una sonrisa, esa sonrisa que me derrite, y por un instante dejo atrás cualquier sombra del pasado.

—Tienes razón —dice—, hoy empieza una nueva vida. Una en la que no va a volver a haber ropa entre nosotros. Te quiero desnuda los diez días que vamos a estar allí.

Me sonrojo, pero no puedo evitar sonreír ante su descaro. Le acaricio el rostro y respondo con voz baja y divertida:

—¿Desnuda y sin descanso? Creo que te vas a arrepentir cuando no pueda separarme de ti ni un segundo.

Él se acerca y roza sus labios con los míos con esa sonrisa traviesa que conozco tan bien.

—Pues prepárate, porque no pienso dejarte respirar.

Nos reímos juntos, con esa complicidad que solo el amor y la pasión pueden crear. Con el corazón ligero y la mirada puesta en el futuro, nos dirigimos a disfrutar el desayuno.

Epílogo

Sara

Dos años después…

Han pasado dos años desde aquella boda inolvidable. Y parece que fue ayer. Ahora lo veo concentrado en el despacho, terminando un proyecto para entregar antes de que salgamos hacia Escocia a pasar las Navidades con su familia —nuestra familia— en el castillo que Archie ha heredado. Un castillo que aún no ha tenido tiempo de restaurar, pero sí de dibujar en planos llenos de sueños y esperanzas. Sé que Charles estaría orgulloso de él.

Durante estos dos años, mientras construíamos en Ibiza nuestra casa y la de mi familia, Archie también ha seguido adelante con el campo de golf, supervisando cada detalle para que sea perfecto. Ha viajado mucho, trabajando duro para hacer realidad mi sueño y el de mi padre. Pero al fin estamos a punto de poder dormir en nuestra nueva casa, ese refugio que por fin será solo nuestro.

Archie sigue obteniendo matrículas de honor en su carrera de Arquitectura, con un futuro brillante que se abre ante nosotros, y estoy muy orgullosa de lo que está logrando, siendo él mismo y tomando sus propias decisiones. Yo continúo dando clases, integrada y valorada como una profesora del centro. Volamos a Escocia o a Ibiza cada vez que podemos, viviendo esa vida que hemos construido juntos.

—Sara, ya termino, lo juro.

—Tranquilo, vamos bien de hora. Voy a terminar una cosa y así te dejo espacio.

Aprovecho que está distraído para escabullirme al baño con la prueba de embarazo que llevo días queriendo hacer. La tengo delante con el corazón en un puño y, entonces, aparece ese símbolo que tanto esperaba: positivo.

Estoy embarazada. No puedo contener la emoción y suelto un grito de felicidad que llena el baño.

—Sara, ¿qué pasa? —pregunta Archie con la voz entre sorprendida y preocupada, entrando al baño.

—Mira esto —le digo temblando y con lágrimas en los ojos mientras sostengo la prueba de embarazo—. Vamos a ser padres.

Archie se queda inmóvil con la mirada fija en el pequeño papel, como si necesitara tiempo para procesar lo que ve.

—¿De verdad? —susurra con una sonrisa que se ensancha hasta contagiarme.

—Sí. Dos líneas que cambian toda nuestra vida —le respondo emocionada—. Ha sido un camino largo y, ahora, este regalo.

Él me abraza con fuerza, como si quisiera que este momento durara para siempre.

—Has sido valiente, hemos sido valientes —dice—. Hemos crecido juntos, hemos luchado y ahora vamos a formar una familia. No puedo imaginar nada mejor.

—Ni yo —confieso, apoyando mi cabeza en su pecho—. Somos independientes, pero somos un equipo. Tú, yo y, ahora…, nuestro bebé.

—Prometo que voy a estar aquí para ti y para los dos —dice con convicción—. Que este sea solo el comienzo de una vida llena de amor y felicidad.

Nos miramos a los ojos sabiendo que hemos recorrido mucho para llegar hasta aquí. Con los sueños realizados, con las heridas sanadas y con el amor fortalecido. Y así, en ese baño pequeño, en un momento íntimo y eterno, sellamos un nuevo capítulo de nuestra historia, uno que solo acaba de comenzar. Mirando hacia el futuro con la certeza de que la vida nos traerá nuevos retos, pero también nuevas alegrías. Y mientras él dibuja los sueños de mañana, yo los escribiré con el corazón, porque esta es nuestra historia: una mezcla perfecta de viento, mar, sueños y promesas que seguirá navegando siempre.

FIN

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Esther, por recibirme con los brazos abiertos cuando le dije que volvía. Volvía a escribir, volvía a intentarlo, volvía a mí. Gracias por hacer que este paréntesis no pesara, por el cariño, la paciencia y la confianza intacta.

Y a Ade, gracias por acogerme en tu sello como a una más, por apostar por este regreso y por todo el trabajo contrarreloj para que esta historia llegara a tiempo. Gracias a las dos por esta nueva oportunidad, justo cuando más la necesitaba.

Y, sobre todo, doy las gracias a quienes en este momento están leyendo estas palabras; a quienes han decidido dar una oportunidad a Archie y Sara y han sentido esta historia que para mí es tan importante.

Quiero dar las gracias también en las lenguas de los personajes que han vivido conmigo cada paso de este proceso, porque para mí no son solo personajes de un libro, sino voces que me han guiado.

Tapadh leat (escocés).

Thank you (inglés).

Gracias (español).

Grazie (italiano).

감사합니다 (*Gamsahamnida*) (coreano).

Biografía



Soy una joven que lucha por superarse día a día. Vivo a las afueras de Barcelona, donde las nubes se funden con el verde de los árboles, en plena naturaleza e inmersa en una tranquilidad que tanto a mi familia como a mí nos hace muy felices.

Durante el día convivo con cifras y rutinas; por la noche, en cambio, doy vida a historias donde nada es tan sencillo como parece. Escribo sobre decisiones que duelen, miradas que pesan y amores que nacen donde no deberían.

Desde que publiqué mi primera novela, la escritura dejó de ser solo un sueño para convertirse en mi manera de entender el mundo. Y mientras tenga historias latiendo dentro, seguiré contándolas.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Instagram: @irist.hernandez

Facebook: @Iris T. Hernandez

La chica de pelo rojo en Chicago y en el mundo entero.
Volumen 2
Iris T. Hernández

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Iris T. Hernández, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32080-7 (epub)

Composición: Realización Planeta